



Anónimo

Viaje de Turquía

La odisea de Pedro de Urdemalas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Anónimo

Viaje de Turquía

La odisea de Pedro de Urdemalas

[Nota preliminar: edición digital a partir de Poetas líricos del siglo XVIII, I, de Leopoldo Augusto de Cueto, Madrid, Atlas, 1952, pp. 171-173 y cotejada con la excelente edición crítica de Fernando García Salinero, Madrid, Cátedra, 1995, 4ª ed., cuya consulta recomendamos por ser imprescindible para la correcta valoración crítica y textual de la obra. Asumimos los cambios introducidos en esta edición con respecto a la de Manuel Serrano y Sanz, así como los criterios para la actualización ortográfica indicados por Fernando García Salinero (ed. cit., pp. 74-75).]

Dedicatoria

Al muy alto y muy poderoso, cathólico y christianíssimo señor don Phelipe, Rey d'España, Ynglaterra y Nápoles el autor, salud y eseo de sinzera felicidad y victoria.

Aquel insaçiable y desenfrenado deseo de saber y conosçer que natura puso en todos los hombres, Çésar invictíssimo, sujetándonos de tal manera que nos fuerza a leer sin fructo ninguno las fábulas y ficciones, no puede mejor executarse que con la peregrinación y ver de tierras estrañas, considerando en cuánta angustia se enzierra el ánimo y entendimiento que está siempre en un lugar sin poder extenderse a especular la infinita grandeza deste mundo, y por esto Homero, único padre y autor de todos los buenos estudios, habiendo de proponer a su Ulixes por perfecto dechado de virtud y sabiduría, no sabe de qué manera se entonar más alto que con estas palabras:

Ayúdame a cantar ¡o musa! un varón que vio muchas tierras y diversas costumbres de hombres. Y si para confirmar esto hay neçesidad de más exemplos, ¿quién puede con mejor título ser presentado por nuestra parte que Vuestra Magestad como testigo de vista a quien este virtuoso deseo tiene tan rindido, que en la primera flor de su jubentud (como en un espejo) le ha representado y dado a conosçer lo que en millones de años es difíçil alcanzar, de lo qual España, Ytalia, Flandes y Alemania dan testimonio? Conosçiendo, pues, yo, christianíssimo príncipe, el ardentíssimo ánimo que Vuestra Magestad tiene de ver y entender las cosas raras del mundo con sólo zelo de defender y augmentar la sancta fe cathólica, siendo el pilar de los pocos que le han quedado en quien más estriba y se sustenta, y sabiendo que el mayor contrario y capital enemigo que para cumplir su deseo Vuestra Magestad tiene (dexados aparte los ladrones de casa y perros del ortolano) es el Gran Turco, he querido pintar al bibo en este comentario a manera de diálogo a Vuestra Magestad el poder, vida, origen y costumbres de su enemigo, y la vida que los tristes cautibos pasan, para que conforme a ello siga su buen propósito; para lo qual ninguna cosa me ha dado tanto ánimo como ver que muchos han tomado el trabajo d'escribirlo, y son como los pintores que pintan a los ángeles con plumas, y a Dios Padre con barba larga, y a

Sant Migel con arnés a la marquesota, y al diablo con pies de cabra, no dando a su escriptura más autoridad del diz que, y que oyeron dezir a uno que venía de allá; y como hablan de oídas las cosas dignas de consideración, unas se les pasan por alto, otras dexan como casos reservados al Papa. Dize Dido en Virgilio: Yo que he probado el mal, aprendo a socorrer a los míseros; porque cierto es cosa natural dolernos de los que padescen calamidades semejantes a las que por nosotros han pasado. Como los marineros, después de los tempestuosos trabajos, razonan de buena gana entre sí de los peligros pasados, quién el escapar de Scila, quién el salvarse en una tabla, quién el dar al trabés y naufragio de las sirtes, otros de las ballenas y antropófagos que se tragan los hombres, otros, el huir de los corsarios que todo lo roban, así a mí me ayudará a tornar a la memoria, la cautividad peor que la de Babilonia, la servidumbre llena de crueldad y tormento, las duras prisiones y peligrosos casos de mi huida; y no mire Vuestra Magestad el ruin estilo con que va escrito, porque no como erudito escriptor, sino como fiel intérprete y que todo quanto escribo vi, he abraçado antes la obra que la aparencia, supliendo toda la falta de la rectórica y elegancia con la verdad, por lo qual no ha de ser juzgada la imperfección de la obra, sino el perfecto ánimo del autor; ni es de maravillar si entre todos quantos cautibos los turcos han tenido después que son nombrados me atreba a dezir que yo solo vi todo lo que escribo, porque puedo con gran razón dezir lo que Sant Juan por Sant Pedro en el 18 capítulo de su escriptura: *discipulus autem ille erat notus pontifici et introiuit cum Iesu in atrium pontificis, Petrus autem stabat ad ostium foris*. Dos años enteros después de las prisiones estube en Constantinopla, en los quales entraba como es costumbre de los médicos en todas las partes donde a ninguno otro es lícito entrar, y con saver las lenguas todas que en aquellas partes se hablan y ser mi avitación en las cámaras de los mayores príncipes de aquella tierra, ninguna cosa se me escondía de quanto pasaba. No hay a quien no mueba risa ver algunos casamenteros que dan en sus escripturas remedios y consejos, conforme a las cabezas donde salen, cómo se puede ganar toda aquella tierra del turco, diziendo que se juntasen el Papa y todos los príncipes christianos, y a las dignidades de la Iglesia y a todos los señores quitasen una parte de sus haziendas, y cada reino contribuyese con tanta gente pagada, y paresciéndoles dezir algo encarescen el papel, no mirando que el gato y el ratón, y el perro y el lobo no se pueden iunzir para arar con ellos. Ningún otro aviso ni particularidad quiero que sepa Vuestra Magestad de mí más de que si las guerras de acá çibiles diesen lugar a ello y no atajasen al mejor tiempo el firme propósito de servir a Dios, no menos se habría Solimán con Philipo, que Darío con Alexandro, Xerse con Temístocles, Antiocho con Judas Macabeo. Esto he conosciendo por la esperiencia de muchos años y desta opinión son los míseros christianos que debaxo la subiección del turco están, cuyo número excede en gran cantidad al de los turcos; tienen grande esperança que su deseo ha de haber efecto, esperan que Vuestra Magestad tiene de ser su Esdra y su Josué, porque semejantes profecías hay no solamente entre los christianos mas aún entre los mesmos turcos, los quales entre muchas tienen ésta: *padixa omoz guieliur chaferum memelequet alur, quizil almaalur capçeiler, iedigil chiaur quelezi isic maze, oniquiil onlarum bigligeder, eue yapar, bagi dequier embaglar, ogli quezi olur, oniqui gilden zora, christianon quielechi chicar, turqui cheresine tuscure*. «Verná nuestro rey y tomará el reino de un príncipe pagano y una mançana colorada, la qual reduzirá en su ser, y si dentro de siete años no se levantara la espada de los christianos, reinará hasta el duodécimo, edificará casas, plantará viñas y zercarlas ha, hará hijos; después del duodécimo año apareçerá la espada de los christianos, la qual hará huir el turco». Llamánnos ellos a nosotros paganos y infieles. La mançana colorada entienden por Constantinopla, y por no saver desde cuándo se han de comenzar a

contar estos doze años y ver ya la cibdad en tanta puxanza y soberbia que no puede subir más, tienen por cierto que el tiempo es venido, y todas las vezes que leen esta profecía acaban con grandes sospiros y lágrimas, y preguntándoles yo muchas vezes por qué lloraban me dezían la profecía; y lo que por muy averiguado tienen los modernos es que brevemente y presto el rey christiano los tiene de destruir y ganar todo su imperio, y el Gran Turco con la poca gente que le quedare se tiene de recoger en la Mecha y allí hazerse fuerte, y después tornará sobre los christianos y vençerlos ha, y allí será el fin del mundo. Y no lo tenga Vuestra Magestad a burla, que no hay día que todos los príncipes no hazen leer en sus cámaras todas estas profecías y se hartan de llorar porque el tiempo se les azerca. Verdadero profeta fue Balam fuera de Israel, y entre los paganos hubo muchas Sibilas que predixeron la verdad, y por eso es posible que fuera de los christianos haya quien tenga espíritu profético, quanto más que podría ser la profecía que éstos tienen de algún sancto y haberla traducido en su lengua. Yo no lo afirmo, pero querría que fuese verdad y ellos adivinasen su mal. Fuese Dios servido que las cosas de acá dexasen a Vuestra Magestad, y vería cómo todo susçedería tan prósperamente que ninguna edad, ningún seso, ningún orden ni naçión desampararía las armas en serviçio de Vuestra Magestad. Cada turco ternía en casa un esclabo que le matase y en el campo que le vendiese y en la batalla que le desamparase. Todos los christianos griegos y armenos estiman en poco la furia del turco, porque le conosçen ser fortíssimo contra quien huye y fugaçíssimo contra quien le muestra resistencia.

Levántese, pues, Dios, y rómpanse sus enemigos, huyan delante de aquellos que le tienen odio. Falten como falta el humo, y regálense delante la cara de Dios como la zera junto al fuego. Plegue a Dios omnipotente, Çésar invictíssimo, que con el poder de Vuestra Magestad aquel monstruo turquesco, vituperio de la natura humana, sea destruido y anichilado de tal manera, que torne en livertad los tristes christianos oprimidos de grave tiranía, pues ciertamente después de Dios en sólo Vuestra Magestad está fundada toda la esperanza de su salud. Hame paresçido dedicar este libro de las fatigas de los christianos cautivos a Vuestra Magestad, que el mundo conosçe ser sólo aquél que puede y quiere dar remedio a estos trabajos, y esperamos que en breve lo hará.

Alegremente rescibió Artaxerxes, rey de Persia, el agua que con entrambas manos le ofresçió un día caminando un pobre labrador, por no tener otra cosa con qué servirle, conosçiendo su voluntad, no estimando en menos rescibir pequeños serviçios que hazer grandes merçedes. Sola la voluntad de mi baxo estilo, con que muestro las fatigas de los pobres cautivos, resciba Vuestra Magestad, a quien conserve Dios por muchos años con aumento de salud para que con felices victorias conquiste la Asia y lo poco que de Europa le queda.

(A primero de março 1557)

Primera parte
La odisea de Pedro de Urdemalas

Capítulo I

El peregrino de Santiago

Initium sapientiae timor Domini

Juan de Voto a Dios, Mátalascallando, Pedro de Urdemalas.

JUAN.-La más deleytosa salida y más a mi gusto de toda la çibdad y de mayor recreación es ésta del camino francés, así por la frescura de las arboledas, como por gozar de la diversidad de las gentes, variedad de naçiones, multitud de lenguas y trajes que Señor Santiago nos da por huéspedes en este su peregrinaje.

MATA.-Como todas las cosas que debaxo de la luna están tienen su haz y embés, tampoco ésta se puede escapar, por donde yo la tengo poco en uso.

JUAN.-Al menos es çierto que aunque Dios la criara perfecta, en vuestra boca no le tiene de faltar un sino, como es de costumbre; ¿qué tacha ó falta tiene?

MATA.-.-No me la iréis a pagar en el otro mundo, así Dios me ayude.

JUAN.-Si no habláis más alto, este aire que da de cara no me dexa oír.

MATA.-.-Digo que es gran trabajo que por todo el camino a cada paso no habéis de hablar otra palabra sino Dios te ayude. Verdaderamente, como soy corto de bista, aquel árbol grueso y sin ramas questá enmedio del camino todas las vezes que paso junto a él, pensando que me pide, le digo: Dios te ayude.

JUAN.-Buen remedio.

MATA.-.-Eso es lo que deseo saver.

JUAN.-Darles limosna y callar.

MATA.-.-A sólo vos es posible tal remedio, que como sois de la compañía de JUAN de Voto a Dios no pueden faltar, por más que se dé, las cinco blancas en la bolsa, pero a mí que soy pobre, mejor m'está demandar que dar.

JUAN.-Nadie es tan pobre que alguna vez no tenga quedar una blanca, o un poco de pan, o al menos un pedazo de compasión de no tener que dar y dolerse del pobre; pero vos sois amigo de beber la tarja que sobra y no acordar que hay mañana.

MATA.-La mayor verdad es que al propósito se puede dezir, y por tal no la contradigo, y pues jugamos el juego de dezirlas, quiero también yo salir con la mía.

JUAN.-No de manera que muerda ni queme.

MATA.-No dexará señal más que un rayo. Veinte y más años ha que nos conosco y andamos por el mundo juntos y en todos ellos, por más que lo he advertido, me acuerdo haberos visto dar tres vezes limosna; sino al uno: ¿por qué no sirves un amo?; al otro: gran necesidad tenía Santiago de ti; al otro: en el ospital te darán de cenar; y a bueltas desto, mil consejos airadamente porque piensen que con buen zelo se les dize. Pues el Dios te ayude, ¿yo de quién lo aprendí sino de vos, que en mi tierra a solos los que esternudan se les dize esa salutación? Creo que pensáis que por ser de la casa de Voto a Dios sois libres de hazer bien, como quien tiene ya ganado lo que spera; pues mandos yo que a fe no estáis más çerca que los que somos del mundo, aunque más ospitales andéis fabricando. Mas dexado esto aparte, en todo el año podíamos salir a tiempo más a vuestro propósito: ¿no miráis cuánto bordón y calabaza? ¿cómo campean las plumas de los chapeos? Para mí tengo que se podría hazer un buen cabezal de las plumas del gallo de señor Sancto Domingo. Bien haya gallo que tanto fructo de sí da. Si como es gallo fuera oveja, yo fiador que los paños vaxaran de su preçio. ¿Pensáis que si el clérigo que tiene cargo de rrepartirlas hubiera querido tratar en ellas, que no pudiera haber embicado muchas sacas a Flandes?

JUAN.-Mirad aquel otro bellaco tullido qué regocijado va en su caballo y qué gordo le leba el bellaco; y esta fiesta pasada, quando andaba por las calles a gatas, qué bodes tan dolorosas y qué lamentaciones haz. El intento del ospital de Granada que hago es por meter todos éstos y que no salgan de allí y que se les den sus rabioles. Para éstos son propios los ospitales y no los habían de dexa salir delcos sino como casa por cárcel, dándoles sus rabioles suficientes como se pudiesen sustenta.

MATA.-Si eso así fuese, presto habría pocos pobres ablegados.

JUAN.-Claro es que no quedaría ninguno.

MATA.-No lo digo por eso, sino porque en viéndose enzerrados, todos se ahorcarían y buscarían maneras cómo se matar. ¿Luego pensáis que los más si quisiesen no tenían sanas las llagas?

JUAN.-¿Por qué no lo hazen?

MATA.-Porque tenían enfermas las bolsas, las cuales agora están bien aforradas. No hay hombres desto que un libraco no traiga por memoria todas las cofradías, memorias, posesiones, ledanías y fiestas particulares de pueblos para acudir a todo por su orden; mas dezid, por amor de mí, ¿quántas ferias habéis visto que en la çibdad ni sus derredores se hagan sin ellos?

JUAN.-Opinión es de algunos de nuestros theólogos que son obligados a restitución de todo lo que demandan más de para el substentamiento de aquel día, so pena de malos christianos.

MATA.-Mejor me ayude Dios. que yo los tengo por christianos quanto más por buenos. Ni preçpto de todos los de la ley guardan.

JUAN.-Eso es mal juzgar sin más saber.

MATA.-Ellos, primeramente, no son naturales de ningún pueblo, y jamás los vi confesar, ni oír misa. antes sus bodes ordinarias son a la puerta de la iglesia en la misa mayor y en las menores de persona en persona, que aun de la devoçión que quitan tienen bien que restituir, y no me espantan éstos tanto como el no advertir en ello los que tienen cargo, que jamás hubo obispo, ni probisor, ni visitador, ni cura, ni governador, ni corregidor que cayese en la cuenta de ver cómo nunca estos que piden por las iglesias oyen misa, y si la oyen cuándo; al menos yo en todas las horas que se dicen, mirando en ello todo lo posible, no lo he podido descubrir; aun quanto alzan apenas se ponen de rodillas, ni miran allá; en lo que dixistes de la restitución, querría preguntaros, no cuánto os han restituido, porque no tienen qué, pues tampoco les habéis dado; pero ¿cuánto habéis visto u oído que han restituido?

JUAN.-Restituir no les vi jamás, pero vender hartas camisas y pañizuelos que mujeres devotas les dan, infinitas, entre las quales, por no ir lexos, esta semana vendió uno tres, y se andaba con todo el frío que haz en vivas carnes.

MATA.-¡Qué bien andada tenía la mitad del camino para los çient azotes que mereçía si el corregidor lo supiera hazer! Mas hay algunos ministros desto quel rey tiene para la justiçia, tan ipócritas en estos pequeños negoçios, que pensarían que pecaban gravísimamente en ello, aunque más acostumbrados estén a pasar sobre peine casos más graves.

JUAN.-¿No es poco grabe éste?

MATA.-Llamo casos graves, como ellos también, los de importançia que hay en qué ganar y de qué sacar las costas; y estos otros bordoneros, ¿pensáis que en las aldeas no saben zepar las gallinas con el pan del zurrón y tomarles la cabeza debaxo el pie? Bien podéis creer que no se dexan morir de hambre, ni se cansan de las jornadas muy largas; no hay dispensa de señor mejor probeída que su zurrón, ni se come pan con mayor libertad en el mundo; no dexan, como los más son gascones y gabachos, si topan alguna cosa a mal recado, ponerla en cobro, quanto entran en las casas a pedir limosna, y quanto buelven a sus tierras no van tan pobres que les falten seis piezas de oro y mantenidos

JUAN.-Gran devoçión tienen todas estas naçiones estrangeras; bien en cargo les es Santiago.

MATA.-Más que a los españoles, principalmente a los vezinos de Orense y toda Galiçia, que en verdad que tengo por cierto que de mill ánimas no va allá una, ni aun creo que de diez mill.

JUAN.-¿Qué es la causa deso?

MATA.-Que piensan que por ser su vezino que ya se le tienen ganado por amigo, como vos, que por tener el nombre que tenéis, os pareçe no es menester creer en Dios ni hazer cosa que lo parezca.

JUAN.-Mirá lo que dezís y reportaos, porque salís del punto que a ser yo cristiano debéis.

MATA.-No lo digo por injurios ni pensar que no lo sois; pero, como dizen, una palabra saca otra; dexémonos de metrificar; agora sepamos...

JUAN.-Estos clérigos que aquí ban, en sus tierras no deben de tener beneficios, que de otra manera no irían pidiendo.

MATA.-También a vueltas desto suele haber algunos vellacos españoles que hazen de las suyas, y se juntan con ellos, entre los quales vi una vez que andaban seis confesando y tomaban el nombre del penitente, y escribían algunos de los pecados y comunicábanse uno a otro. Después venía uno de los compañeros que se trocaban, y tomábale en secreto diziendo que por qué no se emendaba, que Dios le había rebelado que tenía tal y tal vicio, de lo qual quedaba el pobre penitente muy espantado y lo creía, y con esto les sacaban dineros en cantidad.

JUAN.-¿Y a esos qué les hizieron, que dignos eran de grande pena?

MATA.-No nada, porque no los pudieron cojer; que si pudieran, ellos fueran a remar con Iesu Christo y sus Apóstoles y el Nuncio que están en las galeras.

JUAN.-También fue la de aquellos solemne vellaquería.

MATA.-Bien solenemente la pagan. Ansí la pagaran estos otros, y quizá no hubiera tantos vellacos.

JUAN.-¿Mas quién se va a confesar con romeros ni forasteros, teniendo sus propios curas y confesores?

MATA.-Las bulas de la Cruzada lo permiten, que antes a todos los forzaban a confesarse con sus curas; mas hay algunos idiotas y malos christianos que no han tenido vergüenza de pecar contra Dios, ni de que Dios lo sepa y lo vea, y temen descubrirse al confesor que conocen, paresciéndoles que quanto le encontraren los ha de mirar de mal ojo, no mirando que es hombre como ellos, y buscan estos tales personas que los confiesen que nunca más las hayan de ver de sus ojos; pues las Horas canónicas que estos clérigos rezan, de como salen de sus tierras fasta que buelvan, se vayan por sus ánimas, que yo no les veo traer sino unas Horas pequeñas, francesas en la letra y portuguesas por de fuera con tanta grosura.

JUAN.-Pues la mejor invención de toda la comedia está por ver; ya me maravillava que hubiese camino en el mundo sin fraires. ¿Vistes nunca al diablo pintado con hábitos de monje?

MATA.-Hartas vezes y quasi todas las que le pintan es en ese hábito, pero vibo, ésta es la primera; ¡maldiga Dios tan mal gesto! ¡valdariedo, saltatrás, Jesús mill vezes! El mesmo

hábito y barba que en el infierno se tenía debe de haber traído acá, que esto en ninguna orden del mundo se usa.

JUAN.-Si hubieses andado tantas partes del mundo como yo, no harías esos milagros. Hágote saber que hay mill quentos de invenciones de fraires fuera d'España, y este es fraire extranjero. Bien puedes aparejar un Dios te ayude, que hazia nosotros endreça su camino.

MATA.-Siempre os holgáis de sacar las castañas con la mano ajena. Si sacáis ansí las ánimas de purgatorio, buenas están. Abran hucia.

JUAN.-Deo gracias, padre.

PEDRO.-Metania .

MATA.-¿Qué dize?

JUAN.-Si queremos que taña.

MATA.-¿Qué tiene de tañer?

JUAN.-Alguna çinfonía que debe de traer, como suelen otros romeros.

MATA.-Antes no creo que entendistes lo que dixo, porque no trae aun en el ábito capilla quanto más flauta ni guitarra. ¿Qué dezís, padre?

PEDRO.-O Theos choresi.

MATA.-Habla aquí con mi compañero, que ha estado en Jerusalem y sabe todas las lenguas.

JUAN.-¿De qué paris estar bos?

PEDRO.-Ef logite pateres.

JUAN.-Dice que es de las Italias, y que le demos por amor de Dios.

MATA.-Eso también me lo supiera yo preguntar; pues si es de las Italias ¿para qué le habláis negresco? Yo creo que sacáis por discreción lo que quiere, más que por entendimiento. Ahora yo le quiero preguntar: Dicatis socis latines?

PEDRO.-Oisque afendi.

MATA.-¡Oíste a bos! ¿Cómo, puto, pullas me echáis?

PEDRO.-Grego agio Jacobo.

MATA.-Mala landre me dé si no tengo ya entendido que dize que es griego y ba a Santiago.

JUAN.-Más ha de media hora que le tenía yo entendido, sino que disimulaba, por ver lo que vos dixeráis.

MATA.-Más creo que ha más de veinte años que lo disimuláis; sois como el tordo del ropavejero nuestro vezino, que le pregunté un día si sabía hablar aquel tordo, y respondiómé que también sabía el Pater noster, como la Abe Maria. Yo para mí tengo que habláis también griego como turquesco.

JUAN.-Quiero que sepáis que es vergüenza pararse hombre en medio el camino a hablar con un pobre.

MATA.-Bien creo que os será harta vergüenza si todas las vezes han de ser como ésta; mas yo reniego del compañero que de quanto en quanto no atrabiesa un triumpho. Debéis de saber las lenguas en confessión.

JUAN.-¿En qué?

MATA.-En confussión, porque como sabéis tantas, se deben confundir unas con otras.

JUAN.-Es la mayor verdad del mundo.

PEDRO.-Agapi Christu elemosini.

JUAN.-Dize que...

MATA.-Dalde vos, que ya yo entiendo que pide lismosna. ¿Queríais ganar onrra en eso conmigo? Cristo, limosna ¿quién no se lo entiende? Las berzeras lo costruirán. Preguntalde si sabe otra lengua.

JUAN.-¿Saper parlau franchises o altra lingua?

MATA.-Más debe saver de tres, pues se ríe de la grande necesidad que le paresce haber vos dicho con tanta ensalada de lenguas.

JUAN.-El aire me da que hemos de reñir, Mátalascallando, antes que volbamos á casa.

MATA.-¡Cómo! ¿Tengo yo la culpa de que esotro no entienda?

JUAN.-Yo juraré en el ara consagrada que no sabe, aunque sepa cient lenguas, otra más elegante que ésta.

MATA.-Eso sin juramento lo creo yo, que él no sabe tal lengua, que por eso no responde.

JUAN.-Pues que estáis hecho un espíritu de contradicción, ¿sabrá ninguno en el mundo, agora que me lo hazéis dezir, hablar donde Juan de Voto a Dios habla?

MATA.-No por cierto, que aun en el mundo no se debe hablar tal lenguaje.

PEDRO.-No pase más adelante la riña, pues Dios por su infinita bondad (el qual sea vendito por siempre jamás) me ha traído a ber lo que mis ojos más han deseado, después de la gloria, ¡Oh mis hermanos y mi bien todo!

JUAN.-Deo gracias, padre, tenéos allá, ¿quién sois?

MATA.-¡Hideputa, el postre! ¡Chirieleison, chirieeleison! Bien deçía yo que éste era el diablo. ¡Per signum crucis atrás y adelante!

JUAN.-Esperadme, hermano, ¿dónde vais? ¿qué ánimo es ése?

MATA.-No oigo nada; ruin sea quien volbiere la cabeza; en aquella ermita si quisieres algo.

JUAN.-Tras nosotros se viene; si él es cosa mala, no puede entrar en sagrado; en el humilladero le espero; y si es diablo, ¿cómo dezía cosas de Dios?; acá somos todos.

MATA.-Agora venga si quisiere.

JUAN.-De parte de Dios nos di quién eres o de qué parte somos tus hermanos.

PEDRO.-Soy muy contento si primero me dais sendos abrazos. Nunca yo pensé que tan presto me pusierais en el libro del olvido. Aunque me veis en el ábito de fraire peregrino, no es ésta mi profesión.

MATA.-¡O más que felicíssimo y venturoso día, si es verdad lo que el corazón me da!

JUAN.-¿Qué es, por ver si estamos entrambos de un parescer?

MATA.-¡O poderoso Dios! ¿Este no es Pedro de Urdimalas, nuestro hermano? Por el sol que nos alumbrá él es. El primer abrazo me tengo yo de ganar. ¡O!, que sea tam bien venido como los buenos años.

PEDRO.-N'os lleguéis tanto a mí, que quizá llevaréis más jente de la que traéis con vosotros.

JUAN.-Aunque pensase ser hecho tajadas, no dexaré de quebraros las costillas a poder de abrazos.

PEDRO.-Esos dádselos vos a esotro compañero.

JUAN.-¡Cuán cumplida nos ha hecho Dios, vendito él sea, la tan deseada merced! A mí se me debían de razón todas estas albricias.

MATA.-Es así, porque me traxistes por este camino; pero con más justa rraçón las había yo de haber, que con estar tan disimulado le conocí el primero.

PEDRO.-Ya yo pensé que las hubierais ganado de mi madre Maricastaña, que está diez leguas de aquí. Según el correr que denantes llevabais huyendo de mí, no sois bueno para capitán; pues huís de un hombre mejor lo haréis de muchos.

MATA.-No m'espanté yo de vos en quanto hombre, sino, para deziros la verdad, como yo jamás he visto desos trajes otra vez, me parecistes qualque fantasma; y si no lo créis, tomad un espejo y a vos mesmo pongo por testigo.

JUAN.-Pues hermano Pedro, ¿qué tal venís?, ¿dónde os preguntaremos?, ¿en qué lengua os hablaremos?, ¿qué hábito es éste?, ¿qué romería?, ¿qué ha sido de vos tantos mill años ha?

MATA.-¿Qué diremos desa barbaza así llena de pajas? ¿desos cabellazos hasta la cinta, sin peinar? ¿y vestido d'estameña con el frío que haze? ¿Cómo y tanto tiempo sin haber escrito una letra?. Más ha de quatro años que os teníamos con los muchos, sin haber ya memoria alguna de vos.

PEDRO.-Una cabeza de yerro que nunca se cansase, con diez lenguas, me parece que no bastaría a satisfacer a todas esas preguntas. Al menos yo no me atreberé, si primero no vamos a beber, a comenzar a responder a nada.

JUAN.-Tal sea mi vida como tiene razón; mas primero me parece que será bien que Mátalas Callando vaya por un sayo y una capa mía para que no seáis visto en ese ábito, y entre tanto nos quedaremos nosotros aquí.

PEDRO.-¿Mudar hábitos yo? Hasta que los dexe colgados de aquella capilla de Santiago en Compostella, no me los verá hombre despegar de mis carnes.

JUAN.-No lo digo sino por el dicho de la jente. ¿Qué dirán si os ven desa manera?

PEDRO.-Digan, que de Dios dixeron; quien no le pareciere bien, no se case conmigo.

MATA.-Obligados somos a hazer muchas cosas contra nuestra voluntad y provecho por cumplir con el vulgo, el qual jamás disimula ni perdona cosa ninguna.

JUAN.-No se sufre que hombre os vea así ¡válame Dios!. No eran menester otros toros en la cibdad. Luego los muchachos pensarían que tenían algún duende en casa.

PEDRO.-Como dixo Pilatos: quod scripsi, scripsi, digo lo que dicho tengo.

MATA.-Yos doy mi fe no fuese con vos ansí como vais por la cibdad, aunque me diesen mill ducados. Parecéis capellán de la varca de Charonte.

PEDRO.-Lo que yo podré hazer es que, pues ya el sol se quiere poner, esperemos a que sea de noche para no ser visto, y estonces entraremos en vuestra casa, y holgarme he dos días y no más, y éstos estaré secreto sin que hombre sepa que estoy aquí, porque ansí es mi voto. Después de hecha mi romería y dexado el ábito, haced de mí zera y pabilo; y hasta que esto sea cumplido no cale irme a la mano, porque es excusado. Aun a mi madre, con estar tan zerca, no hablaré hasta la vuelta, ni quiero que sepa que soy venido.

MATA.-Por demás es apartarle de su propósito. Esa fue siempre su condición; mejor es dexarle hazer lo que quiere. Es él amicíssimo de nuebos trajes y invenciones.

PEDRO.-Hablemos en otra cosa, y sobre esto no se dé más puntada. ¿Cómo estáis? ¿Cómo os ha ido estos años? Las personas, buenas las veo, gracias a Dios. Verdaderamente no parece que ha pasado día ninguno por vosotros. Lo demás vaya y venga.

JUAN.-Si los días son tales como éste de hoy, no es mucho que no hayan pasado por nosotros. ¿Cómo queréis que estemos, sino los más contentos hombres que jamás hubo?

MATA.-Quan contento estaba denantes, estoy agora de descontento, en ver que no nos hemos de olgar más de dos días.

PEDRO.-Más serán de dos mill, con el ayuda de Dios; pero agora tened paçiençia hasta la vuelta, no seáis como el otro que se andubo toda la vida sin sayo y después mató al sastre porque no se le hizo el día que se le cortó.

MATA.-Estoy por dezir que tubo la mayor razón del mundo.

JUAN.-¿Por qué?

MATA.-Porque harto bastaba haber sufrido toda su vida sin pasar aquel día también, el qual era mucho mayor que todo el tiempo pasado.

PEDRO.-¿En qué se han pasado todos estos años pasados después que yo estoy fuera d'España, que es lo que haze al caso?

JUAN.-Yo acabé de oír mi curso de Theología, como me dexaste en Alcalá, con la curiosidad que me fue posible, y agora, como veis, nos estamos en la corte tres o quatro años ha, para dar fin, si ser pudiese, a mis ospitales que hago.

Capítulo II

Los hospitales de Juan de Voto a Dios

PEDRO.-¿Nunca se acabó aquél que estaba quasi hecho?

JUAN.-Han sido los años, con estas guerras, tan reños, y están todos los señores tan alcanzados, que no hay en España quien pueda socorrer con un marabedí.

MATA.-Y también es tanto el gasto que tenemos Juan y yo, que quasi todo lo que nos dan nos comemos y aún no nos basta.

PEDRO.-¿Pues la limosna que los otros dan para obras pías os tomáis para vosotros?

JUAN.-Que no sabe lo que se dize, sino como la obra va tan sumptuosa y los mármoles que traxeron de Génova para la portada costaron tanto, no se parece lo que se gasta.

PEDRO.-Desos había bien poca neçesidad. Más quisieran los pobres pan y vino y carne abasto en una casa pagiza.

MATA.-Deso, gracias a Dios y a quien nos lo da, bien abundante tenemos la casa, que antes nos sobre que falte.

PEDRO.-Bien lo creo sin juramento. No digo yo, sino los pobres. ¡O, vanitas vanitatum et omnia vanitas; las paredes de mármol y los vientres de viento!

JUAN.-Pues qué ¿decís que es vanidad hazer ospitales?

PEDRO.-La mayor del mundo universo si han de ser como éstos, porque el cimiento es de ambición y soberbia, sobre el qual quanto se armase se caerá. Buen ospital sería mantener cada uno todos los pobres que su posibilidad livianamente pudiese sufrir acuestas, y socorrer a todas sus neçesidades, y si no pudiese dar a cuatro, contentáse con uno; si vieseis un hombre caído en un pantano que si no le dabais la mano no se podría levantar, ¿nos parece que sería grande neçedad, dexando aquél, ir dando la mano a quantos topaseis en un buen paso, que no han caído ni tienen peligro de caer? ¡Quántos y quántos ricos hay que se andan dando blancas y medios quartos por el pueblo, y repartiendo las vísperas de Pascuas celemines de trigo a algunas viejas que saben que lo han de pregonar!; y tienen parientes dentro de segundo y tercero grado, desnudos, muriendo de viva hambre detrás de dos paredes, y si alguno se lo trae a la memoria, luego dize: ¡o, señor!, que es una jente de mala garganta, en quien no cabe hazer ningún bien, que todo lo echa a mal; mill vezes lo he probado y no aprovecha. Y esto es porque allí es menester socorrer por más grueso.

MATA.-En eso, aunque yo no soy letrado, me parece que hazen mal, porque no se lo dan por amor delcos, sino de Dios. Después que se les da, que se ahorquen con ello.

JUAN.-Bolvamos a lo de nuestros ospitales, que estoy algo escandalizado.

PEDRO.-Gentil refrigerio es para el pobre que viene de camino, con la nieve hasta la cinta, perdidos los miembros de frío, y el otro que se viene a curar donde le regalen, hallar una salaza desgrimir y otra de juego de pelota, las paredes de mármol y jaspe, que es

caliente como el diablo, y un lugar muy sumptuoso donde puede hazer la cama, si trae ropa, con su letrero dorado enzima, como quien dize: Aquí se vende tinta fina; y que repartidos entre cinquenta dos panes, se vayan acostar, sin otra cena, sobre un poco de paja bien molida que está en las camas, y a la mañana, luego, si está sano, le hazen una señal en el palo que trae, de como ya cenó allí aquella noche; y para los enfermos tienen un asnillo en que los llevan a otro ospital para descartarse dél, lo qual, para los pasos de romería en que voy, que lo he visto en un ospital de los sumptuosos d'España que no le quiero nombrar; pero sé que es Real.

JUAN.-Eso es mal hecho y habían de ser visitados muchas vezes. No sé yo cómo se descuidan los que lo pueden hazer.

MATA.-Yo sí.

PEDRO.-¿Cómo?

MATA.-Porque aquellos a quienes incumbe hazer esto no son pobres ni tienen necesidad de ospitales: que de otra manera, yo fiador que ellos viesen dónde les daban mejor de zenar las noches y más limpia cama.

JUAN.-Ya para eso probén ellos sus probisores, mayordomos y escribanos y otros oficiales que tengan cuenta.

PEDRO.-Eso es como quien dize ya probeen quién coma la renta que el fundador dexó y lo que los pobres habrían de comer, porque no se pierda.

MATA.-Mejor sería probeer sobre probisores y sobre oficiales.

PEDRO.-Vos estáis en lo cierto: pero, bolviendo a lo primero, de todos los ospitales lo mejor es la intención del que le fundó, si fue con solo zelo de hazer limosna: y eso sólo queda, porque las raciones que mandó dar se çiernen desta manera: la mitad se toma el patrón, y lo que queda, parte toma el mayordomo, parte el escribano; al cozinero se le pega un poco, al enfermero otro; el enfermo come sólo el nombre de que le dieron gallina y oro molido si fuese menester. De modo que ciento que estén en una sala comen con dos pollos y, un pedazo de carnero; pues, al veber, cada día hay necesidad de hazer el milagro de architriclinos, porque como quanto hazen el agua vendita, así a un cangilón de agua echan dos copas de vino. Lleváronme un día en Génoba por ver un hospital de los más sumptuosos de Italia y de más nombre, y como vi el edificio, que cierto es soberbio, diome gana destar un día a ver comer, por ver qué limosna era la de Italia; y sentados todos en sus camas, que serían hasta trecientos, de dos en dos, y las camas poco o nada limpias, vino un cozinero con un gran caldero de pan cocto, que ellos llaman, muy usada cosa en aquellas partes, que no es otra cosa sino pan hecho pedazos y cozido en agua fasta que se haze como engrudo, sazonado con sal y aceite, y comienzan de destribuir a todos los que tenían calentura; y a los que no, luego se seguía otro cozinero con otra caldera de vaca diziendo que era ternera, y daba a sendas tajadas en el caldo y poco pan. El médico, otro día que purgaba al enfermo, le despedía diçiendo que ya no había a qué estar: y como los pobres entonces tenían más necesidad de refrigerio y les faltaba, tornaban a recaer, de lo qual

morían muchos. Dicen los filósofos que un semejante ama a otro su semejante. El pobre que toda su vida ha vivido en ruin casa o choza ¿qué necesidad tiene de palacios, sino lo que se gasta en mármoles que sea para mantenimiento, y que la casa sea como aquélla que tenía por suya propia? Mas haya esta diferencia, que en la suya no tenía nada y en ésta no le falte hebillita.

MATA.-Gran ventaja nos tienen los que han visto el mundo a los que nunca salimos de Castilla. ¡Mirad cómo viene filósofo y cuán bien habla! Yo por nosotros juzgo lo que dize todo ser mucha verdad, que estamos en una casa, qual presto veréis muy ruin, pero como comemos tam bien que ni queda perdiz ni capón ni trucha que no comamos, no sentimos la falta de las paredes por de fuera, pues dentro ruin sea yo si la despensa del rey está ansí. Acabad presto vuestro viaje, que aquí nos estaremos todos, y no hayáis miedo que falte la merced de Dios, y bien cumplida. Algunas veces estamos delgados de las limosnas, pero como se confiesan muchos con el señor Juan y comunican casos de conciencia, danle muchas cosas que restituya, de las quales algunas se quedan en casa por ser muerta la persona a quien se ha de dar o por no la hallar.

JUAN.-¡Maldiga Dios tan mala lengua y bestia tan desenfrenada, y a mí porque con tal hombre me junté que no sabrá tener para sí una cosa sin pregonarla a todo el mundo!

PEDRO.-Esa es su condición, que le es tan natural que le tiene de acompañar hasta la sepultura: nos debéis enojar por eso, que aquí todo se sufre, pues ya sé yo de antes de agora las cosas cómo pasan, y aquí somos como dizen los italianos: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

JUAN.-¿Pensáis que hiziera más si fuera otro qualquiera el que estaba delante?

MATA.-El caso es que la verdad es hija de Dios, y yo soy libre, y nadie me ha de coser la boca, que no la dexaré de decir donde quiera y en todo tiempo, aunque amargue por Dios agora que acuerda con algo a cabo de mill años. Mejor será que nos vamos, que ya haze oscuro, y yo quiero ir delante para que se apareje de zenar; y en verdad que cosa no se traiga de fuera, porque vea Pedro si yo miento. Vosotros idos a entrar por la puerta de Sant Francisco, que es menos frequentada de jente.

JUAN.-¿N'os parece que tengo grande subsidio en tener este diablo acuestas?

PEDRO.-No; pues ya le conocéis, lo mejor es darle livertad que diga, quiza por eso dirá menos.

JUAN.-Yo quiero tomar vuestro consejo si lo pudiere acabar con mi condición. Esta es la puerta: abajad un poco la cabeza al subir de la escalera.

PEDRO.-Vendito sea Dios por siempre jamás, que ésta es la primera vez que entro en casa hartos días ha. Buena quadra está ésta por cierto.

JUAN.-Para en corte, razonable.

MATA.-Pué mejor la podríamos tener sino porque no varrunten nada de lo que pasa.

JUAN.-Badajear y a ello.

Capítulo III

Las peregrinaciones

MATA.-Sus, padre fray Pedro, que así os quiero llamar; lo asado se pierde: manda tomar esta silla y ruin sea quien dexare bocado desta perdiz.

PEDRO.-Agimus tibi gratias, Domine, pro universis donis et beneficiis tuis; qui vivis et regnas per omnia secula seculorum.

JUAN.-¡Bálame Dios! ¡Qué ánimo es ése! ¿Agora os paráis a llorar? ¿Qué más hiziera un niño? Comed y tened buen ánimo, que no ha de faltar la merced de Dios entretanto que las ánimas sustentaren nuestros cuerpos. Bien sabéis que en mi vida yo n'os he de faltar.

MATA.-Éstas son lágrimas de plazer; que no es más en sí de detenerlas que a mí las verdades.

PEDRO.-¿Qué más comida para mí de la merced que Dios este día me ha hecho?

JUAN.-Aquel adobado por ventura perná apetito de comer, o si no una pierna de aquel conejo con esta salsa.

PEDRO.-Una penca de cardo me sabrá mejor que todo; con juramento, que ha seis años que no vi otra.

MATA.-Eso será para después; agora, si no queréis nada de lo asado, comed de aquella cabeza de puerco salvaje cozida, y si queréis, a bueltas del cardo o de un rábano.

JUAN.-Ya sabéis que en palacio no se da a beber a quien no lo pide. Blanco y tinto hay: escojed.

PEDRO.-Probarlo hemos todo, y beberemos del que mejor nos supiere: este blanco ¿es baliente?

MATA.-De Sant Martín y a nueve reales y medio el cántaro, por las nueve horas de Dios; pues probaréis el tinto de Ribadabia, y diréis: ¿qué es esto que quasi todo es a un precio?

JUAN.-Ya me parece que habéis estancado. ¿Qué hazéis?

PEDRO.-Yo no comeré más esta noche; estoy satisfecho.

JUAN.-Una cosa se me acuerda que os quise hoy replicar quanto hablábamos de los ospitales, y habíaseme olvidado, y es: si fuese así que no hubiese ospitales, ¿qué harían tantos pobres peregrinos que van donde vos agora de Francia, Flandes, Italia y Alemaña? ¿dónde se podrían aposentar?

PEDRO.-El mejor remedio del mundo: los que tubiesen qué gastar, en los mesones, y los que no, que se estubiesen en sus tierras y casas, que aquélla era buena romería, y que de allí tubiesen todas las devociones que quisiesen con Santiago. ¿Qué ganamos nosotros con sus romerías, ni ellos tampoco, según la intención? Que el camino de Hierusalem ningún pobre le puede ir, porque al menos gasta quarenta escudos y más, y por allá maldita la cosa les aprobecha pedir ni importunar.

MATA.-A fe que fray Pedro, que dize esto, que debe de traer aforrada la bolsa.

PEDRO.-Yo no pido, por çierto, limosna; y a trueco de no oír un Dios te ayude de quien sé que me puede dar, lo hurtaría si pudiese.

MATA.-Si no fuese porque faboresceréis a los de vuestro oficio, n'os dexaría de preguntar qué tanto mérito es ir en romería, porque yo, por dezir la verdad, no la tengo por la más obra pía de todas.

PEDRO.-Por eso no dexaré de dezir lo que siento: porque mi romería va por otros nortes. La romería de Hierusalem, salvo el mejor juicio, tengo más por incredulidad que por santidad; porque yo tengo de fe que Christo fue crucificado en el monte Calvario y fue muerto y sepultado y que le abrieron el costado con una lança, y todo lo demás que la Iglesia cree y confiesa; pues ¿no tengo de pensar que el monte Calvario es un monte como otros, y la lanza como otras, y la cruz, que era estonces en uso como agora la horca: y que todo esto por sí no es nada, sino por Christo que padesció? Luego si hubiese tantas Hierusalenes, y tantas cruces, y lanzas y reliquias como estrellas en el cielo, y arenas en la mar, todas ellas no valdrían tanto como una mínima parte de la hostia consagrada, en la qual se enzierra el que hizo los cielos y la tierra, y a Hierusalem, y sus reliquias, y ésta veo cada día que quiero, que es más: ¿qué se me da de lo menos? quanto más que Dios sabe quán poca paçiençia lleban en el camino y quántas vezes se arrepienten y reniegan de quien haze jamás voto que no se pueda salir afuera. Lo mesmo siento de Santiago y las demás romerías.

JUAN.-No tenéis razón de condenar las romerías, que son sanctas y buenas, y de Christo leemos que apareció en ese ábito a Lucas y Cleophás.

PEDRO.-Yo no las condeno, ni nunca Dios tal quiera; mas digo lo que me parece y he visto por la luenga experiençia; y a los que allá van no se les muestra la mitad de lo que diçen: porque el templo de Salomón aunque den mill escudos no se le dexarán ver: ni demás desto a los devotos no faltan algunos fraires modorros que les muestran ciertas piedras con unas pintas coloradas, en el camino del Calvario, las quales dicen que son de la sangre de Christo, que aún se está allí, y ciertas piedrecillas blancas, como de yeso, dizen que es leche de Nuestra Señora, y en una de las espinas está también cierta cosa roja en la

punta que dizen que es de la mesma sangre, y otras cosas que no quiero al presente dezir; y éstas, cómo las sé, antes de muchos días lo sabréis. En lo que dezís de la romería de Christo y los apóstoles es cosa diferente; porque ellos iban la romería brebe, y es que no tenían casa ni hogar, sino andarse tras su buen maestro y deprender el tiempo que les cabía después enseñar y predicar. Marabíllorne yo de un theólogo como vos, comparar la una romería con la otra.

MATA.-Que tampoco no se mataba mucho para estudiar, sino poco a poco cumplir el curso; para entre nosotros, no sabe tanta Teología como pensáis; mas yo quería saver cuál es la mejor romería.

JUAN.-Ninguna si a Pedro de Urdimalas creemos.

PEDRO.-El camino real que leba al cielo es la mejor de todas, y más breve, que es los diez mandamientos de la ley muy bien guardados a maço y escoplo; y éstos sin caminar ninguna legua se pueden cumplir todos, ¡Quántos peregrinos reniegan y blasfeman, quántos no oyen misa en toda la jornada, quántos toman lo que hallan a mano!

MATA.-De manera que haziendo desde aquí lo que hombre pudiere, según sus fuerzas, en la observancia de la ley de Dios, sin ir a Hierusalem ni Santiago, ¿se puede salvar?

PEDRO.-Muy lindamente.

MATA.-Pues no quería saver más deso para estarme quedo y servir a Dios.

JUAN.-Quítese esta mesa y póngase silencio en las cosas de acá, que poco importa la disputa. Sepamos de la buena venida y de la significación del disfraz y de la ausencia pasada y de la merced que Dios nos ha hecho en dexarnos ver.

PEDRO.-Tiempo habrá para contarlo.

MATA.-Por amor de Dios, no nos tengáis suspensos, ni colgados de los cabellos. Sacadnos de dubda.

PEDRO.-El caso es, en dos palabras, que yo fui cautivo y estube allá tres o cuatro años. Después salvéme en este ábito que aquí veis, y agora voy a cumplir el voto que prometí y dexa los ábitos y tomar los míos propios, en los quales procuraré servir a Dios el tiempo que me diere de vida: esto es en conclusión.

JUAN.-¿Cautivo de moros?

PEDRO.-De turcos, que es lo mesmo.

JUAN.-¿En Berbería?

PEDRO.-No, sino en Turquía.

MATA.-Alguna matraca nos debe de querer dar con esta ficción. ¡Por vida de quien hablare de veras, no nos haga escandalizar!

JUAN.-Aunque sea burlando ni de veras, yo no puedo estar más escandalizado; ni me ha quedado gota de sangre en el cuerpo. No es de buenos amigos dar sobresaltos a quien bien los quiere.

PEDRO.-Nunca de semejantes burlas me pagué. Lo que habéis oído es verdad, sin discrepar un punto.

JUAN.-¡Jesús! pues, ¿dónde o cómo?

PEDRO.-En Constantinopla.

JUAN.-¿Y dónde os prendieron?

PEDRO.-En esos mares de Dios.

JUAN.-¡Qué desgraciadamente lo contáis y qué como gato por brasas! Pues ¿quién os prendió, o cuándo, o de qué manera, y cómo salistes, y qué nos contáis?

MATA.-Bien os sabrá examinar, que esas tierras mejor creo que las sabe que vos, Juan de Voto a Dios, que, como recuerdo, no haze sino ir y venir de aquí a Hierusalem.

JUAN.-No cae hazia allá: nosotros vamos por la mar de Venecia, y esta postrera vez que vine fue por tierra.

PEDRO.-Pues ¿cómo os entendían vuestro lenguaje?

JUAN.-Hablabo yo griego y otras lenguas.

MATA.-¿Como las de hoy?

PEDRO.-¿Quántas leguas hay por tierra de aquí allá?

JUAN.-No sé, a fe.

PEDRO.-¿Por qué tierras buenas vinistes?, ¿por qué cibdades?

JUAN.-Pasado se me ha de la memoria.

PEDRO.-Y por mar, ¿adónde aportastes?

JUAN.-¿Adónde habíamos de aportar sino a Hierusalem?

PEDRO.-¿Pues entrabais dentro Hierusalem con las naves?

JUAN.-Hasta el mismo templo de Salomón teníamos las áncoras.

PEDRO.-Y las naves ¿iban por mar o por tierra?

JUAN.-No está mala la pregunta para hombre plático. ¿Por tierra van las naos?

PEDRO.-En Gerusalern no pueden entrar de otra arte, porque no llega allá la mar con veinte leguas.

MATA.-Aun el diablo será este examen, quanto y más si Pedro ha estado allá y nos descubre alguna celada de las que yo, tanto tiempo ha, barrunto. Quizá no fue por ese camino.

JUAN.-Ha tanto tiempo que no lo anduve, que estoy privado de memoria, y tampoco en los caminos no advierto mucho.

MATA.-Agora digo que no es mucho que sepa tanto Pedro de Urdimalas, pues tanto ha peregrinado. En verdad que venís tan trocado, que dubdo si sois vos. Dos horas y más ha que estamos parlando y no se os ha soltado una palabra de las que solíais, sino todo sentencias llenas de filosofía y religión y themor de Dios.

PEDRO.-A la fe, hermanos, Dios, como dicen, consiente y no para siempre, y como la muerte jamás nos dexa de amenazar y el demonio de acechar y cada día del mundo natural tenemos veinticuatro horas de vida menos, y como en el estado que nos tomare la muerte según aquél ha de ser la mayor parte de nuestro juicio, parecióme que valía más la emienda tarde que nunca, y ésa fue la causa porque me determiné a dexa la ociosa y mala vida, de la qual Dios me ha castigado con un tan grande azote que me le dexó señalado hasta que me muera. Dígolo por tanto, Juan de Voto a Dios, que ya es tiempo de alzar el entendimiento y voluntad destas cosas peresçederas y ponerle en donde nunca ha de haber fin mientras Dios fuere Dios, y desto me habéis de perdonar que doy consejo, siendo un idiota, a un theólogo.

JUAN.-Antes es muy grande merced para mí y consuelo, que para eso no es menester theologías.

PEDRO.-Ansí que, pues aquí estamos los que siempre hemos vivido en una mesma voluntad, y ésta ha de durar hasta que nos echen la tierra acuestas, bien se sufre dezir lo que haze al caso por más secreto que sea. Yo estoy al cabo que vos nunca estubistes en Hierusalem ni en Roma, ni aun salistes d'España, porque loquela tua te manifestum fecit, ni aun de Castilla; pues ¿qué fructo sacáis de hazer entender al vulgo que venís y vais a Judea, y a Egipto ni a Samaria? Parésceme que ninguno otro, sino que todas las vezes que venga uno, como agora yo, os tome en mentira.

MATA.-Otro mejor fructo se saca.

PEDRO.-¿Cuál?

MATA.-El aforro de la volsa, que de otra manera perescería de frío; pero a fe de hombre de bien que lo he dicho yo hartas veces, entre las quales fue una que nos vimos con tres mill escudos de fábrica para los ospitales, y restitución de unos indianos o peruleros. Jamás quiso escucharme, y así y todo se nos ha ido dentro las manos con diez pórfidos y otros tantos azulexos.

JUAN.-Presupuesta la estrecha amistad y unidad de corazones, responderé en dos palabras a todo eso, como las diría al propio confesor. No ha pocos días y años que yo he estado para hazer todo esto, y parece que Dios me ha tocado mil veces convidándome a ello: pero un solo inconveniente ha vastado para estorbármelo hasta hoy, y es que como yo he vivido en honra, como sabéis, teniendo tan familiar entrada en todas las casas de illustres y ricos, ¿con qué vergüenza podré agora yo dezir públicamente que es todo burla quanto he dicho, pues aun al confesor tiene hombre empacho descubrirse? pues si me huyo ¿a dónde me cale parar? y ¿qué dirán de mí? ¿quién no querrá antes mill infiernos?

MATA.-Désa te guarda.

PEDRO.-Más vale vergüenza en cara que mançilla en corazón.

MATA.-¿Y qué habíamos de hazer de todo nuestro relicario?

PEDRO.-¿Cuál?

MATA.-El que nos da de comer principalmente; ¿luego nunca le habéis visto? Pues en verdad no nos falta reliquia que no tengamos en un cofrecito de marfil; no nos falta sino pluma de las alas del arcángel Sant Gabriel.

PEDRO. -Esas dar con ellas en el río.

MATA.-¿Las reliquias se han de echar en el río? Grandemente me habéis turbado. Mirad no traíais alguna punta de luterano desas tierras extrañas.

PEDRO. -No digo yo las reliquias, sino esas que yo no las tengo por tales.

MATA.-Por amor de Dios, no hablemos más sobresto; los cabellos de Nuestra Señora, la leche, la espina de Christo, el dinero, las otras reliquias de los sanctos, al río, que dize que lo traxo él mesmo de donde estaba.

PEDRO.-¿Es verdad que traxo un gran pedaço del palo de la cruz?

MATA.-Aun ya el palo de la cruz, vaya, que aquello no lo tengo por tal; por ser tanto, parece de encina.

PEDRO.-¡Qué! ¿tan grande es?

MATA.-Buen pedazo. No cabe en el cofrecillo.

PEDRO.-Ese tal, garrote será, pues no hay tanto en Sanct Pedro de Roma y Gerusalem.

JUAN.-Todo se traxo de una mesma parte. Dexad hablar a Pedro y callad vos.

MATA.-Pues si todo se traxo de una parte, todo será uno; ¿y el pedazo de la lápida del monumento?; agora yo callo. Pues tierra santa harta teníamos en una talega, que bien se podrá hazer un huerto dello.

JUAN.-El remedio es lo más dificultoso de todo para no ser tomado en mentira del haber estado en aquellas partes. Un libro que hizo un fraire del camino de Hierusalén y las cosas que vio, me ha engañado, que con su peregrinaje ganaba como con cabeza de lobo.

PEDRO.-¡Mas de las cosas que no vio! ¡tan grande modorro era ese como los otros que hablan lo que no saben, y tantas mentiras diçe en su libro!

JUAN.-Toda la corte se traía tras sí quanto predicaba la Quaresma cosas de la pasión. Luego señalaba cada cosa que deçía: fue Christo a orar en el Huerto, que será como de aquí a tal torre, y entró solo y dexó sus discípulos a tanta distançia como de aquel pilar al altar; lleváronle con la cruz acuestas al monte Calvario, que es de la çibdad como de aquí a tal parte: la casa de Anás de la de Caiphás, es tanto; y otras cosas ansí.

PEDRO.-De manera que en haber dos pulgadas de distancia de más o menos de la una a la otra parte está el creer o no en Dios. Y ¿qué se me da a mí para ser christiano que sean más dos leguas que tres; ni que Pilato y Caiphás viban en una mesma calle?

MATA.-Quien no trae nada de nuebo, no trae tras sí la gente; yos prometo, con ayuda de Dios, que vos hagáis hartos corrillos.

PEDRO.-Desos me guardaré yo bien.

MATA.-No será en vuestra mano; y también es bueno tener qué contar.

JUAN.-Hablemos en mi remedio, que es lo que importa. ¿Qué haré?, ¿cómo bolveré atrás?, ¿cómo me desmentiré a mí mesmo en la plaza? Pues qué ¿dexaré mi horden por hazerme teatino ni fraire? No es razón; porque allá dentro los mesmos religiosos me darían más matracas porque entrellos hay más que hayan estado allá que en otra parte ninguna.

PEDRO.-No hay para qué pregonar el haber mentido, porque Dios no quiere que nadie se disfame a sí mesmo, sino que se enmiende.

MATA.-Yo quiero en eso dar un corte con toda mi poca gramática y menos saber, que me parece que más hará al propósito.

JUAN.-No me haríais este pesar de callar una vez en el año.

PEDRO.-Dexalde diga; nunca desechéis consejo, porque si no es bueno, pase por alto, y si lo es, aposentalde con vos; dezid lo que queríais.

MATA.-Agora me había yo de hazer de rogar, mas no hay para qué; digo yo, que Pedro de Urdimalas nos cuente aquí todo su viaje desde el postrero día que no nos vimos fasta este día que Dios de tanta alegría nos ha dado. De lo qual Juan de Voto a Dios podrá quedar tan docto que pueda hablar donde quiera que le pregunten como testigo de vista; y en lo demás, que nunca en ninguna parte hable de Hierusalem, ni la miente, ni reliquia ni otra cosa alguna, sino dezir que las reliquias están en un altar del ospital, y que nos demos prisa a acabarle, aunque enduremos en el gasto ordinario; y después, allí, con ayuda de Dios, nos recogeremos, y lo que está por hazer sea de obra tosca, para que antes se haga; y quien no quiere hablar de tierras estrañas con quatro palabras cerrará la boca a todos los preguntadores. Si el consejo n'os parece bien, tomadme acuestas.

JUAN.-Loado sea Dios, que habéis dicho una cosa bien dicha en toda vuestra vida. Yo lo acepto así.

MATA.-Hartas he dicho, si vos lo hubierais hecho así.

PEDRO.-Así Dios me dé lo que deseo, que yo no cayera en tanto; bien parece un neçio entre dos letrados. El agrabio se me haze a mí porque soy muy enemigo dello, ansi porque es muy largo como por el refrán que dize: los casos de admiración no los cuentes, que no saben todas jentes cómo son.

MATA.-Ello se ha de saver tarde o temprano todo a remiendos; más vale que nos lo digas todo junto, y no os andaremos en cada día amohinando y haréis para vos un probecho, que reduçiréis a la memoria todos los casos particulares.

JUAN.-Parece que después que éste habla de veras se le escalienta la boca y dize algunas cosas bien dichas, entre las quales ésta es tan bien que yo comienço de aguzar las orejas.

PEDRO.-Yo determino de hazer en todo vuestra voluntad; mas antes que comience os quiero hazer una protesta porque quanto contare algo digno de admiración no me cortéis el hilo con el hazer milagros; y es que por la libertad que tengo, que es la cosa que más en este mundo amo, sino plegue a Dios que otra vez vuelva a la cadena, si cosa de mi casa pusiere ni en nada me alargare, sino antes perder el juego por carta de menos que de más: y las condiciones y costumbres de turcos y griegos os contaré, con aprescibimiento que después que los turcos reinan en el mundo, jamás hubo hombre que mejor lo supiese, ni que allá más privase.

JUAN.-No hemos menester más para creer eso, sino ver el arrepentimiento que de la vida pasada tenéis y hervor de la enmienda y aquel tan trocado de lo que antes erais.

PEDRO.-No sé por dónde me comienze.

Capítulo IV

Pedro cautivo de los turcos

MATA.-Yo sí: del primer día, que de allí adelante nosotros os iremos preguntando, que ya sabéis que más preguntará un necio que responderán mil sabios. ¿En dónde fuiste preso y qué año? ¿Quién os prendió y adónde os llevó? Responded a estas quatro, que después no faltará, y la respuesta sea por orden.

PEDRO.-Víspera de Nuestra Señora de las Niebes, por cumplir vuestro mandado, que es a quatro de agosto, yendo de Génova para Nápoles con la armada del Emperador, cuyo general es el príncipe Doria, salió a nosotros la armada del turco que estaba en las islas de Ponza, esperándonos por la nueba que de nosotros tenía, y dionos de noche la caza y alcanzónos y tomó siete galeras, las más llenas de jente y más de lustre que sobre la mar se tomaron después que se navega. El capitán de la armada turquesca se llamava Zinán Baxá, el qual traía ciento y çinquenta velas bien en orden.

JUAN.-¿Y vosotros cuántas?

PEDRO.-Treinta y nueve no más.

MATA.-¿Pues cómo no las tomaron todas, pues había tanto exceso?

PEDRO.-Porque huyeron las otras; y aun si los capitanes de las que cazaron fueran hombres de bien y tubieran buenos oficiales, no tomaran ninguna, porque huyeran también como las otras; pero no osaban azotar a los galeotes que remaban, y por eso no se curaban de dar prisa a huir.

JUAN.-¿De qué tenían miedo en castigar la chusma? ¿No está amarrada con cadenas?

PEDRO.-Sí, y bien rezias; pero como son esclabos turcos y moros, temíanse que después que los prendiesen, aquellos habían de ser libres y dezir a los capitanes de los turcos cómo eran crueles para ellos al tiempo que remaban.

MATA.-¿Pues qué, por eso?

PEDRO.-Quanto así, luego les dan a los tales una muerte muy cruel, para que los que lo oyeren en las otras galeras tengan rienda en el herir. Dos castigaron delante de mí el día que nos prendieron; al uno cortaron los brazos, orejas y narizes y le pusieron un rótulo en la espalda, que decía: Quien tal haze tal haya; y al otro empalaron.

JUAN.-¿Qué es empalar?

PEDRO.-La más rabiosa y abominable de todas las muertes. Toman un palo grande, hecho a manera de asador, agudo por la punta, y pónenle derecho, y en aquél le espetan por el fundamento, que llegue quasi a la boca, y dexánsele así vibo, que suele durar dos y tres días.

JUAN.-Quales ellos son, tales muertes dan. En toda mi vida vi tal crueldad; ¿y qué fue del primero que justificaron?

PEDRO.-Dexáronsele ir para que le viesen los capitanes christianos, y ansí le dio el príncipe Doria quatro escudos de paga cada mes mientras viere.

MATA.-¿Peleastes o rindístesos?

PEDRO.-¿Qué habíamos de pelear, que para cada galera nuestra había seis de las otras? Comenzamos, pero luego nos tiraron dos lombardazos que nos hizieron rindir. Saltaron dentro de nuestra galera y comenzaron a despojarnos y dexar a todos en carnes. A mí no me quitaron un sayo que llebaba de cordobán y unas calzas muy acuchilladas, por ser enemigos de aquel traje, y ver que no se podían aprovechar dél, y también porque en la cámara donde yo estaba había tanto que tomar de mucha importancia, que no se les daba nada de lo que yo tenía acuestas: maletas, cofres, baúles llenos de vestidos y dineros, barriles con barras de plata por llevarlo más escondido, y aun de doblones y escudos.

MATA.-¿Qué sentíais quando os vistes preso?

PEDRO.-Eso, como predicador, os lo dexo yo en contemplación: bofetones hartos y puñadas me dieron porque les diese si tenía dineros, y bien me pelaron la barba. Fue tan grande el alboroto que me dio y espanto de verme cuál me había la fortuna puesto en un instante, que ni sabía si llorase ni reyesse, ni me maravillase, ni dónde estaba, antes dizen mis compañeros, que lloraban bien, que se maravillan de mí que no les parecía que lo sentía más que si fuese libre, y es verdad que de la repentina mudanza por tres días no sentía nada, porque no me lo podía creer a mí mesmo ni persuadir que fuese ansí. Luego el capitán que nos tomó, que se llamaba Sactán Mustafá, nos sentó a su mesa y dionos de comer de lo que tenía para sí, y algunos bobos de mis compañeros pensaban que el viaje había de ser ansí; pero yo les consolé diziendo: Veis allí, hermanos, como entre tanto que comemos están aparejando cadenas para que dançemos después del vanquete; y era ansí, que el carzelero estaba poniéndolas en horden.

JUAN.-¿Y qué fue la comida?

PEDRO.-Vizcocho remojado y un plato de miel y otro de azitunas y otro chico de queso cortado bien menudo y sutil.

MATA.-No era malo el vanquete; pues ¿no podían tener algo cozinado para el capitán?

PEDRO.-No, porque con la batalla de aquel día no se les acordaba de comer, y pluguiera a Dios, por quien él es, que las Pascuas de quatro años enteros hubiera otro tanto. Llegó luego por fruta de postre, a la popa, donde estábamos con el capitán, un turco cargado de cadenas y grillos, y comenzónos a herrar, y por ser tantos y no traer ellos tan sobradas las cadenas, nos metían a dos en un par de grillos, a cada uno un pie, una de las más vellacas de todas las prisiones, porque cada vez que queréis algo, habéis de traer el compañero, y si él quiere os ha de llevar; de manera que estáis atado a su voluntad aunque os pese. Esta

prisión no duró más que dos días, porque luego el capitán era obligado de ir a manifestar al general la presa que había hecho. Llegóse a mí un cautivo que había muchos años que estaba allí, y preguntóme qué hombre era y si tenía con qué rescatar, o si sabía algún oficio; yo le dije que no me faltarían doçientos ducados, el qual me dixo que lo callase, porque si lo dezía me tenían por hombre que podía mucho y ansí nunca de allí saldría; y que si sabía oficio sería mejor tratado, a lo qual yo le rogué que me dixese qué oficios estimaban en más, y díxome que médicos y barberos y otros artesanos. Como yo ví que ninguno sabía, ni nunca acá le deprendí, ni mis padres lo procuraron, de lo qual tienen gran culpa ellos y todos los que no lo hazen, imaginé quál de aquellos podía yo fingir para ser bien tratado y que no me pudiesen tomar en mentira, y acordé que, pues no sabía ninguno, lo mejor era dezir que era médico, pues todos los errores había de cubrir la tierra, y las culpas de los muertos se hablan de echar a Dios. Con dizir Dios lo hizo, había yo de quedar libre; de manera que con aquella poca de Lógica que había estudiado podría entender algún libro por donde curase o matase.

MATA.-Pues qué ¿era menester para los turcos tantas cosas, sino matarlos a todos quantos tomarais entre las manos?

PEDRO.-No es buena cuenta esa, que no menos omicida sería quien tal hiziese que a los christianos. Quando fuese en lícita guerra, es verdad; pero, fiándose el otro de mí, sería gran maldad; porque, en fin, es próximo. Al tiempo que nos llevaron a presentar delante el general, comenzaron de poner a una parte todos los que sabían oficios, y los que no a otra para echar al remo. Quando vinieron a mi, yo dije liberalmente que era médico. Preguntándome si me atrevería a curar todos los heridos que en la vatalla pasada había, respondí que no, porque no era zirujano, ni sabía de manos nada hazer. Estaba allí un renegado genovés que se llamaba Darmux Arráez, que era el cómite Real, y dixo al general que mucho mayor cosa era que zirujano, porque era médico de orina y pulso, que ansí se llaman, y quiso la fortuna» que el general no traía ninguno para que me examinase, y allá aunque hay muchos médicos judíos, pocos son los buenos.

JUAN.-¿Qué quiere dezir cómite?

PEDRO.-El que gobierna la galera y la rije.

MATA.-¿Y Arráez?

PEDRO.-Capitán de una galera. Quiso también la fortuna que el general se contentó de mí y me escogió para sí. De todas las presas que hazen por la mar tiene el Gran Turco su quinto; pero los generales toman siempre para sí los mejores y que saben que son de rescate, o que tienen algunos oficios que serán de ganancia. Los soldados, pobres y lacayos de los caballeros dan al rey, pues que nunca los ha de ver.

MATA.-¿Para qué los quiere?

PEDRO.-Métenlos en una torre, y de allí los embían a trabajar en obras de la señoría, que llaman.

JUAN.-¿Qué tantos desos terná?

PEDRO.-Al pie de tres mill.

MATA.-Y quando os tomó el general, ¿vistióos luego?

PEDRO.-No, sino calzóme, y bien.

JUAN.-¿Cómo?

PEDRO.-Lleváronme luego a un banco donde estaban dos remadores y faltaba uno, y pusiéronme una cadena al pie, de doze: eslabones y enclabada en el mesmo banco, y mandáronme remar, y como no sabía, comenzaron de darme de anguilazos por estas espaldas con un azote diabólico empegado.

JUAN.-Ya los he visto, que muchos cautibos que pasan por aquí, que se han escapado, los traen camino de Santiago.

PEDRO.-Otra buena canalla de vagabundos. Todos esos, creed que jamás estuvieron allí; porque ¿en qué seso cabe, si se huyen, que han de llevar el azote, que jamás el cómite le dexa de la mano? Ansí engañan a los bobos.

MATA.-Bien pintadas debéis de tener las espaldas.

PEDRO.-Ya se han quitado las más ronchas; pero uno me dieron un día que me ziñó estos riñones, que después acá a tiempos me duele. Quiso Dios que como tomaron tanta jente y tenían bien quien remase, que acordaron, pues yo les parecía delicado y no lo sabía hazer, y era bueno para servir en mi ofiçio, que entrase cada vez en mi lugar un gitano; pero no me quitaron de la cadena, sino allí me metía donde poca menos pena tenía que si remara, porque habla de ir metida la cabeza entre las rodillas sentado, y quando la mar estaba algo alborotada, venía la onda y dábame en estas espaldas y remojábame todo. Llámase aquel lugar en la galera la banda, que es la que sirve de necesaria en cada vanco.

JUAN.-¿Y qué os daban allí de comer?

PEDRO.-Lo que a los otros, que es quando hay bastimento harto, y estábamos en parte, que cada día lo podían tomar. Daban a cada uno 26 onças de vizcocho; pero si estábamos donde no lo podían tomar, que era tierra de enemigos, 20 onças y una almueza de mazamorra.

MATA.-¿Qué es vizcocho y mazamorra?

PEDRO.-Toman la harina sin cerner ni nada y házenla pan; después, aquello hácenlo quartos y recuézenlo hasta que está duro como piedra y métenlo en la galera; las migajas que se desmoronan de aquello y los suelos donde estubo es mazamorra, y muchas veces hay tanta necesidad, que dan de sola ésta, que quando habréis apartado a una parte las chinchas

muertas que están entrello y las pajas y el estiércol de los ratones, lo que queda no es la quinta parte.

JUAN.-¿Quién diablos llevó el ratón a la mar?

PEDRO.-Como se engendran de la bascosidad, más hay que en tierra en ocho días que esté el pan dentro.

MATA.-Y a beber ¿dan vino blanco ó tinto?

PEDRO.-Blanco del río, y aun bien hidiendo y con más tasa que el pan.

JUAN.-¿Y qué más dan de ración?

PEDRO.-¿No basta esto? Algunas vezes reparten a media escudilla de vinagre y otra media de azeite y media de lentejas ó arroz para todo un mes; alguna pascua suya dan carne, quanto una libra a cada uno; mas éstas no hay sino dos en el año.

MATA.-¡Mal aventurados dellos; bien parecen turcos!

PEDRO.-¿Pensáis que son mejores las de los christianos? Pues no son sino peores.

JUAN.-Yo reniego desa manera de la mejor. Y la cama ¿era conforme a la comida?

PEDRO.-Tenía por cortinas todo el cielo de la luna, y por frazada el aire. La cama era un banquillo quanto pueden tres hombres caber sentados, y de tal manera tenía de dormir allí, que con estar amarrado al mismo vanco y no poder subir encima la pierna, sino que había destar colgando, si por malos de mis pecados sonaba tantico la cadena, luego el verdugo estaba enzima con el azote.

MATA.-¿Quién os lavaba la ropa blanca?

PEDRO.-Nosotros mismos con el sudor que cada día manaba de los cuerpos; que una que yo tube, a pedazos se cayó como ahorcado.

JUAN.-Parece que me comen las espaldas en ver cuál debía estar de jente.

PEDRO.-A eso quiero responder que por la fe de buen christiano, no más ni menos que en un hormigal hormigas los veía en mis pechos quando me miraba, y tomábame una çongoja de ver mis carnes vivamente comidas dellos, y llagadas, ensangrentadas todas, que, como aunque matase veinte pulgaradas no hazía al caso, no tenía otro remedio sino dexarlo y no me mirar; pues en unas votas de cordobán que tenía, por el juramento que tengo hecho y por otro mayor si queréis, que si metía la mano por entre la vota y la pierna hasta la pantorrilla, que era en mi mano sacar un puñado dellos como granos de trigo.

JUAN.-¿Y todos están así?

PEDRO.-No, que los que son viejos tienen camisas que mudar; no tienen tantas con gran parte, y laban allí sus camisas con agua de la mar, atándola con un pedazo de sogá como quien saca agua de algún pozo, y allí las dejaban remojar un rato: quasi el labar no es más sino remojar y secar, porque como el agua de la mar es tan gruesa, no puede penetrar ni limpia cosa ninguna.

MATA.-Caro cuesta desá manera el ver cosas nuevas y tierras estrañas. En su seso s'está Juan de Voto a Dios de no poner su vida al tablero, sino hablar como testigo de oídas, pues no le vale menos que a los que lo han visto.

PEDRO.-Yos diré quán caro cuesta. Siendo yo cautibo nuevo, que no había sino un mes que lo era, vi que junto a mí estaban unos turcos escribiendo ciertas cartas mensajeras; y ellos, en lugar de firma, usan ciertos sellos en una sortija de plata que traen, en donde está esculpido su nombre o las letras de cifra que quieren y con éste, untado con tinta emprimen en el lugar donde habían de firmar, su sello, y cierto queda como de molde.

MATA.-Yo apostaré que es verdad sin más, pues no lo puede contar sin lágrimas.

PEDRO.-Mas eché allá quando pasó; y como a mí me pareció cosa nueva, entre tanto que zerraba uno las cartas, como en conversación, tomé en la mano el sello y como vi que no me dezían nada, tomé tinta y un poco de papel para ver si sabría yo así sellar. De todo esto olgaban ellos sin dárselos nada; yo lo hize: como quiera que era çiençia que una vez bastaba verla, y contentéme de mí mesmo haber azertado; torné á poner la sortija donde se estaba, y como de allí a un poco me acordase de lo mesmo, quise tornar a ver si se me había olvidado, y así del papel que estaba debaxo de la sortija, pensando que estaba encima, porque estaba entre dos papeles, y cáese la sortija de la tabla abajo y da consigo en la mar, que estábamos estonces en Sancta Maura. Los turcos, quando me vieron vaxar a buscarla, pensando que no fuese caída, ásenme de las manos presto por pensar que yo la había hecho perdida.

JUAN.-¿De qué os reís desto o a qué propósito?

MATA.-Porque voy viendo que según va el quento, al fin todos lloraremos de lástima y para rehazer las lágrimas lo hago.

PEDRO.-Como no la hallaron en las manos, viene uno y méteme el dedo en la boca, quasi hasta el estómago, que me hubiera ahogado, por ver si me la había metido en la boca.

MATA.-¿Pues no le podíais morder?

PEDRO.-Quando esto fue, ya no tenía dientes ni sentido, porque me habían dado dos bofetones de entrambas partes, tan grandes que estaba tonto.

JUAN.-¿No podían mirar que erais hombre de bien y que en el ávito que llebais no erais ladrón?

PEDRO.-El ávito de los esclabos todo es uno de malos y buenos, como de fraires, y aun las mañas también en ese caso, porque quien no roba no come. Luego llamaron al guardián mayor de los esclabos, que se llamaba Morato Arráez y dieron como ellos quisieron la información de lo pasado, la qual podía ser sentencia y todo, porque yo no tenía quien hablase por mí, ni yo mesmo podía, porque no sabía lengua ninguna. Luego como me cató todo, que presto lo pudo hazer, porque estaba desnudo, y no lo halló, manda luego traer el azote y pusiéronme de la manera que agora diré. Como los bancos estan puestos por orden, como renglones de copias, pusiéronme la una pierna en un banco, la otra en otro, los brazos en otros dos, y quatro hombres que me tenían de los brazos y piernas, quasi hecho rueda, puesta la cabeza en otro.

JUAN.-Ya me pesa que comenzaste este cuento, porque me toman calofríos de lástima.

PEDRO.-Antes lo digo para que más se manifiesten las obras de Dios. Puesto el guardián el un pie sobre un banco y el otro sobre mi pescuezo, y siendo hombre de razonables fuerzas, comenzó como reloj tardío a darme quan largo era, deteniéndose de poco en poco, por mayor pena me dar, para que confesase, hasta que Dios quiso que bastase; bien fuera medio quarto de ora lo que se tardó en la justicia.

JUAN.-¿Pues de tanto valor era la sortija que los christianos vuestros compañeros de remo que estaban alderredor no lo pagaban por no ver eso?

PEDRO.-Valdría siete reales quando mucho; pero ellos pagaran otros tantos porque cada día me dieran aquella colación.

MATA.-¿Luego no eran christianos?

PEDRO.-Sí son, y por tales se tienen; pero como el mayor enemigo que el bueno tiene en el mundo es el ruin, ellos, de gracia, como dizen, me querían peor que al diablo, de embidia porque yo no remaba y que hazían algún caso de mí, y porque no los sirbía allí donde estaba amarrado, y lo peor porque no tenía blanca que gastar; últimamente, porque todos eran italianos, de diferentes partes, y entre todas las naciones del mundo somos los españoles los más mal quistos de todos, y con grandísima razón, por la soberbia, que en dos días que sirbimos queremos luego ser amos, y si nos conbidan una vez a comer, alzámosnos con la posada: tenemos fieros muchos, manos no tanto; veréis en el campo del rey y en Ytalia unos ropavejeruelos y oficiales mecánicos que se huyen por ladrones, o por deudas, con unas calzas de terciopelo y un jubón de raso, renegando y descreyendo a cada palabra, jurando de continuo puesta la mano sobre el lado del corazón, a fe de caballero; luego buscan diferencias de nombres: el uno, Basco de las Pallas, el otro, Ruidíaz de las Mendoças; el otro, que echando en el mesón de su padre a los machos de los mulateros deprendió, bai y galagarre y goña, luego se pone Machín Artiaga de Mendarozqueta y dize que por la parte de oriente es pariente del rey de Francia Luis, y por la de poniente del conde Fernán González, y acota con otro su primo Ochoa de Galarreta y otros nombres ansí propios para los libros de Amadís. No ha quatro meses que un amigo mío me hizo su testamentario, y traía fausto como qualquier capitán con tres caballos. Hizo un testamento conforme a lo que el bulgo estaba engañado de creer. Llamábase del nombre de una casa principal d'España. Al cabo murió, y yo, para cumplir el testamento, hize inventario y abrí

un cofrecico, donde pensé hallar joyas y dinero, y la mayor que hallé, entre otras semejantes, fue una carta que su padre de acá le había escrito en la qual iba este capítulo: «En lo que dezís, hijo, que habéis dexado el oficio de tundidor y tomado el de perfumero en Francia, yo huelgo mucho, pues debe de ser de más ganancia.» Quando éste y otros tales llegaban en la posada del pobre labrador italiano, luego entraban riendo: ¡Pese a tal con el puto villano: a las 14 me habéis de dar de comer! ¡reniego de tal con el puto villano! ¡cada día me habéis de dar fruta y vitella no más! corre, moço, mátale dos gallinas, y para mañana, por vida de tal, que yo mate el pabón y la pava; no me dexes pollastre ni presuto en casa ni en la estrada.

MATA.-¿Qué es estrada?, ¿qué es vitela?, ¿qué presuto?, ¿qué pollastre?

PEDRO.-Como en fin son de baxa suerte y entendimiento, aunque estén allá mill años, no deprenen de la lengua más de aquello que aunque les pese, por oírlo tantas vezes, se les encasqueta de tal manera que por cada bocablo ytaliano que deprenen olvidan otro de su propia lengua. A cabo de tres o quatro años no saben la suya ni la ajena sino por ensaladas como Juan de Voto a Dios quando hablava conmigo. Estrada es el camino; presuto, el pernil; pollastre, el pollo, vitela, ternera.

MATA.-No menos me huelgo, por Dios, de saber esto que las cosas de Turquía, porque para quien no lo ha visto, tan lexos es Italia como Grecia. ¿No podía saber qué es la causa porque algunos, quando vienen de allá, traen unos vocablos como barreta, belludo, fudro, estibal, manca, y hablando con nosotros acá, que somos de su propia lengua? Este otro día no hizo más uno de ir de aquí a Aragón, y estuvo allá como quatro meses, y volvióse y en llegando en casa tómale un dolor de ijada y comenzó a dar voces que le portasen el menge. Como la madre ni las hermanas no sabían lo que se decía, tomábanle a repreguntar qué quería, y a todo decía: el menge. Por discreción diéronle un jarrillo para que mease, pensando que pedía el orinal, y él a todos quería matar porque no le entendían. Al fin por el dolor que la madre vio que le fatigaba, llamó al médico, y entrando con dos amigos a le visitar, principales y d'entendimiento preguntóle que qué le dolía y [de] dónde venía. Respondió: Mosén, chi so stata Saragosa; de lo qual les dio tanta risa y sonó tanto el cuento, que él quisiera más morir que haberlo dicho, porque las mesmas palabras le quedaron de allí adelante por nombre.

JUAN.-Lo mesmo, aunque parezca contra mí, aconteció en Logroño; que se fue un muchacho de casa de su madre y entróse por Francia. Ya que llegó a Tolosa, topóse con otro de su tamaño que venía romerillo para Santiago. Tomaron tanta amistad, que, como estaba ya arrepentido, se volvieron juntos, y viniendo por sus pequeñas jornadas llegaron en Logroño, y el muchacho llebó por huésped al compañero [a] casa de su madre. Entrando en casa fue rescibido como de pobre madre, y que otro no tenía. Luego echó mano de una sartén, y toma unos huebos y pregunta al hijo cómo quiere aquellos huebos, y qué tal viene, y si bebe vino. Él respondió que hasta allí no había hablado: Mames, parleu bus a Pierres, e Pierres parlara a moi, quo chi non so res d'España. La madre turbada, dixo: No te digo sino que cómo quieres los huebos. Entonces preguntó al francesillo que qué decía su madre. Ella, fatigándose mucho, dixo: ¡pues, malaventurada de mí, hijo! aun los mesmos çapatos que te llebaste traes, y tan presto se te ha olvidado tu propia lengua. Así que tiene mucha razón Mátalas Callando, que estos que vienen de Italia nos rompen aquí las cabezas con sus

salpicones de lenguas, que al mejor tiempo que os van contando una proeza que hizieron, os mezclan unos bocablos que no entendéis nada de lo que dizen; «Saliendo yo del cuerpo de guardia para ir a mi trinchera, que era manco de media milla, vi que de la muralla asestaban los esmeriles para los que estábamos en campaña; yo calé mi serpentina y llebéle al bombardero el bota fogo de la mano»; y otras cosas al mesmo tono.

PEDRO.-Pues si esos no hiziesen como la zorra, luego serían tomados con el hurto en la mano.

MATA.-¿Qué haze la zorra?

PEDRO.-Quando va huyendo de los perros, como tiene la cola grande, ciega el camino por donde va, porque no hallen los galgos el rastro. Pues mucho mayores necesidades dizen en Italia con su trocar de lenguas, aunque un día castigaron a un bisoño.

JUAN.-¿Cómo?

PEDRO.-Estaba en una posada de un labrador rico y de onrra; y era rezién pasado d'España, y como no entendía la lengua, vio que a la muger llamavan madona, y díxole al huésped: Madono porta manjar, pensando que dezía muy bien; que es como quien dixese mugero. El otro corrióse, y entre él y dos hijos suyos le pelaron como palomino, y tubo por bien mudar de allí adelante la posada y aun la costumbre.

MATA.-Si el rey los pagase no quitarían a nadie lo suyo.

PEDRO.-Ya los paga; pero es como quando en el banquete falta el vino, que siempre hay para los que se sientan en cabezera de mesa, y los otros se van a la fuente. Para los generales y capitanes nunca falta; son como los peces, que los mayores se comen los menores. Conclusión es averiguada que todos los capitanes son como los sastres, que no es en su mano dexar de hurtar, en poniéndoles la pieza de seda en las manos, sino sólo el día que se confiesan.

MATA.-Ese día cortarí yo siempre de bestir; pero ellos ¿cómo hurtan?

PEDRO.-Yo os lo diré como quien ha pasado por ello. Cada capitán tiene de tener tantos soldados, y para tantos se le da la paga. Pongamos por caso 300; él tiene doçientos, y para el día de la reseña busca çiento de otras compañías o de los oficiales del pueblo, y dales el quinto como al rey y tómales lo demás; al alférez da que pueda hazer esto en tantas plazas y al sargento en tantas; lo demás para nobis.

JUAN.-Y los generales ¿no lo remedian eso?

PEDRO.-¿Cómo lo han de remediar, que son ellos sus maestros, de los quales aprendieron?; antes éstos disimulaban, porque no los descubran, que ellos hurtan por grueso, diziendo que al rey es lícito urtarle porque no le da lo que ha menester.

MATA.-Y el rey ¿no pone remedio?

PEDRO.-No lo sabe, ¿qué ha de hazer?

JUAN.-¿Pues semejante cosa ignora?

PEDRO.-Sí, porque todos los que hablan con el rey son generales o capitanes, o oficiales a quien toca, que no se para a hablar con pobres soldados; que si eso fuese, él lo sabría y sabiéndolo lo atajaría; pero ¿queréis que vaya el capitán a dezir: Señor, yo urto de tres partes la una de mis soldados: ¿castígame por ello?

JUAN.-Y el Consejo del rey ¿no lo sabe?

PEDRO.-No lo debe de saber, pues no lo remedia; mas yo reniego del capitán que no ha sido primero muchos años soldado.

MATA.-Esos soldados fieros que deçiais denantes en el escuadrón al arremeter, ¿qué tales son?

PEDRO.-Los postreros al acometer y primeros al retirar.

JUAN.-Buena va la guerra si todos son ansí.

PEDRO.-Nunca Dios tal quiera, ni aún de treinta partes una; antes toda la religión, criança y bondad está entre los buenos soldados, de los cuales hay infinitos que son unos Çésares y andan con su bestido llano y son todos gente noble y illustre; con su pica al hombro, se andan sirviendo al rey como esclavos invierno y verano, de noche y de día, y de muchos se le olvida al rey y de otros no se acuerda, y de los que restan no tiene memoria para gratificarles sus servicios.

JUAN.-Y esos tales, siendo ansí buenos ¿qué comen? ¿tienen cargos?

PEDRO.-Ni tienen cargos, ni cargas en las bolsas. Comen como los que más ruinmente, y visten peor; no tienen otro acuerdo ni fin sino servir a su ley y rey, como dizen quando entran en alguna cibdad que han combatido. Todos los ruines son los que quedan ricos, y estos otros más contentos con la victoria.

JUAN.-Harta mala ventura es trabajar tanto y no tener qué gastar y estar sujeto un bueno a otro que sabe que es más astroso que él.

MATA.-La pobreza no es vileza.

PEDRO.-Maldiga Dios el primero que tal refrán inventó, y el primero que le tubo por verdadero, que no es posible que no fuese el más tosco entendimiento del mundo y tan groseros y ciegos los que le creen.

MATA.-¿Cómo ansí a cosa tan común queréis contradzir?

PEDRO.-Porque es la mayor mentira que de Adán acá se ha dicho ni formado; antes no hay mayor vileza en el mundo que la pobreza y que más viles haga los hombres: ¿qué hombre hay en el mundo tan ilustre que la pobreza no le haga ser vil y hazer mill quentos de vilezas?; y ¿qué hombre hay tan vil que la riqueza no ennoblezca tanto que le haga ilustre, que le haga Alexandro, que le haga Çésar y de todos reberenciado?

JUAN.-Parésceme que lleba camino; pero acá bámonos con el hilo de la jente, teniendo por bueno y aprobado aquello que todos han tenido.

PEDRO.-Tan grande necesidad es esa como la otra. ¿Por qué tengo yo de creer cosa que primero no la examine en mi entendimiento?; ¿qué se me da a mí que los otros lo digan, si no lleba camino?; ¿soy yo obligado porque mi padre y abuelos fueron necios, a sello?;¿pensáis que sirbe nadie al rey sino para que le dé de comer y no ser pobre, por huir de tan grande vileza y mala ventura?

MATA.-Razonablemente nos hemos apartado del propósito a cuya causa se començó.

JUAN.-No hay perdido nada por ello: porque aquí nos estamos para volver, que también esto ha estado excelente.

PEDRO.-¿En qué quedamos, que ya no me acuerdo?

MATA.-En el quiento de la sortija y la enemistad que os tenían los otros mismos que remaban. Beamos: y allí ¿no curabais o estudiabais?

PEDRO.-Vínome a la mano un buen libro de medicina con el qual me vino Dios a ver, porque aquel contenía todas las curas del cuerpo humano, y nunca hazía sino leer en él; y por aquél començé a curar unos cautibos que cayeron junto a mí enfermos, y salíame bien lo que experimentaba; y como yo tengo buena memoria, tomélo todo de coro en poco tiempo, y cuando después me vi entre médicos, como les dezía de aquellos textos, pensaban que sabía mucho. En tres meses quasi supe todo el oficio de médico.

MATA.-En menos se puede saber y mejor.

PEDRO.-Eso es imposible. ¿Cómo?

MATA.-Si el oficio del médico, al menos el vuestro, es matar, ¿no lo hará mejor quanto menos estudiare?

JUAN.-Dexémonos de disputas. ¿En la galera hay barberos y cirujanos?

PEDRO.-Cada una trae su barbero, ansí de turcos como de christianos, para afeitar y sangrar. Acontescióme un día con un barbero portugués que era cautibo en la galera que yo estaba, muchos años había, no habiendo yo más de cinquenta días que era esclavo, lo que oiréis. Al banco donde yo estaba al remo me traxeron un turco que mirase, ya muy al cabo; y como le miré el pulso, vi que le faltaba y que estaba ya frío, y díxeles, pensando ganar honrra con mi prognóstico, que se moriría aquella noche. ¿Que qué le querían hazer los

compañeros del enfermo? Como bieron la respuesta, dixeron: Alguna bestia debe éste de ser; llamen al barbero de la galera que nos le cure, que sabe bien todos nuestros pulsos, el qual vino luego y preguntó qué había yo dicho, y como lo oí, dixé: que se morirá esta noche; y comencé a filosofar: ¿no béis qué pulso? ¿qué frío está? ¿qué gesto? ¿qué lengua? ¿y quán undidos los ojos y qué color de muerto? Dixo él: Pues yo digo que no se morirá; y comienza de fregarse las manos y dezir: sus, hermanos, ¿qué me daréis? yo os le daré sano con ayuda de Alá. Ellos dixeron que biese lo que sería justo. Respondió que le diese[n] quinze ásperos, que son tres reales y medio de acá, para ayuda de las medicinas, y que si el enfermo vibiese le habían de dar otros cinco más, que es un real.

JUAN.-¿Pues no ponía más diferencia de muerte a vida de un real?

PEDRO.-Y era harto, según él sabía; luego se los dieron y fuese al fogón, que es el lugar que trae cada galera para guisar de comer, y en una ollica mete un poco de vizcocho y agua, y haze uno como engrudo sazonado con su azeite y sal, y delante de los turcos tomó una pedrezica como de anillo, de azúcar cande, y metiólá dentro diziendo: esta sola me costó a mí lo que vosotros me dais. Fue a dar su comida, y engargantósela metiéndole la cuchar siempre hasta el estómago. Yo a todo esto estaba algo corrido de la desvergüenza que el barbero había usado contra mí; y los que estaban conmigo al remo començaron a tomarme doblado odio porque yo podía haber ganado aquellos dineros para que todos comiéramos y no lo había hecho, y blasfemaban de mí diziendo que era un traidor poltrón y que maldita la cosa yo sabía, sino que por no remar lo hazía fingido, y otras cosas a este tenor; y de quando en quando, si me podían alcanzar alguna coz o cadenaço con la cadena, no lo dexaban de hazer. El pobre enfermo aquella noche dio el cuerpo a la mar y el ánima al diablo. Este barbero cada día le quitaban la cadena y a la noche se la metían; quando supo que era muerto, dixo que no le desferrasen aquellos dos días porque tenía muchos unguentos que hazer, que no estaba la galera bien probeída. Como no había quien curase, mandaron que me quitasen a mí la cadena; y como fui donde el barbero estaba, preguntóme cómo me llamaba. Respondí que el licenciado Pedro de Urdimalas. Díxome: noramala tenéis el nombre, tened el hecho. ¿Pensáis que estáis en vuestra tierra que por pronósticos habéis de medrar? Cúmpleos que nunca desauciéis a nadie, sino que a todos prometáis la salud luego de mano; porque quiero que sepáis la condición de los turcos ser muy diferente de la de los christianos, en que jamás echan la culpa de la muerte al médico, sino que cada uno tiene en la frente escrito lo que ha de ser dél, que es cumplida la hora: y demás desto, sabed que prometen mucho y nada cumplen: dezir os han: si me sanas yo te daré tanto y haré tal y tal; en sanando no se acuerdan de vos más que de la niebe que nunca vieron. Para ayuda de las medicinas cojed siempre lo que pudiéredes, que así se usa acá, que no se recepta, sino vos las tenéis de poner, y si tenéis menester quatro, demandaz diez. Yo que antes tenía grandíssimo enojo contra él, me quedé tan manso y se lo agradescí tanto que más no pudo ser; y más me dixo: que de miedo no le tornasen a pedir los dineros que le habían dado no había querido que lo desherrasen fasta que se olvidase de allí a dos días. Los turcos que dormían en mi ballestera no dexaron de notar y maravillarse, que nunca habían en su tierra visto tomar pulso, que por tentar en la muñeca dixese lo que estaba dentro y que muriese.

MATA.-¿Qué cosa es ballestera?

PEDRO.-Una tabla como una mesa que tiene cada galera entre banco y banco, donde ban dos soldados de guerra.

JUAN.-¿Pues no tienen más aposento de una tabla?

PEDRO.-Y ese es de los mejores de la galera. ¡Ojalá todos le alcanzasen!

MATA.-¿Y cuántas desas tiene cada galera?

PEDRO.-Una en cada banco.

MATA.-¿Quántos bancos?

PEDRO.-Veintiçinco de una parte y otros tantos de la otra, y en cada vanco tres hombres al remo amarrados; y algunas capitanas hay, que llaman bastardas, que lleban quatro.

MATA.-¿De manera que ha menester 150 hombres de remo?

PEDRO.-Y más diez, para no menester quando los otros caen malos, que nunca faltan, suplir por ello.

JUAN.-¿Y soldados cuántos?

PEDRO.-Quando van bien armadas, 50 y diez o doze gentiles hombres de popa, que llaman, amigos del capitán.

MATA.-¿Y esos han de ser marineros?

PEDRO.-No hay para qué, porque los marineros son otra cosa; que van un patrón y un cómite y otro sota cómite, dos consejeros, dos artilleros y un alguazil con su escribano y otros veinte marineros.

JUAN.-¿Parescerá al infierno una cosa tan pequeña con tanta jente? ¡Qué confusión y hedentina debe de haber!

PEDRO.-Ansí lo es, verdaderamente infierno abreviado, que son toda esta jente ordinaria que va, quando es menester pasar de un reino a otro por mar llebarán cient hombres más cada una con todos sus hatos.

JUAN.-Buenos christianos serán todos esos de buena razón, pues cada hora traen tragada la muerte.

PEDRO.-Antes son los más malos del mundo. Quando en más fortuna y necesidad se ven, comienzan de blasfemar y renegar de quanto hay del cielo de la luna, hasta el más alto, y de la falta de paciencia de los remadores no es de tanta maravilla, porque verdaderamente

ellos tienen tanto afán, que cada hora les es dulce la muerte; mas los otros bellacos, que lo tienen por pasatiempo, son en fin marineros, que son la más mala gente del mundo.

JUAN.-¿Pues tan infernal trabajo es remar?

PEDRO.-Bien dixistes infernal, porque acá no hay qué le comparar; para mí tengo que si lo lleban en paciencia que se irán todos al cielo calzados y vestidos, como dicen las viejas.

MATA.-¿Cómo puede un solo hombre tener cuenta con tantos?

PEDRO.-Con un solo chiflito que trae al cuello haze todas las diferencias de mandar que son menester, al qual han de estar tan prompts que en oyéndole en el mismo punto quando duermen, han de estar en pie, con el remo en la mano, sin pararse a despabilar los ojos, so pena que ya está el azote sobre él: dos andan con los azotes, el uno en la mitad de la galera, el otro en la otra, como maestros que enseñan leer [a] niños.

JUAN.-Con todo eso, puede el que quiere hacer del vellaco quando ese buelve las espaldas, y hazer como que rema.

PEDRO.-Ni por pensamiento. ¿Luego pensáis que hay música ni compases en el mundo más acordada que el remar?: engañáisos, que en el punto que eso hiziese, estorba a sus compañeros y suenan un remo con otro y desházese el compás, y como buelve el cómite, si le había de dar uno le da seis.

JUAN.-Y esos mal aventurados ¿cómo viben con tanto trabajo y tan poca comida?

PEDRO.-Ahí veréis cómo se manifiesta la grandeza de Dios, que más gordos y ricos y luçios los veréis y con más fuerzas que estos cortesanos que andan por aquí paseando cada día con sus mulas. Tienen un buen remedio, que todos procuran de saber hazer algunas cosillas de sus manos, como calzas de aguja, almillas, palillos de mondar dientes, muy labrados, boneticos, dados, partidores de cabellos de mujeres labrados a las mill maravillas y otras cosillas, así quando hay viento próspero, que no reman, y quando están en el puerto: lo qual todo venden quando llegan en alguna cibdad y a los pasajeros que van dentro, y desto se remedian, y suelen, temporadas hay, comer mejor que los capitanes; y mira cuán grande es Dios, que todos, por la mayor parte, son ricos y hay muy muchos que tienen cient ducados y doçientos, que no los alcanza ningún capitán de Italia, y hombres hay dellos que juegan cient escudos una noche con algún caballero, si pasa, o con quien quisiere; y si el capitán o los oficiales tienen necesidad de dineros, éstos se los prestan sobre sus firmas hasta que les den la paga.

MATA.-¿Nunca se les alzan con ello?

PEDRO.-No, ni pueden aunque quieran; antes lo primero que el pagador haze es satisfaçerles, y tampoco se los prestarán de valde, sino que si le dan 15, que le hagan la cédula de 16. No faltan también inábiles como yo que ni saben oficio ni tienen qué comer; pero éstos sirben a los otros de remojar el bizcocho y cozinan la olla y poner y quitar las mesas y comen con ellos.

JUAN.-¡Y qué tales deben de ser las mesas!

PEDRO.-Una rodilla bien suçia, si la alcanzan, y los capotes debajo; la propia mesa es comer bien; que aunque esté sobre un muladar, no se me da nada.

MATA.-¿En qué comen? ¿tienen platos?

PEDRO.-Una escudilla muy grande tienen de palo, que llaman gabeta, y un jarro, de palo también, que se diçe chipichape; esto hay en cada banco; y antes que se me olvide os quiero dezir una cosa y es que me vi una vez con quince caballeros comendadores de Sant Juan, y entre todos no había sino una gabeta en la qual comíamos la carne y el caldo y bebíamos en lugar de taza, y orinábamos de noche si era menester.

JUAN.-¿Y no teníais asco?

PEDRO.-De día no, porque con todo eso teníamos gana de bibir; y de noche menos, porque más de tres meses cenamos a oscuras, y esto era en tierra en Constantinopla, porque viene a propósito de las gabetas.

JUAN.-¿Nos daban siquiera un candil, ni miraban que fuesen caballeros?

PEDRO.-Antes adrede maltratan más a esos tales, por sacarles más rescate, como a gatos de Algalia.

MATA.-No salgamos, por Dios, tan presto de galera. A los soldados y gente de arte ¿qué les dan de comer?

PEDRO.-Sus raciones tienen en las de los christianos, de atún y pan vizcocho y media zumbra de vino, y a terzer día mudan a darles vaca si están donde la puedan haber, y dos ducados al mes razonablemente pagados.

JUAN.-¿Y pueden sufrir por tan poco sueldo esa vida?

PEDRO.-Y están muy contentos con ella por la grandíssima livertad que tienen sin obedecer rey ni Roque; en los de los turcos no les dan nada a los soldados sino quatro escudos al mes y ellos se juntan de quatro en quatro o seis en seis y meten en la galera arroz y vizcocho, azúcar y miel; que no han menester vino, pues no lo pueden beber.

JUAN.-Y en las de christianos ¿oyen nunca misa y traen quien los confiese?

PEDRO.-Sí, bien cada domingo y fiesta; si no navegan, les dizen misa en tierra donde puedan todos ver, y en cada galera traen un capellán, y los turcos también uno de los suyos.

MATA.-Vamos adelante con la jornada, que la galera ya está bien entendida.

PEDRO.-De Sancta Maura fuimos a otro puerto de una cibdad, cerca, que se llama Lepanto, y Patrás, que está junto donde Sant Andrés fue martirizado. Allí estuvimos con esta vida unos veinte días y despalamos las galeras.

JUAN.-¿Qué es despalmar?

PEDRO.-Darles por debaxo con sebo una camisa para que corra bien, y que la yerba que hay en la mar donde no está muy honda y la bascosidad del agua no se pegue en la pez de la galera, porque no podría de otra manera caminar; y esto es menester hazer cada mes, para bien ser, o de dos a dos a lo más. De allí caminamos a Puerto León, que es en Athenas, y llámase así porque tiene un grandísimo león de mármol a la entrada.

JUAN.-¿Llega la cibdad de Athenas a la mar?

PEDRO.-No; pero hay una legua no más.

MATA.-Pues ¿qué nos diréis de Athenas? ¿es gran cosa como dizen?

PEDRO.-No la vi entonces hasta la buelta, que verná a propósito; yo lo diré. De Puerto León fuimos a Negroponto, y de allí pasamos por Sexto y Abido y entramos en la canal de Constantinopla, que es el Hellesponto, y fuimos a Gallipol y a la isla de Mármara, y de allí a Constantinopla, que es metrópoli que llaman, como quien dice cabeza de toda la Turquía, donde reside siempre por la mayor parte el Gran Señor y concurre todo el imperio.

JUAN.-¡Grande sería la solemnidad de la entrada!

Capítulo V

La vida en el cautiverio

PEDRO.-Mucho, y de harta lástima. Salió el Gran Turco a un mirador sobre la mar, porque bate en su palacio, y comenzaron de poner en cada galera muchos estandartes, en cada vanco el suyo; en lo más alto las vanderas de Mahoma, y debaxo dellas los pendones que nos habían tomado, puestos los crucifixos y imágenes de Nuestra Señora que venían dibuxados en ellos, las piernas hazia riba, y la canalla toda de los turcos tirándoles con los arcos muchas saetas; luego las banderas del Gran Turco y debaxo dellas también las del Emperador y el príncipe Doria, hazia baxo, al rebés puestas; luego comenzaron de hazer la salva de artillería más soberbia que en el mar jamás se pudo ver, donde estaban ciento y cinquenta galeras con algunas de Francia, y más de otras trescientas nabes, entre chicas y grandes, que se estaban en el puerto y nos ayudaban; cada galera soltaba tres tiros y tornaba tam presto a cargar; duró la salva una hora, y metímonos en el puerto y desarmamos nuestras galeras en el tاراڻال, que es el lugar donde se hazen y están el invierno, y no tardamos tres horas en desbaratar toda la armada, y el Gran Señor quiso ver la presa de la jente, porque no los había podido ver dentro de las galeras, y ensartáronnos todos, que

seríamos al pie de dos mill, con cadenas, todos trabados uno a otro; a los capitanes y oficiales de las galeras echaron las cadenas por las gargantas, y con la música de trompetas y atambores que nosotros nos llebábamos en las galeras, que es cosa de que ellos mucho se ríen, porque no usan sino clarines, nos llebaron con nuestras banderas arrastrando a pasar por el zerraje del Gran Turco, que es su palacio, de donde ya iban señalados los que habían de ser para él, que le cabían de su quinto, y entrellos principalmente los capitanes de las galeras; y éstos llebaron a Galata, a la torre del Gran Señor, donde están aquellos dos mill que arriba dixé, para sus obras y para remar al tiempo.

JUAN.-¿Dónde es Galata? Por ventura es la que San Pablo dice ad galatas.

PEDRO.-Creo que no, porque ésa es junto a Babilonia. Esta se llamaba otro tiempo Pera, que en griego quiere dezir dese cabo, y llamábanla así porque de Constantinopla a ella no hay más de el puerto de mar en medio, que será un tiro de arcabuz, el qual cada vez que quisiéredes pasar podréis por una blanca; y será de tres mill casas, y en esta hay en la muralla muchas torres, en una de las cuales metieron a todos los que éramos esclabos de Zinan Baxá, el general, que seríamos en todos 700, de los cuales empresentó obra de ciento, puestos todos en un corral como obejas. Tornaron a repreguntar a cada uno su nombre y patria, y qué oficio sabía, y ponían a todos los de un oficio juntos; y repartieron a los más, porque para todos no había, sendas mantas para dormir y capotes de sayal y zaragüelles de lo mesmo, de lo qual fue Dios servido que alcancé mi parte; y los barberos que habían tomado de las galeras fueron siete, en el número de los cuales fui yo escrito. Diéronnos por superior un zirujano viejo, hombre de bien y cudicioso de ganar dineros, por lo qual, como tenía crédito, s'entremetía en curar de mediçina y todo, y mandáronnos obedescerle en todo lo que él mandase. Como éramos los más cautibos nuevos y la vida ruin, comenzó de dar una modorra por nosotros, que cada día se morían muchos, entre los cuales yo fui uno.

MATA.-¿Qué, os moristes?

PEDRO.-No, sino herido. Dio industria este barbero o médico, o qué era, que nos metiesen los enfermos apartados en una gran caballeriza, adonde, por estar fuera de la torre, había buen aparejo para huir, y por eso nos ensartaban a todos por las cadenas que teníamos con una muy larga y delgada cadenilla, y a la mañana entraba el viejo cirujano con los otros barberos a ver qué tales estaban, y probeía conforme a lo que sabía, que era nonada. Traía un jarro grande de agua cozida con pasas y regaliz, que era la mejor cosa que sabía, y dábanos cada dos tragos diciendo que era xarabe, y al tiempo que le parecía, sin mirar orina ni nada, daba unas píldoras o una bebida tal qual, y en sangrar era muy cobarde, por lo qual entre ciento y treinta enfermos que estábamos, cada día había una docena o media al menos de muertos que entresacar.

JUAN.-Allí, pues estabais en tierra, razonables camas tubierais.

PEDRO.-Peores que en galera y menos lugar mill veces; estábamos como sardinas en cesto pegados unos con otros. No puedo dezir sin lágrimas que una noche, estando muy malo, estaba en medio de otros dos peores que yo, y en menos espacio de tres pies todos tres y ensartado con ellos; y quiso Dios que entrambos se murieron en anocheciendo, y yo

estube con todo mi mal toda la noche quan larga era, que el mes era de noviembre, entre dos muertos; y de tal manera, que no me podía revolver si no caía sobre uno dellos. Quando a la mañana vinieron los guardianes a entresacar para llebar a enterrar, yo no hazía sino alzar de poco a poco la pierna y sonar con la cadena para que viesen que no era muerto y me llebasen entrellos a enterrar. Y los bellacos de los barberos, con el mayoral, llamábanme el mato, que quiere dezir en italiano el loco, porque les hazía que me sangrasen muchas vezes, y eran como dixen tan avarientos, que aun mi propia sangre les dolía. Al fin me hubieron de sangrar quatro vezes y quiso Dios que mejorase, lo qual ellos no debían de querer mucho porque no hubiese quien entendiесе sus errores.

JUAN.-Y los muertos ¿dónde los entierran? ¿hay iglesias?

PEDRO.-Si hay, pero en la caba de la zerca, y no muy hondo, los echan.

JUAN.-Esa es grandíssima lástima.

PEDRO.-Antes me parece la mayor misericordia que ellos con nosotros usan. ¿Qué diablos se me da a mí, después de muerto, que me entierren en la caba o en la horca muriendo buen christiano? Quando la calentura me dexó al seteno, quedé muy flaco y debilitado y no tenía la menor cosa del mundo que comer, y no podía dormir, no por falta de gana sino porque no me ayude Dios si no me podían barrer los piojos de acuestas, porque ya había cerca de quatro meses que no me había desnudado la camisa.

JUAN.-No se le es d'agradeçer que se haya trocado y no se acuerde del mundo hombre que semejantes merçedes ha rescibido de Dios.

PEDRO.-De beras lo diréis quando acabare.

MATA.-¿Y qué os daban allí de comer en tan buena enfermería?

PEDRO.-Una caldera grande como de tinte hazían cada día de azelgas sin sal ni azeite, y de aquéllas aun no daban todas las que pudieran comer, y un poquito de pan. Un hidalgo de Arbealo, hombre de bien, me fue a visitar un día, que había quince años que era cautibo; al qual le dixen que bien sabía yo que era imposible y pedir gullurías en golfo, como dicen los marineros, pero que comiera una sopa en vino; el qual luego fue y me traxo un buen pedazo de una torta, y media copa de vino, y comílo; y como ocho días había que no comía bocado, quedé tan consolado y contento, y credlo sin jurarlo, como si me dieran livertad, y otro día siguiente me tornó a dezir si comería dos manos de carnero con vinagre. Respondí que de buena voluntad, aunque pensé que burlava; él me las traxo. Y como estubiese razonable, luego me metieron en la torre con los demás, y el sobrebarbero me mandó que vaxase cada día a servir a los enfermos, de darles de comer; y siempre, como dizen, arrímate a los buenos, procuré tomar buena compañía y procuré d'estar con la camarada de los caballeros, que eran, entre comendadores y no, quince; y como me conoscián algunos, cayó un ginobés allí junto a mí, que tenía dineros, y rogóme que le curase; y quiso Dios que sanó, y diome tres reales, con los quales fui más rico que el rey; porque la bolsa de Dios es tan cumplida, que desde aquel día hasta el que esto.....os, nunca me faltó blanca. El sobrebarbero, como iba por la cibdad y ganaba algunos escudos, y entre esclavos no nada, probó a ver si se

podría eximir del trabajo sin provecho, y mandóme que delante dél otro día hiziese una visita general, para probarme, y no le descontenté; descuidóse por seis días, en los quales yo no sabía qué medicina hazer; sino como conocí que aquél sabía poco o nada y morían tantos, hize: al rebés todo lo que él hazía, y comienzo a sangrar livialmente y purgar poco, y quiere Dios que no murió nadie en toda una semana, por lo qual yo vi ciertamente al ojo que no hay en el mundo mejor medicina que lo contrario del ruin médico, y lo he probado muchas vezes, y qualquiera que lo probare lo hallará por verdad. Fueron las nuebas a mi amo désto, de lo qual se holgó, y embió su mayordomo mayor a que yo de allí adelante curase a todos, y que no me llebasen al campo a trabajar con los otros. Yo pidí de merced que los barberos me fuesen subjetos, lo qual no querían, antes se me alzaban a mayores. Fume otorgado, y más hize un razonamiento diciendo que cada christiano valía sesenta escudos, y que si muchos se morían perderían muchos escudos, y uno que se moría, si se pudiera librar, pagaba las medicinas de todos; por tanto, me hiziesen merced de comprarme algunas cosas por junto. Parescióles tan bien que me dieron comission que fuese a una botica y allí tomase hasta quarenta escudos de lo que yo quisiese, y cumpliólo muy bien.

JUAN.-¿Pues hay allá boticas como acá?

PEDRO.-Más y mayores, y aun mejores. En Galata hay tres muy buenas de christianos venecianos; en Constantinopla bien deben de pasar de mill, que tienen judíos.

MATA.-¡Qué buen clabo debistes de echar en la compra!

PEDRO.-Y aun dos, porque el boticario me dio dos escudos porque lo llebase de su botica; y yo me concerté con él que llebase quarenta escudos por aquello a mi amo, y no montaba sino treinta y seis, y me diese los otros quatro.

MATA.-No era mala entrada de sisa esa; mejor era que la del otro pobre barbero que contastes; buen discípulo sacó en vos.

JUAN.-Harta miseria había pasado el malaventurado antes de cojer eso.

PEDRO.-Pocas noches antes lo vierais; que estábamos quinze caballeros y yo una noche entre muchas sin tener que çenar otra cosa sino media escudilla de vino que un cautibo nos había dado por amor de Dios, y diónos otro un cabo razonable de candela, como tres dedos de largo, que fue la primera que en tres meses habíamos tenido. Tubímosla en tanto que no sabíamos qué hazer della. Fue menester botar entre todos de qué serviria. Yo dezía que zenásemos con él; otro dixo que se guardase para si alguno de nosotros estubiese in articulo mortis; otro que hiziésemos para otro día con él y con vizcocho migas en sebo; dixo el que más autoridad tenía y a quien todos obedecíamos, porque era razón que lo merecía, que mejor sería que le gastásemos en espulgarnos, pues de día en la prision no había suficiente luz para hazerlo. Yo repliqué que, pues la zena era tan liviana, que bien se podría todo junto hazer, y ansí se puso la mesa acostumbrada, y puesta nuestra cena en medio, que ya gracias a Dios teníamos pan fresco, aunque negro pero ciertamente bueno, y destajamos que ninguno metiese dos vezes su sopa en la escudilla de vino, sino que, metidas dentro tantas quantos éramos, cada uno sacase la suya por orden; y luego echábamos un poco de agua para que no se acabase tan presto; y esto duró hasta que ya el vino era hecho agua clara; y

con esto hubo fin la cena, que no fue de las peores de aquellos días. Tras esto cada uno se desnudó, y comenzamos de matar jente, de cada golpe no uno sino quantos cabían en la prensa.

JUAN.-¿Qué prensa?

MATA.-¿No eres más bobo que eso?; las uñas de los pulgares. ¿Y bastó la candela mucho?

PEDRO.-Más de quince horas en tres noches.

MATA.-Ésa, hablando con reberencia, de las de Juan de Voto a Dios es; ¿tres dedos de candela quince horas? Venga el cómo; si no, no lo creeré. ¿Son las horas tan grandes allá como acá?

PEDRO.-Por tanto como eso soy enemigo de contar nada; más pues lo he comenzado, a todo daré razón. Hubo un acuerdo de consentimiento de todos, que cada uno el piojo grueso le pusiese en aquel poco sebo derretido que está junto a la llama para que se quemase. Començó cada uno de poner tantos, que tubo la llama para gastar todo este tiempo que dixe.

MATA.-Desde aquí hago voto y prometo de creer quanto dixéredes, pues tan satisfecho quedo de mi dubda.

JUAN.-Ya quando bullía el dinero de la sisa debíais de comer bien.

PEDRO.-Razonablemente; hizimos un caballero cozinero que lo hacía lindamente.

MATA.-¿Dónde lo había deprendido siendo caballero?

PEDRO.-Había sido paje, y como son golosos, nunca salen de la cozina. Éramos ya señores de sendas cuchares y una calabaza y olla. Comíamos muchas vezes a las noches; entre día no quedaba nadie en casa.

JUAN.-¿Qué se hazían?

PEDRO.-En amanesciendo, los guardianes, que son en aquella torre treinta, dan bozes diziendo: Baxá bajo tuti, y abren la puerta de la torre, y todo el mundo baxa por contadero al corral, y en el paso está uno con un costal de pan, dando a cada uno un pan que le basta aquel día; cada oficio tiene su guardián, que tiene cargo de llebar y traer aquéllos; luego diçen: «Fuera carpenteros»; quien no saliere tan presto, siéndolo, llebará veinte palos bien dados; luego, afuera herreros, lo mesmo; y serradores, lo mesmo; y ansí de todos los oficios; estos que se llaman la maestrança van al tarazanal a trabajar en las obras del Gran Turco, y gana cada uno diez ásperos al día, que es dos reales y medio, una muy grande ganancia para quien tiene esclabos. Tenía mi amo cada día de renta desto más de treinta escudos, y con uno hacía la costa a seiscientos esclabos. Los demás que no saben oficio llaman ergates, los quales van a trabajar en las huertas y jardines, y a cabar y cortar leña y traerla acuestas, y traer cada día agua a la torre, que no es poco traer la que han menester

tanta jente; y con los muradores o tapiadores y canteros que van a hazer casas, para abrir cimientos y servir, y por ser en Constantinopla las casas de tanta ganancia, no hay quien tenga esclabos que no emprenda hazer todas las que puede; y con quanta prisa se hagan yo lo contaré, quando viniere a propósito, de unos palacios que hizo Zinán Baxá mi amo. Suélnense al salir a trabajar muchos esconder debaxo de las tablas y mantas; algunos les aprovecha, a otros no, porque cada mañana con candelas andan a buscarlos como conejos. Un esclabo de los más antiguos es escribano y es obligado a dar quenta cada día de todos; y así entrega a cada guardián tantos; y pone por memoria: Fulano llebó tantos a tal obra; y al venir los rescibe por la mesma quenta.

JUAN.-¿Tanto se fían del esclabo que le hazen escribano?

PEDRO.-Más que del turco en caso de guardar christianos; antes son de mayor caridad en eso que nuestros generales christianos para con ellos. Ordinariamente hazía Zinán Baxá y cada general, cada pascua suya, siete o ocho los más antiguos, o por mejor dezir los mayores bellacos de dos caras, parleros, que entre todos había, guardianes de los mesmos christianos, a los cuales dan livertad. Desta manera permítenles andar solos adonde fueren, y danles una carta de livertad con condición que sirvan lealmente sin traición tres años, y al cabo dellos hagan de sí lo que quisieren; y en estos tres años guardan a los otros, y son bastantes ocho para guardar quatrocientos, lo qual turcos no bastan cinquenta.

JUAN.-¿Cómo puede eso ser?

PEDRO.-Como ellos han primero sido esclabos, saben todas las mañas y tratos que para huir se buscan, y por allí los guardan, de lo qual el turco está inocente. También, como están escarmentados de la prisión pasada, desbélense en servir por no bolver a ella.

JUAN.-¿Cómo lo hazen éstos con los christianos?

PEDRO.-Peor mill vezes que los turcos, y más crueles son para ellos; tráenlos quando trabajan ni más ni menos que los aguadores los asnos; vanles dando, quando ban cargados, palos detrás si no caminan más de lo que pueden, y al tiempo del cargar les hazen tomar mayor carga acuestas de la que sus costillas sufren, y quando pasan cargados por delante el amo, por parecer que sirbe bien, allí comienza a dar bozes arreándolos y dando palos a diestro y a siniestro; y como son ladrón de casa, ya saben, de quando estaban a la cadena, cuál esclabo alcanza algunos dinerillos, y aquél dan mejores palos, y no le dexan hasta que se los hazen gastar en tabernas todos, y después también los maltratan porque no tienen más que dar; si algún pobre entre mercaderes tiene algún crédito para que le probean alguna miseria, éstos los lleban a sus casas para que negocien, pero no los sacarán de la torre si primero no les dan algunos reales, y después de lo que cobran la mitad o las dos partes; ni los dexan hablar con los mercaderes en secreto por saber lo que les dan y que no se les encubra nada; y si ven que tiene buen crédito de rescate, luego se hazen de los consejeros, diziendo que digan que son pobres, y que ellos serán buenos terceros con el señor, y que por tal y tal vía se ha de negociar, y banse al señor y congraciándose con él, le dizen que mire lo que haze, que -aquél es hombre que tiene bien con qué se rescatar.

JUAN.-¿Esos guardianes no se podrían huir si quisiesen con los otros cautibos?

PEDRO.-Facilíssimamente si los bellacos quisiesen; pero no son dósos, antes les pesa quando se les acaba el tiempo de los tres años, por no tener ocasión de venirse en livertad.

MATA.-¿Pues quieren más aquella vida de guardar christianos que estar acá?

PEDRO.-Sin comparación, porque acá han de vibir como quienes son, y allá, siendo como son ruines y de ruin suelo, son señores de mandar a muchos buenos que hay cautibos, y libres para emborracharse cada día en las tabernas y andarse de ramera en ramera a costa de los pobres súbditos.

MATA.-¿Hay putas en Constantinopla?

PEDRO.-Désas nunca hay falta donde quiera.

MATA.-¡Mira qué os dize, Juan de Boto a Dios!

JUAN.-Con vos habla y a vos responde.

PEDRO.-Y aun bujarrones son los más, que lo deprenden de los turcos. Finalmente, ¿queréis que os diga? Sin información ni más oír, había el rey, en viniendo alguno que dixese que por su persona le habían dado los turcos livertad y había sido allá guardián de christianos, de mandarle espetar en un palo y que le asasen bibo; porque aquel cargo no se le dieron sino por bellaco azezinador y malsín de los christianos que nunca hazen quando están entrellos antes que les den livertad sino acusarlos que se quedan a las mañanas escondidos, que son de rescate, que tienen dineros, que tienen parientes ricos; y quando están trabajando con ellos, que ban a andar del cuerpo muchas vezes por holgar, y otras cosas ansina semejantes, por donde se rescatan pocos; porque el pobre que tenía cient escudos ya le han levantado que tiene mill, y que si no los da, que no saldrá, y como la pestilencia anda muy común allí, de un año a otro se mueren todos; no se entiende que a todos los que ellos dan livertad sin dineros les habían de hazer esta justicia, porque hay muchos que caen en manos de turcos honrrados particulares que no tienen sino dos o tres y los traen sin cadenas en la Notolia que propiamente es la Asia, junto a Troya, y andan en la labrança, y como les han servido muchos años, danles livertad y dineros para el camino, sino a los que han sido guardianes, pues por parleros les dieron el cargo.

MATA.-A esa quenta cada día habría acá hartas justicias desas si a los malsines y parleros hubiesen de asar; porque no hay señor ninguno que no se deleite de tener en cada pueblo personas tales quales habéis pintado; veo guardianes que les van a dezir qué dixo el otro paseándose en la plaza quando vio el corregidor nuevo, y qué trato trae, y cómo vibe, y el trigo que compra para rebender, sin mirar la costa que el otro tiene en su casa; y que le oyó dezir que era tan buen hidalgo como su señoría, no mirando en todo la viga lagar de su ojo sino la mota del ajeno, de donde nascen todas las disensiones y pleitos entre señores y vasallos; porque como creen las parlerías, quando van [a] aquellos pueblos luego mandan: a Fulano echádmele doblados huéspedes, y a Fulano dalde a executar por la resta de la alcabala que me debe, y al otro quitadle el salario que le doy, y comienza a no se querer quitar la gorra a nadie, y mirarlos de mal rostro y detenerse allí mucho tiempo para más

molestar, y traer un juez de residencia que castigue las cosas pasadas y olvidadas, y los acusadores que acusaren lleben la mitad de la pena.

PEDRO.-Esa les daría yo muy bien; porque a los parleros que fueron la causa, daría la pena que los guardianes merecen, y a estotros la mitad della, y aun los señores que se pagan de parleros no se me irían en salbo.

MATA.-No hayáis miedo que se le vayan a Dios tarde o temprano.

JUAN.-Harto los pico yo sobreso en las confesiones, aunque no aprovecha mucho.

PEDRO.-También los confesores servís algunas vezes de pelillo y andáis a sabor de paladar con ellos por no los desabrir; para mi santiguada que si yo los confesara, que les hiziera temblar quando llegaran a mis pies; y que si en dos o tres confesiones me confesasen un mesmo pecado, sin emienda, yo los embiase a buscar el Papa que los absolviese, y a los parleros absolvería con condición que fuesen aquel que tienen robada la fama y le dixesen: Señor, pidos perdón que he dicho esto y esto de vos, en lo qual he mentido mal y falsamente; y por no lo ir a hazer otra vez, procurará de enmendar la vida, ya que no mire la ofensa que a Dios haze.

MATA.-¡Por Dios, gentil consejo era ese para tener nosotros de comer! Bien podríamos desde luego tomar nuestro hato y caminar al espital, porque podría bien tocarse la vigüela sin segunda, que nadie volbería.

PEDRO.-Querría más un quarto; mayor es la bolsa de Dios que me los pagará mejor, y si todos los confesores hiziesen así, ellos volverán aunque no quisiesen.

MATA.-¿Quién pensáis que volvería segunda vez?; que andan pretendiendo y echando mill rogadores una infinidad de confesores por quitarle los perrochanos de lustre a Juan de Voto a Dios? ¡Más sobornos traxo el otro día uno para que le diesen un domingo el púlpito de la reina, por procurar alguna entrada como contentar, para si pudiese alcanzar a confesarla, rebolió toda la corte hasta que lo alcançó, y si fuera con buen zelo no era malo; más creo que lo hazen por estas mitras, que son muy sabroso manjar, y para faborescer a quien quisieren.

PEDRO.-De creer es; porque si por otra vía lo hiziesen no ternían que rogar más a los ricos que a los pobres, y ellos harían que los fuesen a rogar y huirían dellos; pero con su pan se lo coman, que este otro día vi en un lienzo de Flandes el infierno bien pintado, y había allí hartas mitras puestas sobre unas muertes y algunas coronas y bastones de reyes sobre otras. Plega Dios que no parezca lo vibo a lo pintado. ¡Más que pensado devía de ir aquel sermón y qué de extremos ternía buscados por no parescer que dezía lo que los otros!

MATA.-En esto lo vierais, que no predicó del Evangelio de aquel día, sino tomó el tema de una lección que dezía que había reçado a la mañana en las laudes, y entró declarando el Evangelio, y al cabo que le dixo todo en romançe, mandó le prestasen atención, porque aquello que había dicho era la corteza del sermón, y entró por unas figuras del Testamento viejo, sin más acordársele de tema ni Evangelio, con ciertas comparaciones, y dio consigo

en la pasión de Christo, y acabó con unas terribles voces diziendo que se acercaba el día del juicio.

PEDRO.-Buena estaba la ensalada, por mi vida. En Ytalia, donde son gente de grande entendimiento, en viendo el predicador que se mete en qualquiera desas cosas, luego ven que es idiota y trae cosas de cartapacio, si no es día que la Iglesia haze mençion dellas. ¿Y supo acabar? Porque la mayor dificultad que semejantes predicadores tienen es ésa.

MATA.-Allá predicó sus dos horas o zerca, por si otra vez no le dieran el púlpito.

PEDRO.-Una cosa veo, hablando con reberençia de la teología de Juan de Boto de Dios, la más reçia del mundo, en los predicadores d'España y es que tienen menester ser los púlpitos de azero, que de otra manera todos los hazen pedazos a bozes; parésçeles que a porradas han de persuadir la fe de Christo.

JUAN.-¿Qué es la causa deso?

PEDRO.-La Retórica que no les deve de sobrar; en tiempo de los romanos los retóricos como Cicerón y de los griegos Demósthene y Eschine eran procuradores de causas que iban a dezir en los senados, lo que agora los juristas dan por escritos, y procuraban con su rectórica persuadir, y esta es la cosa que más habían de saver los letrados; de la qual no se hable, porque están llenos como colmenas de letras bárbaras y no saben latín ni romance, quanto más Rectórica; los médicos, algunos hay que la saben, pero no la tienen menester; de manera que toda la necesidad della ha quedado en los theólogos, de suerte que no valen nada sin ella, porque su intento es persuadirme que yo sea buen christiano, y para hazer bien esto, han de hazer una oración como quien ora en un teatro, airándose a tiempos, amansándose a tiempos, llevando siempre su tono concertado y muy igual, ansí como lo guardan muy gentilmente en Italia y Francia, y desta manera no se cansarían tanto los predicadores.

JUAN.-Algunos de los que han pasado allá han traído esa costumbre y de dezir la misa rezada a bozes, y todo se lo reprehenden porque dicen que no se usa.

PEDRO.-¿Qué se me da a mí de los usos, si lo que hago es bien hecho? En verdad que lo de dezir alto la misa que es una muy buena cosa; porque el precepto no manda ver misa, sino oírla, y es muy bien que aunque haya mucha gente todos participen igualmente.

Capítulo VI

Pedro médico de Sinán Bajá

MATA.-Allá se avengan; determínenselo ellos. ¿Cómo's fue después con vuestros enfermos y las medicinas que tomastes?

PEDRO.-Bien, por çierto; que luego di a un barbero la llabe de la caja en donde estaban y que él fuese el boticario, y sabía hazer unguentos, que era grande alivio; en fin, todos sanaron, y de allí en adelante no caían tantos. Esto duró seis meses, que yo tenía toda la carga y el zirujano viejo curaba los turcos que en casa de Zinán Baxá había, con alguna ganancia, y no tanto trabajo como yo tenía. Al cabo destes seis tenía yo ya algunas letras y experiençia, que podía hablar con quien quiera, y fama que no faltaba, y veníanme a buscar algunos turcos allí, y yo pidía licencia para salir de la torre al guardián mayor, y éste me la daba con condición que le diese parte de la ganancia, y dábame otro hombre de guardia, que iba conmigo, el qual también quería la suya; y entre muchos curé a un privado de Dargute, el qual me dio un escudo, que vino a buen tiempo porque no había tras qué parar; y los turcos que curaba, como me había dicho el barbero al principio, prometían mucho y después no cumplían nada quando estaban buenos. Zinán Baxá mi patrón tenía una enfermedad que se llama asma, doze años había, el qual no había dexado médico que no provase, y a la sazón estaba puesto en manos de aquel ziruxano viejo, que le daba muy poco remedio, y los açidentes creşçían. Dixéronle que tenía un christiano español médico, que por qué no le probaba; luego me embió a llamar, y andaba siempre con mi cadena al pie, de seis eslabones, rodeada a la pierna, como traen también en tierra todos los cautibos, y quando llegué adonde él estaba, hize aquel acatamiento que acá hiziera a un príncipe, llamándole siempre de Exçelencia, y quando le llegué a tomar el pulso, hinquéme de rodillas y veséle el pie y tras él la mano; y mirando el pulso, torné a vesarle la mano y retiréme atrás. Los renegados que estaban presentes refirieronle todo lo pasado, como entendían la una y la otra lengua y lo que acá y allá se usa; y muy contentos de lo que había hecho tubieron en mucho la buena criança, la qual los otros christianos que hast'allí habían hablado con él no habían usado, pensando que por ser turco no lo entendiera, y no había necesidad dello, o por no lo saber hazer, antes le trataban de tú, y si le daban alguna medi[ci]na, llebábanla sin ninguna reberencia en unas vasijas de a blanca sin hazer más caso. Él dixo a los gentiles hombres que estaban con él: Bien paresçe éste haberse criado entre gente noble; y a mí me comenzó a contar su enfermedad por uno de los intérpretes; y díxome si me bastaba el ánimo a sanarle: Yo le respondí que no, porque Dios era el que le había de sanar y otro no; pero que lo que en mí fuese, estubiese cierto que no faltaría. Ellos son amigos que luego el médico diga que le dará sanidad, y tornóme a replicar que en cuántos días le daría sano. Yo dixé que no sabía y que aplicaría todos los remedios posibles, de tal manera que lo que yo no hiziese no lo haría otro médico, y en lo demás dexase hazer a Dios y él se dispusiese a hazer quanto yo mandase, porque de otra manera no se podía hazer nada. A esto respondió que a él le pareşçía haber hallado hombre a su propósito, y desde luego comenzase. Yo fui presto a la votica y tomé unos xarabes apropiados en un muy galán vidro veneciano, y llebéselos con aquella solemnidad que a tal príncipe se debía, y holgóse en verlos tam bien puestos y preguntóme cómo los había de tomar. Mandé que me traxesen una cuchar y tomé tres cucharadas grandes y comímelas delante dél, y dixé: Señor, ansina. Luego él tomó su cuchar y comenzó a comer, dando gracias a Dios de que le hubiese dado un hombre a su propósito, no estimando en menos la salba que la criança pasada; y echó mano a la faldriquera y saco un gran puñado de ásperos, que serían tres escudos, y diómelos, mandando que prestamente me quitasen los bestidos de sayal y me diesen, otros de paño. Diéronme una sotana que ellos usan, que llaman dolamán, y una ropa enzima hasta en pies; la sotana de paño morado aforrada en vocazí; la otra de paño azul, aforrada en paño colorado; mas no me quitaron la cadena ni la guarda, antes me la dieron doblada de allí adelante. Acabados sus xarabes, díle unas tabletas para la tos, y

habiéndole de dar una tarde cinco píldoras, no supe cómo hazer dellas la salba, porque siempre iba con cautela como quien estaba entre enemigos. Hize seis y quando se las di le dixé que había de tomar aquella noche cinco. Preguntado cómo, porque no pensase que la que yo había de tomar llebaba señalada y le daba a él algún veneno, díselas todas seis en la mano y pedíle una. Diómela, y traguémela delante dél. Tomólas y obró bien con ellas y hubo mejoría.

MATA.-El ardid fue por cierto como de Pedro de Urdimalas. ¿Y él usaba entonces curarse a fuer de acá, o hay médicos como acá?

PEDRO.-Médicos y voticarios no faltan, principalmente judíos; hay médicos muchos, los quales para ser conocidos traen por divisa una barreta colorada, alta, como un pan de azúcar.

JUAN.-¿Son letrados?

PEDRO.-Muy pocos hay que lo sean, y esos han ido de acá; pero allá no hay estudios, sino unos con otros se andan enseñando, y quasi va por herencia, que el padre dexa la barreta y un libro que dize en romance: para curar tal enfermedad, tal y tal remedio; sin poner la causa de donde puede venir; algunos hay que saben arábigo y le[e]n Abizena, pero tampoco entienden mucho. Turcos y griegos no saben letras, sino los médicos que hay todos son echizeros y supersticiosos. Era tan bueno mi amo que porque los otros que le habían curado no se desabriesen me decía: Si te preguntaren a quién curas, di que a un camarero mío; era balientísimo hombre, de cuerpo como un gigante, colorado y cierto lindo hombre. Yo determiné de sangrarle si él se dispusiese a ello, y fue tan contento, que se dexó sacar de los brazos dos libras de sangre en dos vezes, y aquel día, como lo supo un judío médico que antes llebaba su salario, quedó atónito, porque son cobardes en el sangrar, y vino a la cámara del Baxá, que se holgaba siempre con él, y venía cargado con una alforja, dentro de la qual traía un libro grande como de iglesia, escrito en ebraico, y dixo a mi mano que me quería probar que las sangrías habían sido mal hechas. Yo fui llamado y sentámonos en el suelo sobre una alombra, que así se usa, y traxeron un escañico sobre qué poner el libro, y díxome a lo que venía. Yo no dexé de temer un poco, pensando que sabía algo, y preguntéle que en qué lengua. Díxome que en fina castellana, pues era común a entrambos. Yo dixé que no, sino latina o griega. Respondió que no sabía ninguna de aquéllas, de lo qual me holgué mucho y comencó de abrir el libro y preguntarme que qué enfermedad era aquella. Yo díxele que me lo dixese él a mí, que había tantos años que la curaba. Dixo que le plaçía, que él me la mostraría allí en el libro. Quiso Dios que yo tenía un librico dorado como unas Horas, que havía avido de mediçina y traíale siempre en la fratiquera, y díxele: Si vos sois médico, este libro habéis de leer, que en ebraico ningún autor hay que valga un quarto; más yo reniego del médico que ha d'estudiar cada cosa quando es menester, que mucho mejor sería tomarlo en la cabeza y traerlo dentro; que yo tenía entendido que él no lo sabía, pues nunca le había dado remedio, y porque no se cansase supiese que era asma y la definición era aquélla y se había de curar de tal y tal manera; y comencé de dezirlo en latín y declarárselo en romance. El Baxá se hazía decir todo lo que pasaba, de los intérpretes, y estaba tan regozijado quanto el judío de confuso. Dixo: no busco en este libro sino que le habéis sacado mucha sangre, porque el cuerpo del hombre no tiene sino diez y ocho libras, y comencó de leer ebraico. Yo quando esto vi dixé

ciertos versos griegos que en Alcalá había deprendido de Homero, y declároselos en castellano al propósito contrario de lo que él decía; y quanto a lo de las sangrías, que ellas estaban muy a propósito y bien; y que lo de las diez y ocho libras de sangre era gran mentira, porque unos tenían poca y otros mucha, según eran gordos o flacos, y la grandeza del cuerpo, y dado que fuese verdad que todos los hombres tenían a diez y ocho libras, que el Baxá tenía çinquenta, porque no era hombre sino gigante. Movióse gran risa en la sala, y sabido el Vaxá de qué se reían, les ayudó. El judío acabó los argumentos diciendo que lo que había hecho era para tentarme si daría razón de mí, y que él hallaba que mi amo tenía buen médico, y encargóle al Baxá que no excediese en nada de lo que yo mandase y despartióse el torneo. Con las sangrías y beber cada día aguamiel, quedó tan sano que no tosió más por aquellos dos años.

JUAN.-¿Nunca os quitó la cadena en sanando?

PEDRO.-Luego, estando un día con sus renegados, les mandó que me tomasen juramento solene, como nosotros usamos, de no me huir ni azerle traición, y me quitaría la cadena. Hízolo así uno que se llamaba Amuzabai, valenciano y aún de buena parte, y tomóme sobre una cruz mi juramento bien en forma, a lo qual dixo el Baxá que no estaba satisfecho, porque los christianos tenían un papa en Rroma que luego los absolvía de quantos pecados cometían en la ley de Christo; mas que él lo estaría si puesta la mano sobre el lado izquierdo prometía en fe de buen español de no hacer traición. Yo lo hize como él lo mandó y volviése a sus gentiles hombres y díxoles: Sabed que agora éste está bien ligado, porque el rey d'España todas sus fortalezas fía déstos y de ninguna otra nación, y antes se dexarán hazer piezas que haçer cosa contra esta jura; y digo mi pecado, que por aquel buen concepto que de nosotros tenía, yo quedé tan atado que primero me atrebera a quebrar tres juramentos como el primero, que aquél, aunque fuera más pecado. Llegó de presto el herrero con su martillo y quebratóme la cadena y dexáronme andar sin ella.

MATA.-¿Solo y a do quisieseis?

PEDRO.-Solo no; antes traía doblada guarda; pero adonde quisiese sí, con condición que a la noche fuese a dormir a la torre con los otros esclabos y a curarlos; mas del tiempo que me sobraba buscaba de comer para mí y para mis compañeros.

JUAN.-Mucho os debía de querer después que sanó ese Baxá.

PEDRO.-Tanto que me andaba él mesmo acreditando y buscando negocios y aun forzando algunos, por poco mal que tubiesen, porque yo ganase algo, que se curasen conmigo; y muchas vezes me llamaba aparte y me decía: Mira, christiano, yo de ti estoy muy satisfecho, y no quiero que pierdas onrra; hágote saber que estos turcos son una jente algo de baxa suerte, que unos creen y otros no; quando vieres que la enfermedad es tal que no puedes salir con ella, déxala y no vuelbas más allá aunque yo te lo mande, porque soy muchas vezes molestado.

JUAN.-¡Palabras, por cierto, de grande amor y dignas de tan gran príncipe! Y ese tiempo ¿qué os daban de comer?

PEDRO.-Ninguna cosa más que antes, sino dos panecillos al día, porque sabía[n] que yo me ganaba qué gastar, y él también me daba de quando en quando algunos dineros para vino.

MATA.-¿Y no os pagaban mejor los que curabais después de haber echado fuera los caxcabeles y el pelo malo?

PEDRO.-Todos me tenían ya harto de prometerme libertad si los sanaba, y montes de oro; después no hazían más caso que si nunca me hubieran visto; quando mucho, el cozinero mayor del Gran Turco me dio, teniéndome prometida libertad y dos ropas de brocado, quatro reales, de lo qual yo quedé tan corrido y escarmentado, que de allí adelante me valió harto porque comenzé, acordándoseme del consejo del varbero portugués, a hurdir algunas y vínome a la mano un caballero que tenía un gran cargo, que se llamaba el Amín y es como probedor de las armadas, y hizo a mi intérprete, que yo me traía, que me dixese que le sanase y me darían libertad y montes de oro como los pasados. Yo le dixese: Dile que no soy esclavo suyo, sino de Zinán Baxá; que me pague y yo le daré sano si Dios quisiere. Preguntáronme cuánto quería. Respondí que un escudo al día, y que yo me pornía las medicinas. El dolor que le acusaba me fue favorable a que se le hiçiese poco, y ansí duró una o dos semanas lo que había que gastar con los compañeros.

JUAN.-¿Vuestro patrón os dio intérprete o era menester buscarle cada vez?

PEDRO.-Uno de los que me guardaban servía deso y desotro, que por la gracia de Dios y nuestros pecados hartos hay allá que sepan las dos lenguas. No duró muchos días que no entrase Satanás en el corazón del Baxá, con el grande amor que me tenía, para persuadirme que fuese turco, y comenzó de tentarme con el hec omnia tibi dabo, mostrándome una multitud de dineros y de ropas de brocados y sedas, diciendo que me haría uno de los mayores de su casa y protomédico del Gran Señor, y otras cosas al tono, con las cuales a otros venzen; a todo lo qual, y a otros que me echaba que me lo rogasen, Dios, que jamás faltó en tales tiempos si por nosotros no quiebra, particularmente probeyó todo lo que había de responder, fortificándome para que no me derribasen, y díxele que suplicaba a su excelencia no me mandase tal cosa ni me hablase sobrello, porque yo era christiano y mi linaje lo había sido y tal había de morir; y que si me quería para médico, que yo le serviría estando christiano con más fidelidad y amor que de otra manera, como lo había visto por la obra y lo vería de allí adelante, y si fuese turco luego me habla de procurar huir; ansí por estonces, vista la osadía, se resfrió por quince días, que más no se habló sobrello.

MATA.-Gran deseo tenía de preguntar sobreso; porque han venido por acá algunos renegados diciendo que por fuerza los han hecho ser moros o turcos; otros que han estado cautibos cuentan milagros de los grandes martirios que les daban porque renegasen; también se dexan dezir otros que al que reniega luego le hazen uno de los principales señores. A todo esto deseo ser satisfecho.

PEDRO.-No hay más satisfacción de que todos mienten como Judas mintió; porque quanto a lo primero, mi voluntad, con todo su poderío ni todos los tormentos del infierno, no me la pueden forzar a que diga de sí donde no quiere; y los que dicen que por fuerza se

lo hizieron hazer son unos bellacos, que porque les dixeron que los matarían o les dieron cient palos luego dan su sí.

JUAN.-Eso es gran maldad, porque obligados son a morir mill muertes por Christo y rescibir martirio como hizieron tantos mártires como ha habido.

PEDRO.-Quanto más que no lo pueden hazer conforme a su ley; sino que todos esos, por miedo de los otros christianos que están con él no le corran, avisan a los turcos que le tomen y le aten y le circumciden.

MATA.-Como algunas damas que dan voces y dizen que las fuerzan y huelgan dello.

PEDRO.-Es verdad; yo vi por estos ojos dos casos desos mesmos a dos entalladores muy primos, y vinieron a tomar consejo conmigo; yo les dixee que aunque los matasen tubiesen firme, que vien aventurados ellos si aquel día morían; y de allí a quatro horas ya habían usado aquella maña de que por fuerza los habían cortado. La segunda mentira es de los que se rescatan o se huyen, que dizen que resçibían allá porque renegasen muerte y pasión. No pueden, como dicho tengo, hazerles más de persuadíselo tres vezes, y si no quisieren, dexarlos, si no es que algunos los amenaçan; pero estos tales ya van contra su ley. Allende desto no se les da un quarto que sean turcos; antes, porque los han menester dexar andar solos y que no remen más, les pesa que nadie diga que quiere ser turco, y muy muchos vi yo que andaban a rogar que los hiziesen turcos, y no querían, sino echábanlos con el diablo diziendo que lo hazían porque quitándoles la cadena y prisión ternían mejor aparejo para huir, y el Baxá me dixo un día hablando en eso conmigo, que si quisiese abrir tienda a circumcidar todos los que quisiesen, que muy pocos quedarían en las torres que no lo hiciesen por salir dellas, lo qual andando más el tiempo vi claramente ser ansí.

JUAN.-Quando esos tales reniegan ¿quedan libres?

PEDRO.-No, sino más esclabos; porque primero tenían solamente el cuerpo y después ánima y todo; aconteçe como acá; si uno tiene un moro que ha comprado y se bautiza en su poder ¿no se queda como de primero por su amo?

MATA.-Ansí se me entiende.

PEDRO.-¿Y házenle acá quando se christiana grande señor?

MATA.-Quanto a Dios sí, si sabe perseverar; mas quanto al mundo con su mesmo sayo y capa se queda.

PEDRO.-Pues no le falta punto a lo de allá; solamente a los que son buenos artesanos, digo que saben algunos buenos ofiçios y pulidos, como son aquellos dos que arriba dixee y algún eminente artillero, o zerrajero, o armero, o médico, o cirujano, o ingeniero. Estos tales son rogados y cásanlos, y danles alguna miseria de paga con que pasen entre tanto que hazen hijos y se ban al infierno. Después que se han hecho turcos, ninguna palabra oyen de los superiores buena, sino a dos por tres les llaman hombres sin fe, vellaco, que si tú fueras hombre de bien, no dexaras tu fe, aunque fuera peor, y otras palabras que los lastiman; mas

el diablo, con el almagre que los tiene ya señalados por suyos, les tiene amortezidos los sentidos a que no sientan al aguijón. De los muchachos ninguno s'escapa que no çircumçiden sin mirar su sí ni su no. De las mugeres, las viejas, porque no se lo ruegan, no suelen ser turcas; pero las mozas, como hay entrellos hombres como acá, presto las engaña el diablo como ya son amigos de tiempo immemorial acá.

MATA.-¿Tornó a calentarse el rogaros que fueseis turco?

PEDRO.-Pasados aquellos quince días que se calló, tubo el Vaxá neçesidad de ir con diez galeras a Nicomidia, que ahora se llama Ezmite, para hazer traer por mar ciertos mármoles que aquella provinçia da de edificios antiguos que allí había, para una grande mezquita que el Gran Señor haze, lo qual incumbe traer al General de la mar, que es de Constantinopla distancia de treinta leguas. Llebóme consigo y armamos sesenta tiendas en aquel campo, que era por mayo, adonde estuvimos un mes, y en este tiempo yo conocía algunas yerbas y tenía un libro donde están dibuxadas, de medicina, que se llama herbario, y tomaba algunas dellas y íbame al pabellon del Baxá y mostrábaselas vibas y pintadas juntas, de lo qual estaba el más contento hombre del mundo, por ser cosa que nunca había visto ni allí se usa, y muchas vezes, saliendo por aquellas huertas, cogía quantas no conocía, y venido a la tienda luego mandaba llamar al christiano y preguntaba de cada una qué cosa fuese, y dezíaselo mostrándosela siempre pintada, el qual se tenía el libro allá para mirar entre sí.

JUAN.-¿Pues qué tanto sabíais vos de conosçer yerbas?

MATA.-Todo aquello que no podía dexar de saver siendo hijo de partera, primo de barbero y sobrino de boticario.

PEDRO.-Mátalas Callando dize bien todo lo que hay.

MATA.-Quanto más que él haría como los herbolarios de por acá, que en no conosçiendo la yerba luego le dan para quien no los entiende un nombre francés: la gerba de Nôtro Señora y la gerba de Sant Juan y de Santhaque, y si entiende francés dize que el griego la llama alchorchis y el bocablo latino no se le acuerda.

PEDRO.-Acabaré mi cuento. Ya que estaba contentíssimo de mí, dióle alarma Satanás otra vez, y en achaque de que fuésemos a buscar yerbas, tomóme por la mano sólo con un intérprete y llebóme un bosque adelante, rogando como solía, que fuese turco. Respondí que no quería. Llegamos a unas matas donde estaban dos renegados amigos suyos. El uno era Amuzabai, aquel balençiano que arriba dixé. El otro, el cómite real Darmuz Arráez, con un berdugo. Díxome que aquella era mi hora si no lo quería hazer, porque me haría cortar la cabeza; a lo qual yo respondí que era su esclavo y podía hazer de mí lo que quisiese: mas yo no había de hazer lo que él quería en aquel caso; dixo al verdugo: baxi chiez, que quiere dezir: córtale la cabeza. El otro desembainó una zimitarra, que es alfange turquesco, y fue para mí. Llegó uno de aquellos dos renegados, y túbole, mandándole esperar, y echáronse entrambos a los pies del Baxá pidiéndole de merced que esperase a que ellos me hablasen. Otorgóselo y comenzaron de predicarme reprehendiéndome, diziendo que para qué quería perderme, un mançebo tan docto como yo, que mirase qué amor tan grande me tenía mi

amo y qué mercedes tan soberbias me haría; y el otro decía: Di de sí, aunque guardes en tu corazón lo que quisieres, que nosotros, aunque nos ves en este hábito, tan christianos somos como tú. Díxeles: ¿No basta, señores, haber perdido vuestras ánimas sin querer perder la mía también? ¿Cómo podéis vosotros servir dos señores? ¿Pensáis engañar a Dios? Sabed que dixo Christo en el Evangelio: Qui me negaverit coram hominibus, negabo illum coram patre meo, qui in celis est: El que me negare delante los hombres, negarle he yo delante de mi padre, que está en el cielo. Así, que vana es vuestra christiandad, y no me habléis más sobrello. El Baxá preguntó qué decía, y, referido, con ira dixo otra vez que cortase. Hizieron lo mesmo los renegados, y respondí lo mesmo segunda vez, y volvíme al verdugo, alumbrado del Espíritu Sancto, que ya era la muerte tragada, y díxole: Haz lo que te han mandado. Vino para mí el Vaxá, atribuyéndolo a soberbia, y díxome: Pues, perro traidor, ¿aún de la muerte no tienes miedo? Respondí: No tengo de qué, porque mi madre tiene otros quatro hijos mejores que yo con que se consuele. Entonces escupió sobre mí diciendo: ¡Oh, mal viaje hagas, perro enemigo de Mahoma! espérame un poco, que yo te haré que me vengas a rogar y no querré yo. Y fuese el bosque adelante y el verdugo embainó su espada y llebáronme a la tienda.

MATA.-Con ningún cuento me habéis hecho saltar las lágrimas como con éste.

JUAN.-Grande merced os hiziera Dios en que os mataran entonces, que la muerte no es más del trago que pasastes. ¿Y después en qué paró la amenaza?

PEDRO.-Había determinado de hazer unos palacios muy sumptuosos en una plaza de Constantinopla que se dice Atmaitán que quiere dezir «plaza de caballos», para lo qual compró tresçientas casas pequeñas que allí había para sitio, y por el quento desta obra entenderéis cómo son los christianos tratados en tierra para refrigerio de la pena que en galera se pasa; y como ésta diré, entenderéis de todas las otras obras que los otros con el sudor de los pobres cautibos hazen. Todo el mundo pensó que para sólo derribar tantas casas y sacar la tierra, y abrir cimientos serían menester siete o ocho meses, y por Dios os juro que dentro de seis estaban hechos los palacios y era pasado el Baxá aibir a ellos, que tienen de zerca poco menos de media legua.

MATA.-Si os sabe mal el iros a la mano, dad el cómo sin que os le pidan; porque a prima façe no se puede hazer sin negromançia.

PEDRO.-Andaban cada día mill y quinientos hombres entre maestros y quien los servía, los quales eran guardados de dozientos guardianes, que los guardaban y los arreaban dando toda la prisa y palos que podían; y porque puedo también hablar de experiencia, quiérome meter dentro y hablar como quien lo vio y no de oídas. Aconsejaron al Vaxá ciertos renegados que, pues yo no había querido ser turco, ninguna mejor vengança podía tomar de mí que mandarme echar dos cadenas, en cada pie la suya, y embiarme a trabajar con los otros; porque él sabía que los españoles éramos fantásticos, y como antes me había visto en honrra sin cadena, y bien vestido, y como rey de los otros cautibos, sería tanta la afrenta que rescibiría en verme caído de aquello, que de pura vergüença de los otros yo haría lo que él quisiese, y renegaría mil vezes. Tomó el acuerdo de tal manera, que en llegando a Constantinopla mandó fuese todo esto executado, y lleváronme con mis dos cadenas, estando él allí mirando en qué andaba la obra, y en entrando comenzaron aquellos turcos de

darle prisa que tomase una cofa, que dizen, como espuerta, y acarrese con los demás tierra. Yo lo obedescí sin mostrar más flaqueza que antes, y para más me molestar tenía el Baxá dado aviso que todos los guardianes tubiesen quenta conmigo, y hazíalos poner en una escalera por donde habíamos de subir tantos a una parte como a otra y quando yo pasase alzasen todos sendos bastones que tenían y cada uno me alcançase, poco o mucho, y más que para que no descansase, entre tanto que se hinchían las espuestas, a mí se me tubiese una siempre aparejada llena, para trocar en llegando.

MATA.-¿Y mudastes el ábito como los otros cautibos, o andabais con vuestros fandularios doctorales?

PEDRO.-No quise dexar la sotana, sino arremanguéla como fraire, y ansí andaba, y mi amo el Baxá estaba en unos corredores mirando y sonreyéndose en verme, y embióme un truhán que me dixese, como que salía dél, que me quitase aquel ábito y le guardase para quando estubiese en gracia. Al qual yo respondí de manera que el Baxá lo oyese: Guarde Dios la cabeza de mi amo, que quando éste se rompiere me dará otro de brocado. Sentí que respondió él, de arriba: «Más sabe este perro de lo que yo le enseñé.» Mas no obstante esto, como vio que los primeros días no se me hazía de mal, y quán perdida tenía la vergüença al trabajo dándoseme poco, caíle en desgracia por ver que no pudiese con todo su poder contra un su esclavo, y disimuló el hazerme trabajar, que yo pensaba que lo hazía para tentar, como el cortar de la cabeza, pero hasta el poner de las tejas y el barrer de la casa después de hecha no me dixo ¿qué hazes ahí?, sino siempre trabajaba como el que más.

JUAN.-Con tanta jente, ¿cómo se podían dar manos a la obra? ¿no se confundían unos a otros?

PEDRO.-Antes andaba mejor orden que en un ejército. Los principales maestros de cada oficio, que llaman cabemaestros, no eran esclavos, sino griegos libres o turcos, y éstos tomaban a cargo cada uno los esclavos que hay de aquel oficio para mandarles lo que han de hazer. Dormíamos en un establo dozientos, allá en la mesma obra, y los otros venían de la torre del Gran Turco y la del Baxá, que estaban en Galata, y era mes de junio quando el sol está más encumbrado; y dos horas antes que amanesciese, salía una voz como del infierno de un guardián de los christianos, cuyo nombre no hay para qué traer a la memoria y dezía: biste ropa, christianos. Desde a un credo dezía: Toca trompeta. Salía un trompeta, esclavo también, y sonaba de tal manera que cada día se representaba mill vezes el día del juicio. Allí vierais el sonar de las cadenas para levantarse todos, que dixerais que todo el infierno estaba allí. Terzera voz del verdugo, digo del guardián, era: Fuera los del barro; los otros reposó un poco. En saliendo los que hazían el barro dezía: Fuera todos y no se asconda nadie, que no le aprovecha. Y tenía razón: era tan de mañana, que los maestros no verían trabajar, pero no faltaba qué hazer hasta el día. Llebábannos a la mar, que estaba de allí un tiro de ballesta, donde descargaban la madera, piedra y ladrillo y otros materiales que eran menester, y traíamos dos caminos entre tanto que era de día, y no se permitía tomar acuestas poca carga ni caminar menos de corriendo, porque iban detrás con los bastones dando a todos los que no corrían, diciendo: Yurde, yurde, que quiere dezir: camina, camina. Quando era hora del trabajo, metíamos todos dentro de un patio, puestos por orden todos, los que no sabíamos oficio a una parte, y los oficios todos por sí cada uno. Subíase el maestro de toda la obra y dezía: Vayan tantos canteros y parederos a tal parte y

tantos a tal. Luego los tomaba un guardián que había de dar cuenta dellos aquel día, y preguntábalos: ¿quántos esclavos habrá menester de serviçio?; y los que pidían les daban del montón donde yo estaba, con otro guardián que andubiese sobrellos. De cada uno de los otros ofiçios repartía por esta mesma orden toda la jente que había, y sobre los mesmos guardianes había otros sobreestantes que les daban de palos si no arreaban a los christianos para que trabajasen mucho.

JUAN.-¿Qué os daban de comer, que con tanto trabajo bien era menester?

PEDRO.-Sonaba el trompeta a comer, que llaman faitos, y dábannos por una red cada sendos quarterones de pan.

MATA.-¿No más?

PEDRO.-Y aun esto tan deprisa, que quando los postreros acaban de tomar ya sonaban a manos a labor.

JUAN.-Yo m'estubiera quedo.

PEDRO.-No faltara quien os quebrara la cabeza a palos si no respingabais en oyéndola. Guisaban también una grandíssima caldera de habas o lentejas, pero como dixo Sant Philipo a Christo: ¿Quid inter tantos?. Por mí digo que maldita la vez las pude alcanzar; todo mi remedio era, que sin él me muriera, copia de agua fresca, que estaba allí zerca una grandíssima fuente y buena, que traxo Ibraim Baxá a unos sus palacios.

JUAN.-¿Nunca les daban nada a esos oficiales, siquiera para que no dixesen: «nunca logres la casa?».

PEDRO.-De quando en quando nos daban a todos sendos reales con que a las noches hazíamos nuestras ollas; mas como el día era tan largo quanto la noche de corta y no tocaban la trompeta a recojer fasta que vían la estrella, cuando llegábamos a la caballeriza donde era nuestro aposento, más queríamos dormir, según andábamos de alcanzados de sueño y molidos de los palos que aquel día habíamos llebado, juntamente con el infernal trabajo. No me ayude Dios si no me aconteçió algunas vezes hallarme quando nos levantábamos al trabajo la tajada de baca en la boca, que ansí me había quedado sentado como çenaba.

MATA.-¿Sin desnudar?

PEDRO.-¿Ya nos tengo dicho la cama de galera?; pues ansí es la de tierra; demás de los piojos, que nos daban de noche y de día música, llebaban los tiples la infinidad de las pulgas, que nos tenían las carnes todas tan aplagadas como si tubiéramos sarampión.

JUAN.-No me maravillo si doçientos hombres estabais en solo un establo; y ¡qué hedentina hubiera!

PEDRO.-Peor que en galera, porque como estábamos todos zerrados no estaba desabado como en la mar; estando zenando, unos y otros se sentaban en unos barrilazos grandes que había en lugar de neçesaria y refrescaban el aposento. Para hazer trabaxar mucho a todos los que íbamos a la mar a traer los materiales, usaba desta astuçia: que ponía premio al que más carga trajese acuestas, dos pares de ásperos, que quasi es un real; al que primero llegase en casa, otros quatro. Había unos vellacos que en su vida acá habían sido sino peores y más malhabenturados, que [cuantos] allá estaban, que sin pasión por ganar aquellos dos premios corrían con unas cargas de bestias; y era menester, so pena de palos, seguirlos en la carga y en el paso, diziendo que también teníamos brazos y piernas como ellos.

MATA.-Gran cosa fue con ninguna desas cosas no perder la paçiencia; a Juan de Voto a Dios, yos seguro que no le sobrara.

PEDRO.-Una o dos veces, a la mi fe, ya tropezé; habíanme hecho un día cargar dos ladrillos que eran de solar aposentos, de un palmo de grueso y como media mesa de ancho, de los quales era uno suficiente carga para un hombre como yo; y yendo tan fatigado que no podía atener con los otros, ni vía, porque el grande sudor de la cabeza me caía en los ojos y me zegaba, y los palos iban espesos, alzé los ojos un poco y dixé con un suspiro bien acompañado de lágrimas: ¡Perezca el día en que nascí! Hallóse zerca de mí un judío; que como yo andaba con barba y bien vestido, y los otros no, traía siempre infinita gente de judíos y griegos tras mí, como maravillándose, diziendo unos a otros: Este algún rey o gran señor debe de ser en su tierra; otros: Hijo o pariente de Andrea de Oria. En fin, como tamboritero andaba muy acompañado y no sé qué me iba a decir.

MATA.-Lo que os dixo el judío quando se acabó la paçiencia.

PEDRO.-¡Ah!, dize; ¡ánimo, ánimo, gentil hombre, que para tal tiempo se ven los caballeros! Y llegóse a mí y tomóme el un ladrillo y fuese conmigo a ponerle en su lugar. Respondíle: El ánimo de caballero es, hermano, poner la vida al tablero cada y quando que sea menester de buena gana; pero sufrir cada hora mill muertes sin nunca morir y llebar palos y cargas, más es de caballos que de caballeros. Quando los guardianes que estaban en la segunda puerta de la casa vieron dentro el judío, maravillados del ávito, que no [le] habían visto trabajar aquellos días, preguntáronle que qué buscaba; díxoles cómo me había ayudado a traer aquella carga, porque yo no podía; respondieron: ¿Quién te mete a ti donde no te llaman?; ¿somos tan necios que no sabemos si puede o no? Y diziendo y haziendo, con los bastones, entre todos, que eran diez o doze, le dieron tantos que ni él ni otro no osó más llegar a mí de allí adelante.

MATA.-En verdad que he pensado reventar por las ijadas de risa, si no templara la falta de paçiencia pasada; pero por lo que deçiais de barba, ¿los otros cautibos no la traen?

PEDRO.-Ni por más favor que tenga no se lo consentirán; cada quince días les rapan cabello y barba, así por la limpieza como por la insiña d'esclabo que en aquello se ve; y si eso no fuese, muchos se huirían.

JUAN.-¿No es mejor herrarlos en el rostro como nosotros?

PEDRO.-Eso tienen ellos a mal y por pecado grande; también en las galeras de christianos rapan toda la chusma cada semana por la misma causa.

MATA.-A mí me parece que ser esclavo acá es como allá, y así son de una manera las galeras, aunque todavía querría yo más remar en las nuestras que en las otras.

PEDRO.-Estáis muy engañado; por mejor ternía yo estar entre turcos quatro años que en éstas uno. La causa es porque en éstas estáis todo el año, y allá no más del verano; en éstas no os dan de comer bizcocho hasta hartar, y aquello todo tierra; en las turquescas muy buen bizcocho, y mucho, si no es algunas vezes que falta; que sobre Bonifaçio, en Córzega, quando la tomamos, treinta habas vendían por un áspero, que es un cuartillo; y en Constantinopla, estando en tierra, no falta mucho y buen pan y la merced de Dios, que es grande. Sola una cosa tenéis buena si estáis en las de acá, y es el negoçiar, que cada día pasan jentes que os pueden llebar cartas y rogar por vos, que aprovecha bien poco, y aun ¡ojalá!, después de haber cumplido el tiempo por que os echaron, con servir otros dos años de graçia, os dexen salir; pues azotes, vos prometo que no hay menos que en las otras; la ventura del que es esclavo es toda las manos en que cae: si le lleba algún capitán de la mar, hazed cuenta que va condenado a las galeras; si en poder de algún caballero o particular, allá lexos de la mar, trátanlos como los que acá los tienen en Valladolid, sirviéndose dellos en casa y dándoles bien de comer de lo que en casa sobra, y a éstos también, quando los amos mueren, quedan en los testamentos libres.

MATA.-¿Qué oficios os mandaban hazer a vos en ese trabajo?

PEDRO.-Mejor os sabría dezir qué no me mandaban. Los primeros días servimos un capitán y yo a quatro maestros que hazían un horno, de traer la tierra y amasar el varro y servírselo; otros después con unas angarillas, que llaman allá vayardo, entre otro y yo traíamos la argamasa que gastaban muchos maestros; quando me querían descansar un poco, porque faltaba rripia, con una gran maza de yerro me hazían quebrar cantos grandes, y si me volvía a rascar la oreja, el sobreestante me tocaba con el bastón, que no me comía allí más por aquellos días. Sobre la cabeza, en unas tablas, acarrea muchos días de la argamasa, que me hazía devilitar mucho el zelebro, fasta tomarlo en costumbre. Un día de Sant Vernabé, que es el día que el sol haze quanto puede, me acuerdo que en donde mejor reberberaba nos hizieron a tres capitanes y a mí zerner una montañuela de tierra para amasar barro, y quedaron por aquellos días las caras tan desolladas, que no se les olvidó tan presto.

MATA.-¿Para qué querían tanto barro?

PEDRO.-No quieren los turcos hazer perpetuos edificios, sino para su vida, y así las paredes de la casa son de buena piedra y lodo, y por la una y la otra parte argamasa, que no es mal edificio. Usó el Vaxá con los ofiçiales otra segunda astuçia de premios: puso a los alvañires y canteros, encima las paredes que iban haçiendo, una pieza de diez varas de brocado vaxo, que valdrían çinquenta escudos, diciendo que el que aquel día hiziere más obra, trabajando todos aparte, que fuese suyo el brocado; a los zerrageros: al que más piezas de zerrajas y visagras y esto hiziese, aquel día serían dados treinta escudos, y

çinquenta al carpintero que más ventanas y puertas diese a la noche hechas. Ya podéis ver el pobre esclabo cómo se deshiziera por ganar el premio; paresció hecha mucha obra a la noche, y cumplió muy bien su palabra como quien era; pero dixo al que llebó la pieza de brocado: tomad vuestro premio, y en verdad que sois buen maestro: n'os descuidéis de trabajar, porque me quiero pasar presto a la casa; tantos pies de pared habéis hecho hoy; el día que hiziéredes uno menos que hoy, os mandaré dar tantos palos como hilos tiene la ropa que llebastes; y los que no han llebado el premio, a cada uno doy de tarea igualar con la obra de hoy. Un entallador, con solo un aprendiz que labraba lo tosco, hizo doçe ventanas, al qual, uno sobre otro, dio los çinquenta escudos, pero con la misma salsa; y consiguientemente a todos los demás ofiçiales hizo trabajar executando la pena, de modo que le ahorraron lo que les dio. Si se comenzaban a la mañana los çimientos donde había de haber una sala, a la tarde estaba tan acabada que podían vivir en ella.

MATA.-Dos dedos de testimonio querría ver deso, porque de papel aun paresçe imposible.

PEDRO.-Soy contento dároslo a entender: en el instante que se comenzaba, venía el entallador por la medida de la ventana que habían de dexar, y de la puerta, y ponía luego diligencia de hazerla en el aire; llegaba el zerrajero con sus yerros todos que eran menester, y antes que se acabase la pared ya las ventanas y puertas estaban en su lugar; el pedazo de pared que estaba hecho de obra gruesa iban otros maestros haziendo de obra prima; y ansí venía todo a cumplirse junto.

JUAN.-Dios os guarde de tener muchos ofiçiales y que los podéis mandar a palos. Está Mátalas Callando acostumbrado de las mentiras de los ofiçiales de por acá, que de día en día nos traen todo el año. ¿Cuál fue la segunda vez que se quebró la paciencia?

PEDRO.-Como trataba con la cal, habíame comido todas las yemas de los dedos por dentro y las palmas, que aún el pan no podía tomar sino con los artejos de fuera; y mandáronme un día que se hazía el tejado, para más me fatigar, que subiese con una destas garruchas tejas y lodo, y la sogá era de zerdas. ¡Imaginad el trabaxo para las manos que el pan blando no podían tomar! Y después de subidas era menester subir al tejado a darlas a la mano a los retejadores. Hazía razonable sol, y vime tan desesperado, que si no fuera porque sabía çierto irme al infierno, no me dejara de echar allí avajo de cabeza postponiendo toda la ley de natura y orden de no se aborresçer a sí mesmo. Aquella mesma tarde me mandaron en una herrada traer un poco de argamasa para el alar del texado; y quando la hinchí, con el peso, queriéndola cargar, quitósele el suelo y vime el más confuso que podía ser, porque me daban prisa. Tomé el mesmo suelo y llebé un poco, porque no holgasen los maestros. Quando el guardián lo vio, preguntóme: Perro, ¿qué es eso?, y en hablando yo la desculpa, diome tantos palos con su bastón, corriendo tras mí, que se me acuerda hoy dellos para contároslos, y por despecho me hizo ir a traer más en un çesto como de sardinas, para que se me ensuçiase bien la sotana, y caíame quando venía, como era líquido, por las espaldas, y todo lo quemaba por donde pasaba, hasta que me deparó Dios un capacho, el qual me defendía puesto en la cabeza.

MATA.-¿No había en todo ese tiempo nadie de los que habías curado que rogase por vos, siquiera que no os mataran?

PEDRO.-Más holgara yo que alcançaran que me ahorcasen. Todavía uno vino este mesmo día, acarreando yo lodo, que jamás le había visto ni le vi sino aquella vez; creo que debía de ser muy privado del rey, y estando yo hinchendo la espuerta de lodo, púsose detras de mí, mirándome, con una sotana de terçiopelo verde y una juba de brocado enzima, que bien paresçía de arte, y díxome: Di, christiano, aquella philosophía de Aristótil y Platón, y la mediçina del Galeno, y eloquencia de Çiçerón y Demósthene, ¿qué te han aprovechado? No le pude responder muy de repente, así por la prisa del guardián y miedo de los palos como por las lágrimas que de aquella lanzada me saltaron, y en poniéndome la espuerta sobre los hombros, volví los ojos a él y díxole: Hame aprovechado para saber sufrir semejantes días como éste.

JUAN.-¿Y en qué lengua?

PEDRO.-En esta propia. Satisfzose tanto de la respuesta, que arremetió conmigo y quítame la espuerta y cárgasela sobre sí, y vase a donde estaba el Baxá mirando la obra, y entra diziendo: «Señor, yo y mi muger y hijos queremos ser tus esclavos porque no mates semejante hombre, que hallarás pocos como éste, en lo qual contradices a Dios y al Rey.» Atónito el Baxá de verle así, fue para abrazarle diziendo que se hiziese todo lo que mandase; y mandóme que no trabajase más y me fuese a casa, y aquel turco diome unos no sé [...] ásperos. Ya podéis contemplar el gozo que yo llebaría yéndome a casa libre del trabajo.

MATA.-Como quien sale del infierno, si no duró poco.

PEDRO.-Hasta la mañana quando mucho, que me quedé muy repantigado, quando los otros se fueron, en la cama, y el sobreestante de toda la obra echóme menos, y habiéndole mandado el Baxá que me hiziese bolver al trabajo, embió por mí y diome la estada de la cama y bolvimos al mesmo juego de principio.

JUAN.-¿No caía alguno malo entre tanto que fuera privado?

MATA.-Buena fuera una poca de asma de quando en quando y no la haber desraigado.

PEDRO.-Uno cayó y me hizieron irlle a ver, que tenía mucha fe conmigo, y dexábanme le ir a ver dos veces cada día; no dexaba de ser prolixo en la vista y dezir que era menester estar yo viendo lo que el voticario hazía, porque no lo sabría hazer, por halentar siquiera un poco. Gozé tres días razonables, pero en fin no le supe curar.

JUAN.-¿Cómo? ¿Murióse o no le conosçistes la enfermedad?

PEDRO.-No, sino que sanó muy presto, que quando menos me caté, queriéndole ir una mañana a ber, le veo pasar a caballo.

MATA.-Tiene razón, que a estos tales era bien alargár la cura, como suelen los médicos hazer a otros.

PEDRO.-Los cirujanos diréis, que el médico es imposible.

MATA.-¿Qué más tiene lo uno que lo otro?

PEDRO.-Mucho, porque el médico es coadjutor de natura, y si él se descuida viene naturaleza, dale un sudor, o unas cámaras o sangre de narizes, que le haze dar una higa al médico; mas el zirujano, quando quiere ahonda la llaga; quando quiere la ensucia, principalmente si no se iguala o no le pagan. Todos son crueles en eso; apenas hallaréis quien haga rectamente su ofiçio; demás deso, son tiranos; al pobre no curan de graçia; los más, como lo tienen jurado, no es más en su mano dexar d'ensuciar la llaga quando sienten dineros, que en el sastre dexar de hurtar puestas las manos en la masa.

MATA.-¿Por qué dezis de hurtar?; buen aparejo teníais siendo médico de hazerlo, pues entrabais donde había qué.

PEDRO.-No me lo demandará Dios eso, porque jamás me pasó por el pensamiento como fuese pecado que si se sabía perdía toda la honrra y crédito. Quando trabajábamos, es la verdad que a la noche quitábamos los mangos a la pala de yerro o azadas que podíamos cojer y rebujábamos con el capote para vender á los judíos que compran por poco dinero; todavía nos daban tres o quatro ásperos por cada una, que había para una olla, y esto hazía quasi por vengarme del trabajo que aquel día pasaba con ello.

MATA.-¿Pues tantas palas y azadas eran que había para todos qué hurtar?

PEDRO.-Donde andaban tantos obreros, menester eran herramientas, quanto más que los herreros no sirbían de otro sino de hazellas, que ya los sobreestantes tenían por cierto que hurtábamos las que podíamos, pero no lo podían remediar, que éramos tantos que no sabía qué hazerse; la maestranza que va al tarazanal a trabajar en las obras del Gran Señor, a la noche siempre trae algo hurtado que vender para su remedio, como los que hazen remos, plomo; los carpinteros, clabos; algunos, ya que otro no pueden, alguna tabla o maderuelos para bancos. Quisiéronles poner grande estrechez una vez que supieron que había hombres que llevaban valía de su ducado cada noche, y hazíanlos pasar por contadero y catábanlos a todos de manera que al que topaban algo le azotaban y se lo quitaban; pero supiéronles la maña, porque hizieron sendos barrilles como pipotes de azitunas, colgados de una cadenilla, para llebar agua, que otros lo usaban, y el témpano se quitaba y ponía, y al salir metían lo que habían hurtado dentro, y tomaban su barril acuestas y salíanse, que nadie lo imaginava; hasta que un vellaco por imbidia y hazer mal a los compañeros lo descubrió; mas no obstante eso, siempre buscan buenas y nuevas invenciones como se remediar. Traen los turcos unas çintas muy galanas a manera de toallas de tafetán muy labrado y largas que les den tres bueltas, que cuesta dos ó tres escudos; hay algunos esclabos que no hazen sino comprar una, la más galana que pueden haver, y métenla dentro de una volsa de lienzo muy cojida; traen juntamente otra bolsa ni más ni menos que aquella con unas rodillas o pedazos de camisa viejos, y quando van por la calle y ven algún turco que les paresçe visoiño que viene a comprar algunas cosas, de los cuales cada día hay una infinidad, dízenle si quiere comprar aquella cujança, que ansí se llama, y muéstransela con rrezelo, mirando a una parte y a otra, dándole a entender que la trae hurtada y lleba abisado el guardián que le dé prisa y demanda por ella poco, como por cosa que no le costó más de tomarla; como el otro ve que

es esclavo y le parece no la haber podido haber sino hurtándola, luego se acubdiçia y va recatadamente regateando tras él, y el guardián dándole prisa; quando se conçierta dízele quedico que la tome y no la torne a descoger, porque no le vean, y dale sus dineros y el esclavo le da la otra bolsa en que van los pedazos, con que va muy ufano, hasta que ve el engaño en casa.

JUAN.-El mejor quento es que puede ser, pero no se podrá hazer muchas vezes porque ese engañado abisará a otros y quando topare con el esclavo procurará vengarse.

PEDRO.-No se puede hazer eso ni esotro; ¿pensáis que Constantinopla es alguna aldea de España que se conosçen unos a otros?; que no hay día, como tiene buen puerto, que no haya tanta gente forastera, como en Valladolid natural; pues conosçer más el cautibo, vueltas las espaldas, es hablar en lo excusado, porque aun unos compañeros a otros no se conosçen. Lo mesmo suelen hazer con unas vainicas de cuchillos muy galanes, guarnesçidos de plata, que ellos usan; moneda falsa se bate poca, menos entre esclavos que en las casas de la moneda; diez pares de ojos habéis menester quando compráis o bendéis; a doze ásperos os darán el ducado falso, que le pasaréis por bueno, que vale 60; tanto es de bien hecho, y os le venderán por falso.

JUAN.-¿Y eso no se castiga?

PEDRO.-¿Qué les han de hazer? ¿Echarlos a las galeras? Ya ellos s'están; ninguna cosa aventuran a perder.

MATA.-¿Pues quién se los compra?

PEDRO.-Mill gentes, para pasarlos por buenos. Thesoreros de señores, para quando les mandan dar cantidad de dineros de alguna merçed; entre los buenos ducados dan algunos destos, porque saben que a quien dan, como diçe el refrán, no escoje ni han de ir a dezir éste es falso. También los pasan los cautibos comprando algunas cosas de comer, y los que más pulidamente lo haçen, son çiertos esclavos fiados que andan sin guardianes y se ban a la calle de los cambiadores, que son judíos los más, y es ofiçio que mucho se corre.

MATA.-¿Pues tanta moneda corre allá?

PEDRO.-Tanta, por çierto de oro, quanta acá falta, que no os trocarán un ducado si no pagáis un áspero; y si queréis comprar el ducado habéis de pagar otro áspero.

MATA.-Vámonos allá, compañero, a haçer hospitales, que lo de acá todo es piojería; mas con todo bien tenemos este año que comer. ¿Y qué haçen esos con los ducados falsos en la calle de los cambiadores? ¿Por ventura engañan a los judíos?

PEDRO.-Deso están bien seguros, que no son jente que se maman el dedo. Tienen uno en la boca y aguardan los visoños que van a trocar algún buen ducado; y como quando no es de peso, el cambiador no le quiere, si no se escalfa lo que pesa menos, base a otra tienda, y entonces el esclavo le llama, haçiéndosele encontradizo, diçiéndole ¿que qué había con aquel puto judío?. Luego él diçe: «En verdad, hermano, quiéreme quitar de un ducado

bueno tantos ásperos»; responde: «Has de saber que este es un vellaco y muy escrupuloso; ¿el ducado es bueno?» El otro se le da simplemente para que le vea y toma el ducado y llévale a la boca para hincarle el diente, a ver si se doblega, y saca el otro falso que tenía en la boca y dáselo y diçe: Miente, que éste es muy fino y boníssimo ducado; por tanto vete aquél, que es hombre de bien, y él dará todo lo que vale sin pesarle, y señalale uno qualquiera de los cambiadores; y en bolviendo las espaldas, él se va por otro camino y se desapareçe.

MATA.-¿Pues qué más harían los gitanos?

PEDRO.-Tan hábiles son los esclabos como ellos, porque tienen el mesmo maestro, que es la necesidad, enemiga de la virtud.

Capítulo VII

Pedro cura a la sultana

MATA.-El fin sepamos del trabajo; ¿Cómo se acabó la casa?

PEDRO.-Fue, como tengo contado, fasta que vino la pestilencia y entró en nuestro establo algo enojada y comenzó de diezmarlos de tal manera, que de quatro partes murieron las tres, y yo fui herido entrellos, y fue Dios servido que quedase. habiéndose muerto en tres días, de nueve que comíamos juntos, los siete.

JUAN.-Nunca he visto pestilencia tan aguda como es ésa.

PEDRO.-Viene un carbunchico como un garbanço, y tras él una seca a la ingre o al sobaco; a esto susçeden sus açidentes y calentura, de tal suerte que o muere o queda lisiado para siempre de algún miembro menos o tal que cosa; quando viene la seca sin carbuncho, es muy pestilencial; por marabilla escapa hombre; y quando es con el grano, muchos escapan. Estaba yo herido en una pierna, y hízeme sacar dos libras de sangre de una vez, abiertos juntamente entrambos brazos, y purguéme sin xaropar, y estube çinquenta días malo sobre un pellejo de carnero que por grande limosna había alcançado. Harto peor servido que en la primera enfermedad os conté, porque como tenía la landre todo el mundo huía de mí.

JUAN.-¿Y qué tan continua es allí esta mala cosa?

PEDRO.-Jamás se va en imbierno ni en verano, salbo que menos jente muere en imbierno.

JUAN.-¿Y no la açiertan a curar los médicos de aquella tierra?

PEDRO.-Ni ellos la curan ni la entienden: la mayor cura que le hallé yo allá, que por acá tampoco la había visto, es sangrar mucho y purgar sin xaropar el mismo día.

MATA.-¿No era mejor poco a poco?

PEDRO.-Si doçe o quince horas os descuidabais, luego se pintaba y perdona mucho.

JUAN.-¿Qué llamáis pintar?

PEDRO.-Quando se quieren morir les salen unas pintas leonadas, y quando aquéllas están, aunque le parezca estar bueno, se muere de tal arte que jamás se ha visto hombre escapar después de pintado, si las pintas son leonadas o negras; si son coloradas, algunos escapan.

MATA.-¿Y ésa no podría remediarse que no la hubiese?

PEDRO.-Difícultosamente, porque los turcos no se guardan, diciendo que si de Dios está, no hay que huir, y ansí, acabado de morir, uno se viste la camisa del muerto, y otro el jubón, y otro las calzas, y luego se pega como tiña.

JUAN.-¿La casa se debió de acabar entre tanto que tubistes la enfermedad?

PEDRO.-Es ansí, y no fue mi amo a posar en ella con poco triumpho; porque demás que era General de la mar, el Gran Turco se partió para Persia contra el Sophí, y dexóle por gobernador de Constantinopla y todo el Imperio.

MATA.-¿Llevaba mucha gente el Turco en campo?

JUAN.-No mezclemos, por amor de Dios, caldo con-berzas, que después nos dirá la vida y costumbres de los turcos; agora, como ba, acabe de contar la vida suya. ¿Qué fue de vos después de sano de la pestilencia?

PEDRO.-Luego me vino a la mano la cura de la hija del Gran Señor, que había dos meses que estaba en hoy se muere, más mañana; y ya que había corrido todos los protomédicos y médicos de su padre, vinieron a mi a falta de hombres buenos en grado de apelación; y quiso Dios que sanó.

MATA.-¿Pues una cosa la más notable de todas quantas podéis contar dezís ansí como quien no dice nada? ¿A la mesma hija del Gran Señor ponían en vuestras manos?

PEDRO.-Y aún que es la cosa que más en este mundo él quiere.

MATA.-¿Pues qué entrada tubistes para eso?

PEDRO.-Yo os lo diré. Su marido era hermano de mi amo, y llamábase Rustán Baxá; y como no aprovechaba lo que los médicos haçían, mi amo mandóme llamar, que había quatro meses que no le había visto, para pidirme consejo qué le harían, y el que me fue a

llamar díxome: «Beato tú si sales con esta empresa, que creo que te llaman para la Sultana, que ansí la llaman.» Yo holguéme todo lo posible, aunque iba con mis dos cadenas. Y quando llegué a mi amo Zinán Baxá, que estaba en su trono como rrey, díxome que qué harían a una mujer que tenía tal y tal indisposición. Yo le dixé que viéndola sabríamos dar remedio. Él dixo que no podía ser verla, sino que ansí dixese; a lo qual yo negué poderse por ninguna vía hazer cosa buena, sin vista, por la información, dando por excusa que por ventura la querría sanar y la mataría, y que no permitiese, si era persona de importancia, que yo la dexase de ver, porque de otra manera ningún beneficio podría rescibir de mí, porque el pulso y orina eran las guías del médico. Como él me vio firme en este propósito y los que estaban allí les parescía llebar camino lo que yo dezía, que verdaderamente andaba porque me viera para que me hiziera alguna merçed, mandóme sentar junto a sus pies, en una almohada de brocado y dixo a un intérprete que me dixese que por amor de Dios le perdonase lo que me había hecho, que todo iba con zelo de hazerme bien, y con el grande amor que me tenía, y que estubiese çierto que él me tenía sobre su cabeza, y me hazía saber que la enferma era una señora de quien él y su hermano y todos ellos dependían; de tal arte, que si ella moría, todos quedaban perdidos; por tanto me rogaba que, no mirando a nada de lo pasado, yo hiziese todo lo que en mí fuese, que lo de menos que él haría sería darme livertad; a lo qual yo respondí, que besaba los pies de su excelencia por la merced, y que mucho mayor merced había sido para mí todo lo que conmigo había usado que darme livertad, porque en más estimaba yo ser querido de un tan gran príncipe como él que ser libre, pues siendo libre no hallara tal arrimo como tenía siendo esclabo, y en lo demás me dexase el cargo, que en muy poco se había de tener que yo hiziese lo que podía, sino lo que no podía; y ansí me embió a casa del hermano. El qual començó de hablar conmigo, que era hombre de grande entendimiento, para ver si le parescería neçio, y procuraba, porque son muy celosos, que le diese el paresçer, sin verla, lo qual nunca de mí pudo alcanzar; y, como diré quando hablare de turcos, siempre están marido y mujer cada uno en su casa, embió a decir a la soltana si ternía por bien que la viese el médico esclabo de su hermano, y entre tanto que venía la respuesta començóme de preguntar algunas preguntas de por acá, entre las quales, después de haberme rogado que fuese turco, fue cuál era mayor señor, el rey de Françia o el Emperador. Yo respondí a mi gusto, aunque todos los que lo oyeron me lo atribuyeron a neçedad y soberbia, si quería que le dixese verdad o mentira. Díxome que no, sino verdad. Yo le dixé: Pues hago saber a Vuestra Alteza que es mayor señor el Emperador que el rey de Françia y el Gran Turco juntos; porque lo menos que él tiene es España, Alemania, Ytalia y Flandes; y si lo quiere ver al ojo, mande traer un mappa mundi de aquellos que el embaxador de Françia le empresentó, que yo lo mostraré. Espantado dixo: Pues ¿qué gente trae consigo?; no te digo en campo, que mejor lo sé que tú. Yo le respondí: Señor, ¿cómo puedo yo tener cuenta con los mayordomos, camareros, pajes, caballeros, guardas, azemileros de los de lustre? Diré que trae más de mil caballeros y de dos mill; y hombre hay destos que trae consigo otros tantos. Díxome, pensando ser nuestra corte como la suya: ¿Qué, el rey da de comer y salarios a todos? ¿Pues qué bolsa le basta para mantener tantos caballeros? Antes, digo, ellos, señor, le mantienen a él si es menester, y son hombres que por su buena graçia le sirben, y no queriendo se estarán en sus casas, y si el Emperador los enoja le dirán, como no sean traidores, que son tan buenos como él, y se saldrán con ello; ni les puede de justiçia quitar nada de lo que tienen, si no hazen por qué. Zerró la plática con la más humilde palabra que a turco jamás oí, diziendo: bonda hepbiz cular, que quiere dezir: acá todos somos esclabos. Yo le dixé cómo la diferencia que había, porque si el Gran Turco era más rico era porque se tenía todos los estados y no tenía

cosas de iglesia, y que si el Emperador todos los obispados, ducados y condados tubiese en sí, vería lo que yo digo. En esto vino el mappa y hízele medir con un compás todo lo que el Turco manda, y no es tanto como las Indias, con gran parte, de lo que quedó marabillado; y llegó la liçençia de la Soltana que la fuese a ver, y fuimos su marido y yo al palaçio donde ella estaba, con toda la solemnidad que a tal persona se requería, y llegué a su cama, en donde, como tengo dicho, son tan celosos que ninguna otra cosa vi sino una mano sacada, y a ella le habían echado un paño de tela de oro por ençima, que la cubría toda la cabeza. Mandáronme hincar de rodillas, y no osé vesarle la mano por el zelo del marido, el qual, quando hube mirado el pulso, me daba gran prisa, que bastaba y que nos saliésemos; a toda esta prisa yo resistía, por ver si podría hablarla o verla, y sin esperar que el intérprete hablase, que ya yo barbullaba un poco la lengua, díxele: Obir el vera Zoltana, que quiere dezir: deme Vuestra Alteza la otra mano. Al meter de aquella y sacar la otra, descubrió tantico el paño para mirarme sin que yo la viese, y visto el otro, el marido se levantó y dixo: Anda, [a]cabamos, que aun la una mano bastaba. Yo muy sosegado, tanto por verla como por lo demás, dixé: Dilinchica Soltana: Vuestra Alteza me muestre la lengua. Ella, que de muy mala gana estaba tapada, y aun creo que tenía voluntad de hablarme, arrojó el paño quasi enojada y dixo: ¿Ne exium chafir deila?: ¿qué se me da a mí? ¿no es pagano y de diferente ley? de los quales no tanto se guardan; y descubre toda la cabeza y braços algo congoxada, y mostróme la lengua; y el marido, conosciendo su voluntad, no me dio más prisa, sino dexóme interrogar quanto quise y fue menester para saber el origen de su enfermedad, el qual había sido de mal parir de un enojo, y no la habían osado los médicos sangrar, que no había bien purgado, y susçedióle calentura continua. Yo propuse que si ella quería hazer dos cosas que yo mandaría, estaría buena con ayuda de Dios: la primera, que había de tomar lo que yo le diere; la segunda, que entre tanto que yo hazía algo, ninguna cosa había de hazer de las que de los otros médicos fuesen mandadas, sino que, pues en dos meses no la habían curado, que probase conmigo diez o quince días, y si no hallase mejoría, ahí se estaban los médicos; y que esto no lo hazía por no saver delante de todos sustentar lo que había de hazer, sino porque yo era christiano y ellos judíos, y dos turcos también había, y podíanle dar alguna cosa en que hiziesen traiçión por despecho o por otra cosa, y después dezir que el christiano la había muerto; los judíos ya yo sabía que sin haberme visto, de miedo que si yo entraba descubriría su poca çiençia, andaban diziendo que yo no sabía nada y que era moço y otras calumnias muchas que ellos bien saben hazer, con las quales perdieron más que ganaron, porque me hizieron soltar la maldita; y la Soltana me dixo que lo açeptaba, pero que si se había de poner en mis manos también ella quería sacar otra condiçión, y era que no la había de purgar y sangrar, porque le habían dado muchas purgas, tantas que la habían debilitado, y para la sangría era tarde; yo, como vi çerrados todos los caminos de la mediçina: Señora, digo, yo no soy negromántico que sano por palabras; pero yo quiero que sea ansí, mas al menos un xarabe dulce grande neçesidad hay que Vuestra Alteza le tome. Ella dixo que de aquello era contenta, y se disponía a todo lo que yo hiziese; y fuímonos su marido y yo a su aposento, donde tenía llamados todos los protomédicos y médicos del rey, y como començaron a descoser contra mí tanto en turquesco, y yo les dixese que me diesen quenta de toda la enfermedad, cómo había pasado, tubieronlo a pundonor, y mofaban todos diçiendo que qué grabedad tenía el rapaz christianillo; y dicen a Rustán Baxá en turquesco, que ya me han tentado y que no sé nada, ni cumple que se haga cosa de lo que yo le dixere, quanto más que soy esclavo y la mataré por ser su enemigo. Un paje del Rustán Baxá, que se me había afiçionado y era hombre de entendimiento, que había estudiado, díxome, llegándose a mí, todo lo que los médicos

habían dicho. A los cuales, yo: Señores, digo, que no pensé, para derribaros en dos palabras de todo vuestro ser y estado, que soy venido a enmendar todos los errores que habéis hecho en esta Reina, que son muchos y grandes; y digo al intérprete: Dezid ahí a Rustán Baxá que los médicos que primero curaron esta señora la han muerto, porque cuanto le han hecho ha sido al rebés y sin tiempo, y la mataron, al principio por no la saber sangrar, y con qualquiera de las purgas que le han dado m'espanto cómo no es muerta. ¡O, por amor de Dios!, señor, tened quedo, no digáis nada, dixeron al intérprete, que lo creerá Rustán Baxá y nos matará a todos. Dezilde, digo también, que los haga que no se bayan de aquí hasta que les haga conosçer todo lo dicho ser verdad. Esto fue otro sum para derribarlos en tierra; y muy humilldemente dixeron: Hermano, no pensamos que os habíais de enojar; nosotros haremos todo lo que vos mandáis, y no se le diga nada al Baxá, que sabemos que sois letrado y tenéis toda la raçón del mundo; sabed que pasa esto y esto, y se le ha hecho esto y estotro. Yo lo iba todo contradiciendo y vençiéndolos.

MATA.-¿Y a los médicos del Rey vençíais vos? Yo ya tenía conosçido lo poco que sabían.

PEDRO.-¿Luego pensáis que los médicos de los reyes son los mejores del mundo?

MATA.-¿Y eso quién lo puede negar que no quiera para sí el Rey el mejor médico de su reino, pues tiene bien con que le pagar?

PEDRO.-Y aun eso es el diablo, que los pagan por buenos sin sello. Si la entrada fuese por examen, como para las cáthedras de las Universidades, yo digo que tenéis razón; pero mirad que van por favor, y los privados del Rey le dan médicos por muy buenos, que ellos, si cayesen malos, yo fiador que no se osasen poner en sus manos, no porque no haya algunos buenos, pero muchos ruines, y creedme que lo sé bien como hombre que ha pasado por todas las cortes de los mayores príncipes del mundo. Ansí como en las cosas de por acá es menester más maña que fuerça, para entrar [en] casa del Rey, más industria que letras, yo me vi, por acortar razones, como el azeite sobre el agua con mis letras, que aunque pocas eran buenas, sobre todos aquellos médicos en poco rato, y prometiéronme de no hablar más contra mí para el Dios de Habraham, sino que hiziese en la cura como letrado que era y ellos me ayudarían si en algo valiesen para lo que yo mandase; y fuime a la torre con mis compañeros, que ya me habían quitado las cadenas, y di orden de hazerle un xarabe de mi mano, porque de nadie me fiaba, y llebándosele otro día topé un caballero renegado, muy principal al paresçer y díxome: Yo he sabido, christiano, quién tú eres y tenido gran deseo de te conosçer y serbir por la buena relaçión que de ti hay. Yo se lo agradezcí todo lo posible. Pasé adelante la plática diziendo cómo sabía que curaba a la Soltana y si quería ganar livrtad que él me daría industria. Yo le hize çierto ser la cosa que más deseaba en el mundo. Dize: Pues paresçes prudente, hágote saver que este tu amo Zinán Baxá y su hermano Rustán Baxá son dos tiranos los más malos que ha habido, y dependen desta señora, la qual si muriese éstos no serían más hombres. Yo soy aquí espía del Emperador; si tú le das alguna cosa con que la mates, yo te esconderé en mi casa y te daré 400 escudos con que te vayas, y te porné seguramente en tierra de christianos y darte he una carta para el Emperador, que te haga grandes merçedes por la proheza que has hecho. Fue tan grande la confusión y furor que de repente me cayó, que me paresçía estar borracho; y si tubiera una daga yo arremetía con él, y díxele: No se sirve el Emperador de tan grandes traidores y

bellacos, como él debía de ser, y que se me fuese luego delante ni pasase jamás por donde mis ojos le viesen, so pena que quando no le empalase Rustán Baxá yo mesmo lo haría con mis manos, porque mentía una y dos veces en quanto decía, y no era yo hombre que por veinte libertades ni otros tantos Emperadores había de hazer cosa que ofendiese a Dios ni al próximo, quanto más contra una tan grande princesa.

MATA.-Que me maten si ese no era echado aposta de parte de la mesma Reina para tentaros.

PEDRO.-Ya me pasó a mí por el pensamiento, y conformó con ello que quando llegué con el xarabe entre tanto que habían ido por licencia para entrar, el Rustán Baxá comenzó de hablar conmigo y darme cuenta de la subjección que tenía a su muger, y diciendo que una esclava que la Soltana mucho quería, le ponía siempre en mal con ella, y que deseaba matarla, que le hiziese tanto plazer le dixese con qué lo podría hazer delicadamente; respondíle que mi facultad era medicina, que serbía para sanar los que estaban enfermos y socorrer a los que habían tomado semejantes venenos, y si ésta se quería servir yo lo haría, como esclavo que era suyo; pero lo demás no me lo mandase, porque no lo sabía, y los libros de medicina todos no contenían otra cosa sino cómo se curará tal y tal açidente. No obstante eso, dize: te ruego que pues te conozco que sabes mucho en todo, me digas alguna cosa, que no me va en ello menos que la vida. Concluí diciendo: Señor, la mejor cosa que yo para eso sé, es una pelotica de plomo que pese una drama, y hará de presto lo que ha de hazer; él, algo contento, pensando tenerme cojido, preguntóme el cómo; digo: Señor, metido en una escopeta cargada y dándole fuego, y no me pregunte más Vuestra Alteza en eso, que no sé más, por Christo. Y fuímonos a dar el xarabe a la Princesa, la qual le tomó de buena gana, creo que por lo que había preçedido.

JUAN.-Por fe tengo que si en aquellos tiempos os moríais, que ibais al cielo, porque en todo esto no se apartaba Dios de vos.

MATA.-Yo lo tengo todo por rebelaciones.

PEDRO.-Y os diré cuánto, para que me ayudéis a loarle que no lo habían apuntado a hazer quando estaba al cabo del negoçio, y de allí adelante me comencé a recatar más, y todas las medicinas que eran menester las hazía delante de Rustán Baxá yo mesmo junto al aposento de la Soltana. Llebándome en la fratriquera los materiales que yo mesmo me compraba en casa de los drogueros; y para más satisfacción mía, por si muriese, hazía estar allí los médicos y dábales cuenta de todo lo que hazía, lo qual siempre aprobaban, así por el miedo que me tenían como por no saber si era bueno ni malo; quexáronse una vez a mi amo de mí que era muy fantástico y para ser esclavo no era menester tanta fantasía; que quando se hazía alguna cosa de medicina para la Soltana, sin más respecto a unos mandaba-majar en un mortero raíces o pólvoras; a otros soplar debaxo la vasija que estaba en el fuego, porque no podían decir de no, estando delante el Baxá, haziéndole entender que era gran parte para la salud ir maxado de mano de médicos, y él no hazía nada sino buscar qué majar y fuesen piedras. Llamóme mi amo y quasi enojado dize: Perro, ¿parésçete bien estimar en tan poco los médicos del Rey que se me han quexado desto y esto, y que tú no hazes nada sino mandar? Mayor trabaxo, digo, señor, es ése que majar; Vuestra Excelencia, aunque no rema en las galeras, ¿no tiene harto trabajo en mandar? Pues manden ellos, que

yo majaré, y pues no saben mandar que majen, que yo no soy más de uno y no lo puedo hazer todo. Diose una palmada en la frente y dixo: Yerchev vera: verdad diçes; anda, vete y abre el ojo, pues sabes cuánto nos va. Como vi la calentura continua y la grande neçesidad de sangrar que había, determiné usar de maña y díxele: Señora, entre sangrar y no sangrar hay medio; neçesidad hay de sangría, mas pues Vuestra Alteza no quiere, será bien que atemos el pie y le meta en un bazín de agua muy caliente para que llame la sangre abaxo y esto bastará; y holgó dello, para lo qual mandé venir un barbero viejo y díxele lo que había de hazer, y tubiese muy a punto una lançeta para quando yo le hiziese del ojo, picase. Todo vino bien, y ella, descuidada de la traición, quando vi que paresçía bien la vena asfle el pie con la mano, y el barbero hirió diestramente. Dio un grande grito diziendo: Perro, ¿qué has hecho, que soy muerta? Consoléla con dezir: No es más la sangría, desto; ni hay de qué temer; si Vuestra Alteza quiere que no sea, tornaremos á zerrar. Dixo: Ya, pues que es hecho, veamos en qué para, que ansí como ansí te tengo de hazer cortar la cabeza. Sintió mucho alivio aquella noche, y otro día, quando me contó la mejoría, abríle las nuevas diziendo cómo del otro pie se había de sacar otra tanta, por tanto prestase paçiencia, lo qual açeptó de buena voluntad, y mejoró otro pedazo. Había tomado dos xarabes y quedaba que había de tomar otros dos; pero purga era imposible. Yo hize un xarabe que llaman rosado de nueve infusiones, algo agrete, y dile cinco onças que tomase en las dos mañanas que quedaban, el qual, como le supiese mejor que el primero, tomó todo de una vez y alvorotóla de manera que hizo treze cámaras y quedó algo dismayada y con miedo. Rustán Baxá, espantado embiáme a llamar y díxome: Perro cornudo, ¿qué tóxico has dado a la Soltana que se va toda? A mí es verdad que me pesó de que lo hubiese tomado todo, y preguntéle cuántas había hecho; y quando respondió que treçe, consoléle con que yo quisiera que fueran treinta, y fuimos a verlas, y era todo materia, como de una apostema. Llamados allí los médicos, díxeles: Señores, esto habíais de haber sacado al prinçipio, y no eran menester tantas purgas, porque no hay para qué sacar otro humor sino el que haze el mal. Quiso Dios aquella noche quitarle la calentura.

MATA.-¿Qué os dieron que es lo que haze al caso, por la cura?

PEDRO.-A la mañana, quando fui, antes que llegase sacó el brazo y alzó el dedo pulgar a la francesa, que es el mayor favor que pueden dar, y díxome: Aferum hequim Baxá; buen viaje hagas, cabeza de médicos; y llegó un negro eunucho que la guardaba y echóme una ropa de paño morado, bien fina, aforrada en zebellinas, acuestas. Quando le miré el pulso y la hallé sin calentura alzé los ojos y di graçias a Dios. Díxome que ella era tan grande señora y yo tan bajo, que qualquiera merced que me hiziese sería poco para ella; que aquella ropa suya traxese por su amor, y que ya sabía que lo que yo más querría era livertad, que ella me la mandarí dar. De manera que dentro de doze días ella sanó con la ayuda de Dios, y embió a dezir a Zinán Baxá que me hiziese turco y me asentase un gran partido, o si no quería, que luego me diese livertad. Respondió que lo primero no aprobechaba, porque me lo había harto rogado; que mi propósito era venirme en España; que él me traería quando saliese en junio la armada, y me pornía en livertad.

JUAN.-¿En qué mes la curastes?

PEDRO.-Por Navidad.

MATA.-Y el marido ¿n'os dio nada?

PEDRO.-Todavía me valdría dos docenas d'escudos; que allá, quando hazen merçed los señores, dan un puñado de ásperos y que sea tan grande que se derramen algunos.

JUAN.-No son muy grandes merçedes ésas.

PEDRO.-No son sino muy demasiado de grandes para esclabos. Bien paresçe que habéis estado poco en galeras de christianos para que vierais qué tales las hazen los señores de acá; que con los que no son cautivos tan largos son en dar como los de acá y más, y aun con los cautibos; plugiese a Dios que acá se hiziese la mitad de bien que allá.

JUAN.-Fama y onrra a lo menos harta se ganaría con la cura.

PEDRO.-Tanta que quando a la mañana iba a bisitar desde la torre en casa de Zinán Baxá, si en todas las casas que me llamaban quisiera entrar, no llegara hasta la noche allá.

MATA.-¡Qué! ¿Tan lexos será?

PEDRO.-Aunque habláis con malicia, será media legua. Yo me deshize luego de curar los cautibos de la torre, remitiéndolos a los otros barberos, si no fuese algún hombre honrrado, porque quando me hizieron trabajar, con haberles yo hecho mill serviçios y regalos a todos, se holgaron tanto de verme allá como si les dieran livertad; y también como lo más que corría era pestilença, yo me guardaba quanto podía della. En casa de Zinán Baxá nunca faltaban enfermos; como la casa era grande, y el tiempo que sobraba gastaba en curar gente de estofa, prinçipalmente mugeres de capitanes y mercaderes, que unas querían parir y otras que les viniese su regla, otras de mal de madre viejo, a todos prometía a dos por tres en qualquier enfermedad de darlos sanos, y no bisitaba a hombre más de una vez al día, y aquélla a la hora que yo quisiese, por no los poner en mala costumbre. Al principio siempre coxía para las mediçinas dos o tres ducados, y si no me pagaban, luego les dezía que no iría más allá y siempre daban algo.

MATA.-¿Andabais ya sin guardia?

PEDRO.-Aún no, que si eso fuera, yo fuera rrico, que aquélla me destruía. Tenía con un boticario hecho pacto que me había de dar las mediçinas a un preçio bueno, que él ganase, pero no mucho, como con otros, porque yo le gastaba doçientos escudos en dos meses, y algunas también me hazía yo.

MATA.-Çierto hazíais bien en visitar pocas vezes; que yo lo tengo por chocarrería esto d'España visitar dos vezes a todos, aunque no sea de enfermedad peligrosa.

PEDRO.-La mayor del mundo, y señal que saben poco.

MATA.-Son como las mugeres, que en no siendo hermosas son virtuosas para suplir lo que naturaleza faltó en hermosura con virtud. Ansí los médicos idiotas suplen con visitar muchas vezes su poca çiencia; pero ¿cómo osabais prometer salud a todos?, ¿Todos

sanaban?, ¿Todas las estériles se empañaban?, ¿A todas les venía su tiempo quantas tomabais entre manos?, ¿a todas se les quitaba el mal de madre?

PEDRO.-No por cierto; pero algunas, con hazerles lo que por vía de medizina se sufre, alcanzaban lo que deseaban; a otras era imposible.

MATA.-Y las que no sanaban ¿n'os tomaban a cada paso en mentira?, ¿Cómo os eximíais? Ahí no solo era menester urdir, pero texer.

PEDRO.-La mejor astucia del mundo les urdí. Hize una medizina en cantidad, que tenía en un bote, que llaman los medicos gerapliga logadion, que es compuesta de las cosas más amargas del mundo; y ella lo es de tal modo, que la yel es dulce en su comparación della; y quando veía que no podía salir con la cura, habiendo hecho todos los remedios que hallaba escritos, procuraba de rescibir todos los dineros que podía para ayuda de hazer la principal medicina, que era aquélla, y dáble un botecito muy labrado lleno della, que serían dos onzas, mandándoles cada mañana tomasen una dragma desatada en cozimientto de pasas; y esto habían de tomar 19 mañanas arreo al salir el sol, de tal arte que no interpolasen ninguna. Ello era tan amargo que no era posible hombre ni muger pasarlo, y la que con el deseo de parir porfiaba, tomaba algunos días, mas no todos.

MATA.-¿Y si porfiando los tomaba todos o la mayor parte?

PEDRO.-Nunca faltaba achaque: o que dexó uno, o que interpoló alguno, o que no lo tomó siempre a una hora, y que era menester comenzar de principio.

JUAN.-¿Y a todos curábais des'arte en qualquier enfermedad?

PEDRO.-Nunca Dios tal quiera, que los que estaban de peligro curábanse como era razón; pero los males viejos y incurables han menester maña. Quando me tomaban en la calle algunos que por amistad querían que les curase males viejos, de setiembre adelante, luego les preguntaba para escabullirme dél, cuánto tiempo había que tenían aquella enfermedad; en respondiendto tantos años, le dezía: Pues yo quiero muy de propósito curarte, pero es menester que como has sufrido lo más, sufras lo menos y tengas paciencia desde aquí a marzo, que vernán las yerbas buenas y podremos hazer medicinas a nuestro propósito, y con esto los embiaba muy contentos; y esto acostumbraba tanto, que el guardián mío, que era intérprete, quando me vía que oía de mala gana, luego me dezía: Este, ¿remitirle hemos a las yerbas?; y aun algunas vezes respondía sin darme a mí parte.

MATA.-Y venidas las yerbas ¿nunca os pidían la palabra?

PEDRO.-Hartas vezes; pero para ellos y para los que pidían remedio en verano había otro achaque, que era la luna; aunque fuesen dos días no más de la luna, les dezía que se aparejasen, que a la entrada de la que venía los quería sanar, y como la çibdad es grande no podíamos siempre toparnos.

JUAN.-¿Pagaban los que sanaban después quando andabais de reputación mejor que antes?

PEDRO.-Todo se iba de un arte. Un mercader turco venía de Alexandría y cayó malo, y viéndose con calentura continua me prometió diez escudos si le sanaba. Yo pidí para las mediçinas dos, y diómelos, y en tres días sanó con sangrarle y purgarle bien; y a tiempo después diome un ducado y díxome que aun le quedaba cierta tos, y en sanando della me daría la resta. Comenzé de hazerle remedios para aquello, que le costaron dos ducados otros. Ya como el vellaco iba engordando [y] no podía disimular la salud, por no me pagar nunca dezía que había mejoría de la tos. Díxome un paje suyo renegado que no estaba muy bien con él: Mira, christiano, no te mates por venir más acá, que en verdad nunca tose sino quanto te siente subir. Fui a él, y preguntado cómo estaba, respondió que malo de su tos. Díxele: ¿Tú quieres sanar de tal manera que jamás padezcas tos ni romadizo aunque bibas mill años? El dixo: Oxalá tú me dieses tal remedio, que no ando tras otro. Digo: Pues hágote saber que para Zinán Baxá he mandado hazer un letuario de mucha costa, y el boticario creo que guardó un poco para sí; hagamos que te lo dé, y embía un paje, que yo seré intercesor; tres escudos le daban por ello para un arráez, mas no lo quiso dar; yo te lo haré dar por lo que fuere justo. De vergüenza de çiertos turcos que estaban con él no pudo dexar de embiar conmigo el paje, el qual traxo el boteçico de la gera logodion, más labrado que otros la solían llebar, y fue menester rogar harto al boticario que se lo diese por los tres ducados, de los quales hubo medio y yo la resta.

MATA.-Pues sé que aquel no estaba de parto ni quería parir, ¿para qué le dabais mediçinas de mal de madre?

PEDRO.-Para que pariese aquellos tres ducados y no volver más allá, perdonándole la resta.

MATA.-No había mucho que perdonar, porque me paresçe que os entregastes de todos diez.

JUAN.-¿Qué tanto haría de costa de las mediçinas en todo?

PEDRO.-Más en verdad de medio escudo.

MATA.-No era mala cabeza de lobo la gera pliega, que no costaría toda un escudo.

PEDRO.-Uno y aun dos costó, pero bien se sacaron della.

MATA.-Con pocos botes desos se acabaría nuestro ospital.

Capítulo VIII

Pedro y los médicos de Sinán Bajá

JUAN.-¿Tubistes más conquistas con los médicos del Rey?

PEDRO.-La mayor está por dezir, que fue con Çinán Baxá.

JUAN.-¿De qué estuvo malo? ¿Tornóle la asma?

PEDRO.-No, sino como había quedado por gobernador de Constantinopla, de rondar de noche la çibdad, resfrióse y hinchósele el vientre y estómago de ventosidades, que quería rebentar, y los judíos, como son tan entremetidos, fuéronle todos a ber, y yo que fui el primero, quísele dezir que tomase una ayuda, y no se lo osaba el intérprete dezir porque lo tienen por medio pulla, y todos, aunque buxarrones, son muy enemigos dellas. Yo pregunté cómo se llamaba y dixéronme que hocna, y díxeselo, y admitiólo y resçibióla; pero los judíos no dexaron, estando picados, aunque no lo mostraban, de tornar a sembrar zizania, y también por ser hombres de respecto mi amo hacía lo que mandaban, y era todo como una jara derechamente al rebés. Dábanle a comer espinacas, lentejas y muchos caldos de abe y carnero y leche, que la quería mucho, y en fin conçedíanle comer lo que quería para ganarle la boca y tenerle contento. El protomédico principal, que se llamaba Amón Ugli y tenía cada día de salario más de siete escudos, paresçiéndole que había un poco el Baxá mejorado, teniendo presentes los otros médicos y algunos de los pribados que tenían sobornados, dixo que por algunas causas en ninguna manera le cumplía curarse con el español christiano: la una porque era moço y podría ser que en su tierra él fuese buen médico, pero que allá eran otras complexiones y otra diversidad de tierras, que yo no podía alcanzar, dando exemplo del durazno que mataba en Persia y no en Egipto; lo otro, porque yo era su esclabo, y por qualquier cosa que algún enemigo suyo me prometiese podría darle con qué muriese, por ser libre, y esto no podía haber habido efecto en la Soltana porque en la muerte della no ganaba como en la suya; a eso ayudaban todos de mala, de tal suerte que le persuadieron, y yo veía que andaban muy ufanos dándole mil bebrajes y no hacían caso de mí. Un paje de la cámara, amigo mío, díxome lo que había pasado, y queriendo el Baxá tomar un xarabe díxole que le dexase si no quería morir por ello, hasta que, venidos allí todos los médicos, les probase ser tóxico. Púsele tanto miedo que los embió a llamar, y yo procuré que se hallasen allí turcos prinçipales de mi parte, y venidos començé con muchas sofisticas razones a dar los inconvenientes dello, diziendo que él estaba lleno de viento y que aquel xarabe era frío y se convertiría todo en puro viento, y el dar de la leche era gran maldad, porque, tomado el exemplo acá fuera, quando poca leche cueze en un caldero, se alza de tal modo que no cabe, y lo mesmo hacía tocado del calor del estómago; y ya yo comenzaba a hablar turquesco sin intérprete; como ellos vieron que el exemplo era palpable y que tenía razón, dixéronme: Habla la lengua que entendemos. ¿Para qué habláis la que no sabéis? ¿Pensáis por ventura que los turcos os entienden?

MATA.-Porque no lo entendiesen lo hazían: porque dando bozes muy altas y todos contra vos, quienquiera que no entendiera pensara que ellos vençían.

JUAN.-Costumbre y remedio de quien tiene mal pleito.

PEDRO.-Dixe a mi amo y a los otros que estaban allí, en turquesco: Señores ¿entendéis esto? Todos respondieron de sí; y cierto milagrosamente me socorría Dios con bocablos, porque ninguno ignoraba. Satisfízole mucho el exemplo de la leche al Baxá y a los demás que estaban allí, y dixeron que yo tenía razón. Quando vi la mía sobre el ito pidí de merçed

me oyesen las satisfacciones que a ciertas cosas que de mí decían quería dar. Hízolo el Baxá de buena voluntad y comencé por la primera. Quanto a lo primero que estos médicos me acusan, que aunque en mi tierra yo sea buen médico acá no es posible ni puedo alcanzar como ellos las complexiones, digo que es al rebés, que yo soy bueno para acá y ellos para España, porque la medicina que yo sé es de Hippócrates, que fue çient leguas de aquí no más, de una isla que se llama Cáo, y de Galeno, que fue troyano de Pérgamo una çibdad que no es más de treinta o quarenta leguas de aquí, y de Aeçio, y Paulo Egineta, no más lexos de Constantinopla que los otros. La que estos señores saben, que es poca o nada, es de Abiçena y Aberroes, que el uno fue cordobés y el otro de Sevilla, dos çibdades d'España, así que la mía es propia para acá, y la suya para allá; y si fuese que Vuestra Exçelencia, para vengarme de mis enemigos los españoles, yo los embiaría allá, porque verdaderamente en pocos años matarán más que todo el exército del Turco; y para probar esto tenía allí un cozinero mayor del Baxá, alemán muy gentil, latino y muy leído, y hízese leer en un rimerero de libros que allí tenía aposta yo traídos, y otro de junto a Veneçia, que siendo theólogo renegó, también se halló presente.

JUAN.-La satisfacción estuvo muy aguda, como de quien era, y aunque el Baxá fuera un leño no podía dexar de entenderla y quedar satisfecho. ¿Qué dezían los judíos a eso?

PEDRO.-El Baxá reír y ellos callar, y hacerme del ojo que callase; y yo no quería mirar allá por no los ver guiñar. Quanto a lo que era moço y no tenía experiència, aunque era poca la que yo tenía, era mill vezes más que la suya, porque con letras y entendimiento y advertir las cosas se sabía la experiència, que no por los años, que a esa cuenta, las mulas y asnos que andaban en las norias y tahonas sabrían más que ellos, pues eran más viejas, y las comadres y los pescadores viejos; y tras esto una parábola pues la otra les había contentado: Si Vuestra Exçelencia parte en amanesçiendo en una barquilla (que estábamos en la ribera del mar) y para ir de aquí allí (señalando un trecho) y no lleva sino dos remos y desde a dos o tres horas parto yo en un bergantín bien armado con muchos remos, ¿quál llegará primero? Respondió: Tú. Preguntéle el porqué. Dize: Porque llevas mejor barco. Digo: ¿Pues vuestra exçelencia no partió primero tres horas? No haze, dixo, eso al caso. Pues tampoco les haze, digo, al caso, a estos judíos haber nascido tantos años antes que yo, porque van caballeros en asnos, que son sus entendimientos, y yo corriendo a caballo en el mío, y con ver yo una vez la cosa la sé, porque estudio, y ellos, aunque la vean mil vezes, no. Lo mesmo aconteçe en el camino, que uno le va mill vezes y no va advirtiendo, y cada vez ha menester guía, y otro no le ha ido más de una y da mejor cuenta que él y le podría guiar; que no hay senda ni atajo que no sabe, ni casa, ni pueblo en medio que no os diga por nombre.

MATA.-No menos bueno es todo eso que lo primero, y es çierto que también concluiría; exemplos son que cada día veréis acá, que andan unos mediconaços viejos con las chinelas y bonetes de damasco y mangas de terçiopelo raso pegadas al sayo, tomando morçillas y todo si les dan, en unos caballazos de a tres varas de pescueço, y tienen sumidos los buenos letrados y metidos en los rincones, con ir a bisitar sin que los llamen, diçiendo que por amigo le visitan aquella vez; y quando saben que el doctor tal le cura, luego con una risa falsa dize que, aunque es moço, será bonico si bibe; y comienza luego a dar tras los manzebos diziendo que son médicos del templeçillo y amigos de setas nuevas. Y como tienen canas, pensando que saben lo que diçen, los cree el vulgo. Como la verdad sea que si

los moços son griegos y los otros bárbaros saben más durmiendo que ellos velando, y tienen más experiencia, verdad es que si el viejo tiene tan buenas letras, lo mejor es, que las canas con buenas letras y trabajo, más saben.

JUAN.-¿N'os acordáis quando fuimos a Santorcaz a holgarnos con el cura, que topamos una mañana un médico de la mesma manera como los habéis pintado y salía de una casa donde le habían dado una morçilla que llebaba en la fratriquera?

PEDRO.-Sé que yo también me hallé hay quando le hizimos ir a jugar con nosotros a los bolos; y quando jugaba, un galgo del cura, como olía la morçilla, siempre se andaba tras él, del juego a los bolos y de los bolos al juego, hasta que una vez tomó la bola para sacar siete que le faltaban, y tomó la alda derecha, que como era tan larga l'estorbaba, y púsola sobre la otra, y como acortó, descubrióse la fratriquera; el perro como la vio, pensando que aquella era la morçilla, arremete y haze presa en fratriquera y todo, que todos juntos no le podíamos hazer que la dexase, de lo que quedó el más corrido del mundo.

MATA.-Cada vez que se me acuerda, aunque esté solo me da una risa que no me puedo valer; como dixo después: era una pobre que no tenía qué dar y había matado un lechón, y empresentómela para mi huésped, que está preñada y no puede comer cosa del mundo ni verla. La tercera satisfacción sepamos.

PEDRO.-Quanto a lo que dezían que era esclavo y no guardaría fidelidad, yo era christiano y guardaría mejor mi fe que ellos su ley; desto era el Baxá buen testigo, y en la fe de Christo tanto pecado era matarle a él como a un príncipe christiano; y demás desto, los españoles guardamos más fidelidad en ley de hombres de bien que otras naçiones; y ya que todo esto no fuese, ¿a quién importaba más su vida que a mí?; ¿dónde hallaría yo otro padre que tanto me regalase ni príncipe que tantas merçedes me hiziese? No había yo de ser omiçida de mí mesmo, ni ganaba yo para Dios en ello, nada más de irme al infierno; ni para mi Rey, pues muerto él, que no era más de un hombre, luego le susçedería otro; y desde entonces començase a rescatarse y traer la barba sobre el hombro, porque lo que se piensa y negoçia de día es lo que de noche se sueña, y aquellos judíos debían de urdirle alguna muerte; y no se fiase en que era más poderoso que ellos, que a Christo, con ser quien era, ellos le mataron, porque muy presto se conforman en lo que han de hazer. Y con esto quedó por mí el campo; mas como habían pasado algunos días que ellos le habían curado y hartado de leche, teníanle quasi hidrópico, y los remedios que yo le comencé a hazer no pudieron sanarle del todo en dos días, y luego tornaron a estudiar, con el grande odio que me tenían, sobre lo de la leche que yo le había quitado, que por aquello no había ya sanado. Quisiéronme argüir que la de la camella, al menos, fuese buena.

JUAN.-¿Por qué autoridad se guiaban? ¿No les podíais hazer traer allí los autores, que no es posible que hombre del mundo fuera tan neçio que escribiera tal contrariedad?

PEDRO.-No me acotaban otro autor, sino todos los libros. Dizen todos los libros esto; dizen todos los libros estotro. Yo desvivíame acotando del Galeno autoridades y llevándolos libros allí y intérpretes turcos que fuesen juezes. Al cabo concluían con que la del camello era buena. Como no había en aquellos dos días sanado y los turcos son amigos de primera información, que se buelven a cada viento, ni más ni menos que una veleta,

acordaron de ponerme perpetuo silencio en que, so pena de çient palos, en ninguna cosa les contradixese ni hablase con ellos, aunque viesse claramente que le mataban, porque él estaba determinado de acudir a la mayor parte de paresçeres.

JUAN.-Pues con quanto os había visto hazer y en él mesmo lo del asma, ¿no se persuadía a creer más a vos que a los otros?

PEDRO.-No, porque el diablo en fin los trae engañados. Sé que más cosas vieron hazer los judíos a Christo, y con todo siempre estuvieron pertinazes y están; y los turcos no ven, si quieren abrir los ojos, el error en que están. Yo determiné de callar y estar a la mira; y ellos comenzaron de curarle unos días y acabar lo que habían comenzado, de hazerle del todo hidrópico. Y ensoberbeziéronse tanto, que determinaron pagarme el majar de la Soltana en la mesma moneda; y estábamos en un jardín que se dize Vegitag, legua y media de Constantinopla, porque era verano, y cada hora me embiaban por unas cosas y por otras; y el pobre Pedro de Urdimalas, algo corrido de las matracas que todos los otros le daban, sin osar hablar, y tambien buscaban cosas que majar a costa de mis brazos.

MATA.-Al menos quando os embiaban por esas cosas ¿no había algo que sisar?

PEDRO.-Más vellacos eran, que tanto que quando se había de tocar dinero ellos enviaban a uno dellos, que partía la ganancia con todos; hizieron un día, por malos de sus pecados, una rezetaza de un pliego, toda de cosas de poca importancia para ayudas y emplastos, muchas redomillas de azeites, manadillas de yerbas secas, taleguillas de simientes y flores secas, y preguntáronles cuánto costarían; dixeron que quinze escudos podrían todas valer; mas que era bien que viniese todo junto. Despachábame a mí el chiaya, que es mayordomo mayor, que fuese por ello; dixo el Amón Ugli: Mejor será que vaya uno déstos, que a ése no entenderán, ni lo sabrá escoger; y denle también dineros, que pague lo que ha traído el christiano. Fue tan presto hecho como dicho, y balióles la burla más de diez y siete escudos.

MATA.-¿No podíais descubrir vos esa çelada?

PEDRO.-¿Qué tenía de descubrir, que valía más su mentira estonçes que mi verdad? Era tarde, y el judío que fue por ello no había de venir hasta otro día; yo, como les dolían poco mis pies, fui a traer recado para una ayuda y venir presto; y Rustán Baxá entre tanto vino a visitar a su hermano, que estaba bien fatigado, y de lástima saltáronsele las lágrimas, y a mi amo de miedo, pensando que lo hazía por haberle dicho los médicos que se moría. Retráxosele el calor adentro y desmayóse, y estubo así un rato, hasta que medio tornó en sí. Fuese el Rustán Baxá, porque no usan hazer visitas más largas de preguntar cómo está y salirse.

MATA.-¿Pues cómo siendo hermanos?

PEDRO.-Porque son tan recatados que pensarían, si mucho hablasen, que urdían traición al Rey. Vierais los judíos huir, como no le hallaron pulso, en una barca con todos sus libros, que se estaban ya en el jardín de propósito, y el camino se les hazía bien largo; y topélos, y díxeles dónde iban; dixéronme cómo mi señor era muerto, y que la ayuda bien la podía

derramar. En llegando al jardín vi que todos lloraban; y entré de presto á tomarle el pulso, y halléle sin calentura y como un hombre atrancado que no podía hablar, y apretéle la mano diziendo: ¡Qué ánimo es éste! Vuestra Excelencia no tema, que la mejor señal que hay para que no se morirá es de que los judíos van todos huyendo y le dexan por muerto sin saber la causa del azidente. Y mandé traer presto dos cucharadas de aguardiente y hízeselas tomar, y díxele que si desta moría me cortasen la cabeza. Estubo bueno y regozijado aquella noche, que estaba propio para hazer mercedes, y estimó mi consejo en mucho y el ver quán firmemente tenía yo que no era nada. Sabiendo aquella noche los judíos la mala nueva de que por el presente no quería morir, helos aquí a la mañana con todo su ajuar, ansí de libros como de mediçinas.

MATA.-¿Y osaron paresçer entre jente? Bien dicen que quien no tiene vergüenza todo el mundo es suyo.

PEDRO.-Como si no hubiera pasado cosa por ellos; ¡tan hechizado tenían ya a mi amo con su labia!

MATA.-¿De dónde deçían que venía?

PEDRO.-De buscar mill recados que para sanarle traían, y tener acuerdo con los libros que tenían en casa, para mejor le curar.

JUAN.-¿Y creyólos?

PEDRO.-Como de primero.

JUAN.-¿Pues qué diablo de gente es? Mayor pertinacia me paresçe esa que la de los judíos, pues lo que tantas vezes veían creían menos.

PEDRO.-Siempre quando se quexan dos gana el primero, y en cosa destes paresçeres el postrero; y como los vellacos sabían tan bien la lengua, siempre hablaban a la postre; aunque le tubiese de mi parte le mudaban luego. Comienzan de sacar drogas de una talega y mostrar al Baxá, y los manojuelos de poleo y mestrango y calamento y otros; ansí deçían: ¿Ve Vuestra Exçelencia esto? viene de Chipre, estotro de Candía, aquello de tal India, estotro de Damasco; y sin vergüenza ninguna de mí; yo, algo enojado, dixé al Baxá al oído que me hiziese merçed de pues era cosa que le iba la vida, mandase que yo hablase allí y me diesen atençión; lo qual hizo de buena gana, porque la noche antes había cobrádome un poco de crédito, y díxeles: señores...

MATA.-¿En qué lengua?

PEDRO.-En turquesco, que nunca Dios me faltaba; no por vía de disputa ni de contradizir cosa que haréis sino para saber: ¿esas yerbas no serían mejores y de más virtud frescas que secas? Dixo el Amón: Bien habéis estado atento a lo que hemos dicho. ¿No oístes que ésta viene de doçientas leguas, y estotra de mill; aquélla de Indias, la otra de Judea? ¿Pensáis que estáis en vuestras Españas, que hay destas? Ya lo tengo, digo, señores, entendido, y no digo sino si las hubiese, por si Dios me lleba en mi tierra, que deçís que las

hay, sepa alguna cosa de nuebo. Respondieron todos a una: No hay que dubdar sino que si se hallasen sería mill vezes mejores. Pregunté al Baxá si había entendido lo que dezían, y él dixo que sí; y tornóselo él mesmo a preguntar, y refirmáronse en sus dichos; estonçes yo digo: Pues, señor, mande Vuestra Exçelencia poner la caldera en que se han de cozer al fuego, con agua, y si antes que yerba no traxese todas estas yerbas frescas y algunas más, en llegando quiero que se me sea cortada la cabeza; porque vuestra exçelencia vea cómo éstos no saben nada más de robar. Respondió el Amón: Si vos trajéredes ésta, mostrándome un poco de zentabra, yo os daré un sayo de brocado, si no vais a España por ella. El Baxá prestamente mandó ser puesto todo por la obra, y voy con mis guardianes y un azadón a una montañuela que estaba del jardín un tiro de vallesta pequeña, donde yo algunas vezes quando curaba a la Soltana había ido por todas las yerbas y raíces que había menester, y donde sabía claramente que estaban todas, y comienzo de arrancarlas con sus raíces y todo, y tomo un grande haz dellas y otras que ellos no habían traído, y entro cargado con mi azadón y todo en la cámara del Baxá, donde estaba toda la congregaçión, y arrojé junto a mi amo el haz, bien sudando, y que no me alcanzaba un huelgo a otro, y començé de tornar un manojuelo de secas y una rama de verdes, y juntábalas y mostrándoselas a mi amo decía: ¿Soltan buhepbir deila? ¿Señor, esto no es todo uno? A lo qual respondía, como no lo podía negar: ierchec: es grande verdad; y tomaba otra y decía lo mesmo; hasta que no había más de las secas, y començé de mostrar otras que también hazían al propósito, y eché la zentaura sobre la cabeza del judío y díxele: Dadme un sayo de brocado, y toma esta yerba.

MATA.-Él os diera dos por no la ver. ¿Y qué dixo a eso? No faltara allí confusión; maravillome no alegar el testo del Evangelio: in Belzebut, príncipe demoniorum ejicit demonia.

PEDRO.-Antes respondieron lo mejor del mundo, que el diablo que los guía, como yo después les dixé, les faltó al tiempo que más era menester. Salió Amón Ugli y dixo: Señor, yo, en nombre de todos te juro por el Dios de Abraham y por nuestra ley embiada del çielo, que tienes en casa al que has menester, y que si ese no te cura, nadie del mundo baste a hazello; y como ya sabe Vuestra Exçelencia, nosotros, por la grande subjección que os tenemos, no osamos salir al campo a buscar si hay estas cosas, porque nos matarían por quitarnos las capas; no pensábamos que tal cosa hubiese, y ansí con las nabes que van a esos lugares que dixé, embiamos a probemos de todo. Salidos allá fuera en conversaçión, yo les dixé: Señores, pidos por merçed que n'os toméis conmigo, que maldita la honrra jamás ganéis, porque por virtud del carácter del baptismo sé las lenguas todas que tengo menester para confundiros, y ganaréis conmigo más por bien que por mal.

JUAN.-Razonablemente de contento quedara vuestro amo.

PEDRO.-Como si le dieran otro estado más como el que tenía; y os diré que tanto, que aquel mesmo día hizo testamento muy solemne y la primera manda es dexarme libre si se muriere; y mandóme venir delante dél con mis guardianes y diome una sotana de muy buen paño, morada, y a ellos sendas otras de un paño razonable y cada quatro escudos; y díxoles: Yo os agradezco mucho la buena guarda que deste christiano me habéis tenido fasta agora; pues Dios le ha hecho libre, de aquí adelante dexadle andar, y vosotros idos a mi torre a guardar los otros christianos, que éste guardado está; y desde aquel día adelante començé

de gozar alguna libertad y servir con tanta afición y amor, que no me hartaba de correr quando me mandaban algo, y comedíame tanto, que si veía que el Baxá mandaba alguna cosa a uno de sus criados, yo procuraba ganar por la mano y hazerla. Vino la privança a subir tanto de grado y estar todos en casa tan bien conmigo, como ya sabía la lengua, que un día, estando purgado el Baxá algo fatigado, levantóse al serbidor, y cierto en aquella tierra ni saben servir ni ser servidos; y como yo vi que ningún regalo hazían a la cama, ni siquiera igualarla, dexo caer mi capa en tierra, y abrazo toda la ropa y quítola de la cama y hago en el aire la cama bien hecha, de lo que quedó el Vaxá tan espantado y contento, que mandó que sirbiese yo en la cámara, y dende a pocos días proveyó al camarero un cargo y mandóme que yo fuese camarero suyo, lo qual azepté con grande aplauso de toda la casa; y de tal manera, que no se levantara por ninguna vía ni se reboleviera si yo no lo hazía. Cada mañana había yo de ir a la coçina y ordenarle la comida: y quando quería comer era menester que yo sirbiese de mastresala, y en ninguna manera se le llebara la comida si yo no iba con una caña de Indias en la mano a dezir que la traxesen; y venía delante della y yo por mi mano se lo cortaba y daba de comer, y me comía delante dél los relieves.

PEDRO.-Más al menos que los judíos.

JUAN.-¿Pues no son liverales en el ordenar la comida?

PEDRO.-Yo os diré: un día que el Baxá se purgaba fueron a la coçina y dixeron al cozinero que coziese media abe y diese del caldo sin sal media escudilla, y después la saçonase porque había de comerla el Vaxá. Yo, como los vi mandar aquello, atestélos de hideputas, vellacos, y mandé poner quatro ollas delante de mí y en cada una echasen dos aves. En la una se coçiesen sin sal, con garbanços; en la otra, con raíces de perejil y apio; en la otra, con çebollas y lentejas; la última, con muchas yerbas adobadas, y asasen otras dos también por si quisiese asado. Ellos luego dixeron: ¿Ut quid perditio hec? Digo: porque sepáis que nunca curastes hombre de bien; ¿cómo? ¿a un tan gran señor tratáis como se había de tratar uno de vosotros?; cómanse estas gallinas después los moços de coçina. No dexé de ganar honrra con mi amo quando lo supo.

JUAN.-Con los coçineros creo que no se perdió.

MATA.-¿Pensáis que es mala amistad en casa del señor? No menos la querría yo que la del más prinçipal de casa.

JUAN.-Y de allí adelante, ¿mejoraba o peoraba?

PEDRO.-Oras mejoraba, oras se sentía peor, como la hidropesía estaba ya confirmada.

JUAN.-¿Era sujeto a mediçina? ¿Tomaba bien lo que le dabais?

PEDRO.-Por lo que pasó con el caldo sin sal de la primera purga que le di lo podréis juzgar; porque le dexé un día ordenado, habiendo tomado las píldoras, que media hora antes de comer tomase una escudilla de caldo sin sal; pensando que para cada día se lo mandaba, le duró 40 días, que lo tomaba cada día, fasta que, como le sabía tan mal, un día me rogó que si podía darle otra cosa en trueco de aquello lo hiziese, porque estaba ya fastidiado.

Venido a saber qué era, contóme cómo cada día tomaba aquel vebrajo. Yo le desengañé con decir que era muy bien que le hubiese tomado, mas que yo no lo había ordenado más de para el día de las píldoras.

JUAN.-En propósito he estado mill vezes de preguntar esto del caldo sin sal a qué propósito es, o si se puede excusar, porque a mí y aun a muchos es peor de tomar que la misma purga. Parésceme a mí que quatro granos de sal poco hazen ni deshazen.

PEDRO.-Es como la neçedad común del refrán de la pobreza que no es vileza; que se van los médicos al hilo de la jente sin más escudriñar las cosas a qué fin se hazen. No se me da más que sea con sal que sin sal, ni que sea caldo que agua cozida. El fin para que los que escrivieron lo dan es para lavar la garganta y tripas y estómago, y en fin todas las partes por donde ha pasado, porque no quede algún poquillo por allí pegado que después haga alguna mordicaçión y alborote los humores. Esto tan bien lo haze con sal como sin ella.

MATA.-A mí me cuadra eso; y un médico muy grande, françés, que pasó por aquí una vez, curando a çiertos señores les daba el caldo con sal, y agua con azúcar otras vezes.

PEDRO.-Eso mesmo se usa en todo el mundo, sino que muchas cosas se dexan de saver por no les saber buscar el origen; sino porque mi padre lo hizo, yo lo quiero hazer.

MATA.-¿Qué se hizo de los judíos? ¿Nunca más pareçieron?

PEDRO.-Yo hize que los despidiesen a todos, sino a dos, los prinçipales que estubiesen allí.

MATA.-¿Para qué?

PEDRO.-Eso mesmo me preguntó mi amo un día; que pues no se hazía más de lo que yo mandaba, ¿para qué tenía allí aquellos médicos a gastar con ellos? Díxele: Señor, esos yo no los tengo para Vuestra Exçelencia, sino para mi satisfaçión; si Dios quisiere llebar de este mundo a Vuestra Exlelencia, no digan que yo le maté, y también para que un prinçipe tan grande se cure con aquella autoridad que conviene, pues tiene, graçias a Dios, bien con qué lo pagar.

JUAN.-¿Contradeçían'os en algo?

PEDRO.-Antes estábamos en grande hermandad, y deçían mill bienes de mí en ausencia al Baxá; y quando le venían a ver primero hablaban conmigo, preguntándome cómo había estado, y lo que yo les respondía aquello mesmo deçían dentro.

JUAN.-No entiendo eso.

PEDRO.-Si yo deçía que tenía calentura, ellos también; si que no la tenía, ni más ni menos; ya no me osaban desabrir ellos.

MATA.-¿Y otros?

PEDRO.-Cada día teníamos médicos nuevos en casa, a la fama que tenía de ser liberal.

MATA.-Sé que ya no los creía.

PEDRO.-Como si no hubiera pasado nada por él; pero eran médicos de las cosas de su ley con palabras y sacrificios, a lo qual ni los judíos ni yo osábamos ir a la mano, y ninguno venía que no prometiese dentro de tres días darle sano, y a todos creía. Dixéronle los letrados de la ley de Mahoma que los médicos no entendían aquella enfermedad ni la sabrían curar; que era la causa della que algunos que le querían mal habían leído sobre él, que es una superstición que ellos tienen, que si quieren hazer a uno mal leen çierto libro sobre él, y luego le hazen o que no hable y que no ande, o le çiegan, o semejante cosa; y el remedio para esto era que buscasse grandes lectores y que leyessen contra aquéllos y deste modo sanaría. Costóle la burla más de siete mill ducados.

MATA.-¿De sólo leer? ¿Marabedís diréis?

PEDRO.-No, sino ducados, y aun de peso, porque hizo poner un pabellón muy galán en medio el jardín, que podían caber debaxo dél çinquenta hombres, y de día y noche por muchos días venían allí muchos letrados a leer su Alcorán y otros libros, y velaban toda la noche, y a la mañana se iban con cada quatro piezas de oro y venían otros tantos, de manera que nunca se dexase de leer; tras esto mil hechizeros, unos hincando clabos, otros fixando cartas, otros dándole en la taza que bebía una carta para que se deshiziese allí.

JUAN.-¿Y todos esos prometían a tres días la salud?

PEDRO.-Todos, y nadie salía con ella; vino una muger que a mi gusto lo hizo mejor que nadie, y tenía grande fama entrellos, que cada día la primera cosa que veía por la mañana hazía que fuese una cabra negra, y tras esto pasaba tres vezes por debaxo de la tripa de una borrica, con çiertas palabras y çerimonias, y era la cosa que más contra su voluntad hazía, porque era un hombrazo y con una tripa mayor que un tambor, ya podéis ver la fatiga que resçibiría. Entre éstas y éstas le daba un letuario lleno d'escamonea, que le hazía echar las tripas. Dixo que era menester hazer un pan en un horno edificado con sus çerimonias, y probeyóse que en un punto fuesen los maestros con ella y la obreriça neçesaria, y que juntamente le llebasen quatro carneros. Yo fui a ver lo que pasaba, por el deseo que de la salud de mi amo tenía, y en una parte de la casa, donde era buen lugar para el horno, tomó una espada, y con çiertas palabras, mirando al çielo, la desembainó y comenzó d'esgrimir a todas las partes, y puso en quadro los carneros maniatados donde el horno había d'estar y dio al cortador el espada para que los degollase con ella, y después de degollados mandólos dar a unas hijas suyas arriba, y sobre la sangre començaron a edificar su horno con toda la prisa posible, de suerte que en un día y una noche estaba el mejor horno que podía en Constantinopla haber, y allí echó un bollo con sus çeremonias, y llebósele al Baxá, diçiendo que comiese aquél, con el qual había de ser luego sano, y no dexase para que se cumpliesen los nueve días hazer lo de la cabra y la asna. Ella se fue a su casa, y dexóse a mi amo peor que nunca.

JUAN.-Ella lo hizo muy avisadamente, porque no quería mas de tener orno y carnero para çeçina, y meresçía muy bien ese Baxá todas esas burletas, pues lo creía todo.

PEDRO.-Vino tras ésta otro que dixo que veinte y quatro horas podía tener el mal, y no veinte y cinco, si luego le daban recado; y pidió una mesa allí delante y tras esto çinco ducados soldaninos que llaman, que tienen letras arábigas, y que fuesen nuevos. No fue menester, por la graçia de Dios, irlos á buscar fuera de casa. Quando los tubo sobre la mesa dize: Traíganme aquí un clabo de un ataút de judío, y una mançana de palo que tienen los ataútes de los turcos, en que lleban el tocado del muerto, y la tabla de otro ataút de christianos. Todo fue con brevedad traído, y puso la tabla sobre la mesa y los ducados sobre la tabla, y tomó la mançanilla con una mano y el clabo en la otra; y alzados los ojos arriba, no sé qué se murmuraba y daba un golpe en el ducado y agujerábale, y tornaba a deçir más palabras y daba otro golpe; en fin, los agujeró todos, y dixo que aparejasen el almuerço porque a la mañana no habría más mal en la tripa que si nunca fuera, con lo que había aquella noche de hazer en las letras de los ducados, y tomó sus ducados en la mano y fuese hasta hoy aunque l'esperaban bien.

MATA.-¡Dios, que meresçía ése una corona, porque hizo la cosa mejor hecha que imaginarse puede, porque sepan los bellacos a quién tienen de creer y a quién no!

JUAN.-De allí adelante, al menos, bien escarmentado quedara.

PEDRO.-Maldito; lo más que si ninguna cosa hubiera pasado por él déstas; porque otro día siguiente vino otro que le hazía beber cada día media copa de agua de un poço, y cada día leía sobre el poço una hora; y mandó al cabo de ocho días que fuesen a buscar si por ventura hallasen algo dentro; y entró un turco y sacó un esportillo, dentro del cual estaba una calabera de cabrón con sus cuernos, y otra de hombre y muchos cabellos, y valióle un vestido al bellaco del hechizero, no considerando que él lo podía haber echado.

JUAN.-¿Pues qué diçía que significaba?

PEDRO.-Que el que lo echó causó el mal, y había de durar hasta que lo sacase; mas no curó de esperar más fiestas. Diéronle dos ducados, con los quales se fue y sin pelo malo. Tras todo esto vino un médico judío de quien no reçaba la Iglesia, que se llamaba él liçençiado, y prometió si se le dexaban ver, que le sanaría. El Baxá, por ser cosa de mediçina, quando vino remitiómelo a mi rogándome que si yo viesse que era cosa que le podría hazer provecho, por embidia no lo dexase. Yo se lo prometí, y quando vino el señor liçençiado començó de hablar de tal manera que ponía asco a los que lo entendían. Yo le dixe: Señor, ¿en cuántos días le pensáis dar sano? Dixo que con la ayuda del Dío en tres. Repliqué si por vía de mediçina o por otra. Él dize: que no, sino de mediçina porque aquello era trópico y le habían de sacar, que era como un gato, y otros dos mill disparates; a lo qual yo le dixe: Señor, el grado de liçençiado que tenéis ¿hubistesle por letras o por herençia? Dixo tan simplemente: No, señor, sino mi agüelo estudió en Salamanca y hízose liçençiado, y como nos echaron d'España, vínose acá, y mi padre fue médico que estudió en sus libros y llamóse así liçençiado, y también me lo llamo yo. Digo: ¿Pues a esa quenta también vuestros hijos después de vos muerto se lo llamarán? Dize: Ya, señor, los llaman liçençiaditos. No pude estar sin reírme, y el Baxá preguntó que qué cosa era, si cumplía o

no. Respondíle que no sabía; reprehendióme diciendo que cómo era posible que no lo supiese. Digo: Señor. si digo a Vuestra Excelencia que no sabe nada, luego me dirán que le destierro quantos médicos hay que le han de sanar, si le digo que sabe algo, será la mayor mentira del mundo, y hanme mandado que no mienta; por eso es mejor callar. Ayudáronme de mala los protomédicos que allí estaban, y tubimos que reir unos días del señor liçençiado con sus liçençiaditos.

JUAN.-De rebentar de risa era razón, quanto más de reír. ¿Y en estos medios hazíaisle algunas mediçinas o dexabais hazer a los negrománticos?

PEDRO.-Siempre en el dar de comer asado y vizcochos y tomar muchos xarabes y letuarios apropiados a la enfermedad continuábamos nuestra cura, hasta que quiso Dios que se le hinchó la bolsa en tanto grado, que estaba mayor que su cabeza, y començé de ponerle mill emplastos y unguentos, que adelgaçaron el cuero y començó de sudar agua clara como del río, en qué manera, si pensáis que le agujeré la cama para que cayese en una bazía lo que destilaba, y hallé pesándolo que cada hora caían tres onças y media de agua, por manera que si no me fueseis a la mano os diría el agua toda que salió cuánto pesó.

MATA.-Como sea cosa de creer, ¿quién os tiene de contradezir?

PEDRO.-Pues no lo creáis si no quisiéredes, mas yo os juro por Dios verdadero que pesó onçe ocas.

JUAN.-¿Cuánto es cada oca?

PEDRO.-Quarenta onças; en fin quatro libras mediçinales.

MATA.-¿Qué es libra mediçinal?

PEDRO.-De doçe onças.

MATA.-¿De manera que son cuarenta y quatro libras desas?

PEDRO.-Tantas.

MATA.-Porque vos lo dezís yo lo creo, pero otro me queda dentro.

JUAN.-Yo lo recreo, por el juramento que ha hecho, y sé que no está agora en tiempo de mentir, quanto más que qué le va a él en que sean diez ni çiento.

MATA.-Ello por vía natural, como diçen, ¿podíase convertir el viento en agua?

PEDRO.-Muy bien.

MATA.-Desa manera yo digo que lo creo, que se engendraba cada día más y más.

PEDRO.-No menos inchado quedó siendo salida tanta agua que si no saliera nada, porque la parte sutil salió y quedóse la gruesa, por no haber por dónde saliese; lo qual fue causa de romper toda nuestra amistad, porque viendo yo que se tornaba de color de plomo y dolía terriblemente y se cançeraba, fui de paresçer que luego le abriesen, y los protomédicos que no en ninguna manera; ¡tanto es el miedo que aquellos malaventurados tienen de sangrar y abrir postemas! Yo dixé, como era verdad, que si esperaban a la mañana, el fuego no se podría atajar; por tanto, luego mandasen hazer junta de todos los çirujanos y médicos que hallasen, los quales vinieron luego, y propuesto y visto el caso no había hombre que se atrebiese sino sólo aquel mi compañero viejo de quien arriba he dicho, y lleguéme a la oreja a un çirujano napolitano judío que había estado en Italia y se llamaba Rabí Ochanán, y díxele: Si tú quieres ganar honrra y provecho, ven conmigo en mi opinión, que todos éstos son bestias, y yo haré que quedes aquí en la cura. Él fuese tras el intherese y dixo que estando él con el Marqués del Gasto había curado dos casos ansina y ninguno había peligrado; no sabía por qué aquellos señores contradecían tanto. Yo hablé el postrero de abtoridad y digo: Contra los que dizen que se abra no tengo qué argüir, porque me paresçe tienen gran razón; pero los que dizen que no, ¿cómo lo piensan curar? Dixo el Amón Ugli: Con emplastos por de fuera y otros unguentos secretos que yo me sé. Digo: Pues ¿por qué estos días no los habéis aplicado? Respondióme: Porque no han sido menester. Digo: ¿Pues no beis que mañana estará hecho cáncer, y lo que está dentro, que es materia gruesa, si no le hazéis lugar, por dónde ha de salir? El Baxá, visto el dolor mortal, embió a dezir a su hermano Rustán Baxá el consejo de los médicos, y cómo la mayor parte decía de no y qué le paresçía que hiziese. La Soltana le embió su eunucho a mandar expresamente que ninguna otra cosa hiziese sino lo que el christiano español mandase, y lo mesmo el hermano, y a mí que me rogaba que mirase por la salud de mi amo y no consintiese hazerle cosa que a mí no me paresçiese ser buena y probada. Despidieron y pagaron los médicos todos, que no quedó sino uno, yerno del Amón, que se llamaba Jozef, y el çirujano Rabí Oçanán; y otro día por la mañana mandéles a los çirujanos se pusiesen en orden y le abriesen, lo que pusieron por obra, y salió infinita materia; pero porque no se desmayase yo lo hize zerrar y que no saliese más, por sacarlo en otras tres vezes.

JUAN.-¿No era mejor de una, pues era cosa corrompida? ¿Qué mal le tenía de hazer sacarle la materia toda?

PEDRO.-Podíase quedar muerto, porque no menos debilita sacar lo malo que lo bueno.

JUAN.-El por qué.

PEDRO.-No es posible que a bueltas de lo malo no salga grande cantidad de bueno; y como iba saliendo, él sentía grandíssima mejoría, y cuanto más iba, más; y de aquella vez quedó muy enemigo con todos los médicos que no le querían abrir, diciendo que claramente le querían matar.

MATA.-¿Y vos entendíais algo después de abierto de su mal?

PEDRO.-¿Cómo si entendía?

MATA.-Dígolo porque ya era caso de çiruxía y los médicos no la usan.

PEDRO.-No la dexan por eso de saber, antes ellos son los verdaderos çirujanos.

MATA.-Pues acá, en viendo una herida, o llaga, o inchazón, luego lo remiten al çirujano y él comienza a reçetar muy de gravedad.

PEDRO.-Ésa es una gran maldad, y mayor de los que lo consienten; porque ni puede purgar ni sangrar más que un barbero sin liçençia del médico, sino que los malos phísicos han introduçido esa costumbre, como ellos no sabían mediçina, de descartarse; y los confesores no los habían de absolver, porque son omiçidas mill vezes, y pues no escarmentan por el miedo de ofender a Dios, que la justiçia los castigase.

MATA.-Pues ¿qué es el ofiçio del çirujano, limpia y christianamente usado?

PEDRO.-El mesmo del verdugo.

MATA.-No soy yo çirujano desa manera.

PEDRO.-Hanse el médico y el çirujano como el corregidor y el verdugo, que sentençia: a éste den çient açotes, a éste traigan a la vergüenza, al otro corten las orejas; no lo quiere por sus manos él hazer, mándalo al verdugo, que lo exerçita y lo hará mejor que él por nunca lo haber probado, pero ¿claro no está que el verdugo, pues no ha estudiado, no sabrá qué sentençia se ha de dar a cada uno?

MATA.-Como el christal.

PEDRO.-Pues ansí el médico ha de guiar al çirujano: corta este braço, saxa este otro, muda esta vizma, limpia esta llaga, sangralde porque no corra allí la materia, poned este unguento, engrosa esa mecha, dalde de comer esto y esto, en lo que mucho consiste la cura.

MATA.-Y si ese tal ha estudiado, ¿no lo puede hazer?

PEDRO.-Ése ya será médico y no querrá ser inferior un grado.

MATA.-Pues muchos conozco yo y quasi todos que se llaman bachilleres y aun liçençiados en çirujia.

PEDRO.-¿Habéis visto nunca graduado en ahorcar y descuartizar?

MATA.-Yo no.

PEDRO.-Pues tampoco en çirugía hay grados.

MATA.-¿Pues en qué Facultad son éstos que se lo llaman?

PEDRO.-Yo os diré también eso: ¿nunca habéis visto los que tienen bacadas guardar algunos nobillos sin capar, para toros, y después que son de tres años, visto que no valen

nada, los capan y los doman para arar, y siempre tienen un resabio de más brabos que los otros bueyes, y tienen algunas puntas de toros que ponen miedo al que los junce?

MATA.-Cada día, y aun capones que les quedan algunas raíces con que cantan como gallos.

PEDRO.-Pues así son éstos, que estudiaban Súmulas y Lógica para médicos, y como no valían nada quedáronse bachilleres en artes de tibi quoque; sus padres no los quieren más probeer, porque ven que es cojer agua en çesto, y otros aunque los probean, de puros olgaçanes se quedan en medio del camino, y luego compran un estuche, y alto, a, emplastar incordios, quedándose con aquel encarar a ser médicos.

JUAN.-Está tan bien dicho, que si me hallase con el Rey le pediría de merçed que mandase poner en esto remedio, como en los salteadores, porque deben de matar mucha más gente.

MATA.-Y aun robar más volsas.

PEDRO.-Pues los barberos también tienen sus puntas y collares de çirujanos, paresçiéndoles que en hallándose con una lançeta y una navaja, en aquello sólo consiste el ser çirujano. Una cosa os sé dezir, que donde yo estoy no consiento nada desto, si lo puedo estorbar.

JUAN.-Sois obligado, sopena de tan mal christiano como ellos.

PEDRO.-Ansí tenía aquellos çirujanos del Baxá, que ninguna cosa hazían si no la mandaba yo primero. El judío era algo fantástico y quisóseme alçar a mayores porque se vio faboresçido; mas yo luego le derribé tan baxo quan alto quería subir; en fin, determinó mudar costumbre y hízose medio truhán, que deçía algunas graçias.

JUAN.-¿Y era buen ofiçial?

PEDRO.-Todo era palabras, que yo a falta de hombres buenos le tomé. Siempre el otro lo hazía todo, y éste, por paresçer que hazía algo, tenía la candela al curar y estaba tentando y jeometreando porque pensasen que enseñaba al otro viejo; los sábados, comenzando del viernes a la noche, no alumbraba, porque conforme a su ley no podía tener candela en la mano, pero todavía parlaba. Tenía yo un día la candela, y son tan hipócritas, que por ninguna cosa quebrantarán aquello, y hazen otros pecadazos gordos; y fue neçesidad que yo fuese a no sé qué y dábale la candela que tubiese entre tanto, y él huía las manos, y yo íbame tras ellas con la llama y quemábale, lo cual movió al Baxá a grandíssima risa, y más quando supo la çerimonia y la hipocresía de guardarla delante dél. Aquel día habían traído un cesto de moscateles enpresentado de Candía, porque en Constantinopla, aunque hay grande abundancia de ubas, no hay moscateles, y pidió el Baxá que se los mostrasen, y traxeron un plato grande dellos, y tomó unos granos, pidiéndome liçençia para ello, y después tomó el plato y hizo merced dellos al judío, que no era poco favor, y diómele a mí que se le diese; cuando se le daba estendió la mano y asió el plato; yo tiré con furia entonces, y no se le di y dixé: Birmum tut maz emtepsi tutar: ¡hi de puta! ¿no podéis tomar

la candela y tomáis el plato, que pesa como el diablo? a fe que no los comáis. El Baxá, harto de rreír, mandóme, movido a compasión de cómo había quedado corrido, que se los diese y muy de veras; al qual repondí que no me lo mandase, que por la cabeza del Gran Turco y por la suya grano no comiese, y sentéme allí delante y comíme todas mis ubas, con gran confusión del judío, que siempre me estaba pidiendo dellas quando las comía, y de allí adelante vio que no se habían de guardar todas las çeremonias en todo lugar, y tomaba ya los sábados candela, con propósito de hazer penitencia dello.

JUAN.-¿Y vos, guardabais allí zerimonias?

PEDRO.-Quanto a los diez mandamientos, lo mejor que podía, porque nadie me lo podía impedir; mas las cosas de jure positivo ni las guardaba ni podía; porque si el biernes y quaresma no comía carne sentándome a la mesa de los turcos, que siempre la comen, yo no tenía otra cosa que comer, y fuera peor, según el grande trabajo que tenía de dormir en suelo, junto a la cama de mi amo, y aun ojalá dormir, que noventa días se me pasaron sin sueño, dexarme morir, quanto más que se me acordaba de Sant Pablo, que dize que si quis infidelis vos vocauerit et vultis ire, quidquid apponet edite, nihil interrogantes propter conscientiam; Domini si quidem est terra et plenitudo eius. No os lo quiero declarar, pues lo entendéis.

MATA.-Yo no.

JUAN.-Diçe Sant Pablo que si algún infiel os combidare y queréis ir, comed de quanto delante se os pusiere sin preguntar nada por la conçiencia, que, como dize David, del Señor es la tierra, y quanto en ella hay. Pero mirad, señor, que se entiende quando Sant Pablo predicaba a los judíos para convertirlos, y después acá hay muchos Conçilios y Estatutos con quien hemos de tener cuenta, que la Iglesia ha hecho.

PEDRO.-Ya lo sé; pero estando yo como estaba y en donde estaba, me parece estar en aquel tiempo de Sant Pablo quando esto dezía, no teniendo qué comer sino lo que el judío o el turco me daban, y mayor pecado fuera dexarme morir. El oír de la missa no lo podía executar, porque con el ofiçio que tenía de camarero no era posible salir un punto de la cámara, y otras obras ansí de misericordia, aunque la de enterrar los muertos bien me la habían hecho executar, haziéndome llebar el muerto acuestas a echar en la caba.

MATA.-¿Pues hay quien diga misas allá?

JUAN.-Eso será para quando hablemos de Constantinopla; agora sepamos en qué paró la cura del Baxá.

PEDRO.-A lo primero respondo, porque Mátalas Callando no quede preñado, que quien tiene livertad oirá misas todas las que quisiere cada día, y todos los oficios como en Roma, y desto no más, hasta su tiempo y sazón. Quiso Dios que el Baxá sanó de su enfermedad de hydropesía, y de la abertura de la bolsa, y la pascua suya tienen por costumbre dar de bestir a toda su casa y hazer aquel día reseña de todos, que le vienen uno a uno a vesar la mano; y como aunque sano, estaba flaco en convaleçencia, mandóme que le vistiese como yo quisiese, y púsele todo de tela de plata y brocado blanco y saquéle a una fuente muy rica

que tenía en una sala, en donde tardó con grandíssima música gran pieza el besar de la mano; y quando todos se hubieron ya con sus ropas nuevas hecho, vino el mayordomo mayor y echóme una ropa de brocado acuestas porque veáis la magnifiçençia de los turcos en el dar, y el thesorero me dio un pañizuelo con çinquenta ducados en oro, y quando me hiqué de rodillas para vesar la mano a mi amo, tenía la carta de livertad hecha y sellada, reboltada como una suplicaçión, y púsomela en la mano y començaron de disparar mucha artillería y tocar músicas, y tornando a porfiar para vesarle el pie, asíome por el brazo y abrazóme, y diome un beso en la frente diçiendo: Ningunas gracias tienes que me dar desto, sino a Dios que lo ha hecho, que yo no soy parte para nada. Aunque agora te doy la carta, no te doy liçençia para que te vayas a tu tierra fasta que yo esté en más fuerças; ten paçiençia hasta aquel tiempo, que yo te prometo por la cabeza del Gran Turco de te embiar de manera que no digas allá en cristianidad que has sido esclabo de Zinán Baxá, sino su médico. Yo le respondí, inclinándome a besarle otra vez el pie y la ropa, que vesaba las manos de su exçelençia y no me tubiese por tan cruel que le había de dexar en semejante tiempo hasta que del todo estubiese sano, antes de en cabo del mundo que me hallara, tenía de venir para servirle en la conualesçençia, donde más neçesidad hay del médico.

JUAN.-Estoy tan afixionado a tan humano príncepe, que os tengo embidia el haber sido su esclabo, y no dexaría de consultar letrados para ver si es lícito rogar a Dios por él.

PEDRO.-Después de muerto tengo yo el escrúpulo, que en vida ya yo rogaba mill vezes al día que le alumbrase para salir de su error.

MATA.-Y la carta ¿qué la hizistes? ¿traíaisla con vos o confiábaisla de otro?

PEDRO.-El mayordomo mayor, aquel que me dio la ropa de brocado, con temor de que estaba en mi mano y me podría venir quando quisiese, sin que nadie me lo pudiese estorbar, me la pidió para guardármela fasta que me quisiese venir, y entre tanto, para entretenimiento, me dio una póliça por la qual me hazían médico del Gran Turco con un ducado veneçiano de paga cada día, de ayuda de costa.

JUAN.-¿Quánto es el ducado veneçiano?

PEDRO.-Treçe reales.

MATA.-No dexara yo mi carta por çient mill ducados veneçianos del seno.

PEDRO.-Hartos neçios me han dicho esa mesma neçedad. ¿Luego pensáis que si yo no viera que el Vaxá lo mandaba ansí que no la supiera guardar? No pude hazer menos; que si por malos de mis pecados dixera de no o refunfuñeara, luego me levantarán que rabiaba, y me quería ir, y fuera todo con el diablo, roçín y mançanas.

JUAN.-A husadas, mejor consejo tomastes vos, quanto más que la honrra y probecho de médico del Gran Turco valían poco menos que la livertad. ¿Y qué dio a los judíos?

PEDRO.-Cada çient ducados y sendas ropas de brocado. Mas los triumphos que cada día hazíamos por Constantinopla, me decid. El primer día que fue a Duan, que es a sentarse en

el Consejo Real en lugar del Gran Señor, iba en un bergantín dorado por la mar, todo cubierto de terciopelo carmesí, y ninguna persona iba dentro con él sino yo, con mi ropa de brocado; y en otro vergantín iban los gentiles hombres, y los médicos judíos, y no había día que no repartiesen dineros para vino a todos, cada tres o quatro escudos. Fue grandíssima confusión para los médicos mis contrarios que al cabo de quatro meses hubiese salido con la hidropesía curada, y de tal manera pesó al Amón Ugli, que cayó malo y dentro de ocho días fue a ser médico de Belzebut, y los que quedaron grandíssima envidia de verme médico del Rey y con más salario del primer salto que ellos o los más en toda su vida.

MATA.-¿Y sabíaislo representar?

PEDRO.-Era como águila entre pájaros yo entre aquellos médicos; todos me temblaban.

MATA.-¿Pues tan para poco eran que no podían un día mataros o hazerlo hazer?

PEDRO.-No podían lo uno ni lo otro, porque mi cabeza era guardada con las suyas; más subjeta jente es que tanto ni aun alçar los ojos a mirarme no osaran, porque no tenían mayor enemigo en el mundo que a mi amo; a ellos y a sus casas y linajes pusiera fuego.

MATA.-Qué, ¿no faltara un bocadillo para que nadie lo supiera?

PEDRO.-Bobo es el moço que tomara colaçión ni cosa de comer en sus casas. Convidábanme hartas vezes, pero yo siempre les deçía que ya sabían que mi fe lo tenía vedado, por tanto no me lo mandasen.

MATA.-Y al cirujano viejo aquel christiano, ¿no le dieron nada o no sirvió?

PEDRO.-También, que todo lo que de cirugía se hizo se había de agradecer a él, que el judío no estaba más de para lo que os dixere. Le dieron su carta de livertad, y la depositó en la mesma parte diçiendo que nos habíamos de venir juntos. No penséis que no se tornó otra vez de nuebo a perder la amistad de los judíos, que le vino una herisipela que se paró como fuego, y yo, aunque estaba flaco, fui de paresçer de sangrarle, en lo qual fui contradicho de todos los médicos, que no menor copia había mandado venir que al tiempo del abrir, los quales deçían que un hombre que había pasado lo que él, y estaba tan flaco, juntamente con la sangre echaría el ánima. No me aprovechando dar bozes diçiendo que se ençendía en fuego de la gran calentura y mirasen tenía tanta sangre que le venía al cuero, y que por estar flaco no lo dexasen, que quanto más gordo es el animal tiene menos sangre, como claramente vemos en el puerco, que tiene menos que un carnero, entréme dentro en la recámara y díxele el consejo de todos los médicos, y como ni por pensamiento le consentían sangrar; que [si] de la sangre ajena eran tan avarientos ¿qué hizieran de la suya propia? Díxome: ¿pues qué te paresçe a ti? Entonces toméle a solas por la mano y apretándosela como de amistad digo: Señor, por Christo, en quien creo y adoro, que lo que alcanço es que si no te sangras te mueres sin aprovecharte nada tan gran peligro como has huido, de la hydropesía, y soy de paresçer que entre tanto que ellos acaban de consultar el cómo te han de matar, entre el çirujano christiano y yo çerremos la puerta y saquemos una escudilla de sangre. Él lo açeptó, estendiendo el braço y diçiendo: Más quiero que tú me mates que no ser sano por sus manos; pero ¿qué diremos, que querrán entrar al mejor

tiempo? Digo: Señor, para eso buen remedio: decir que estás en el servidor. Y quedamos a puerta zerrada un gentil hombre que se llamaba Perbis Agá, thesorero suyo y el más privado de toda la casa, que me tenía tanta y tan estrecha amistad como si fuéramos hermanos y el que jamás se apartó de la cama del Baxá en toda su enfermedad, y el barbero y yo y un paje. A puerta çerrada le saqué zerca de una libra de sangre, la más pestilencial que mis ojos vieron, verde y çenicienta, y abrimos la puerta que entrasen los que quisiesen, escondida la sangre, y allí estuvieron en conversaçión una hora, en la qual el Baxá sintió notable mejoría, y muy contento les preguntó el inconveniente de la sangría, çertificándoles estar quasi bueno con haber hecho dos cámaras. Ellos respondieron que no había otro sino que no podía escapar si lo hiziera. No pudo sufrirlo en paçiençia, y airadamente, mostrándoles la sangre, les mandó que se le quitasen delante, llamándolos de omiçidas, y que si más le iban a ver, aunque los llamase, a todos los mandaría ahorcar. Fuéronse, baxas sus cabezas, a quejar al hermano y a la Soltana, y desculpase que si se muriese no les echasen culpa ninguna. El hermano le embió a visitar y reprehender porque hubiese ansí refutado su consejo; y él le embió la sangre que la viese, la qual vio también la Soltana, y andaba entre señores mostrándose como cosa monstruosa; y a la tarde yo le saqué otra tanta, con que quedó sano del todo.

MATA.-¿Qué os deçían después los judíos?

PEDRO.-Que no se maravillaban de que hubiese sanado, pero la temeridad mía los abobaba. Un hombre que había salido con tantas cosas y con victoria y estaba ya libre, y si moría su amo con el paresçer de todos quedaba más libre y con mucha honrra, atreberse a perder todo lo ganado en un punto, ya que si moría en sus manos la mayor merçed que le hizieran fuera atazarle; lo mesmo me dixo un día el Rustán Baxá, al qual respondí: Señor, quando yo voy camino derecho, a sólo Dios temo, y a otro no; mas quando voy torçiendo, una gallina pienso que me tiene de degollar, aunque esté atada. Y a los judíos dixé también: Sabed que la mejor cosa de la fortuna es seguir la victoria.

MATA.-Al menos hartas cosas había visto, por donde, aunque le pesase, ese vuestro amo os había de creer más que nadie.

PEDRO.-Eso fuera si estuviera bien con Dios; pero como le traía el diablo engañado, habíale de dexar hasta dar con él en el infierno; dos meses más le dio de vida.

Capítulo IX

Muerte de Sinán Bajá y liberación de Pedro

JUAN.-¿Cómo?

PEDRO.-Andaba en el mes de diziembre, al prinçipio, con una caña en las manos, como si no tubiera ni hubiera tenido mal, y al cabo que había caminado una legua se me quexaba que le dolían un poco las piernas y que le curase. Yo lo echaba por alto diçiéndole: ¡Señor,

un hombre que seis meses ha pasado lo que Vuestra Exçelencia se espanta deso! Las piernas aún están algo débiles y no pueden sustentar como de primero tan grande carga como el cuerpo, sin hazer sentimiento, fasta que tornen del todo en su ser. Guárdese Vuestra Exçelencia del diablo y no haya mediçina ninguna, que le matará. Vino a él un judío boticario que se hazía médico y todo, el más malaventurado que había en Judea y más pobre, que se llamaba Elías, y como sabía que pagaba bien, díxole en secreto: Yo, señor, he sabido que Vuestra Exçelencia ha estado, mucho tiempo ha, malo, y mi ofiçio es solamente de un secreto de hazer a los flacos que por más que anden no se cansen. Podréte servir en ello, pero ha de ser con condiçión que este christiano español no sepa nada, porque luego hará burla y dirá que no sé nada y no quiero que deprenda por mill ducados mi secreto. El Vaxá, que estábamos de camino para Persia al campo del Gran Turco, túbolo en mucho, y no sólo le prometió que yo no lo sabría, mas juróle todos los juramentos que en la ley de Mahoma más estrechamente ligan, y luego començó de esconderse de mí y tomar çiertos bocados que aquél le daba, llenos de escamonea, que le hazía echar las tripas; purgóle onçe días mañana y noche, que al menos le hizo hazer çiento y ochenta cámaras, y da con él en tierra.

MATA.-¿Pues él no se sentía peor?

PEDRO.-Sí; pero el otro le hacía creer que aquello que salía era de las piernas, y que no debilitaba nada, y que él ponía su cabeza que se la cortasen si no saliese con la cura. Ya que se vio muy decaído, acordó de mandarme dar parte de todo lo pasado, y quando lo supe, que aquellos días yo me andaba paseando por la çibdad como no le hacía ninguna mediçina, halléle quasi muerto, devilitado y con una calenturilla, y reñíle mucho el error pasado. Y como vino allí el judío, quísele matar, y los pribados del Vaxá, entre los cuales era el mayordomo mayor y el thesorero, que debían d'estar conçertados con él que le despachase, no me dexaron que le hablase mal ni le reprehendiese cosa de quantas hazía. Yo vime perdido, y estando la sala llena de caballeros y dos Baxás amigos suyos, que le habían venido a ver, como quien toma por testimonio le protesté y requerí que no hiziese más cosa que aquél le mandase, porque si lo hazía no llegaría a nuestra pascua, que era de allí a veinte días, y me maravillaba de una cabeza como la suya, que gobernaba el imperio todo por mar y por tierra, igualarla con la de un judío el más infame de su ley. Si quería por vía de mediçina judíos, había honrrados y buenos médicos; llamáselos y curátese con ellos, y no les diese aquella higa a todos los médicos. Gran vengança, digo, será, que después de muerto corten la cabeza del judío. Pregunto: ¿Qué gana Vuestra Excelencia por eso? A todos les paresçió bien y de allí en adelante cada día a quantos me preguntaban cómo estaba mi amo les respondía: Muérese. El judío no dexó de perseverar su cura, con dezir que ya él había dicho que yo le había de contradecir; mas por bozes que diese no deprendería el secreto y que tomase lo que le daba y callase. No dexó de mejorar un poco, porque cesó de darle purgas, y reíase mucho de que yo le dixese quando le tomaba el pulso que se moría. Como no sanaba dentro del plazo constituido, díxole: Señor, yo hallo por mis escrituras que contra el mandado y voluntad de Dios no se puede ir; hágote saber que si no vendes una nabe que tienes, por la qual te ha benido el mal, que ningún rremedio hay. Manda luego sin ninguna dilaçión se diese por qualquier preçio, porque él se acordaba que del día que aquella nabe se cayó en la mar tenía todo su mal.

JUAN.-¿Qué nabe? ¿Qué tenía que haçer el mal con la nao?

PEDRO.-Tenía una muy hermosa nao, la qual un día dentro el puerto, dándole careña, que es çierto baño de pez que le dan por debaxo, cargáronla sobre unas pipas, y por no la saber poner se hundió toda en la mar; a sacarla concurrió infinita gente, que casi no quedó esclavo en Constantinopla. Con muchos ingenios, en ocho días, a costa de los braços de los christianos, sin lesión ninguna la sacaron. Deçía agora aquel judío que la nabe causaba el mal. Hízosela bender en çinco mil ducados, baliendo ocho mil, con el agonía de sanar.

JUAN.-¿Y no había otra causa más para echar la culpa a la nabe? ¿Qué deçiais vos a eso?

PEDRO.-Quando yo lo vi, conçedí con el judío que desde entonçes tenía el mal, y el caherse la nabe había sido la causa de la enfermedad; mas que ni el judío ni él no sabían el por qué como yo, y si me perdonaba yo lo diría. Diome luego liçençia y aseguróme; dixen: ¿Vuestra Exçelencia tiene memoria que aquel día cruçificó un christiano y le tuvo delante de los otros más de quatro horas cruçificado? Pues Dios está enojado deso.

JUAN.-¿Cruçificar christiano?

PEDRO.-Sí en verdad.

JUAN.-¿En cruz?

PEDRO.-En cruz.

JUAN.-¿Bibo?

PEDRO.-Bibo.

JUAN.-¿Y ansí aspado?

PEDRO.-Ni más ni menos que a Christo.

JUAN.-¿Pues cómo o por qué? ¿Bos bisteis tan gran crueldad?

PEDRO.-Con estos ojos. Hay dos o tres galeras en Constantinopla que llaman de la piedra.

MATA.-¿Son hechas de argamasa?

PEDRO.-No, sino como las otras; mas porque sirben de traer de contino, inbierno y berano, piedra para las obras del Gran Turco las llaman de la piedra. En rrespecto de la de éstas, es paraíso estar en las otras; traen sin árboles ni belas, salbo una pequeñita que está en la proa, que se dize trinquete, y los que han hecho de los turcos tan graves delitos que mereçen mil muertes, por darles más pena los echan allí, donde cada día han de cargarla antél y descargar, como si también quando faltan malhechores meten christianos cautibos.

JUAN.-¿Por qué no tiene árbol ni velas?

PEDRO.-Porque como es tan infernal la vida, los que están dentro se irían con la misma galera, que aun sin velas se huyó tres veces estando yo allí, entre las cuales fue ésta cuando un garçoncito éstos concertó con todos los que con él remaban que matasen los guardianes y se huyesen; vinieron a executar su pensamiento, y levantáronse contra los que estaban dentro y rindiéronseles, matando alguno, e huyéronse. Aquel úngaro, no contento con esto, ya que estaban rendidos estaba mal con el arráez, porque le azotaba mucho, y quando se bio suelto arremete a él y dale de puñaladas, y ábrele el pecho y sacó el corazón, el qual se comió a bocados, y otro compañero suyo tomó al canite y a un hijo del arráez hizo otro tanto. No fue Dios serbido de darles buen viaje. Bolbió el viento contrario, y dieron al través çinquenta leguas de Constantinopla, y fueron descubiertos de la gente de la tierra y presos todos y llevados a Constantinopla quando esta nave se sacaba. Quando se huyen christianos, los turcos a los capitanes que los emponen en que se huyan, castigan, que a los demás no los hazen mal, sino dizen que los otros los engañaron y lo han de pagar. Como la bellaquería que aquel úngaro y su compañero habían usado era tan grande, Çinán Bajá, como virrey mandó que aquel día, que todos los cautivos estaban sacando, juntos en la nave fuesen crucificados, bibo el que mató al capitán, y el otro enpalado después de cortados braços y horejas y narices; éste luego murió, mas el que estaba en la cruz bien alta, entre una nave y otra, estuvo con gran calor medio día, hasta que yo con mi privanza fui a besar el pie del Bajá, que muchos habían ido y no habían alcanzado nada; hízome la merçed de que yo le híciese cortar la cabeza, con la qual nueva fui tan contento como si le hiciera la merçed de la vida.

JUAN.-Grande lástima es ésa. En mi vida oí dezir que fuesen tan crueles; por mayor merçed tengo aquélla que el alcanzar la vida. ¿Murió christiano?

PEDRO.-Yo no entendí su lengua; pero a lo que dijeron todos los que le oían y entendían, como un mártir.

JUAN.-Bienaventurado él, que no sé qué más martirio del uno y del otro. ¿Y los christianos qué dezían?

PEDRO.-Ayudarle con un pésame. ¿Qué queréis que hiciesen? Lástimas artas; y los mercaderes beneçianos y griegos todos estaban mirándole y animándole.

MATA.-Y al Baxá ¿pesóle lo que le dixisteis? porque yo por fe tengo que esa fue la causa.

JUAN.-¿No os paresçe que era bien suficiente?

PEDRO.-Echólo en rrisa y díjome: Mucho caso haze Dios de vuestro christiano en el çielo con toda su mejoría y bender de nao. El día de Santo Tomé, pidióme, estando sentado, un espejo y un peine, y preguntóme, estándose mirando, cuándo era nuestra pasqua. Yo le rrespondí que de allí a quatro días. Díjome: Gentil pronóstico has echado si no he de bibir más de hasta allá. Con mucha rrisa yo le dixi: Vuestra Exçelencia, que no hay cosa en el mundo que yo más desseo que mentir en tal caso; pero como yo beía el camino que este

malabenturado de judío trae, procuraba apartar a Vuestra Excelencia de que no muriese a sus manos. Díjome: Pues si es hora de comer, tráHEME la comida y baya el diablo para ruín, que yo no he tenido mejor apetito muchos meses ha. Tomé mi caña de Yndias, como tenía de costumbre, y fui a la coçina y mandé que llebasen la comida; yendo yo delante de los que la llebaban, bi un negro que a grande priesa bajaba la escalera diciendo: Yulco, yulco; agua, agua rrosada. Salté arriba por ver quién estaba desmayado, y hallé al pobre Çinán Baxá con el espejo en la una mano y el peine en la otra, muerto ya y frío; y por sí o por no, y de miedo que algún turco no me diese algo que no me supiese bien, pues paresçen mal los médicos en las cámaras de los, muertos, retrájeme a mi aposento que era baxo del de el Baxá y zerréme por dentro.

MATA.-Yo me huyera.

PEDRO.-Gentil consejo; agora os digo que habéis borrado quanto bueno toda esta noche habéis hablado, ¿Parésçeos que era bueno, donde no tenía culpa, hazerme omiçida y donde era libre tornar a ser cautibo? Antes gané la mayor honrra que en todas las curas ni de Soltana ni príncipe ninguno; porque con la protesta que le hize y el prognóstico, todos quedaron señalándome con el dedo diçiendo el vere filius. Dei erat iste. Si a éste creyera, nunca muriera. Desde mi cámara vi toda la solemnidad y pompa del enterramiento, y llantos, y lutos, lo qual, si queréis, n'os diré agora; si no remitirlo he para su lugar.

MATA.-¿Qué más a propósito lo podéis dezir en ninguna parte que aquí?

JUAN.-Dicho se estará.

PEDRO.-Pues presuponed que en su casa tenía muchos gentiles hombres y criados que se pusieron luto y le lloraban por orden y compases, diciendo uno la voz y respondiendos todos llorando. El luto es sobre la toca blanca que traen, que llaman turbante; se ponen la çinta que traen çinida de manera que el tocado se cubra y parezca o todo no blanco, sino entreberado, o negro o de otro color como es la çinta. No hay más luto déste ni dura sino tres días; y con éste llevan los vestidos que quieren, que aunque sea brocado es luto. La boz del llanto dezía: ¡Hei, Zinan Baxá! ¡Hei! respondían todos. ¡Hei, hei bizum afendi! ¡Hei, hei! respondían siempre. ¡Hei, denis Beglerbai; hei, hei, Stambol bezir! ¡hei, hei andabulur birguile captan anda! A esto todos: ¡Vhai, vai, vai! Quiere dezir: ¡Ay! Zinán Baxá, ¡ay! nuestro patrón y señor, almirante de la mar, governador del imperio, ¿dónde se hallará un capitán como éste? ¡Guai. guai, guai! Yo, çerradas mis ventanas, en mi cámara me eché de hozicos sobre una arca y apretaba los ojos fuerte, y tenía muy a mano un jarro de agua, con que los mojaba, y el pañizuelo también, para si alguno entrase que no paresçiese que no le lloraba; y a la verdad, entre mí holgábame porque Dios le había matado sin que yo tubiese en qué entender con él; y como en la muerte del asno no pierden todos, quedaría libre, y me podría venir; lo qual si viviera, siempre tenía themor que por más cartas de livertad que me diera nunca alcanzara liçençia.

MATA.-No me paresçe que dexó de ser crueldad no os pesar de veras y aun llorar, que en fin, aunque era pagano, os había hecho obras de padre a hijo.

PEDRO.-Yo a él de Spíritu Sancto; bien parece que nunca salistes de los tiçones y de comer bodigos, que de otra manera veríais cuánto pesa la livertad y cómo puesta en una valança y todas las cosas que hay en el mundo, sacada la salud, pesa más que todas juntas. No digo yo Zinán Baxá, pero todo el mundo no se me diera nada que se muriera, por quedar yo libre. No dexé, con todo esto, de meter bastimento para si no pudiese salir aquellos dos días, de una calabaza de vino que siempre tenía, y queso y pan, pasas y almendras. Luego le pusieron sobre una tabla de mesa y con mucha agua caliente y jabón le labaron muy bien todo.

MATA.-¿Para qué?

PEDRO.-Es costumbre suya hazer ansí a todos los turcos. Y metiéronle en un ataút de çiprés, y tomáronle entre quatro Baxás, con toda la pompa que acá harían al Papa, que no creo que era menor señor, y llebáronle a una mezquita que su hermano tenía hecha, que se llama Escutar, una legua de Constantinopla, y para la buelta había muchos sacrificios de carneros, y mucho arroz y carne guisado, para dar por amor de Dios a quantos lo quisiesen. Otro día que le habían enterrado yo salí a la cozina, a requerir si había qué comer, muy del hipócrita, puesto el pañizuelo, en los ojos, mojado, con lo qual moví a grandíssima lástima a todos quantos me vieron, y dezíanse unos a otros: ¡Oh, cuitado, mezquino deste christiano, que ha perdido a su padre! En la cozina me dieron un capón asado. Embolvíle en una torta, sin quererle comer allí, por fingir más soledad y dolor, y fuime a la cámara, harto regoçijado dentro. Como informaron al mayordomo mayor y al thesorero de mi gran dolor y tristeza, fueron, que no fue poco favor, con otros diez o doze gentiles hombres a visitarme a mi cámara, y por hazerme más fiesta quisieron que allí se hiziese un llanto como el otro y llebase yo la voz, por el ánima del Baxá. Fui forçado a hazerlo, y con llorar todos como una fuente, yo digo mi culpa, no me pudieron hazer saltar lágrima; digo de veras, que del cántaro harto más que ellos. No veía la hora que se fuesen con Dios; ¡tanto era el miedo que tenía de reírme!

MATA.-¿Qué se hizo de la hazienda? ¿Tenía hijos?

PEDRO.-Quedó la Soltana por testamentaria o albazea, y llebáronle allá todo quanto había, que no fueron pocas cargas de oro y plata. Estad çiertos que eran en dinero más de un millón y en joyas y muebles más de otro; dejó dos hijas y un hijo; y después que yo vine he sabido que el hijo y la una hija son muertos; en fin todo le verná al Gran Turco poco a poco; día de los Reyes fue el primero que sacaron a vender por las calles en alta voz los esclabos, no menos contentos que yo; porque diçe el italiano: chi cangia patron, cangia ventura: Quien trueca amo, trueca ventura. Como era tan grande señor y tan poderoso, no se le daba nada por rescatar christianos, antes lo tenía a pundonor, y ansí muchos, aunque tenían consigo el dinero, estaban desesperados de ver que estubiesen en manos de quien no tubiese neçesidad de dineros. Començaron a sacar a todos mis compañeros, y aunque eran caballeros andaban tan baratos, por no tener oficios, los rescates dubdosos y la pestilencia cada día en casa, que nadie se atrebía a pasar de doçientos ducados por cada uno, entre los quales muchos habían rogado con seisçientos a Zinán Baxá y podían dar mil. Yo quisiera aquel día más tener dineros que en toda mi vida, porque los daban a luego pagar como si fueran nada, y como no tenía andaba estorbando a todos los que veía que tenían gana dellos y se alargaban en la moneda, diciendo como amigo que mirase lo que hazía, que yo le

conocía d'España y que aunque decía que era caballero lo hacía porque no le hiziesen trabajar tanto como a los otros, mas en lo cierto era un pobre soldado que no tenía sino deudas hartas acá, y por eso se había ido a la guerra. Siendo cosa de intherese, todos tomaban sospecha ser verdad lo que yo les decía y nadie los quería comprar.

MATA.-¿Pues ellos, qué ganaban en eso? ¿No fuera mejor que los comprara algún hombre de bien que los tratara como caballero?

JUAN.-¿No veis que acaba de decir que vale más ser de un particular que de un señor?

PEDRO.-Y aún de un pobre que de un rico; porque como el pobre tiene todo su caudal allí empleado, dales bien de comer y regálalos, y es compañero con ellos, porque no se les mueran, y lo mejor de todo es que por poca ganancia que sienta los da por haber y asegurar su dinero; lo qual el rico no haze, porque ni les habla ni les da de comer, pudiendo mejor sufrir él que los pobres la pérdida de que se mueran. Al que yo conocía que era pobre y hombre de bien le decía: compra a éste y a éste, y no te extiendas a dar más de fasta tanto, que yo los fío que te darán cada uno de ganancia una juba de grana que valga quince escudos; y así hize a uno que comprase tres Comendadores de Sant Juan por doçientos ducados, y él tenía un hermano cautibo en Malta, y de ganancia quando le diesen los doçientos ducados, le habían de dar al hermano; y dentro de tres meses se vinieron a su religión bien varatos; a otros dos hize se comprase otro por ciento veinte ducados los quales sobre mi palabra dexaba andar sin cadenas por la çibdad.

MATA.-¿Tanto fiaban de vos?

PEDRO.-Aunque fueran mill y diez mill no lo hayáis a burla, que uno de los principales y que más amigos tenía allá era yo.

MATA.-¿Cómo aquistastes tantos?

PEDRO.-Con procurar siempre hazer bien y no catar a quién. Todos los oficiales y gentiles hombres de casa de Zinán Baxá pusieran mill vezes la vida por mí, tanto es lo que me querían; y el mayor remedio que hallo para tener amigos, es detrás no murmurar de hombre ni robarle la fama, antes loarle y moderadamente ir a la mano a quien dize mal dél; no ser parlero con el señor es gran parte para la amistad en la casa que estáis. ¿Sabéis las parlerías que yo a mi amo decía? Que no hubo hombre de bien en la casa a quien no hiziese subir el salario que en muchos años no había podido alcançar y le pusiese en privança con el Baxá. Tenía esta orden: Que quando estaba solo con él, siempre daba tras el ofiçio de que más venía al propósito; unas vezes le decía: Muchas casas, señor, he visto de reyes y príçipes, mas tan bien ordenada como ésta ninguna, por la grande soliciçitud que el mayordomo mayor trae, del qual todo el mundo dize mill bienes; y sobre esto discantaba lo que me paresçía. Otras vezes del thesorero: Señor, yo soy testigo que en tantos días de vuestra enfermedad no se desnudó ni hubo quien mejor velase. Del cocinero otras vezes: Yo me estoy maravillado de la livalidad y gana de servir dél, y del gusto y destreza; que tengo para mí que en el mundo hay Rey que mejor cozinero mayor tenga; quando de noche voy a la cozina para dar algún caldo a Vuestra Exçelencia, le hallo sobre la mesma olla, la cabeça por almohada, no se fiando de hombre nascido, bestido y calzado. Hasta los moços

de despensa y de coçina procuraba darle a conoçer y que les hiziese merçedes. Luego veía otro día al uno con una ropa de brocado, al otro con una de martas y con más salario, o mudado de ofiçio, venirme a abrazar, porque algunos pajes que se hallaban delante les dezía: Esto y esto ha pasado el christiano con el Baxá de vos. Si entraba en el horno, despensa o cozina, todos me vesaban la ropa; pues aunque yo tubiera cada día çient combinados no les faltara todo lo que en la mesa del Baxá podían tener. Tened por entendido que si dixera mal dellos, ni más ni menos lo supieran, que las paredes han oídos, y fuera tan malquisto como era de bien, de más del grandíssimo desserviçio que a Dios en ello se haze. Son gente muy encojida, y aunque se mueran de pura hambre no hablaran en toda su vida al amo, ni unos por otros; y por hablar yo ansí tan liberalmente con él me quería tanto. El número de los arraezes no es çierto, que pueden hazer los que el Baxá de la mar quiere; yo pidía, como supiese que cabía en él, para muchos la merced y la alcanzaba, y no les quería llebar blanca, aunque me acometían a dar siempre dineros. Veis aquí, hermanos, el modo de aquistar amigos dondequiera, que, en dos palabras, es ser bien criado y lival y no hazer mal a nadie, porque donde hay avariçia o intherese maldita la cosa hay buena.

MATA.-¿No os aprovechastes de nada en esos tiempos?

PEDRO.-Sí, y mucho; deprendí muy bien la lengua, turquesca y italiana, por las quales supe muchas cosas que antes ignoraba, y vine por ellas a ser el christiano más pribado que después que hay infieles jamás entre ellos hubo.

MATA.-¿No digo yo sino de algunos dineros para rescataros?

PEDRO.-¿Qué más dineros ni riqueza quiero yo que saber? Éstas me rescataron, éstas me hizieron privar tanto que fui intérprete dellas con Cinán Baxá, de todos los negoçios de importançia dellas, y aún con todo se están en pie, y los dineros fueran gastados; quanto más que, si yo más allá estuviera, no faltara, o si mi amo vibiera.

JUAN.-Volviendo a nuestra almoneda, ¿todos se vendieron?

PEDRO.-No quedaron sino obra de çiento para hazer una mezquita en su enterramiento, y acabada también los venderán.

JUAN.-Pues de las limosnas d'España que hay para redemption de cautibos ¿no podían hazer con qué rescatar en buen preçio hartos?

PEDRO.-¿Qué redemption? ¿qué cautibos? ¿qué limosna? Córtenme la cabeza si nunca en Turquía entró real de limosna.

MATA.-¿Cómo no, que no hay día que no se pide y se hallega hartos?

PEDRO.-¿No sabéis que no puede pasar por los puertos oro, ni moro, ni- caballo? Pues como no pase los puertos, no puede llegar allá.

MATA.-Mas no sea como lo de los ospita[les]... no digo nada.

PEDRO.-Tú dixiste. Yo lo he procurado de saber por acá y todos me diçen que por estar cerca d'España Berbería van allá, y de allí los traen; bien lo creo que algunos, pero son tan pocos, que no hay perlado que si quisiese no traería cada año más, quedándole el brazo sano, que en treinta años las limosnas de los señores de salba. No hay para qué dezir, pues no lo han de hazer como los otros: sola la mediçina diçen que ha menester experiençia; no hay Facultad que, juntamente con las letras, no la tenga neçesidad, y más la Theología. Pluguiese a Dios por quien él es, que muchos de los theólogos que andan en los púlpitos y escuelas midiendo a palmos y a jemes la potençia de Dios, si es finita o infinita, si de poder absoluto puede hazer esto, si es ab eterno; antes que hiziese los cielos y la tierra dónde estaba, si los ángeles superiores ven a los inferiores y otras cosas ansí, supiesen por experiençia medir los palmos que tiene de largo el remo de la galera turquesca y contar los eslabones que tenía la cadena con que le tenían amarrado, y los azotes que en tal golfo le habían dado, y los días que había que no se hartaba de pan cozido, sin çerner, un año había, lleno de gusanos, y las arrobas de peso que le habían hecho llebar acuestas el día que se quebró, y los puñados de piojos que iba echando a la mar un día que no remaba; ¡pues qué, si viesen las ánimas que cada día reniegan, mugeres y niños y aun hombres de barba! Pasan de treinta mill ánimas, sin mentir, las que en el poco tiempo que yo allí estube entraron dentro en Constantinopla: de la isla de Llívar, 9.000; de la del Gozo, 6.000; de Trípol, 2.000; de la Pantanalea y la Alicata, quando la presa de Bonifacio, 3.000; de Bestia en Apulla, 6.000; en las siete galeras, quando yo fui preso, 3.000. No quiero dezir nada de lo que en Ungría pasa, que bien podéis creer que lo que he dicho no es el diezmo dellos; pues pluguiese a Dios que siquiera el diezmo quedase sin renegar. Lo que por mí pasó os diré: embiaron de Malta una comisión que se buscasen para rescatar todas las ánimas que en el Gozo se habían tomado, y como yo lo podía hazer, diéronme a mí el cargo; anduve echando los bofes por Constantinopla y no pude hallar, de seis mill que tenía por minuta, sino obra de çiento y çinquenta viejos y viejas.

MATA.-¿Pues qué se habían hecho?

PEDRO.-Todos turcos, y muertos muchos, y estos que quedaron, por no se lo rogar creo que lo dexaron de hazer. Juzgad ansí de los demás. ¿Qué más queréis que se hablan las lenguas de la Iglesia romana, como italiano, alemán y úngaro, y español, tan común como acá y de tal modo que no saben otra? ¿Parésçeos que, vistas las orejas al lobo, como ensanchan sus conçiencias ensancharían las limosnas y las questiones, si es lícito el sacerdote tomar armas, y serían de paresçer que no quedase clérigo ni fraire que, puestas sus aldas en çinta, no fuese a defender la sancta fe cathólica como lo tiene prometido en el baptismo? A vos, como a theólogo, os pregunto: si una fuerza como la de Bonifaçio, o Trípol, o Rhodas, o Buda, o Velgrado la defendieran clérigos y fraires con sus picas y arcabuzes, ¿fuéranse al infierno?

JUAN.-Para mí tengo que no, si con solo el zelo de servir a Dios lo hazen.

MATA.-Para mí tengo yo otra cosa.

PEDRO.-¿Qué?

MATA.-Que es eso hablar adefeseos que ni se ha de hazer nada deso, ni habéis de ser oídos, porque no hay hombre en toda esta corte de tomo, letrado, ni no letrado, que no piense que sin haber andado ni visto nada de lo que vos, porque leyó aquel libro que hizo el fraire del camino de Hierusalem y habló con uno de aquellos vellacos que deçiais que fingen haberse escapado de poder de moros, que les atestó las cabezas de mentiras, no les harán entender otra cosa aunque vaxase Sant Pablo a predicársela; yos prometo que si mi compadre Juan de Voto a Dios topara con otro y no con vos, que nunca él torçiera su braço, pues conmigo aún no lo ha querido torçer en tantos años, sino echóme en creer del çielo çebolla.

PEDRO.-No tengo que responder a todos esos más de una copla de las del redondillo, que me acuerdo que sabía primero que saliese de España, que dize:

Los çiegos desean ver,
oír desea el que es sordo,
y adelgazar el que es gordo,
y el coxo también correr;
solo el neçio veo ser
en quien remedio no cabe,
porque pensando que sabe
no cura de más saber.

MATA.-Agora os digo que os perdonen quanto habéis dicho y hecho contra los théologos, pues con solo un jubón habéis vestido a la mayor parte de la corte.

PEDRO.-Pocos trançes desos pensaréis que he pasado con muchos señores que ansí me preguntan de allá cosas, y como no les diga lo que ellos saben, luego os salen con un vos más de media vara de largo: Engañaisos, señor, que no sabéis lo que deçís; porque pasa desta y desta manera. Preguntado que cómo lo saben, si han estado allá por dicha, ni aun en su vida vieron soltar una escopeta, y por esto yo estoy deliberado a no contar cosa ninguna jamás si no es a quien ha estado allá y lo sabe.

MATA.-¿Ni del Papa ni nadie nunca fue allá limosna de rescate?

PEDRO.-Ni del que no tiene capa.

JUAN.-¿Y del Rey?

PEDRO.-No, que yo sepa; porque si algunas había de haber hecho, había de ser en los soldados de Castilnovo, que después que en el mundo hay guerras nunca hubo más balerosa jente ni que con más animo peleasen hasta la muerte, que tres mill y quinientos soldados españoles que allí se perdieron, lo qual, aunque yo no lo vi, sé de los mesmos turcos que me lo contaban, y lo tienen en cabeza de todas las hazañas que en tiempos ha habido, y a esta postponen la de Rhodas, con averiguarse que les mataron los Comendadores mas de çient mill turcos.

MATA.-¿Quánto tiempo ha eso de Castilnobo?

PEDRO.-Había quando yo estaba allá 17 años, y conoscí muchos pobres españoles dellos, que aun se estaban allí sin poner blanca de su casa. Podría el Rey rescatar todos los soldados que allá hay y es uno de los consejos adefeseos, como vos deçiais denantes, que las bestias como yo dan, sabiendo que el Rey ni lo ha de hazer ni aun ir a su notiçia; mas, pues no tenemos quien nos dé prisa en el hablar, echemos juiçio a montones. Ya habéis oído cómo por antigüedad, o porque quieren, dan los turcos a algunos christianos cartas de livertad con condiçión que sirvan tres años, quedándose por todos aquellos tres tan esclabo como antes, y no menos contento, aunque no le dan de comer, que si ya estubiese en su tierra. ¿Quánto más merced le sería si el Rey los sacase y les quitase de cada paga un tercio fasta que se quedase satisfecho de la deuda? Y haría otra cosa; que el esquadron de mill hombres desta manera valdría, sin mentir, contra turcos, tanto como un exército, como primero se consentirían hazer mill pedaços que tornar a aquella primera vida.

MATA.-¿Habéis dicho? Pues bien podéis hazer quenta que no habéis dicho nada, y aunque metáis ese consejo en una culebrina, no hayáis miedo que llegue a las orejas del Rey, porque si las dignidades solamente de las iglesias de España, con sus perlados, quisiesen, que es también hablar al aire, no habría necesidad del ayuda del Rey para ello; mas ¿no sabéis que dize David: ¿Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum? No se nos vaya, señores, la noche en fallas ¿Qué fue después de la almoneda?

PEDRO.-Ya que vendieron a todos, yo demandé la carta que tenía de livertad, depositada en el mayordomo mayor del Baxá, el qual fue a la Soltana y le hizo relaçión de la venta de los christianos, y que no quedaba más del médico español; si mandaba Su Alteza que se le diese la carta que estaba en depósito. Ella respondió que no, por quanto Amón Uglí era muerto, el protomédico de su padre, y no había quien mejor lo pudiese ser que yo, ni de quien el Gran Turco mejor pudiese fiarse; por tanto, que me tomasen con dos jenízaros, que son de la guarda del Rey, y me llebasen allá, que ella le quería hazer aquel presente.

MATA.-¿Dónde estaba el Gran Turco estonces?

PEDRO.-En Amaçia, una çibdad camino de Persia, quinze jornadas de Constantinopla; y, como sabéis no hay mejor cosa que tener donde quiera amigos, un paje desta Soltana, ginovés, que había sido de Çinán Baxá capado, que yo quando no sabía la lengua era mi intérprete, dio a un barbero que entraba a sangrar una mujer allá dentro, dos renglones, por los quales me avisaba de todo lo que pasaba; por tanto viese lo que me cumplía. Yo fui luego al Papa suyo y díxele (que era muy grande señor mío, que le había curado) todo como pasaba; digo el depositar de la carta, y cómo no me la daban y el miedo que había que la Soltana no hubiese mandado que no me la diesen; qué remedio tenía si la quisiese sacar por justiçia; si podría, pues la última voluntad del testador era aquélla, y tenía muchos testigos, y él mesmo confesaba tenerla. Respondióme que tenía mucha justiçia y me la haría guardar; mas que me hazía saber que había entrellos una ley que si caso fuese que el cautibo que aorrasen fuese eminente en una arte, no fuesen obligados a cumplir con él la palabra que le habían dado, por ser cosa que conviene a la república que aquel tal no se vaya. Si esto, dize, os alegan, no os faltará pleito, mas yo creo que no se les acordará; lo que yo pudiere hazer por vos no lo dexaré.

Capítulo X

La fuga

MATA.-¿Todo eso tenemos a cabo de rato? ¿Pues qué consejo tomastes?

PEDRO.-El que mi tía Celestina, buen siglo haya, daba a Pármeno, nunca a mi se me olvidó, desde la primera vez que le oí, que era bien tener siempre una casa de respecto y una vieja, a donde si fuese menester tenga acojida en todas mis prosperidades; con el miedo de caer dellas, siempre, para no menester, tube una casa: de un griego, el qual en neçesidad me encubriese a mí o a quien yo quisiese, pagándoselo bien, y dábale de comer a él y un caballo muchos meses, no para más de que siempre me tubiese la puerta abierta.

MATA.-No creo haber habido en el mundo otro Dédalo ni Ulixes, sino vos, pues no pudo la prosperidad çegaros a que no mirásedes adelante.

PEDRO.-¿Ulises o qué? Podéis creer como créis en Dios, que yo acabaré el quento, que no pasó de diez partes una, porque lo de aquél dízelo Homero, que era çiego y no lo vio, y también era poeta; mas yo vi todo lo que pasó y vosotros lo oiréis de quien lo vio y pasó.

JUAN.-Pues ¿qué griego era aquél? ¿Era libre? ¿Era christiano? ¿A quién estaba sujeto?

PEDRO.-Presuponed, entre tanto que más particularmente hablamos, que no porque se llame Turquía son todos turcos, porque hay más christianos que viben en su fe que turcos, aunque no están sujetos al Papa ni a nuestra Iglesia latina, sino ellos se hazen su Patriarca, que es Papa dellos.

MATA.-Pues ¿cómo los consiente el Turco?

PEDRO.-¿Qué se le da a él, si le pagan su tributo, que sea nadie judío ni christiano, ni moro? En España, ¿no solía haber moros y judíos?

MATA.-Es verdad.

PEDRO.-Pues de aquellos griegos hay algunos que viben d'espías, de traer christianos escondidos porque les paguen por cada uno diez ducados y la costa hasta llegar en salbo, que es un mes, y si aportan en Raguza o en Corfó las çibdades les dan cada otros diez ducados por cada uno.

JUAN.-La ganancia es buena si la pena no es grande.

PEDRO.-No es mayor ni menor de empalar, como he visto hazer a muchos; que al christiano cautibo que se huye, quando mucho, le dan una doçena de palos, mas al que le sacó empálanle sin ninguna redemptión.

MATA.-¿Pues hay quien lo ose hazer con esa pena?

PEDRO.-Mil quentos: la ganancia, el dinero, la neçesidad y intherese, hazen los hombres atrevidos; sé que el que hurta bien sabe que si es tomado le han de ahorcar, y el que nabega, que si cae en la mar se tiene de aogar; mas no obstante eso, nabega el uno y el otro roba. Por çierto, la espía que yo traxe había ya hecho diez y nueve caminos con christianos, y con el mío fueron veinte.

JUAN.-¿Cómo se llamaba?

PEDRO.-Estamati.

MATA.-¿Y qué hazía? ¿De qué os serbía?

PEDRO.-De mostrarme el camino, y servirme en él.

JUAN.-¿Y traxo a bos sólo?

PEDRO.-Como yo vi la respuesta que el Papa turco me dio, començé de pensar en mí quién me mandaba tomar pleito contra el Rey, valiendo más salto de mata que ruego de buenos hombres; yo determiné de huirme y tomé los libros, que eran muchos y buenos, y dilos embultos en una manta de la cama a una vezina mía, de quien yo me fiaba, que los guardase, y saqué de una arquilla las camisas y çaragüelles delgados que tenía, labradas de oro, que valdrían algunos dineros, que serían una dozena, que me daban turcas porque las curaba, y fuime en casa de la espía y topé en el camino aquel çirujano viejo mi compañero, y contéle lo que había pasado, y díxele: Yo me voy huyendo; si queréis venir conmigo, yo os llebaré de buena gana, y si no, y os viniere por mí algún mal no me echéis la culpa. Fue contento de hazerme compañía, mas quiso ir a casa por lo que tenía, que era cosa de poco preçio. Digo yo: No quiero, sino que se pierda; si habéis de venir ha de ser desde aquí, si no, quedaos con Dios. El pobre viejo, que más valiera que se quedara, fuese conmigo a casa del griego, y allí consultamos en qué hábito nos trairía. Dixo que el mejor, pues yo sabía tan bien la lengua, sería de fraire griego, que llaman caloiero, que es éste con que espantó a Mátalas Callando, pues teníamos las barbas que ellos usan, que era también mucha parte. Yo di luego dineros para que me traxesen uno para mí y otro para mi compañero.

JUAN.-¿Pues véndense públicamente?

PEDRO.-No, sino que se los tomase a dos fraires y les diese con qué hazer otros nuevos; y tráxolos. Dile luego çinco ducados para que me comprase un par de caballos.

MATA.-Tenedle, que corre mucho.

PEDRO.-¿Qué decís?

MATA.-¿Que si corrían mucho?

JUAN.-No dixo sino una malicia de las que suele.

MATA.-Pues çinco ducados dos caballos ¿quién lo ha de creer? Aunque fueran de corcho.

PEDRO.-Y aun creo que me sisó la quinta parte el comprador. No entendáis caballos para que rúen los caballeros, sino un par de camino, como éstos que alquilan acá, que bastasen a llevarnos treinta y siete jornadas, y éstos no valen más allá de a dos o tres escudos.

MATA.-¡Quemado sea el tal barato!

PEDRO.-Este griego usaba tenerse en casa escondidos los cautibos un mes o dos beborreando, hasta desmentir y que no se acordasen; mas yo no quise estar en aquel acuerdo, antes aquella noche, a media noche, quise que nos partiésemos, haziendo esta cuenta: como ya ando libre, el primero ni segundo día no me buscarán; pues cuando al terçero me busquen y embíen tras mí, ya yo les tengo ganadas tres jornadas, y no me pueden alcançar.

MATA.-Sepamos con qué tantos dineros os hallastes al salir.

PEDRO.-Obra de çinquenta ducados en oro y una ropa de brocado y otra de terciopelo morado, y las camisas y calçones y otras joyas. El viejo no sé lo que se tenía; creo que lo había empleado todo en piedras, que valen un buen preçio. Salimos a la mano de Dios, y la primera cosa que topé en apartándome de las çercas de Constantinopla, que ya quería amanecer, fue una paloma blanca que me dio el mayor ánimo del mundo, y dixé á los compañeros: Yo espero en Dios que hemos de ir en salbamento, porque esta paloma nos lo promete.

MATA.-Y si fuera cuerbo ¿volviéraisos?

PEDRO.-No penséis que miro en agüeros; aquello creía para confirmaçión d'esperança; pero no lo otro para mal. Íbanos dando la espía lección de lo que habíamos de hazer, como nunca habíamos sido fraires, y es que al que saludásemos, si fuese lego, dixésemos, baxando la cabeza: Metania, el Deo gratias de acá (quiere dezir penitencia), que es lo que os dixé quando nos topamos, que interpretaba Juan de Voto a Dios tañer tamboril o no sé qué. A esto responden O Theos xoresí, que es el por siempre de acá (quiere dezir Dios te perdone); si son fraires a los que saludáis, habéis de dezir: Eflogite, pateres: vendeçid, padre. Eranme a mí tan fáciles estas cosas, como sabía la lengua griega, que no era menester más de media vez que me lo dixeran.

MATA.-¿Y el compañero, sabía griego?

PEDRO.-Treinta y quatro años había que estaba casado con una griega de Rodas, y en su casa no se hablaba otra lengua; y él nunca supo nada, sino entendía un poco; pero en hablando dos palabras se conocía no ser griego, y nunca el diablo le dexó deprender aquellas palabras. Topamos una vez un turco que entendía griego y llegó a él, por decirle metania y díxole asthenia.

MATA.-¿Qué quiere decir?

PEDRO.-Dios te dé una calentura héctica o, si no queréis, el diablo te rebiente. Como el turco lo oyó, airóse lo más del mundo y dixo: ¿Ne suiler su chupec? ¿Qué dixo ese perro? Yo llegué y digo: ¿Qué había de decir, señor, sino metania? El turco juraba y perjuraba que no había dicho tal; en fin, allá regañando se fue. Yo reprehendíle diciendo: ¿Pues una sola palabra que nos ha de salvar o condenar, no sois para deprender? Habiendo caminado siete leguas no más, llegaron a nosotros a caballo dos genízaros que, como diré, son de la guardia del rey y dixeron: Christianos, no quiero de vosotros otra cosa más de que nos déis a beber si llebáis vino; porque aunque el turco no lo puede beber conforme a su ley, quando no le ven, muy bien lo bebe hasta emborrachar. Yo llevaba el recado conforme al ávito.

JUAN.-¿Cómo?

PEDRO.-¿Habéis nunca visto fraire caminar sin bota y baso, aunque no sea más de una legua? Yo eché mano a mi alforxa y mandé al compañero que caminase, que aquello yo me lo haría y le alcanzaría, porque no fuese descubierto por no saver hablar, y començé de escanciarles una y otra, y iban caminando junto conmigo en el alcance de los compañeros; preguntáronme de dónde venía; digo: Constantinopla.

JUAN.-¿En qué lengua?

PEDRO.-Quándo griego, quándo turquesco, que todo lo sabían. Dixéronme: ¿Qué nuebas hay en Constantinopla? Digo: Eso a vosotros incumbe, que sois hombres del mundo, que yo, que le he dexado, no tengo quenta con nueba ni vieja; si de mi monesterio queréis saber, es que el Patriarca nuestro está bueno y esta semana pasada se nos murió un fraire. Preguntóme el uno, llegándose a mí, cuántos años había que era fraire. No me supo bien la pregunta y díxele, haziendo de las tripas corazón, que seis. Preguntóme en dónde. Respondí que parte en la mar Negra y parte en Constantinopla. Asíóme el otro del ábito y dixo: Pues ¿cómo puedes, pobreto, con esta estameña resistir al frío que haze?

MATA.-A fe que metería al asir las cabras en el corral.

PEDRO.-Yo le dixé que debaxo traíamos sayal o paño. Fue la pregunta adelante, y dixeron: ¿Dónde vas agora? Respondí que a Monte Sancto.

JUAN.-¿Qué es Monte Sancto?

PEDRO.-Un monte que terná de cerco quasi tres jornadas buenas, y es quasi isla, porque por las tres partes le bate la mar, en el qual hay veinte y dos monasterios de fraires desta mi orden, y en cada uno doçientos o tresçientos fraires, y ningún pueblo hay en él, ni vive otra

jente ni puede entrar muger, ni hay en todo él hembra ninguna de ningún género de animal; a este monte son sus peregrinajes, como acá Santiago, y por eso no se echa de ver quién va ni viene tanto por aquel camino. Ya que nos juntamos con los compañeros díxeles: ¿Y vosotros a dónde váis? Respondió el uno: En busca de un perro de christiano que se ha huido a la Soltana, el mayor bellaco traidor que jamás hubo, porque le haçían más bien que él merescía y todo lo ha postpuesto y huídose (pareçe ser que aquella noche le había dado un dolor de ijada, y habíanme buscado, y como supieron que había sacado los libros, luego lo imaginaron). Digo: ¿Y dónde era?; que del viejo no se haçía caso que se fuera o que estuviera. Dice: De allá de las Españas. Tornéle a preguntar: ¿Qué hombre era? Comenzóme á dezir todas las señales mías.

JUAN.-Pues ¿cómo no os conoció?

PEDRO.-Yo os diré; ¿veis esta barba?, pues tan blanca me la puso una griega como es agora negra, y al viejo la suya blanca, como está esta mía, y toda rebuxada como veis; el diablo nos conoçiera, que ninguna seña de las que traía veía en mí: la caperuça, el sayo, la ropa, todo se había convertido en lo que agora veis. Díxeles: Pues, señores, ¿a dónde le vais a buscar? Respondieron: Nosotros vamos hasta Salonique, que es diez y siete jornadas de aquí, a tomarle todos los pasos, y por mar han despachado también un vergantín para si acaso se huyó por mar. Yo entonces les digo: Pues ese mesmo camino, señores, llebo yo. Ellos dixeron que por çierto holgaban de que fuésemos juntos. La espía y el compañero desmayaron, pensando que ya yo me rindía o estaba desesperado.

MATA.-¿Pues no tenían raçon?; ¿no era mejor o caminar adelante o quedar atrás?

PEDRO.-Ni bos ni ellos no sabéis lo que os deçís; atrás no era seguro, porque ellos dexaban toda la jente por donde pasaban abisada, y sobre sospecha éramos presos en cada pueblo; adelante no bastaban los caballos. ¿Qué más sano consejo que, viendo que no me habían conoçido, hazer del ladrón fiel, y más la seguridad del camino, que es el más peligroso que hay de aquí allá? Si el Rey, por hazerme grande merçed, me quisiera dar una grande y segura compañía, no me diera más que aquellos dos de su guarda; es como si acá llebara un alcalde de Corte y un alguaçil, para que nadie me ofendiese; ¿n'os pareçe que iría a buen recado? Quanto más que de otra manera nunca allá llegara, porque los jeníçaros tienen tanto poder que por el camino que van toman quantas cabalgaduras topan, sin que se les pueda resistir, y quando hazen mucha merçed, por un ducado o dos las rescatan; en solas siete leguas me habían tomado ya a mí mis caballos, porque todos los caminos por donde yo iba estaban llenos de jeníçaros, y por ir en compañía de los otros nadie me osaba hablar.

JUAN.-No fue de vos ese consejo. Por vos se puede deçir: Beatus es, Simon Barjona, quia caro nec sanguis non revelavit tibi; sed Pater Meus qui in celis est. Agradeçédsele a quien nunca faltó a nadie.

PEDRO.-Llegáronse a mí los dos mis compañeros rezagándose y començaron de deçirme que para qué había destruido a mí y a ellos. Yo le respondí que poco sabía para haber hecho tantas vezes aquel camino. Respondióme: Si bos solo fuerais, yo bien creo que fuera bien; ¿mas no veis que por este viejo, que ninguna lengua sabe, somos luego descubiertos? ¿Qué haremos? ¿Dónde iremos? Consoléle diçiendo no ser inconveniente,

aunque no supiese la lengua; pero que lo que cumplía era que no hablase. Dixo que había neçesidad de que se hiziese mudo por todo el camino; donde no, bien podíamos perdonar; lo que más presto, digo, nos echará a perder es eso, porque es cosa tan común que todos lo hazen en donde quiera quando no saben la lengua, y se está ya en todas estas tierras mucho sobre el aviso, que dirán: Fraire y mudo, ¿quién le dio el ávito? Guadramaña hay. Él es viejo y estarle ha muy bien que se haga sordo, y qualquiera que le hablare se amohinará de replicar a voces muchas vezes lo que ha de dezirle, y así responderemos nosotros por él; desto hay tanta neçesidad, que en hazerlo o no está nuestra salbaçión y con algunas palabrillas que sabe de griego, y no tener a qué hablar mucho, será mejor encubierto que nosotros.

MATA.-Bien dicen que quien quiere ruido compre un cochino ¿Qué neçesidad tenáis vos de salir con nadie sino salvaros a vos?

PEDRO.-Oiréis y veréis, que aun esto no es nada: mill vezes estube movido para echarle en la mar por salvarme a mí.

MATA.-Ya que hizistes el yerro, urdistes la mejor astuçia de vuestra vida; porque hablar con un sordo es un terrible trabajo; al mejor tiempo que os habéis quebrado la cabeza, os sale con un ¿qué? puesta la mano en la oreja; y al cabo, por no paresçer que no oyó, responde un disparate.

PEDRO.-Muy bien le paresció al espía; más cosa fue para el viejo que en tres meses de peregrinaçión nunca la pudo deprender.

MATA.-Pues ¿qué había que deprender?

PEDRO.-No más de a no hablar; que para un hombre viejo y que había sido barbero es muy oscuro lenguaje y cosa muy cuesta arriba; al mejor tiempo, mill vezes que hablábamos en las posadas en conversaçión, dicho ya que era sordo, como entendía el griego, respondía descuidado, y metía su cucharada que a todos hacía advertir cómo oía siendo sordo. Yendo nuestro camino con los genízaros, yo les tenía buena conversaçión, y ellos a mí, como sabíamos bien las lenguas; el espía y el viejo se iban hablando por otra parte; llegamos la noche a la posada, y yo, como sabía las mañas de los turcos, que querían que les rogasen con el vino, hize traer harto para todos, pues ellos no podían ir a la taberna, y para mejor disimular pusímonos a comer un poco apartados dellos, como que cada uno comía por sí, y el griego nunca hacía sino escançiar y darles hasta que se ponían buenos. Mandéle también al griego que los sirviese mejor que a mí y mirase por sus cavallos.

JUAN.-¿Hay por allá mesones como por acá?

PEDRO.-Mesones muchos hay, que llaman carabanza; pero como los turcos no son tan regalados ni torrezneros como nosotros, no hay aquel recado de camas, ni de comer, antes en todo el camino no vi carabança de aquellos que tubiese mesonero ni nadie.

MATA.-¿Pues cómo son?

PEDRO.-Unos hechos a modo de caballeriza, con un solo tejado ençima y dentro por un lado y por otro lleno de chimineas y altos a manera de tableros de sastres, aunque no es de madera, sino de tierra, donde se aposenta la jente.

MATA.-¿Sin más camas ni recado?

PEDRO.-Ni aun pesebres para los caballos, sino entre tantos compañeros toman una chiminea destas con su cadahalso, y allí ponen su hato, sobre el qual duermen echando debaxo un poco de heno. Una ropa aforrada hasta en pies lleba cada turco de a caballo en camino, la qual le sirve de cama.

JUAN.-¡Oh de la bestial jente!

PEDRO.-No es sino buena y belicosa.

MATA.-¿Pues dónde comen las bestias?

PEDRO.-A los mismos pies de sus amos, en el cadahalso o tablado, le echan feno harto, que en aquella tierra es de tanto nutrimento, que si no trabaja la bestia está gorda sin cebada, y cada una lleba consigo una bolsa que llaman trasta, que le cuelga de la cabeza como acá suelen hazer los carreteros, y dentro les echan la çebada.

JUAN.-Pues si no hay huéspedes ¿quién les da çebada y todo lo que han menester?

PEDRO.-Mill tiendas que hay çerca del mesón, que de quanto hay les proberán, que por la posada no pagan nada, que es una cosa hecha de limosna para quantos pasaren, pobres y ricos; en entrando a apearse llegan allí muchos con çebada, leña, arroz, heno y lo que más hay neçesidad. A las bestias en aquella tierra tienen bien acostumbradas que nunca comen de día, sino de noche les ponen tanto que les baste.

MATA.-¿Desa manera tampoco se gastará tanto en el camino como por acá?

PEDRO.-El que cada día gasta dos o tres ásperos en comer él y la bestia es mucho, porque la çebada vale varata, y el pan; y vino no lo bebe la jente, con que menos se les da por el comer. Hizimos nuestras camas y echámonos, no con menos frío que agora haze, todos juntos, la alforja frairesca por cabezera y el texado por fraçada, y a primo sueño comienza a tomar el diablo a mi compañero, y hablar entre sueños, no ansí como quiera, sino con tantas bozes y tanto ímpetu y cozes como un endemoniado, y deçir levantándose: ¡Mueran los traidores vellacos que nos roban!, ¡ladrones, ladrones!, y con esto juntamente dar puñadas a una y a otra parte; no solamente despertamos todos, mas pensamos que era verdad que nos mataban; la lengua española en que hablaba escandalizó mucho a los jenízaros que allí dormían y preguntaron qué era aquello y yo le dixé cómo soñaba.

MATA.-La vida os diera hazer del mudo con tan buena condiçión.

PEDRO.-Aun con todo eso no les podía quitar a los turcos de la imaginación el hablar diferentemente de lo que ellos todos, lo qual me dio las más malas noches que en toda mi vida pasé.

JUAN.-¿En qué?

PEDRO.-Porque ya no me osaba fiar, sino tenerle de contino asida la mano, para quando començase despertarle presto.

JUAN.-¿Y soñaba desamano cada noche?

PEDRO.-Y aun de día, si se dormía, y no menos ferozes los sueños; que aunque he leído muchas vezes de cosas de sueños que los médicos llaman turbulentos, y visto algunos que los tienen no tan continuos y tan bravos; contemplad agora y echad seso a montones ¿qué sintiera un hombre que venía huyendo y estaba entre sus enemigos durmiendo y por solo él hablar español había de ser conocido, y las noches de henero largas, y echado en el suelo, sin ropa, y no poder, aunque tenía grande gana, dormir, por no le osar dexar de la mano?

MATA.-No me dé Dios lo que deseo si no me parece que un tal era mérito matarle si se pudiera hazer secretamente; a lo menos echarle en la mar; yo hiziéramo, porque en fin muchas cosas hazen los hombres por salvarse; más valía que muriera el uno que no todos. ¿Y cuántos días duró ese subsidio?

PEDRO.-Con los genízaros treze.

JUAN.-¿Pues, treze días vinistes siempre con vuestros enemigos?

PEDRO.-Y aun que recibía hartos sobresaltos cada día.

JUAN.-¿Cómo?

PEDRO.-Sentándonos a la mesa hartas vezes daba un suspiro el uno dellos diciendo: Hei guidi imanzisis, quim cizimbulur nase mostulu colur: ¡ah, cornudo sin fe, quien te topase qué buenas albricias se habría! ¿Qué os parece que sintiera mi corazón? No podía ya tener paciencia con el viejo, viendo que de los pensamientos y torres de viento del día procedían los sueños, y lleguéme un día a él, apartado de los genízaros, y preguntéle en qué iba pensando, porque con las manos iba entre sí esgrimiendo. ¿Sabéis, digo, qué quería yo que pensaseis? La miseria del trabajo en que bamos y la longura del camino, y que sois un pobre barbero y no capitán ni hombre de guerra, y de setenta años, y quando llegareis, si Dios quiere, en vuestra casa, o vuestra muger será muerta, o ya que biba, como ha tanto que vos faltáis, no podrá dexar de haveros olvidado, y vuestras hijas por casar y cada dos vezes paridas. Esto id vos contemplando de día, que no creo yo que escapa de ser verdad, y soñaréis de lo mesmo.

MATA.-¡Por Dios que vos le dabais gentil consuelo! ¿Y vos consolábais con eso, o pasabais este rosario que traéis a la çinta, muchas vezes?

PEDRO.-Siempre al menos iba urdiendo para quando fuese menester tejer.

JUAN.-¿Malicias?

PEDRO.-No en verdad, sino ardidés que cumpliesen a la salvación del camino.

JUAN.-Pues ese el mejor era ayuno y oración. ¿Quántas vezes pasabais cada día este rosario?

PEDRO.-¿Queréis que os diga la verdad?

JUAN.-No quiero otra cosa.

PEDRO.-Pues en fe de buen christiano que ninguna me acuerdo en todo el viaje, sino solo le trayo por el bien parescer al ábito.

JUAN.-Pues ¡qué erejía es esa! ¿Ansí pagabais a Dios las merçedes que cada hora os hazía?

PEDRO.-Ninguna cuenta tenía con los pater nostres que rezaba, sino con solo estar atento a lo que deçía. ¿Luego pensáis que para con Dios es menester rezar sobre taja? Con el coraçón abierto y las entrañas, daba un arcabuzazo en el çielo que me paresçía que penetraba hasta donde Dios estaba; que deçía en dos palabras: Tú, Señor, que guiaste los tres reyes de Lebante en Velem y libraste a Santa Susana del falso testimonio, y a Sant Pedro de las prisiones y a los tres muchachos del horno de fuego ardiendo, ten por bien llevarme en este viaje en salvamento ad laudem et gloriam omnipotentis nominis tui; y con esto, algùn pater noster, no fiaría de toda esa jente que trae pater nostres en la mano yo mi ánima.

MATA.-Quanto más de los que andan en las plazas con ellos en las manos, meneando los labios, y al otro lado diçiendo mal del que pasa, y más que lo usan agora por gala con una borlaça.

JUAN.-Vosotros sois los verdaderos maldiçientes y murmuradores, que por ventura levantáis lo que en los otros no hay.

MATA.-Buen callar os perdéis, que vos no sois parte en eso.

JUAN.-Mejor os le perdéis vosotros, que quando no tenéis de qué murmurar dais tras una cosa tan santa, buena y aprobada como los rosarios en la mano del christiano.

PEDRO.-Pues como no sea de derecho divino el rosario, aunque sea de los que el general de los fraires vendiçió, podemos deçir lo que nos paresçe.

JUAN.-Sí, como no sea contra Dios ni el próximo.

MATA.-Aora, sus, y con esto acabo. A mí me quemien como a mal christiano si nunca hombre se fuere al infierno por rezar ocho ni diez pater nostres de más.

JUAN.-¿Pues eso quién lo quita?

MATA.-Pues si no lo quita, ¿qué neçesidad hay para con Dios de rezar, como dijo Pedro de Urdimalas, sobre taja, habiendo dado Dios çinco dedos en cada mano, ya que queríais quenta, por los quales se pueden contar las estrellas y arenas de la mar?

PEDRO.-Por los dedos puédese contar sin que la gente lo bea, debaxo de la capa, como quien no haze nada, y no andan ellos tras eso; mas ¡qué de vezes saltan desde el qui es in celis en el remissionem peccatorum quando ven pasar al deudor!

MATA.-Yo veo que Juan de Voto a Dios no puede tragar estas píldoras. Vaya adelante el quento. Al cabo de los treze días ¿dónde aportastes con los turcos?

PEDRO.-Llegamos a un pueblo bueno, que se llama la Caballa, que ya es en la mar, porque hasta allí siempre había procurado de no pasar por entre los dos castillos de Sexto y Abido.

MATA.-¿Aquéllos que cuenta Boscán?

PEDRO.-Los mesmos.

MATA.-¿Dónde están?

PEDRO.-A la entrada de la canal que llaman de Constantinopla, los quales son toda la fuerza del Gran Señor, porque no puede entrar dentro de Constantinopla ni salir nabe, galera, ni barca, que no se registre allí, so pena que la echarán a fondo, porque han de pasar por contadero.

JUAN.-¿Qué tanto hay del uno al otro?

PEDRO.-Una culebrina alcança, que será legua y media.

JUAN.-¿Y son fuertes?

PEDRO.-Todo lo possible; al menos están lo mejor artillados que entre muchos que he visto hay, y de jente no tienen mucha, porque cada y quando fuere menester dentro de dos días acudirán a ellos cinquenta mill hombres.

JUAN.-Y la Caballa donde llegastes ¿es deste cabo o del otro?

PEDRO.-No, sino déste. De allí a Salonique eran tres jornadas, y a Monte Sancto, veinte leguas por mar; yo determiné de no tentar más a Dios, y que vastaban treçe jornadas con los enemigos. El camino real es el más pasajero del mundo; yo soy muy conoçido entre judíos y christianos y turcos; no sea el diablo que me engañe, y me conozca alguno; más quiero

irme por agua a Monte Sancto; y despidíme con harto dolor y lágrimas de los genízaros, que les contentaba la compañía, diciendo que yo quería irme en una barca a mis monesterios, y me pesaba de perder tan buena compañía y los servicios que les había dejado de hazer. Ellos respondieron que por çierto holgaran que el camino y compañía fuera por mucho mayor tiempo, y ansí se fueron. En la posada bien sabían quién yo era, porque conosçían el espía, y había allí un sastrecillo medio remendón, candiote, que también solía ser espía, con los cuales vebimos largo aquella noche.

JUAN.-¿Cómo podías sin cama sufrir tanto frío y sin ropa?

PEDRO.-Hartándome de ajos crudos y vino, que es brasero del estómago, aunque no todas vezes hallaba la fruta; mas a fe que quando la podía haber luego iba a la alforxa. Tubimos consejo entre los dos espías y yo con el mesonero griego, quál sería mejor: pasar adelante siempre por tierra o ir a Monte Sancto alquilando una barca. Todos dixeron que ir a Monte Sancto y yo lo acepté, estando muy engañado con pensar qué harían a fuer de acá los fraires en recojer a los huidos y malhechores, quanto más a mí en tal caso; y donde tantos fraires hay, no es menos sino que les agradaré con mis pocas letras griegas y latinas, y tenerme han fasta que pase por ahí alguna nabe o galera de christianos, que como están en la ribera de la mar muchas vezes pasan, con la qual me vernía fasta Çiçilia. El espía y los compañeros no veían la hora de apartarse de mí, por el peligro en que andaba; y con pensar que en el punto que pusiese el pie en el Monte Sancto sería libre, porque ansí me lo dezían los griegos, hize que me alquilasen una barca que me llevase al primer monesterio, y traxéronme una igualada por çinco ducados, para haver de partir otro día por la mañana. Hize quenta con el espía con pensar que ya no le habría menester, y alcançóme quarenta ducados veneçianos, sin doze que yo le había dado, los quales le pagué doblados porque tomó mis vestidos de brocado y seda y las camisas de oro y pañizuelos y otras joyas en descuento, al preçio que él quiso, y empresentéle de más desto un caballo de aquellos y el otro vendí por dos escudos.

MATA.-Pues ¿quánto le dabais cada día al espión?

PEDRO.-Quatro ducados veneçianos, que son çinquenta y dos reales, y de comer a él y a un caballo.

JUAN.-Y el viejo, ¿no pagaba su mitad?

PEDRO.-No me ayude Dios si yo le vi en todo el viaje gastar más de çient ásperos, que el mal viejo todo lo llevaba empleado en piedras, y por no nos parar a venderlas y ser descubiertos, yo no hazía sino gastar largo entre tanto que durase. A la mañana despedí la espía y tomé probisión, y metíme en la barca, y aquel sastrecillo griego quiso irse conmigo porque el dueño de la barca le daba parte de la ganancia si le ayudaba a remar. Partimos con un bonico viento y caminamos obra de tres leguas, y allí volbió el viento contrario, y echónos en una isla que se llama Schiatho, dos leguas y media de la Caballa, [de] donde habíamos salido. Díxome el sastrecillo: Hágoos saber que habemos, graçias a Dios, aportado en parte que por ventura será mejor que Monte Sancto, porque esta es una muy fértil isla de pan y vino, açeite y todas frutas, y en este puerto vienen siempre muchas nabes grandes y pequeñas que van al Chío, y a Candía, y a Veneçia a tomar bastimento. Estarnos

hemos aquí hasta que venga alguna; y subímonos al pueblo que estaba en un alto. El marinero pidió dineros de la barca, y yo le daba dos ducados y no quiso menos de todo. Digo: Hermano ¿pues cómo? Yo te alquilé para veinte leguas a Monte Sancto y no me has traído sino tres, y ¿quieres tanto por éstas como por todo el viaje? Díxome: Padre, tornaos con Dios y con el viento, que yo no tengo culpa; el sastre ayudó de mala, como había de haver la mitad y dixo: Dele vuestra reverencia, padre, todo, que aunque no tenga justicia, no os tiene nadie de sentir por ello. Dile sus cinco ducados y aun en oro pagados, y tomamos en el pueblo una posada donde estaba un mercader que traía sardinas en cantidad, griego, y como nos sentamos a comer, yo eché la vendición sin estar advertido el cómo lo había de hazer, sin pensar que fuese menester. Aquel mercader y otros griegos preguntáronme si era sacerdote. Yo dixé que no; luego vieron que yo ni el otro no éramos fraires, y llegóse a mí el mercader y començóme de decir en italiano: Yo conozco a ese sastre, que es un gran tacaño, y os trae engañados; agora esta jente barrunta, como creo que es verdad, que no sois fraires y luego os hará prender.

JUAN.-Pues ¿qué jente era la del pueblo?

PEDRO.-Christianos todos, sino sólo el governador que era turco.

JUAN.-Pues ¿qué miedo tenáis de los christianos?

PEDRO.-Antes desos se tiene el miedo, que del turco ninguno; porque fácil cosa es engañar a un turco que no sabe las particularidades de la fe y lengua, y çerimonias, como el griego. Si conosçen aquellos griegos de aquella tierra que el cautibo christiano va huido, luego le prenden y dan con él en Constantinopla.

MATA.-Pues ¿por qué, siendo christianos?

PEDRO. -Por ganar el hallazgo, lo uno; lo otro porque si después hallan al esclavo, luego pesquisan: con éste habló, aquí durmió, aquel otro le mostró el camino, y destrúyenlos, llebándoles las penas, y aun muchas vezes los hazen esclavos. Yo ningún miedo jamás tube de los turcos; pero de los christianos grandísimo, porque reço caso es hazernos un italiano o françés a los tres, como estamos, entender que es español aunque hable muy bien nuestra lengua, que en el pronunçiar, que en un bocablo muy presto se descubre no serle natural la lengua, así que diçe: El mejor consejo que vos podéis tomar me paresçe que luego os vaxéis abaxo y os metáis en aquel baxel que va a Sidero Capsa, y de allí en un día podréis por tierra iros a Monte Sancto. Yo metidas las cabras en el corral, acepté el consejo, y díxeselo al sastre, el qual dixo que no quería sino quedarse allí, que había mucho que remendar; que si me quería quedar con él, era mejor, y si me quería ir, él conçertaría que me llevasen en el vaxel.

MATA.-¿Qué llamáis vaxel?

PEDRO.-Es un nombre general que comprehende nabe grande y pequeña y galera, en fin qualquiera cosa que anda en la mar. Sidero Capsa es una çibdad pequeña, donde se hunde todo el oro y plata que se saca de las minas que hay en aquella isla del Schiatho,

donde yo estaba, y en la Caballa, las cuales son tan caudalosas que dubdo si son más las del Perú.

MATA.-¿Qué tanto hay de las minas a donde se hunde?

PEDRO. -Veintiçinco leguas por mar; sirben çient nabeçillas que llaman caramuçalides, y acá corchapines, de llebar solamente de aquella tierra que produze cierto oro finíssimo de muchos quilates, y plata, y lo que más es en grandíssima cantidad. Pagué porque me llebasen dentro un ducado, y quando me vi allí, los del vaxel imaginaron que, pues tanto les había dado siendo fraire, podrían sacarme más, que debía de tener mucho, y en descargando la tierra de la mina, para bolver por más, díxome: Yo os querría echar en tierra; mas quiero que sepáis que el poco camino que tenéis de andar hasta Monte Sancto por tierra está lleno de ladrones, que cierto os matarán; dadnos otro ducado y poneros hemos por mar en una metoxia de los fraires, que es lo que acá llamamos granja. Conçertéme con él y dísele, porque me paresció que tenía razón, aunque también estaban con gran sospecha de los sueños del compañero, que yo çierto tengo que estaba spritado. Desembarcamos junto a la granja, que era una torre donde había un fraire mayordomo y otros seis fraires que le servían y cababan las viñas. Ya yo pensé estar en España; y como llegamos con nuestro hato acuestas llamamos y no quisieron abrir para que entrásemos, que no estaba allí el icónomo, que ansí se nombra en griego. Esperamos, y quando vino a la tarde saludámosle y respondiôme como fraire, en fin, de granja.

MATA.-Siempre dan esos cargos de mandar a los más ca[z]urros y desgraciados.

PEDRO.-Luego dixé: Noramala acá venimos, si todos los fraires son como éste: ya con las çejas caídas sobre los ojos, a media cara, con sus cabellazos hasta la çinta y barbaza, dixó: subí si queréis, padre, a hazer colaçión, aunque acá todos somos pobres.

MATA.-¿Luego la primera cosa que todos tienen es ésa?

PEDRO.-¿Qué?

MATA.-Predicar pobreza.

PEDRO.-Es verdad; y subimos y començó de preguntarme y repreguntarme de dónde era. Yo le dixé que de la isla del Chío, porque si acaso hablase alguna palabra que no paresçiese griego natural no se marabillasen, por respecto que en aquella isla se habla también italiano, y todos los griegos lo saben. Sentámonos a cenar en el suelo sobre una manta vieja y dieron gracias a Dios y comenzaron de servir manjares.

MATA.-¡Y aun qué tales debían de ser y qué dellos!

PEDRO.-No hubo fruta de prinçipio ninguna.

MATA.-Ni aun de medio creo yo.

PEDRO.-La principal cosa que sacaron fue habas remojadas de la noche antes en agua fría y con unos granos de sal encima, sin moler, tan grandes como ellas, y tras esto un plato de azitunas sin aceite ni vinagre, que yo quando las vi pensé cierto que fuesen píldoras de cabras, porque no eran mayores; añadieron por los huéspedes terçero plato, que fue media cebolla.

JUAN.-¿Y así comen siempre?

MATA.-Que son mañas de fraires quando hay huéspedes forasteros, por comprobar la pobreza que tienen predicada; mas entre sí y'os prometo que lo pasan bien y tienen alguna razón, porque luego les acortarían las limosnas por la fama que los huéspedes les darían.

PEDRO.-De los de acá yo bien creo lo que vos deçís, mas de aquéllos no, porque lo sé muy bien que hazen la mayor abstinencia del mundo siguiendo siempre ellos y los clérigos griegos la orden evangélica. Llegamos de allí en el primer monasterio de Monte Sancto yendo por una espesura muy grande, que es de esclabones, que allá se llaman búlgaros, y el nombre del monesterio Chilandari; y en llegando estaban unos fraires sentados á la puerta de la portería, y encima de todas las puertas hay una imagen de Nuestra Señora, a la qual los que van en romería han de hazer primero oración que hablen a nadie, y en esto tienen grande scrúpulo. Yo, como no sabía aquello, en viendo los fraires los saludé con el grande plazer que tenía, pensando hallar la charidad y acogimiento que en Burgos. Ellos respondieron: Bre ¿ti camis? padre ¿qué hazéis señalándome la imagen. Yo luego caí en la quenta, y hize mi oración como ellos usan.

Capítulo XI

En el monte Athos

JUAN.-¿Qué uso es el suyo?

PEDRO.-En toda la Iglesia griega no se hincan de rodillas, y las oraciones particulares, como no sean misa ni horas de la Iglesia, son a la apostólica, muy breves: hacen tres vezes una cruz como quien se persina, tan larga como es el hombre, de manera que como nosotros llegamos al pecho con la cruz, ellos a la garganta del pie, y dicen: Agios o Theos. Agios schiros, Agios athanatos, eleison imas. Esto, como digo, tres vezes o quatro, y en la iglesia añaden un pater noster.

MATA.-¿Qué quieren decir aquellas palabras?

PEDRO.-Sancto Dios, Sancto fuerte, Sancto immortal, ten misericordia de nosotros.

MATA.-En verdad que es linda oración.

JUAN.-A vos porque es breve os agrada.

PEDRO.-También tienen un Chirie eleison, la más común palabra. Quando se maravillan de algo. Chirie eleison: quando se ven en fortuna de mar o de tierra, Chirie eleison. Estarse a un griego media hora diciendo: Chirie eleison; que es: Señor, miserere. Entramos ya en el monesterio y fuimos a la iglesia a hazer primero la oración que llaman prosquinima, y quando me preguntaban adónde iba, o de dónde venía aquellos fraires, con decirles que era prosquinitis, que quiere decir como peregrino que va a cumplir alguna romería, atajaba muchas preguntas; diéronme luego a beber en la despensa y el prior mostró buena cara.

MATA.-Esas siempre las muestran hasta saber si les dan algo o no.

PEDRO.-Deso estaba bien seguro; y era ya una hora antes que el sol se pusiese, [cuando] vinieron luego todos los fraires que estaban fuera y tocaron a bísperas, y entramos en el coro donde vi, çierto, una iglesia muy buena y bien adornada de imágenes y çera.

MATA.-A todo esto, ¿nunca se hazía caso del compañero, ni hablaba, ni preguntaban cómo no hablaba?

PEDRO.-Cada paso; mas yo luego respondía que era sordo y no entendía lo que dezíamos. ¿Cómo había de hablar?, lo qual bían por la experiència. Los ofiços eran tan largos como maitines de la Noche Buena y çiertamente, sin mentir, duraron quatro horas; al cabo salimos, que nunca lo pensé, y fuímonos al refitorio a cenar.

JUAN.-¿Qué rezan que tanto tardan?

PEDRO.-El Salterio, del primer psalmo hasta el postrero.

JUAN.-¿Cada día?

PEDRO.-Dos vezes, una a bísperas, otra a maitines.

JUAN.-¿Cantado o rezado?

PEDRO.-Cantado reçando.

MATA.-¿Cómo es eso?, ¿cantar y rezar junto?

PEDRO.-No, sino que lo cantan tan de corrida, que paresçe que rezan.

MATA.-¡Ah! ¿Cómo acá los clérigos en los mortuorios de los pobres?

PEDRO.-Ansí es.

JUAN.-Largo ofiço es ése. ¿Qué tiempo les queda si han de olgar?

PEDRO.-Lo que pluguiese a Dios sobrase a los fraires todos de acá.

JUAN.-¿Qué es?

PEDRO.-Después lo sabréis; dexadme agora. El refectorio tenía las mesas de mármol todas, sin manteles ningunos, mas de la viva piedra, y un agujero en medio y algo cóncava, para en acabando de comer labarla y cae el agua por aquel agujero.

MATA.-¿Con qué se limpian?

PEDRO.-¿De qué?

MATA.-De la comida.

PEDRO.-¿Pues aún no nos hemos sentado a la mesa y ya os queréis limpiar? Era día de Sancto Mathía, y en cada mesa se sentaban seis y había seis jarrillos de plomo de a quartillo llenos de un vino que no sabe mal, hecho de orujo y miel con çierta hierba que le echan dentro y un poco de agua de azar que le da sabor. Verdaderamente salta y emborracha, y si no os dizen qué es, pareçeros ha buen vino blanco, y un platico de queso molido, que en aquellas partes quajan mucho queso, como manteca de bacas, y métenlo en cueros como la mesma manteca, y sécase allí; después está como sal, y esto se come amasando el bocado de pan primero entre los dedos para que adquiera alguna humedad, y pegue el queso en ello quando untare el pan. Teníamos olla de unas como arbejas que llaman fasoles, y azitunas como las pasadas y a casco y medio de zebolla. El pan era algo durillo, pero no malo.

MATA.-Duro tenerlo hían para que no se comiese tanto.

PEDRO.-Açertastes; luego a la ospedería a dormir, la qual era, como agora os pintaré, una camaraza antiquíssima con muchos paramentos naturales.

JUAN.-¿Qué son naturales?

MATA.-¡Echadle paja! ¿No sabéis qué son telarañas?

PEDRO.-Las camas sobre un tablado; una manta que llaman esclabina, que de más de la infinita gente que dentro tenía, habría una carga de polvo en ella. Una almohadilla de pluma que si la dexaran se fuera por su pie a la pila.

MATA.-¿Había más?

PEDRO.-No.

MATA.-¿Luego para ir a maitines y madrugar, no había neçesidad de despertadores? Y las camas dellos ¿son así?

PEDRO.-Sin faltar punto, salbo la de alguno que se la compra él. Con ser la noche larga, a las dos fuimos a maitines; salimos a las siete. Aún estaba confuso qué había de ser de mí;

llegueme al prior, y díxele que le quería en confesión decir dos palabras, y túbolo por bien. Digo, pues: Padre santo, yo os hago saver que no somos fraires, ni aun griegos tampoco; somos españoles y venimos huidos del poder de los turcos y para mejor nos salvar hemos tomado este vuestro sancto ábito. Apóstoles sois de Christo; hazed conforme al ofiço que tenéis, que por solamente querernos hazer renegar somos huidos, y a ser tomados, por no ser maltratados, quizá haremos algún desatino, el qual, no usando vos de piedad y misericordia, seréis causa y llebaréis sobre vos. Yo traigo graçias a Dios, dineros que gastar estos dos meses, si fuere menester; no quiero más de que me tengáis aquí fasta que benga algún nabío que me llebe de aquí y pagaré cortésmente la costa toda que entre tanto haré.

JUAN.-Justa petiçión era por çierto.

PEDRO.-Tan justa era quan injusta me respondió. Començó de santiguarse y hazer melindres, y espantosos escrúpulos, diciendo: Chirie eleison, ¿y esta traiçión teníais encubierta? ¿queréis, por ventura, vos ser el tiçón con que toda nuestra casa se abraze, y aun la horden? Luego sin dilación os id con Dios, que a esta mar no viene nabío ninguno de los que vos queréis, sino idos a Santa Laura, que era otro monesterio, que allí hay un portiqueo donde se hallan algunas vezes esos nabíos: y no os detengáis más aquí, porque como éste es el monesterio más çerca de donde están los turcos, cada día vienen aquí a visitarnos y luego os verán; yo no lo puedo hazer, andá con Dios.

MATA.-Pues ¡maldiga Dios el mal fraire! ¿tan pequeño era el monesterio que, aunque viniesen mill turcos, no os podían esconder quanto más sin venir a buscaros?

PEDRO.-El menor, de veintidós que son, es como Sant Benito de Valladolid y mayor mucho, como están en desierto, que parece cada uno un gran castillo; y más que todo es muy espeso monte de castaños y otros árboles, que ya que algo fuera me podía salir al bosque entre tanto que me buscaban.

MATA.-¿Qué buscar? ¿Qué bosque ni espesura? Yos prometo que si fuerais donçellas, aunque fueran çiento cupieran en casa con todas sus santidades.

PEDRO.-Yo le demandé un fraire que me mostrase el camino hasta otro monesterio, renegando de la paçiencia, que sería ocho leguas de allí por el más áspero camino que pienso haber en el mundo, y diómele de buena gana, mas con tal condiçión que le pagase su trabajo, porque eran pobres; yo lo puse en sus manos y mandó medio ducado; admitílo, aunque era mucho, mas con condiçión que porque yo estaba cansado y el viejo no podía, que llebase él las alforjas acuestas, que de camisas y beinte baratijas pesaban bien; no quiso, sino a ratos él y yo; escoxí del mal lo menos, por tener a quien hablar que supiese que no era fraire, para que me avisase de todas las cosas que había de hazer y zerimonias que en la orden había, para mejor saber fingir el ábito, lo qual fue una de las cosas que más me dieron la vida para salvarme, porque yo çierto lo dependí a saberlo tan bien como quantos había en el Monte. Pasamos por un monesterio que se llamaba Psimeno sin entrar dentro, y fuimos a dormir en otro muy de los prinçipales que se llama Batopedi, adonde ya sabía yo el modo de las çeremonias de fraire, y no fui conoçido por otro, y fuimos huéspedes aquella noche; y dimos con nosotros en otro, que es también prinçipal, que se diçe Padocrátora, en donde almorçamos, y pasamos a otro, que se llama Hibérico, en donde

comimos, y queriendo pasar adelante me preguntaron qué era la causa que pues todos los peregrinos en cada monesterio estaban tres días, nosotros íbamos tan deprisa. Yo respondí porque en Santa Laura tenía nueba que estaba un nabío que se partía para Chío, y por llegar antes que se partiese a escribir una carta, y embiar cierta cosa que nuestro patriarca me había dado en Constantinopla, mas que luego había de dar la buelta y hazer mi oratión como era obligado; y con esto los aseguré ya; pasé a otro, que se llama Stabronequita, y de allí a Sancta Laura, donde pensaba había de haber fin mi esperança; y hecha la oratión y çerimonias fuimos a hablar al prior, al qual hize el mesmo raçonamiento que al primero, y él los mesmos milagros y respuestas que el otro, y dixo que allí jamás había nabío semejante, sino de turcos, que me conosçerían y sería la ruina de todos. El mejor remedio era ir al Xilandari, que era el primero de todos, y allí solían acudir aquellos nabíos. Yo digo: Señor, he estado allá y remitiéronme acá; mirad que conmigo no habéis de gastar nada. No aprobechando, procuré de saber si había algún fraire letrado para comunicar con él, y contentándole, que se me afixionase y rogase por mí, y había uno solo que se llamaba el papa Nicola, y començéle de hablar en griego, latino y cosas de letras, el qual m'entendía tanto, que con una ayuda de agua fría le hizieran echar quanto sabía. En fin como diçe el italiano: en la terra de li orbi, beato chi ha un ochio: en la tierra de los çiegos, beato el tuerto; afixionóseme un poco y habló por mí, y lo que pudo alcançar era que nos quedásemos allí por fraires de veras, y que él nos enviaría adentro el bosque, donde tenían una granja, y yo cabaría las viñas y mi compañero guardaría un hato de ovejas; y si esto no queríamos, desde luego desembarazásemos la casa; yo respondí agradesciéndoselo que holgara dello, pero no podíamos por respecto que teníamos mugeres y hijos, que de otra manera Dios sabía nuestro muy buen propósito.

JUAN.-Pues ¿el fraire mesmo había de cabar ni guardar ovejas?

PEDRO.-Quiéroos aquí pintar la vida del Monte Sancto, para que no vais tropezando en ello, y después acordarme dónde quedó la plática.

MATA.-Yo tomo el cargo deso.

PEDRO.-Los veintidós monesterios que os he dicho, todos, sino dos, están en la mesma ribera de la mar, y cada uno tiene una torre y puertas de yerro, y puentes levadiças, no más ni menos que una fortaleza, y no se abre hasta que salga el sol. Tiene ansí mismo cada monesterio su artillería, y fraires que son artilleros, [y] una cámara de arcos y espadas.

JUAN.-¿Para qué esas armas?

PEDRO.-Para defenderse de los cosarios, que podrían hazer algún salto. La distançia de un monesterio a otro no será de dos leguas adelante. En el punto que sueltan una pieza de artillería, concurrirán al menos tres mill fraires armados y aun muchos dellos a caballo, y resistirán a un exército si fuere menester.

JUAN.-Si esos están debajo el Turco, ¿quién les haze mal?

PEDRO.-Cosarios, que no obedesçen a nadie; son como salteadores o bandoleros en tierra.

MATA.-¿No será mejor a repique de campana?

PEDRO.-En todo el imperio del Gran Turco no las hay ni las consiente. Unos dicen que porque es pecado; mas yo creo a los que dicen que, como hay tantos christianos, teme no se le alzen o le hagan alguna traición; porque el repique de campana junta mucha jente: ni órgano tampoco no le hay en ninguna iglesia, que con trompetas se dize en Constantinopla algún día solemne la misa.

JUAN.-¿Pues cómo tañen los fraires o los clérigos a misa?

PEDRO.-Campanas tienen de palo y de hierro que tocan como acá.

MATA.-Eso no entiendo cómo pueda ser.

PEDRO.-Una tabla delgada, estrecha y larga cuanto seis varas; por enmedio tiene una asa como de broquel y tráenla en el aire en la una mano, que no toque a rropa ni a nada, y en la otra un maçico, con el qual va repicando en su tabla por todo el monesterio y haze todas las diferencias de sones que acá nosotros con las nuestras.

JUAN.-¿Como acá los Viernes Sanctos?

PEDRO.-Quasi. Las de yerro son una barra ancha y a manera de herradura o media luna, colgada de modo que no toque a ninguna parte, y allí con dos maçicos de yerro hazen también sus diferencias de repiquetes los días de fiesta.

MATA.-¿Qué, es posible que en tan grande miseria están los pobres christianos? Nunca lo pensara. ¿Y tantos hay desos fraires?

PEDRO.-Ya os he dicho que en cada monesterio doçientos o tresçientos, ansí como los monesterios de acá y las parrochias; todo es una manera de çelebrar allá; dígolo para que los que oyerdes de Monte Sancto se entienda de toda Greçia.

MATA.-¿El comer?

PEDRO.-Ya os he dicho cómo comimos aquellos días de fiesta. Ellos tienen la mayor abstinencia que imaginarse puede. Primeramente no comen carne, ni huebos, ni leche, sino es obra de treinta o quarenta días en todo el año; iten tienen quatro Quaresmas.

JUAN.-¿Los fraires, o todos los griegos?

PEDRO.-Todos las tienen; pero más abstinencia tienen los fraires. El Adviento es la una, en el qual comen pescado si le tienen; luego la nuestra Quaresma, que la llaman ellos grande, la qual toman ocho días antes que nosotros y en aquéllos bien pueden comer todos huebos y leche y pescado. El domingo de nuestras Carnestolendas las tienen ellos de pescado y huebos y leche, si no fuere pescado sin sangre, como es ostrias, caracoles, calamares, pulpos, gibias, veneras y otras cosas. Ansí, los fraires añaden más abstinencia,

que no comen lunes, miércoles y viernes azeite, diciendo que es cosa de gran nutrimento, ni beben vino; gisan unas ollas de hinojo y faves, con un poco de vinagre; habas remojadas con sal de la noche antes tienen muy en uso y algunas azeitunas.

JUAN.-¿Pasáis por tal cosa? ¿Y pueden resistir a guardarlo de esa manera?

PEDRO.-Como testigo de vista os diré lo que pasa en eso. No digo yo fraire, ni en Quaresma, sino un plebeyo en viernes, que esté malo, que se purgue, no comerá dos tragos de caldo de abe, ni un huebo, si pensase por ello morir o no morir, y aun irse al infierno; en eso no se hable, que entre un millón que curé de griegos jamás lo pude acabar, sino unas pasas o un poco de aquel pan cocto de Italia. El Domingo de Ramos y el día de Nuestra Señora de março comen pescado y se emborrachan todos los seglares, y aun de los otros algunos, y darán las capas por tener para aquel día pescado.

JUAN.-¿Celebran ellos la Pascua como nosotros?

PEDRO.-Como nosotros, y quando nosotros tienen todas las fiestas del año, y la mañana de Pascua es la mejor fiesta del mundo, que se besan quantos se topan por la calle y se conosçen, unos a otros, y el que primero vesa dice: O Theos anesti. El otro responde: Allithos anesti. Christo resuscitó. Y el otro: Verdaderamente resucitó .

MATA.-¿Y a las damas también?

PEDRO.-Ni más ni menos, si las conosçen; aunque yo, para decir la verdad, aquel día si me paresçía bien, aunque no la conosçiese, le daba las pascuas en la calle y me lo tenía a mucho por ser español, y aun cobraba amistades de nuevo por ello.

MATA.-¿Hay hermosas griegas allá?

PEDRO.-Mucho, como unas deas.

JUAN.-Dexaos agora deso; ¡mira adónde salta! ¿Cuál es la tercera Quaresma?

MATA.-No querría Juan de Voto a Dios oír hablar de damas burlando, mas de veras. Dios os guarde de todos los de tal nombre en achaque de sanctos.

PEDRO.-Desde principio de junio hasta Sant Juan; y ésta no hay abstinencia de pescado, aunque tenga sangre. La última desde primero de agosto hasta Nuestra Señora, y aun hay muchos que tienen otra quinta de 25 días, a San Dimitre; mas ésta no es de precepto.

JUAN.-Y en el sacrificar ¿en qué difieren de nosotros?

PEDRO.-En el baptizar dicen que somos herejes, porque es grande soberbia que diga un hombre: Ego te baptizo, sino Dulos Theu se baptizi: el sierbo de Dios te baptiza. Yo, hablando muchas vezes con el patriarca y algunos obispos, les decía que por falta de letrados estaban diferentes su Iglesia y la nuestra romana; porque esto del baptismo todo era uno dezir: Yo te bautizo en el nombre del Padre, etc. y El siervo de Dios te baptiza. No

echan el agua de alto, sino tómanle por los pies y zapúzanle todo dentro la pila. En la misa no hay pan senzeño, ni curan de hostia como nosotros, sino un pedaçillo de pan algo creçido. Las mugeres que lleban pan a la iglesia para ofresçer hazen una cruz a un lado del panezillo, para que de allí tome el sacristán para sacrificar, y en un platico lo tienen en el altar. La casulla es a manera de manto de fraire hasta en pies, con muchos pliegues; no le verán deçir la misa, porque el altar está detrás de una pared a manera de cancel con dos puertas a los lados. El saçerdote sobre la una diçe la Epístola al pueblo, y muchas orationes que nuestra Iglesia diçe el Viernes Sancto, ellos en todas sus misas las tienen. En la otra puerta diçe el Evangelio. El credo y el pater noster no le diçe el saçerdote, sino un muchacho a boces en medio de la iglesia.

JUAN.-¿Qué causa dan para que se ha de sacrificar con pan levado?

PEDRO.-Porque el pan sin levadura es como cuerpo sin ánima, y habiéndose de convertir en Christo aquéllo, no puede si no tiene ánima. Son todos una jente quasi tan sin razón como los turcos.

JUAN.-Ansí me paresçe a mí por lo que dellos me contáis. ¿Y cómo alçan el sacramento?

PEDRO.-Tiénele el sacerdote en su plato cubierto con un belo negro y sale por una puerta, y da vuelta por todo el coro a manera de proçesión y torna por la otra; y otro tanto al cáliz, y de como sale hasta que torna ninguno mira haçiallá, sino todos, inclinadas las cabezas hasta las rodillas, y más si más pueden, están haçiendo cruçes, y diçiendo: Chirie eleison, Chirie eleison. En fin de la misa el saçerdote da por su mano a todos el pan bendito, que llaman andidero, y algunos entonçes ofresçen algo, y no creáis que habrá griego que almuerçe el domingo antes que coma el pan bendito. Las más vezes hay en fin de la misa psichico, que es limosna que algunos dan de pan y sendas vezes de vino a toda la jente que hay en misa, sentados por su orden. Como no conosçen nuestro Papa, tienen por superior un patriarca, el qual reside en Constantinopla, y éste pone otros dos: uno en Antiochía y otro en Alexandría.

JUAN.-¿Qué renta tiene?

PEDRO.-La que tubiesen muchos perlados de acá; solamente aquello que por su persona allega pidiendo seis meses del año limosna en cada pueblo; es verdad que se lo tienen allegado, pero conviene ir en persona; lo que estando yo allá cada año allegaba eran treze mill ducados, de los quales daba ocho mill al Gran Turco de tributo porque le dexe tener la fe de Christo en peso y hazer justiçia en lo eclesiástico; y de los çinco o seis mill ducados se mantiene a sí y a los otros dos patriarcas.

JUAN.-¿Y ese es fraire o clérigo?

PEDRO.-No puede él ni obispo ni ninguno ser clérigo, porque los clérigos todos son casados a ley y a bendiçión. Ha de ser por fuerça de los de Monte Sancto.

MATA.-Eso de casados los clérigos, me deçid: ¿Cómo casados? ¿Qué cosa es casados?

PEDRO.-¿No os tengo dicho que se vive allá a la apostólica, y no están debaxo de nuestra Iglesia Romana? Cada clérigo se llama papa: el papa Juan, el papa Nicola, etc., y su muger, la paparia.

MATA.-¿Cómo se holgaría Juan de Voto a Dios que acá se usase eso; digo a ley y a vendición, que sin ley y a maldición, de las de a pan y cuchillo, no falta, por la gracia de Dios. Tres veces ha parido la señora después que vos faltáis.

JUAN.-Para éstas que yo sepa de aquí adelante de quién me guardar.

MATA.-No tenéis por qué os picar más vos que los otros, que yo no dixese sino de los clérigos y theólogos de acá en comparación de los de allá; sé que vos no sois obligado a responder por todos.

JUAN.-Ello está bien. ¿Los obispos no ternán, a esa quenta, mucha renta?

PEDRO.-La que les basta para servir a Dios: doscientos o trescientos ducados el que más; y llámense metropolititas; los obispados, como en renta, son pequeños también en jurisdicción; quasi cada pueblo, como sea de doçientas casas, tiene él su metropolitita y no puede salir de su obispado si no es a la elección del patriarca, que es por mano destos y eligen a uno dellos.

JUAN.-¿Y éstos elígelos el mesmo patriarca de los de Monte Sancto?

PEDRO.-Sí.

JUAN.-Y los clérigos ¿qué renta tienen? ¿Hay canonicatos o dignidades como acá?

PEDRO.-Ni aun beneficijs tampoco; no penséis que es allá la sumptuosidad de las iglesias como acá; son pequeñas, como cosa que está entre enemigos, y herédanse como cosa de patrimonio; es como hay acá çiertas abadías en ermitas o encomiendas de Sant Juan. Tengo agora yo esta iglesia como cura della; tomo quatro o seis papas que me ayudan, y parto con ellos la ganancia toda que los parrochianos me dieren, que es harta miseria, si no tienen otras cosas de que se sustentar así el cura como los otros.

JUAN.-¿Confíensanse?

PEDRO.-Como nosotros; no hay más diferencia entre su Iglesia y la nuestra de lo que os he dicho; en lo demás, entended que lo que vos hazéis en latín el otro lo haze en griego.

MATA.-Acabemos si os parece a Monte Sancto, que después daremos una mano a lo que desto quedare. En ese monte scabroso, donde ni hay hombre ni muger ni pueblo en diez leguas alrededor, ¿qué comen?, ¿de qué se mantienen?, ¿quién les da limosna?

PEDRO.-¿Limosna o qué? ¿Luego a huçia de la limosna se tienen de meter en las religiones teniendo sus miembros sanos? Cada mañana, en amanesciendo, que se abre la

puerta y vaxan la puente, veréis vuestros fraires todos salir con unos sayos de sayal hasta la espinilla, y unos bicoquis como éste; veinte por aquí con sus azadas a cabar las viñas; otros tantos por acullá con las yubadas; por la otra parte otros tantos con sus hachas al monte a cortar leña o madera; çinquenta otros están haziendo aquel cuarto de casa, enyesando, labrando tablas, y todo en fin que ninguno hay de fuera. Maestros hay de hazer barcas y nabíos pequeños; otros van con sus remos a pescar para la casa; otros a guardar ovejas; los de ofiçios mecánicos quedan en casa, como çapateros, sastres y calçeteros, herreros; de tal manera que, si no es el prior y el que ha de diçir la misa, y algún impedido, no queda hasta una hora antes que el sol se ponga hombre en casa. Yo me espantaba quando no lo sabía; y caminando de un monesterio a otro veía aquéllos, que çierto paresçen hombre salvajes, con aquellos cabellazos y barbas.

MATA.-No parescéis vos menos en verdad.

PEDRO.-Y preguntábanme. Po paí ¿iagiosini su pater agiotate? Sanctísimo padre, dónde va vuestra santidad? Yo muerto de hambre y con mis alforjaças a cuestras respondía primero entre dientes: ¡La puta que os parió con vuestras santidades!

JUAN.-¿Pues por qué os llamaban así?

PEDRO.-Úsase entre ellos, aunque sea al cozinero y al herrero, llamar santidad.

MATA.-¿Y cómo llaman al patriarca?

PEDRO.-Ni más ni menos. ¿Cómo queréis subir más arriba? Dentro el mesmo Monte hay muy buenos pedaços de viñas y olivares y heredades, a donde me querían enviar a mí a trabajar, que son muchos dellos de particulares, y lo venden.

JUAN.-Eso no entiendo.

PEDRO.-Digo que hay caserías, como digamos, con sus viñas y olivares; y el fraire que tiene dineros compra una de aquéllas, y escoje quatro o çinco compañeros que se lo labren y dales su mesa y mantiénense de aquéllo.

JUAN.-¿No comen en refitorio?

PEDRO.-Esos tales no, si no tienen muchos quartos en la casa apartados que corresponden a aquellas caserías y son anejos a ellas, y allí se están y ban a sus horas como los otros; mas no son obligados a trabajar nada para la casa.

JUAN.-Y ésa ¿quién la vende?

PEDRO.-El monesterio; porque quando muere se queda otra vez en el monesterio, aunque en vida bien la puede vender. Así hay muchos labradores que son viudos o de otros ofiçios, y hazen dinero lo que tienen y métense fraires allí.

MATA.-¿Y lo que lleban es nuestro, como acá?

PEDRO.-No, sino suyo propio, que nadie se lo puede tomar.

JUAN.-¿Y esos no saben letras?

PEDRO.-De diez partes las nueve no saben leer ni escribir, y gramática griega de mill uno, y aquélla bien poca.

JUAN.-Pocos saçerdotes habrá a esa quenta.

PEDRO.-Muy pocos. Quando a la noche llegaban del trabajo veníanme algunos a hablar; y yo no sabía de qué me conosçían. Como venían con sus capas de coro, largas, de chamelote o estameña, y las barbas algo más peinadas, preguntábales quiénes eran o de qué me conosçían. Decían: ¿Vuestra santidad no se acuerda que me preguntó por el camino estando yo cabando en tal parte? Yo luego le deçía: ¿Vuestra sanctidad es? ya cayo en la quenta, si mala pascua le dé Dios.

MATA.-¿Cómo es posible haber pan y vino y todo lo neçesario para tantas personas y tan grandes monesterios en solo pedaços del Monte?

PEDRO.-¿No dixé primero que tenían sus metoxias o granjas fuera? Cada monesterio tiene una o dos o más metoxias fuera del Monte, junto a Sidero Capsia, y en las islas del arçipiélago algunas, como son en la isla de Lemno y del Schiatho, donde yo estube, y Eschiro, que son de distançia de Monte Sancto quinze leguas por mar; y en estas metoxias tienen sus mayordomos, con tantos fraires que basten a labrar las viñas y heredades, y con aquellos nabíos pequeños que hazen van y bienen y benden lo que les sobra, y allí tienen ganado y gallinas para los huebos, porque carne no la comen, y otras granjerías de fraires; de la lana del ganado hazen de bestir para la casa a todos.

MATA.-¿Y éstos trabajan mucho?

PEDRO.-Como los mayores ganapanes que hay por acá; lo que seis obreros cabarán en un día, ellos largamente lo harán quatro. ¿Qué pensáis? Antes que fuesen fraires, no eran más deso tampoco; ellos al paresçer tienen vida con que se pueden bien salvar, y no piden a nadie nada ni son importunos.

MATA.-Si en nuestras fronteras de moros hubiese monesterios desá manera, no se deserviría Dios ni el Rey, porque a Dios le defenderían su fe y le servirían, y al Rey su reino, y que la jente de guerra que allí está se fuese al exército donde anda su persona.

JUAN.-Dezid vos eso y pelaros han los fraires.

PEDRO.-No me ayude Dios si no creo que irían de tan buena voluntad la mayor parte dellos como a ganar los perdones de más indulgencias que la Cruçada conçede, y aunque cortase tanto la espada de algunos como las de los soldados.

MATA.-Estaba pensando qué se me olvidaba de preguntar, y agora me acuerdo: ¿Qué hábito traen los clérigos griegos o papas?

PEDRO.-Unas ropas moradas por la mayor parte, aunque algunos las traen negras, y en la cabeza un barretín morado y una benda azul por la frente que le da tres o quatro bueltas a la cabeza. Ya no tengo memoria en dónde quedó la plática principal.

MATA.-Yo sí. Quando en Santa Laura el prior os dixo que si queráis ir a trabajar con los hermanos y respondistes que erais casado.

PEDRO.-Gran deseo es el que Mátalas Callando tiene de saver, pues tiene tanta atención al quento. Yo determiné, harto falto de paciencia y desesperado de verme traer de Anás a Caiphás, de no me descubrir más a ningún hombre ni por pensamiento; sino, pues sabía ya tan bien todas sus ceremonias y vida frairesca, que aquél que vino conmigo los dos días me había enseñado, estarme en cada monesterio los tres días que los otros peregrinos estaban por huéspedes, y hazerles entender que era tan buen fraire como ellos todos; quanto más que sabía ciertos psalmos en griego, de coro, y otras cosillas, con las quales los espantaba y me llamaban didascalos, que quiere decir doctor; todo el pan que podía ahorrar escondido lo guardaba para tener qué comer en el bosque quando me quisiese ir a estar algún día para detenerme más, por si acaso en aquel tiempo pasase algún nabío que me llebase. Salí de aquel monasterio con otro fraire de guía y fui a otro que se llama Agio Pablo, donde me estube mis tres días y cantaba con ellos en el coro, y no se contentaban poco, y la comida era como las pasadas. Acabados mis tres días fui al monasterio Rúsico, que es de rusios, ciertas jente que confina con los tártaros, y está subjeta a la Iglesia griega, y estube los mesmos, y fui a Sant Gerónimo, donde pasé un grandísimo trago; porque estaban unos turcos que habían aportado allí, y preguntáronme [de] dónde era, y dixen que del Chío; y açertó que el uno era de allá, renegado, y luego me preguntó cuyo hijo y en qué calle; y yo en mi vida había estado allá; pero Dios me dio tal gracia, que estube hablando con él más de una hora, dando razón a quanto me preguntaba sin discrepar ni ser tomado en mentira, y aun oían la plática otros dos fraires naturales de allá.

MATA.-Eso no me lo engargaréis con una cuchar. ¿Qué razón podíais vos dar de lo que nunca vistes?

PEDRO.-Andad vos como yo por el mundo y sabréislo. Dábale a todo respuestas comunes; a lo que me preguntó cuyo hijo era, dixen que de Verni, que es nombre que muchos le tienen, y si me preguntaba de cuál, decía que del viejo; ¿y cómo está fulano?: es muerto; el otro no está allí; fulano, está malo; el tal armó una barca cargada de limones para Constantinopla; y otras cosas ansí; ¿parésceos que me podía eximir?, y aun os prometo que quedó bien satisfecho.

Capítulo XII

La ruta por el mar Egeo

MATA.-Parésceme que no les faltaba rrazón a los que deçían que teníais demonio, porque tales cosas aun el diablo no las urdiera.

PEDRO.-Pues hombre que había ya sido dos meses o çerca fraire ¿no queréis que urda cosas que el diablo no baste? El último monasterio adonde fui se llamaba Sero Pótami, estando en el qual dos días, en vísperas vi entrar un marinero griego, y preguntéle de dónde venia y díxome que de la isla de Lemno, y tornaba allá. Como no vía la hora de salir de allí, que se me acababa la candela, díxele si desde allí podían ir al Chío que me iría con él; díxome que muy bien. Igualéme en medio escudo, y embarquéme con mi compañero, y de aquel monesterio donde yo salí se embarcaron seis fraires, los cuales metieron harto bastimento, prinçipalmente, vino. Comenzamos de alzar vela y navegar, y era quasi noche y dieziséis de hebrero. Començó a abibar el viento y dixé al patrón del nabío: Mirad, señor, que es imbierno y la noche larga, y el nabío pequeño; mejor será que nos quedemos aquí esta noche, porque el viento refresca y podrá ser que nos veamos en aprieto. Como iban él y los fraires bebiendo y borracheando lo que habían metido, no hizieron caso ninguno de lo que yo dezía, antes se reyeron, y quasi todos beodos; a las onçe de la noche alborotóse la mar, no así como quiera, sino la más braba y hinchada que en mi vida la vi; los marineros, parte por lo poco que sabían, parte por el vino, perdieron el tino de tal manera que no sabían dónde se estaban y no haçían sino bomitar. Quiso Dios que cayeron en la quenta que echásemos en la mar todo quanto llebábamos para alivianar el nabío; esforzando más el viento llebónos el árbol y antena con sus velas; ya era el día y halláronse menos borrachos, pero perdidos; comenzó de divisarse tierra, y no sabían qué era. Unos deçían que Salonique, otros que Lemno, otros que Monte Sancto; yo reconosçí, como había estado otra vez allí, que era el Sçiatho, y díxeselo; mas ya desesperados, viendo que íbamos a dar en unas peñas dixeron: Agora, por Dios verdadero, nos ahogamos todos; señores, ¿qué haremos sin vela ni nada? Dexó el patrón el timón ya por desesperado, y hincáronse de rodillas y començaron de invocar a Sant Nicolás, y tornaron a preguntarme a mí: ¿Qué haremos? Respondí con enojo: Na mas pari o diávolos olus: Que nos lleven todos los diablos; y salto donde estaba un pedazo de vela viejo, y hago de dos pedazos una bela chica, y pongo en cruz dos baras largas que acerté a hallar, y díxeles: Tened aquí, tirá destas cuerdas, y tirando llamad quantos santos quisiéredes; no penséis que los sanctos os ayudarán si vos no os ayudáis también. Començó de caminar nuestro nabío con aquel trinquete, como la fuerça del viento era tan grande, que cada hora serían bien tres leguas; y fuenos la vida que durase la fortuna, porque si estonçes çesara y nos quedábamos en calma, todos peresçíamos de hambre, porque estábamos en medio del golfo, y el vizcocho todo había ido a la mar por salvar las vidas, y no podíamos caminar sin viento. Llegamos a distancia de tierra por tres o cuatro leguas y allí abibó de tal modo el viento, que nos llebó el trinquete, que del todo desesperó a todos. Dixó el patrón: Señores, todo el mundo se encomiende a Dios, porque nuestro nabío va a dar en aquellas peñas, adonde todos peresçeremos; y començó de mantener quanto podía el nabío, que ni andubiese atrás ni adelante, y dezía: Si alguno tiene dineros délos a estos marineros, que saben muy bien nadar, que por ventura se salvará y hará algún bien por el ánima. Yo les dixé, aunque çiertamente no faltaban una doçena y dos de ducados, que no tenía blanca; mas aunque la tubiese, ¿qué se me daba a mí, perdiéndome yo, que también la mar se sorbiera el dinero? En esto quiso Dios que nos açercáramos a tierra mucho más; y con la grandíssima furia que la mar tenía no se pudo dexar de dar al trabés en aquella isla, y fuenos llebando la mar; y

como yo me vi quasi en tierra, sin saber nadar, acudiçíeme a saltar, y si no me sacaran dos marineros, yo me quedaba allí; los demás no quisieron saltar por el peligro, y ensoberveçióse la mar más, y dio con el nabío más de un quarto de legua fuera del agua, junto a una ermita de Nuestra Señora que allí estaba, y asentad ésta por cabezera entre todas las merçedes que de Dios he rescibido; que aquella isla del Schiatho donde dimos al trabés, tiene de çerco treinta y çinco leguas y en ninguna parte de todas ellas podíamos dar al trabés que no peresciéramos todos, porque es por todas partes peña viba, sino adonde dimos, que había un río pequeño que daba en la mar y era arena todo, y allí embocó el nabío, que no sería de ancho çient pasos.

JUAN.-¿Qué llamáis dar al trabés? ¿Por ventura es lo que dize Sant Pablo padescer naufragio?

PEDRO.-Eso mesmo; y éste fue tal, que a la mañana, que la mar había sosegado, el nabío estaba hasta medio enterrado en el arena. Cayó aquella noche una niebe de media vara en alto, y todos nos acoximos a la hermita, que estaba llena de unos çepos muy grandes de tea, la qual se embarca desde allí para llebar a Sidero Capsia, donde se hazen el oro y la plata.

JUAN.-¿Pues qué, tanto camino teníais aventajado en tanto tiempo que no salíais desa Sidero Capsia?

PEDRO.-¿N'os tengo dicho que me bolvió la fortuna a la isla donde dexé al sastre, que en mes y medio, con quanto había caminado y trabajado, no me hallé haber aventajado una legua? Çiento y çinquenta leguas que a pie, cargado de alforjas, había caminado en mes y medio, torné en una noche y un día hacia atrás, con otras tantas más de rodeo, de tal manera que en çinquenta días no me hallé más de çient leguas de Constantinopla. El frío que aquella noche hacía no se puede aquí escribir, pero tomóme tan falto de ropa que no tenía sino estameña acuestas, porque una ropa morada que la Soltana me había dado, que traía debaxo el ábito, con sus martas, troqué en Monte Sancto con aquel fraire que habló por mí, a una túnica vieja llena de piojos que tenía al rincón.

MATA.-¿A qué propósito el trueco del topo?

PEDRO.-Porque como iba por aquellas espesuras, alguna mata o retama me asía de la estameña y llebábame un girón, y por allí se paresçía luego lo azul y podía ser descubierto, porque no era cosa deçente a fraire.

MATA.-¿Y en aquella ermita no podíais ençender buen fuego con aquellas teas y calentaros? No fuera mucho con esa poca ropa y con el frío que hazía quedaros allí.

PEDRO.-Los marineros y los otros fraires eran tan scrupulosos que no osaban llegar a tomar de la teda, diçiendo ser sacrilegio, y como ellos no saltaron en la mar como yo, no estaban mojados, y mediano fuego les bastaba, al qual yo no me osaba llegar por no me arremangar para calentarme, y ser conosciado por las calças que debajo traía, y camisa, que no era de fraire.

MATA.-¿No podáis tomar juntamente con el ábito todos los demás vestidos de fraires al principio?

PEDRO.-Como yo nunca me había huido otra vez, y el espía m'engañó, que dixo bastar aquello, me curé más de echarme el ábito sobre la ropa que yo me tenía; si yo fuera plástico como agora, tampoco saliera en ábito que fuesen menester tantas ipocresías ni no comiesen carne; en ábito de turco me podía venir cantando.

JUAN.-O de judío.

PEDRO.-También, pero es peligroso; que en pudiéndole cojer en descampado le roban y le matan por hazerlo. Si no fuera por el peligro que había, siendo tomado, de ser turco, mejor hábito de todos era el turquesco.

MATA.-¿Qué remedio tubistes aquella noche?

PEDRO.-Pesábame de haber escapado tan grande peligro y morir muerte tan rabiosa. Como la compañía toda se durmió junto al fuego, yo tomé una hachuela y hize pedazos un çepo de aquellos, y desnudéme y mudé camisa y hago un fuego tan grande, que quería quemarse la ermita, y con todo no bastaba a tornar en mí. Quando los otros despertaron dixerón: Verdaderamente este es diablo, y no es posible ser çhristiano, pues tan poco themor ha tenido de Dios en hurtar lo ajeno aunque peresçiera. Dixo otro: ¿N'os acordáis quando hoy, en la mayor fortuna de la mar dixo que nos llebasen todos los diablos, y otras veinte cosas que le hemos visto hazer? Yo estaba tal que no se me daba nada ser descubierto, por no morir así, y no se me dio tampoco de lo que decían. Otro día vinieron allí dos clérigos de la tierra, que para dar graçias a Dios habíamos llamado que dixesen misa, los cuales çerraron la iglesia, poniendo por grandíssimo escrúpulo la noche que allí habíamos dormido, y nos hizieron dormir otras dos noches fuera. Los marineros se fueron a dormir al nabío, y a mí y el compañero no nos dexaron entrar por el pecado pasado, y fue necesario dormir debaxo de un árbol aquella noche.

MATA.-¿Con toda la nieve y frialdad?

PEDRO.-Y aun yelo harto.

MATA.-¿Y no os vais adonde sirváis a Dios de tal manera que venialmente no le ofendáis, habiendo resçibido tan particulares merçedes?

PEDRO.-Plegue a él que conforme al deseo que yo de servirle tengo, me ayude para que lo haga. Como estaba el nabío enterrado en la arena, los marineros quisieron sacarle y forçáronme que les ayudase, pues también había yo venido dentro, y no osé hazer otra cosa porque eran muchos y çierto me mataran. Començé con gran fatiga de cabar y hazer lo que me mandaban; entraron todos en una barca para ir a buscar una áncora que se les había caído en la mar, que ya sabían dónde estaba, y mandaron que entre tanto yo y mi compañero cabásemos. Como yo vi el laberinto tan grande y la poca jente que éramos para ello, pregunté a uno de la tierra que descargaba allí tea, cuánto había de allí al primer lugar y qual era el camino, y mostrómelo; dixé a mi compañero si sería para seguirme y llebaría

yo nuestra alforxa y nos les huyésemos. Era un viejo enjuto que caminaba más que yo, y dixo de sí. Voy donde estaba el hato y húrtoles un pedaço de vizcocho y tomé mi alforxa, y metímonos por el bosque, yendo con harto más miedo dellos que de los turcos; y quiso Dios que llegamos a una aldea, y en la taberna almorzaban unos griegos, y combidáronnos a pan y buen vino, con lo qual Dios sabe el rrefrigerio que hubimos, y contamos nuestra desventura y pedimos consejo de lo que haríamos para ir a Chío. Dixéronnos que diez leguas de allí, aunque por grandes montañas, estaba el puerto de mar, donde muchas vezes había nabíos en que pudiésemos ir, y si queríamos nos darían un moço que por un real no más nos enseñaría todo aquel camino. Respondíles, agradesciéndoselo mucho, que era muy contento dello aunque lo dexase de comer, y fuimos aquel día tres leguas, y hallamos una metoxia de un monasterio de Monte Sancto, en la qual nos reçibieron aquella noche, como dixo Basco Fig[u]eira, muyto contra su voluntad. Todavía hubo pan y vino y sendos huebos, que fue la mayor comida que había fasta allí habido; y a la mañana dixéronnos que fuésemos presto, porque la niebe estaba elada y si ablandaba no era posible pasar. Caminamos con nuestro moço para hazer seis leguas de sierra despoblada que nos faltaban, y caminamos las tres lo mejor del mundo por sobre la niebe; mas estando en medio el camino, en un altísimo monte, vino una niebla que nos enternesció la niebe y no podíamos ir atrás ni adelante; cayendo y levantando, quiso Dios que anduviésemos una legua más y topamos en un valle una casilla pequeña, donde había dos moradores que labraban çiertas viñas, y diéronnos pan y vino, vinagre y unas nueçes y higos, que yo dubdo si en el mundo, quan grande es, las hay mejores, de lo qual hinchimos bien los estómagos; y el moço determinó de que caminásemos adelante, y yo bien quisiera quedarme allí; en fin, las dos leguas que restaban se caminaron en medio día, con la niebe siempre hasta los muslos, cayendo de quatro en quatro pasos, y acabándose çierto la paçiencia, que era de lo que más me pesaba; tubimos consejo mi compañero y yo que valía más ser esclabos que no padesçer de aquella manera; y Dios lo permitía ansi, quizá que se le hazía mayor serviçio de serlo; por tanto, en llegando a la villa, preguntásemos por el governador turco y le dixésemos cómo éramos dos esclabos de Zinán Baxá y nos habíamos huido, por tanto nos volviere a nuestro dueño, que todo lo hazía cada çient palos y no padesçer tantas muertes como habíamos pasado; y lo que más me inçitaba para ello era ver que, pues Dios no quería que pasásemos adelante, señal era que se servía más de que volviésemos a Constantinopla, que aún los pecados que en el cautiverio se habían de pasar no debían de ser acabados de purgar; ya llegábamos con esta fatiga al pueblo, y entrando queríamos preguntar por casa del baivoda, y vi a deshora en una botiquilla el sastreçillo que había llebádome allí desde la Caballa.

MATA.-¿Era ese el pueblo donde el mercader os había dicho que os llebaban engañado y que os fueseis de allí, que estaba en un alto?

PEDRO.-El mesmo.

MATA.-Yo digo que, aunque la paçiencia se os acababa, si estonçes os moráis, estabais bien con Dios, porque muy grandes requiebros y labores son esos que os daba.

PEDRO.-Como yo vi mi sastre, arremetí para abraçarle con grande alegría, y estube en su botica un grande rato, y dile cuenta de todo lo pasado, y él me dixo que por amor de Dios me fuese de allí, porque él se estaba bien, y buscase una posada y no le hablase como

que le conosçía. Yo le rogué que me tubiese allí escondido, pues yo tenía qué gastar, que aún duraban los dineros, graçias a Dios. Dixo que en ninguna manera lo haría; por tanto que luego me saliese de su botica. Viéndome perdido, preguntéle dónde vivía el governador. Díxome que para qué le quería. Yo le descubrí el consejo que habíamos tomado de querer más ser cautivos que morir muertes rabiosas. Dixo que para qué queríamos levantar la liebre ni desesperarnos ansí. Digo: Por ver que en el mundo no hay fe ni verdad; que yo pensaba haber topado la livertad en veros; mas agora que os veo olvidado de el bien que os hize y los dineros que os di, yo determino que tan ingrato hombre no viva en el mundo, y pues no habéis querido encubrirme, iremos juntos a Constantinopla, porque yo diré que vos me sacastes, pues sois espía, y vengarme he de vuestra ingratitud, que en fin a mí menester me han y tengo muchos amigos, que no seré muy maltratado; y quedad con Dios de aquí a que el governador enbíe por vos; y íbame a salir; él muy turbado, viendo ya la muerte al ojo, arremetió conmigo para no me dexar salir y echóseme a los pies puestas las manos, rogándome que por amor de Dios le perdonase, y que él se determinaba de tenerme allí y darme de comer hasta que hubiese nabíos donde fuese a mi plazer, y echaba por rogador a mi compañero. Comenzó a puerta zerrada, que hazía frío, a ençender fuego, que estaba bien probeído de leña, y descalzarme y hazerme regalos. Yo le aseguré y dixé que le ponía por juez de la razón que yo tenía, y si podía darme livertad ¿por qué lo había de dexar? Y si quería venirse conmigo, le daría más que ganase en toda su vida. Allí estube y no le dexaba gastar ocho días, fasta que entraron las Carnestollendas, y los de la tierra que iban a cortar ropas y nos vían allí, como no salíamos de casa, començaron a murmurar y sospechar lo que era, y avisaron al sastre que se apartase de nuestra compañía si no quería que sus días fuesen pocos. Él les respondió que éramos muy buenos religiosos, y si no salíamos era porque habiendo dado al trabés el día de la gran fortuna, estábamos desnudos y mojados; no contentos con esto, vinieron, para más de veras tentar, los clérigos del pueblo, y como que venían a visitar, rogáronme que fuésemos el primer día de Quaresma a la iglesia ayudarles a los ofiçios. Yo respondí que era sacerdote y letrado, y quería hazerles este servicio al pueblo de confesarlos todos y dezir la misa mayor el día de Quaresma. Como me vieron hablar tan bien y tan osadamente su lengua, creyéronlo, y dixeron, porque era cosa de mucha ganancia lo que aquel día se ofresçe, que la misa no era menester, que allí estaba el cura, mas que el confesar, ellos lo açeptaban. Yo dixé que no quería sino todo, y la ganancia daría yo al cura. No aprobechó, que aún pensaban que le había de sisar, y rogáronme que confesase mucha jente del pueblo onrrada, aunque por tentar, creo que; yo conçedí lo que demandaban, y aquella noche el sastreçillo me dixo: Y'os prometo, si acertáis a confesarlos, la ganancia será bien grande; bien quisiera yo deshazer la rueda, aunque me paresçía que, según son de idiotas, lo supiera hazer. Y avisáronme que para el segundo día de Quaresma yo estubiese a punto para ello, y el primer día era de ayuno fasta la noche, que no se podía comer; y yo determiné que nos baxásemos con un pan a la mar y un pañizuelo de higos y nuezes, diciendo que íbamos a traer ostras para la noche, y teníamos muchos griegos que querían çenar con el padre confesor; y en la mar metíme entre unas peñas, y representándome dónde estaba y cómo y los trabajos pasados, no pude estar sin llorar, y de tal manera vino el ímpetu de las lágrimas a los ojos, que no las podía restañar, sino que paresçían dos fuentes: quedé el más consolado del mundo de puro desconsolado, y otro tanto creo hizo mi compañero, que entrambos nos escondimos a espulgarnos, que había razonables días que no lo habíamos hecho.

MATA.-;Hi de puta, quál estaría la túnica que os trocó el otro a la ropa!

PEDRO.-Esa yo no la espulgué, porque tenía tanta cantidad que no aprovechara matar un celemín. Los ojos tenía quebrados y deslumbrados de mirar si parecía algún nabío donde me meter, como no fuese a Constantinopla, para huir de aquellas calumnias que la jente de aquel pueblo me traía. Como fuese tarde y no parecía nada, fuímonos al pueblo que esperaban para çenar, con la determinación de por no ser descubierto confesar y hazer lo que me mandaran.

JUAN.-¡Buena conciencia era esa! Mejor fuera descubriros que cometer tal error.

PEDRO.-¿No miráis la hipocresía española?

MATA.-Ruín sea yo si no creo que lo hiziera mejor que vos. Yo al menos antes confesara veinte pueblos que bolver a Constantinopla; mas si después fuera sabido, era el peligro.

PEDRO.-¿Qué peligro? Tornaba a ser esclabo.

MATA.-No digo sino por haber hecho aquello.

PEDRO.-Siendo esclabo no estimara quantos griegos ni judíos había en lo que huello; antes si cojiera alguno dellos le moliera a palos y me saliera con ello, no me la fueran a pagar al otro mundo los que me descubrieran.

JUAN.-Como no teniais ya más que perder, yo lo creo.

PEDRO.-Hízolo Dios mejor, que çenamos bien, aunque de quaresma, temprano, y pusiéronme en cabecera de mesa para el bendecir del comer y beber.

JUAN.-¿No es todo uno?

PEDRO.-No, que primero se vendiçe la mesa; después cada uno que tiene de beber la primera vez dize con la copa en la mano: Eflogison eflogimene, Echad la vendición, padre vendito. Estonçes él comienza, entre tanto que el otro bebe, a deçir aquella su comun oración: Agios o Theos os, y otro tanto a quantos vebieren las primeras vezes, aunque haya mill de mesa.

MATA.-Trabajo es. ¿Y si no hay fraire ni clérigo?

PEDRO.-Ellos entre sí la jente bulgar, y aun quando el fraire o clérigo bebe, también echan los otros la vendición. Y acabada la çena vimos despuntar dos velas por detrás de una montaña y açercáronse, y eran dos nabíos cargados de trigo que venían a tomar allí bastimento para pasar adelante. Como yo los vi, Dios sabe lo que me holgué, y luego los patrones subieron al pueblo a comprar lo que les faltaba; y yo le hize al uno llamar en secreto, y preguntéle adonde iba. Díxome que a la isla de Metellín, a buscar nabes de veneçianos que venían a buscar trigo, y si no las hallaban allí, que pasarán al Chío. Pidíles de merçed que nos llebasen allá pagándoles su trabajo.

JUAN.-¿Eran christianos o turcos?

PEDRO.-Christianos. ¡Oxalá fueran turcos! No querían, por más ruegos, hazerlo; porque quantos marineros hay tienen esta superstición, que todo el mundo no se lo desencalabazará, acá y allá en toda la mar: que quando lleban fraires o clérigos dentro el nabío, todas las fortunas son por ellos.

JUAN.-Callad, no digáis eso.

PEDRO.-Dios no me remedie si no es tan verdad como os lo digo; y no así como quiera, sino en toda la mar quan espaçiosa es; y aun en Barcelona ha menester más favor un fraire para embarcarse que çient legos; y si es clérigo o fraire, sin que tenga favor, así se puede ahorcar que no le llebarán si no los engaña con bestirse en ábito de soldado.

JUAN.-La cosa más nueva oyo que jamás oí.

PEDRO.-Preguntádselo a quantos han estado en la mar y saben destas cosas. Fue tanta la importunaçión y ruegos, que lo conçeidió el uno, y díxome que me embarcase luego, porque se partirían a media noche. Yo compré de presto una sartaza de aquellos higos buenos, que pesaría media arroba, y obra de un çelemín de nuezes y pan; y en anocheçiendo baxámonos a la mar y embarcámonos, y a media noche començamos de caminar. Habiendo andado como tres leguas llegaron dos galeras de turcos, que iban en seguimiento de los nabíos, y mandaron amainar.

JUAN.-¿Qué es amainar?

PEDRO.-Quitar las velas para que no camine más; y saltan dentro de nuestros nabíos, y prenden los patrones dellos y pónenlos al remo, y llebábannos a todos.

MATA.-¿Pues cómo o por qué? ¿No había amistad con los turcos?

PEDRO.-Sí; pero había premática que nadie sacase trigo para llebar a vender, y para eso estaban aquellas dos galeras. Considerad lo que podía el pobre Pedro de Urdimalas sentir. Yo luego hize de las tripas coraçón, y como me vi cobré ánimo. Y en verdad que el capitán turco y muchos de los suyos me conosçían bien en Constantinopla, pero no en aquel hábito. Yo les dixé: Señores, yo conozco que estos pobres christianos han pecado contra el mandado de nuestro Gran Señor; pero, en fin, la pobreza inçita a los hombres muchas vezes a hazer lo que no deben. Obligados sois en vuestra ley a tener misericordia y no hazer mal a nadie. Bien tengo entendido que tomarnos a todos podéis lícitamente, y hazer lo que fuéredes servidos; pero también sé que, idos en Constantinopla, ningún intherese se os sigue, porque habéis de dar por quenta todo lo que los patrones confesaren que traían en sus nabíos, y la jente; de manera que solamente os habéis vosotros dello el hazer mal y pensar que el Gran Turco resçibe serviçio, y no por eso se le acuerda de vosotros. No sabéis en lo que os habéis de ver. Pidos por merçed que, dandos con qué hagáis un par de ropas de grana, los dexéis ir, y aquello os ganaréis, y ternenos heis a todos como vuestros esclabos. Respondiémé sabrosamente que por haberlo tan bien dicho determinaban dexarlos, pero

que el dinero que daban era poco. Yo repliqué que no era sino muy mucho para ellos, pues daban lo que tenían todo y eran pobres. Yo lo hize: en fin por çinquenta ducados, que no pensaron los otros pobres se hiziera con mill, y soltáronnos y dexáronnos ir. Luego vinieron a mí los patrones entrambos, y me lo agradecieron como era razón.

MATA.-¡Mirad cuánto haze hazer bien sin mirar a quién! Tan esclabos eran esos, si vos no os hallabais allí, como vos lo habíais sido.

PEDRO.-Eso bien lo podéis creer.

JUAN.-De allí adelante bien os trataran en sus nabíos.

PEDRO.-Muy bien si durara; mas aína me dieran el pago si Dios no me tubiera de su mano.

MATA.-¿También deshizistes la amistad, como con los turcos y judíos solíais hazer?

PEDRO.-Y aun más de beras, porque no hubiera sido la riña de palabra. Caminamos por nuestra mar adelante con razonable viento, y ya que estábamos junto a Metellín, donde iban, revolvió un viento contrario y dio con nosotros en la isla de Lemno, no con menor fortuna que la pasada. Tubieron consejo para ver cómo podrían salvar las vidas, que se veían ir todos a peresçer. Dixeron que si no echaban los fraires en la mar no çesarían jamás, porque no hallaban causa otra por donde se moviese semejante fortuna. Ya todos muy determinados de lo hazer, inspiró Dios en los patrones y dixeron: Por el bien que nos han hecho, mátelos Dios y no nosotros; ya no se excusa que no demos al trabés. Quando si Dios quisiere nos vamos de aquí, los dexaremos y no irán con nosotros; y en esto la mar echó fuera nuestros nabíos, y quiso Dios que no peligraron cosa ninguna, más de quedar en seco. La fortuna duró ocho días, en los quales, con mucho mayor frío, nos hizieron dormir fuera de los nabíos, y aun oxalá hubiera alguna mata a donde nos acojer o pan siquiera que comer. Esta isla es muy abundantíssima de pan y vino, y ganado; pero de árboles no, porque es toda páramo; no tiene en veinte leguas al derredor más de un olmo, que está junto a una fuente.

MATA.-¿Pues con qué se calientan?

PEDRO.-Por mar traen la leña de otra parte, y los sarmientos que de las viñas tienen y algunas ailagas. El viento que hazía, çierço que acá llamáis, era terrible, ya que no se podía resistir, porque si no es un rimero de piedras que los pastores tenían hecho para ponerse detrás dellas, ninguna otra pared, árbol ni mata había allí. Hartos de pazer yerba, nos metíamos a espulgarnos, y labamos nuestras camisas y zaragüelles; y después de seco, quando fui por ello, vilo tan manchado como si no lo hubiera lavado, y no sabía qué pudiese ser, pues yo bien lo había fregado, y hallé que eran muchos millones de rebaños de piojos, que como no se había echado agua caliente, quando estaban las camisas mojadas no se paresçían, pero con el sol habían rebibido.

MATA.-Grande crueldad era la de aquellos perros, que ansí se pueden llamar, y el trabajo de no comer sino yerba, no menor.

PEDRO.-Quanto más que como era mes de hebrero había pocas y pequeñas, y como la hambre acusaba, comiendo de prisa y no advirtiendo, topaba con alguna que amargaba, otra que espinaba y otra que abrasaba la boca.

JUAN.-¿Pues no había pueblos en esa isla?

PEDRO.-Si había más de treinta, a quatro leguas de distancia; pero no osaba apartarme de los nabíos, por saber cuándo se iban, que las cosas de mar son inciertas. Dentro de un instante se alza la mar, y se amansa; y quería probar a ver si usaran de misericordia; ya como la fortuna fue adelante, determinaron los patrones de irse al primer pueblo a borrachear, y nosotros fuímonos tras ellos, por comprar pan que comer. Y era tanto el frío que, con caminar medio corriendo y cargado, no sentía miembro de todo el cuerpo, y los ojos estaban que no los podía menear, quasi como paralítico. Llegados al pueblo, en la primera casa dél estaban borracheando muchos griegos en un desposorio, y como yo preguntase si hallaría por los dineros un poco de pan, ellos nos hizieron, movidos a compasión, sentar, y como era quaresma no tenían sino habas remojadas y pasas; y como vieron que no podía tomar el pan con las manos mandaron sacar a la mesa un poco de fuego, y al primer bocado que comí, luego el escanciador me dio una copa de agua ardiente, que aunque en mi vida lo había bebido, me supo tan bien que no fue menester más brasero, y quedé todo confortado.

MATA.-¿Aguardiente a comer? ¿a qué propósito?

PEDRO.-Tan usado es en todas las comidas de conversación en Greçia y toda Turquía el beber dos o tres vezes, las primeras de aguardiente, que lo llaman raqui, como acá vino blanco.

JUAN.-¿No los abrasa los hígados y boca?

PEDRO.-No, porque lo tienen en costumbre, y tampoco es lo primero que es demasiado de fuerte, sino lo segundo que llaman.

JUAN.-¿Házenlo a falta de vino blanco?

PEDRO.-No por cierto, que no falta malbasía y moscatel de Candía; antes tienen más blanco que tinto; sino porque la mayor honrra que en tales tiempos hay es el que primero se emborracha y se cae a la otra parte dormido; y como medio en ayunas, con los primeros bocados, veben el raqui, luego los comienza a derribar; y aun las mugeres turcas y griegas, quando entre sí hazen fiestas, luego anda por alto el raqui.

MATA.-¿Tan jente bebedora es la griega?

PEDRO.-Como los alemanes y más. Salbo, que en esto difieren, que los alemanes beberán pocas vezes y un cangilón cada vez; mas los griegos, aunque beben mucho, comen muy poco y beben tras cada bocado con pequeñita taza. Podéis creer que de como el que escancia toma la copa en la mano, aunque no sean más de tres de mesa, hasta que se bayan,

que no cesará la copa ni porná los pies en suelo aunque dure la comida dieçiséis horas, como suele.

MATA.-¿Que dieçiséis horas una sola comida? Pues aunque tubiesen todos los manjares que hay en el mundo bastaban tres.

PEDRO.-Por no tener manjares muchos son largas, que si los tubiesen, presto se enhadarían. Con un platico de azitunas y un taraçón de pescado salado, crudo, entre diez, hay buena comida; y antes que se acabe beberán cada seis veces; luego si hay huebos con cada sendos asados, tardándolos en comer dos horas, beberán otras tantas veces.

MATA.-¿Pues en qué tardan tanto?

PEDRO.-Como no va nadie tras ellos, y son tan habladores que con el huebo o la taza en la mano contará uno un quento y escucharán quatro.

MATA.-¿Parleros son al comer como vizcaínos?

PEDRO.-Con mucha más criança, que esos parlan siempre a troche moche y ninguno calla, sino todos hablan; mas los griegos, en hablando uno, todos callan, y le están escuchando con tanta atençión que ternían por muy mala criança comer entre tanto; y no os marabilléis de dieçiséis horas, porque si es algo de arte el combite, será manteniendo tela dos días con sus noches; agora sacan un palmo de longaniza; de aquí a una hora hostrias, que es la cosa que más comen; tras éstas, un poco de hinojo cozido con garbanços o espinacas; de allí a quatro horas un pedaçillo de queso; luego sendas sardinas; si es día de carne, un poco de zezina cruda, y desta manera alargan el combite quanto quieren.

MATA.-¿Cómo pueden resistir?

PEDRO.-Yos lo diré: uno duerme a este lado, otro a estotro; quando despiertan comen y levántanse; otros que van a mear o hazer de sus personas, y ansí anda la rueda y nunca para el golondrino.

MATA.-¿Qué llaman golondrino?

PEDRO.-Unos barriles de estaño que en toda Greçia usan por jarros, hechos al torno, muy galanes, de dos asas, que se dan en dotes, y la que lleba quatro no es de las menos ricas.

MATA.-¿Qué fue del combite de la isla de Lemno?

PEDRO.-El desposado luego me trajo empresentado un grande jarro de vino de una pipa que había començado y pan no faltaba; comí fasta que me harté y contéles el cómo había dado al trabés, y compré en el pueblo una dozena de panes; y dixé a mi compañero que nos volviésemos a estar junto a los nabíos aunque peresçiésemos de frío, porque si se iban sin nosotros no teníamos qué comer y en mill años no hallaríamos quien nos llebase. Partímonos a media noche, consolados con el comer y desconsolados de no haber, con el

frío que hazía, donde meter la cabeza que se defendiese del aire, y metímonos junto a un arroyo que baxaba a la mar, algo hondo, de donde atalayábamos los nabíos quando aparejaban de irse. Como no çesaba la fortuna, los marineros, desesperados, determinaron de irse de allí, porque había nueva de cosarios, adonde la ventura los llebase, y començaron a sacar las áncoras. Fuimos presto a que nos tomasen y echáronnos con el diablo. Yo començé de aprovecharme del ábito que traía, que hasta allí no lo había hecho.

JUAN.-¿Cómo aprovechar? ¿No habíais sido dos meses fraire?

PEDRO.-Digo a ser importuno, y pedir por amor de Dios.

MATA.-También las mata Pedro algunas vezes callando.

JUAN.-Sí, que Hebro lleba la fama y Duero el agua.

PEDRO.-Ya como no aprovechaba nada y se partían, dixé que no quería ir con ellos; pero por el bien que a los patrones había hecho les rogaba que m'escuchasen dos palabras. Respondieron que no había qué, porque ellos ya no iban al Chío, sino a buscar nabes de christianos de acá a quien vender su trigo, y que si fueran al Chío olgaran de llebarme. Tanto los importuné, que saltaron en un batel a ver qué secreto les quería dezir. Y tómolos detrás de un peñasco y digo: Señores, la causa porque no queréis que vaya con vosotros es por ser fraires; pues sabed que ni lo soy ni aun querría, sino somos dos españoles que venimos desta y desta manera; y para que lo creáis arremangué el hábito y mostréle el jubón y la camisa labrada de oro, que junta con las carnes traía, y unas muy buenas calzas negras que debaxo estos borçeguilazos traía. Y en lo que dezís que vais a buscar naos de christianos, eso mesmo busco yo. Hoy podéis redimir dos cautibos; mirad lo que hazéis. Enternescióseles algo el coraçón y dixeron: ¿Por qué no lo habíais dicho hasta agora? Díxeles que porque sabía que todos los griegos prendían los cautibos que se huían y no los querían encubrir. Tomáronme entonçes de buena gana y metiéronme en sus nabíos, y dixeron que no me descubriese a ningún marinero, y caminamos con tanta fortuna que me holgara de haberme quedado en tierra; porque començó a entrar tanta agua dentro, que no lo podíamos agotar. Llegamos en Metellín, en un puerto que llaman Sigre, adonde pensaban hallar naos, y como no hubiese ninguna, pasaron con toda su fortuna al Chío.

MATA.-¿No podían esperar en aquel puerto a que pasase la fortuna?

PEDRO.-Había gran miedo de infinitos cosarios que por allí andan; y también la fortuna, aunque grande, era favorable en llebar hacia allá. A media noche fue Dios servido, con grandíssimo peligro, que llegamos en el Delfín, que es un muy buen puerto de la misma isla del Chío, seguros de la mar, mas no de los cosarios, que hay más por allí que en todo el mundo, porque no hay pueblo que lo defienda, y de allí a la çibdad son siete leguas. Rogué a los patrones que nos echasen en tierra, y eché mano a la bolsa y diles obra de un ducado que bebiesen aquel día por amor de mí. Y no le queriendo tomar, les dixé que bien podían, porque ido yo a la çibdad sería más rico que ellos. Tomáronlo y abisáronme que, por quanto había tantos cosarios por allí que tenían emboscadas hechas en el bosque por donde yo había de ir, para cojer la jente que pasase, mirase mucho cómo iba. Yo fui por un camino orillas del mar, más escabroso y montañoso que en Monte Santo había visto, y de

tanto peligro de los cosarios que había dos meses que de la çibdad nadie osaba ir por él; y aun os digo más, que cuando llegamos al pueblo todos nos dixeron que diésemos graçias á Dios por todos los peligros de que nos había sacado, y más por aquél, que era mayor y más çierto que todos, porque en más de un año no pasó nadie que no fuese muerto o preso.

MATA.-¿Y allí estabais en tierra de christianos seguros?

PEDRO.-No mucho, porque aunque es de christianos, y los mejores que hay de aquí allá, cada día hay muchos turcos que contratan con ellos, y si fuesen conoçidos los cautivos que han huido, se los harán luego dar a sus patrones; porque en fin, aunque están por sí, son sujetos al turco y le dan parias cada un año.

JUAN.-¿A dónde cae esa isla?

PEDRO.-Çien leguas más acá de Constantinopla y otras tantas de Chipre, y las mesmas del Cairo y Alexandría y Candía; a todas estas está en igual distancia, y çinquenta leguas de Rodas. Es escala de todas las nabes que van y vienen desde Siçilia, Esclabonia, Veneçia y Constantinopla al Cairo y Alexandría.

MATA.-¿Qué llamáis escala?

PEDRO.-Que pasan por allí y son obligadas a pagar un tanto, y allí toman quanto bastimento han menester y compran y venden, que la çibdad es de muchos mercaderes.

JUAN.-¿Qué, tan grande es la isla?

PEDRO.-Tiene treinta y seis leguas al derredor.

JUAN.-¿Cúya es?

PEDRO.-Como Veneçia, es señoría por sí, y ríjese por siete señores que cada año son elegidos.

JUAN.-¿De qué naçión son?

PEDRO.-Todos ginobeses, gentiles hombres que llaman, de casas las prinçipales de Génova, y hablan griego y italiano. Solía esta isla ser de Génoba en el tiempo que mandaban gran parte del mundo, y aun agora le conoçe esta superioridad, que la çibdad nombra estos siete señores y Génoba los confirma.

JUAN.-¿Hay más de una çibdad?

PEDRO.-No; mas villas y pueblos más de çiento.

JUAN.-¿Qué tan grande es la çibdad?

PEDRO.-De la mesma manera que Burgos, y más galana; no solamente la çibdad, pero toda la isla es un jardín, que tengo para mí ser un paraíso terrenal. Podrá prober a toda España de naranjas, y limón y çidras, y no ansí como quiera, sino que todo lo de la Vera de Plasençia y Balençia puede callar con ello. Entrando un día en un jardín os prometo que vi tantas caídas que de solas ellas podían cargar una nao, y ansí valen en Constantinopla y toda Turquía muy baratas por la grandíssima abundançia. La jente en sí está subjeta a la Iglesia romana; y entrado dentro, en el traje y usos, no diréis sino que estáis dentro de Génova; mas difieren en bondad, porque aunque los ginoveses son raçonable jente, éstos son la mejor y más caritativa que hay de aquí allá. Aunque saben que serían castigados y quiçás destruidos del turco por encubrir cautivos que se huyen, por estar la más cercana tierra de christianos, no los dexarán de acojer y regalar, y dándoles bastimento neçesario los meten en una de las nabes que pasan para que vengan seguros. Tienen fuera de la çibdad un monasterio, que se llama Sancto Sidero, en el qual hay un fraire no más, y allí hazen que estén los que se huyen todos escondidos, y del público herario mantienen un hombre que tenga quenta de llebarles cada día pan y vino, carne, pescado y queso lo neçesario, y el que estando yo allí lo hazía se llamaba mastre Pedro el Bombardero.

JUAN.-¿Qué tributo pagan esos al Gran Turco?

PEDRO.-Catorçe mill ducados le dan cada año, y están por suyos con tal que no pueda en toda la isla bibir ningún turco; sino como veneçianos, están amigos con todos, y resçiben á quantos pasan sin mirar quién sea, y tratan con todos.

JUAN.-Estos dineros ¿cómo se pagan? ¿De algún repartimiento?

PEDRO.-No, sino Dios los paga por ellos, sin que les cueste blanca.

MATA.-¿Cómo es eso?

PEDRO.-Hay un pedazo de terreno que será quatro leguas escasas, donde se haze el almástica, y de allí salen cada año 15 ó 20 mill ducados para pagar sus tributos.

MATA.-¿Qué es almástica? ¿Cómo es?

JUAN.-¿Nunca habéis visto uno como ençienso, sino que es más blanco, que hay en las boticas?

PEDRO.-Es una goma que llora el lentisco, como el pino termentina.

MATA.-Pues desos acá hay hartos; mas no veo que se haga nada dellos, sino mondar los dientes.

PEDRO.-También hay allá hartos, que no lo traen en lo que mucho se engrandesçe la potencia del Criador, que en solamente aquel pedaço que mira derecho a mediodía se haze, de tal manera que en toda la isla, aunque está llena de aquellos árboles, no hay señal della. Y más os digo, que si este árbol que trae almástica le quitan de aquí y le pasan dos pies más adelante o atrás de donde comiença el término de las quatro leguas, no traerá más señal de

almástica; y al contrario, tomando un salvaje, que nunca la tubo, y trasplantándole allí dentro, la trae como los otros.

MATA.-Increíble cosa me contáis.

PEDRO.-Podéisla creer, como creís que Dios está en el çielo; porque lo he visto con estos ojos muy muchas vezes.

MATA.-¿Y cómo lo hazen?

PEDRO.-El pueblo como por veredas es obligado a labrarlo y tener el suelo limpio como el ojo, porque quando lloran los árboles y cae no se ensuçie; todos los árboles están sajados y por allí sale, y ningún particular lo puede tomar para vender, so pena de la vida, sino la mesma Señoría lo mete en unas cajas y da con parte dello a Génoba y otra parte a Constantinopla; y tienen otra premática que no se puede vender cada caja, que ellos llaman, menos de çient ducados, sino que antes la derramen en la mar y la pierdan toda.

JUAN.-¿Pues no la hay en otra parte?

PEDRO.-Agora no, ni se escribe que la haya habido, sino allí y en Egipto; mas agora no paresçe la otra, antes el Gran Señor ha procurado lo más del mundo en todas las partes de su imperio probar a poner los árboles sacados de allí, y jamás aprovecha.

JUAN.-¡Qué tiene de aprovechar, si en la mesma isla aún no basta fuera de aquel término!

MATA.-¿De qué sirbe?

PEDRO.-De muchas cosas: en mediçina, y a muchos mandan los médicos mascarla para desfleamar, y siempre se está junta, y por eso se llama almástica, porque masticar es mascar. Los turcos, como la tienen fresca, la usan mucho para limpiar los dientes, que los dexa blancos y limpios.

MATA.-Ya la he visto; agora cayo en la quenta; un oidor, nuestro vezino, la mascaba cada día.

JUAN.-Esa mesma es. ¿Y cómo llegastes en la çibdad? Seríais el bien venido.

PEDRO.-Llegar me dexaron a la puerta, mas no entrar dentro.

MATA.-¿Por qué?

PEDRO.-Por la grande diligencia que tienen de que los que vienen de parte donde hay pestilencia no comuniquen con ellos y se la peguen; y como yo no pude negar dónde venía, mandáronme ir a Sancto Sidero, y allí embió la Señoría uno de los siete que me preguntase quién era y qué quería; y como le conté el caso, díxome que m'estubiese quedo en aquel

monasterio y allí se me sería dado recado de todo lo necesario; mas de una cosa me advertía de parte de la Señoría: que no saliese adonde fuese visto de algún turco; porque si me conocían y me demandaban no podían dexar de darme, pues por un hombre no tenía de perderse toda la isla. Llamábase éste Nicolao Grimaldo.

JUAN.-¿Qué quiere decir Grimaldo?

PEDRO.-Es nombre de una casa de ginoveses antiguos. Hay tres casas principales en Chío: Muneses, Grimaldos, Garribaldos. Para aquella noche no faltó de cenar, porque mi compañero tenía allí un çirujano catalán pariente, que se llamaba mase Pedro, hombre valeroso ansí en su arte como por su persona, bien amigo de amigos, y, lo que mejor, tenía bien quisto en toda la çibdad. Yo rogué a uno de aquellos señores que me llamasen allí a uno de los del año pasado que la Señoría había embiado por embaxador a Constantinopla, para que le quería hablar, el qual a la hora vino.

JUAN.-¿Qué tanto es el monesterio de la çibdad?

PEDRO.-Un tiro de vallesta; y conoscióme, aunque no a prima façe; porque estando yo en Constantinopla camarero de Çinán Baxá, todos los negoçiantes habían de entrar por mi mano; y como arriba dixé, procuraba siempre destar bien con todos, y quando venían negoçios de christianos yo me les afiçonaba, deseando que todos alcançasen lo que deseaban. Cada vez que aquel embaxador quería hablar con mi amo le hazía entrar. Allende desto, como yo era intérprete de todos los negoçios de christianos, llevaba una carta de la Señoría de Chío para Çinán Baxá, y no iba escrita con aquella criança y solemnidad que a tal persona se requería; y çiertamente, si yo la leyera como iba, él no negoçiará nada de lo que quería.

MATA.-¿Pues allá se mira en eso?

PEDRO.-Mejor que acá. En el sobreescrito le llamaban capitán general, que es cosa que ellos estiman en poco, sino almirante de la mar, que en su lengua se dije beglerbei; tratábanle de señoría, y habíanle de llamar exçelencia; y esto de quatro en quatro palabras. Como yo vi la carta, con deseo que alcançasen lo que pidían, leía a mi propósito, supliendo como yo sabía tan bien sus costumbres, de manera que quedó muy contento y hubo consejo conmigo de lo que había de hazer, y le hize despachar como quería, abisándole que otra vez usasen de más criança con aquellos Baxás; y él quedó con toda la obligagión posible, ansí por el buen despacho como por la brevedad del negoçiar; y como me vio y nos hablamos, fue a la çibdad y juntada la señoría les dixo quién yo era y lo que había hecho por ellos, y que me podrían llamar liberador de la patria, y como a tal me hiziesen el tratamiento. De tal manera lo cumplieron, que en 28 días que allí estube fui el más regalado de presentes de todo el mundo, tanto que no consentían que comiese otro pan sino rosquillas. Podía mantener 30 compañeros con lo que allí me sobraba. Mandaron también, para más me hazer fiesta, que los siete señores se repartiesen de manera que cada día uno fuese a estar conmigo en el monesterio a mantenerme conversaçión. Pues de damas, como era quaresma, que iban a las estaciones, tampoco faltó. Allí hallé un mercader que iba en Constantinopla, el qual llebaba comisión de un caballero de los prinçipales d'España para que me rescatase,

y píidle dineros y no me dio más de çinco escudos y otros tantos en ropa para vestirme a mí y a mi compañero.

MATA.-¿Pues qué bestidos hizistes con çinco escudos dos compañeros?

PEDRO.-Buenos, a la marineresca; que claro es que no habían de hazerse de carmesí.

MATA.-¿Y en hábito de fraires os festejaban las damas?

PEDRO.-Al principio sí; porque un día, el segundo que llegamos, yo estaba al sol tras una pared, y llegaron quatro señoras prinçipales en riqueza y hermosura, y como vieron a mi compañero, fueron a besarle la mano. Él, de vergüenza huyó y no se la dio, sino escondióse. Quedaron las señoras muy escandalizadas, y como yo las sentí, salí y vilas santiguándose. Preguntéles en griego que de qué se maravillaban. Dixo una no sé quasi, que no le alcançaba un huelgo a otro: «Estaba aquí un fraire y quisímosle vesar la mano y huyó; creemos que no debe de ser digno que se la besemos.» Digo: No se maravillen vuestras merçedes deso, que no es saçerdote; yo lo soy. En el punto que lo dixé, arremetieron a porfía sobre cuál ganaría primero los perdones. Yo a todas se la di liberalmente, y a cada una echaba la vendición, con la qual pensaban ir santificadas, como lo contaron en la çibdad. Ya andaba el rumor que se habían escapado dos christianos en hábito de fraires y estaban en Sancto Sidero. Halláronse tan corridas, que fueron otro día allá, y quando yo salí a saludarlas y darles la mano, una llevaba un palillo con que me dio un golpe al tiempo que estendí la mano, y armóse grande conversaçión sobre que yo no tenía ojos de fraire; y ningún día faltaron de allí adelante que no fuesen a visitarme con mill presentes y a dançar. Al cabo de un mes partiase una nabe cargada de trigo, y el capitán della era çibdadano, y había también otros doçe christianos que se habían de los turcos rescatado, dellos huido, y mandóle la señoría que nos traxese allí hasta Siçilia, dándoles a todos bizcocho y queso, pero a mí no nada, sino mandaron al capitán que no solamente me diese su mesa, mas que me hiziese todos los regalos que pudiese, haziendo cuenta que traía a uno de los siete señores del Chío; y así me embarqué y fuimos a un pueblo de Troya, allí çerca, que se llama Smirne, de donde fue Omero, a acabar de cargar trigo la nabe para partirnos.

JUAN.-¿De Troia, la mesma de quien escriben los poetas?

PEDRO.-De la mesma.

MATA.-¿Pues aún es biba la çibdad de Troya?

PEDRO.-No había çibdad que se llamase Troya, sino todo un reino, como si dixésemos España o Françia; que la çibdad principal se llamaba el Ilio, y había otras muchas, entre las quales fui a ver una que se llama Pérgamo, de donde fue natural el Galeno, que está en pie y tiene dos mill vezinos; pedaços de edifiçios antiguos hay muchos; pueblos, muy muchos, pero no como Pérgamo, ni donde parezca rastro de lo pasado. Los turcos, quando ven edifiçios viejos, los llaman esqui Estambol, la vieja Constantinopla; y para los edifiçios que el Gran Turco haze en Constantinopla lleban toda quanta piedra hallan en estas antiguallas.

JUAN.-¿Era buena tierra aquella?

PEDRO.-Una de las muy buenas que he visto, abundosa de pan, vino, carne y ganado, y lo que demás quisiéredes.

JUAN.-¿Y qué, aquella es la çibdad de Troya?

PEDRO.-Todo lo demás que oyéredes es fábula.

MATA.-¿No deçían que tenía tantas leguas de çerco?

PEDRO.-Es verdad que Troya tiene más de çient leguas de çerco; ¿mas en qué seso cabe que había de haber çibdad que tubiese esto? Solamente el Ileo era la más populosa çibdad y cabeza del reino, y cae en la Asia Menor, y Abido es una çibdad de Troya que la batía la mar, enfrente de Sexto.

MATA.-En fin, eso lleba camino, y hase de dar crédito al que lo ha visto, y no a poetas que se traen el nombre consigo. Y, porque viene a propósito, quiero preguntar de Athenas si la vistes.

PEDRO.-Muy bien.

MATA.-¿Y es como dezían o como Troya? ¿0 no hay agora nada?

PEDRO.-La çibdad está en pie, no como solía, sino como Pérgamo; de hasta dos mill casas, mas labradas no a la antigua, sino pobremente, como a la morisca.

JUAN.-¿Y hay todavía escuelas?

PEDRO.-Ni en Athenas ni en toda Greçia hay escuela ni rastro de haber habido letras entre los griegos, sino la jente más bárbara que pienso haber habido en el mundo. El más prudente de todos es como el menos de tierra de Sayago. La mayor escuela que hay es como acá los sacristanes de las aldeas, que enseñan leer y dos nominatibos; así, los clérigos que tienen iglesia, tienen encomendados muchachos que, después que les han enseñado un poco leer y escribir, les muestran quatro palabras de gramática griega y no más, porque tampoco ellos lo saben.

MATA.-¿Hay alguna diferençia entre griego y gramática griega?

PEDRO.-Griego es su propia lengua que hablan comúnmente, y gramática es su latín griego, como lo que está en los libros.

JUAN.-¿Hay mucha diferençia entre lo uno y lo otro?

PEDRO.-Como entre la lengua italiana y la latina. En el tiempo del floresçer de los romanos la lengua común que en toda Italia se hablaba era latina, y esa es la que Çiçerón sin estudiar supo y el vulgo todo de los romanos la hablaba. Vino después a barbariçarse y corromperse, y quedó ésta, que tiene los mismos bocablos latinos, mas no es latina, y así

solían llamarse los italianos latinos. En el tiempo de Demóstenes y Eschines, Homero y Galeno y Platón y los demás, en Grecia se hablaba el buen griego, y después vino a barbarizarse y corrompióse de tal manera que no la saben; y guardan los mismos vocablos, salvo que no saben la gramática, sino que no adjetivan. En lo demás, sacados de dos docenas de vocablos bárbaros que ellos usan, todos los demás son griegos. Dirá el buen griego latino: blepo en aanthropon, veo un hombre; dirá el bulgar: blepo en antropo. Veis aquí los mismos vocablos sin adjetivar.

JUAN.-De manera que solamente en la congruidad del hablar difieren, que es la gramática. Pregunto: Uno que acá ha estudiado griego, como vos hizistes antes que os fueseis, ¿entenderse ha con los que hablan allá?

PEDRO.-No es mala la pregunta. Sabed que no, ni él a ellos ni ellos a él; porque primeramente ellos no le entienden, por no saber gramática, y tampoco él sabe hablar, porque acá no se hace caso sino de entender los libros; ni éstos entenderán a los otros, porque como no adjetivan y mezclan algunos vocablos bárbaros, paréscelos algarabía, y también como no tienen uso del hablar griego, acá no abundan de vocablos. Eso mismo es en la italiana, que los latinos que desde acá ban, si no lo deprenden no lo entienden, no obstante que algunas palabras les son claras; ni los italianos que no han estudiado entienden sino qualque palabra latina. Bien es berdad que el que sabe el griego vulgar deprende más en un año que uno de nosotros en beinte porque ya se tiene la abundancia de vocablos en la cabeza, y no ha menester más de componerlos como han de destar. También el que sabe la gramática deprenderá más presto vulgar que el que no la sabe, por la costumbre que ya tiene de la pronunçación. Yo por mí digo que sin estudiarla más de como fui de acá, por deprender la vulgar me hallé que cada vez que quiero hablar griego latín lo hago también como lo vulgar.

MATA.-Debéis de saber tan poco de uno como de otro.

PEDRO.-De todas las cosas sé poco; mas estad satisfecho que hay pocos en Grecia que hablen más elegante y cortesaneamente su propia lengua que yo, ni aun mejor pronunçiada.

MATA.-El pronunçiar es lo de menos.

PEDRO.-No puedo dexar de daros a entender por solo eso la grandíssima falta que todos los bárbaros d'España tienen en lo que más haze al caso en todas las lenguas.

MATA.-¿Qué, el pronunçiar?

PEDRO.-¡Si vieseis los letrados que acá presumen, idos en Italia, donde es la policía del hablar, dar que reír a todos quantos hay, pronunçiando siempre n donde ha de haber m, b por u y u por b, comiéndose siempre las postreras letras! Ninguna cosa hay en que más se manifieste la barbarie y poco saber que en el pronunçiar, de lo qual los padres tienen grandíssima culpa y los maestros más. Veréis el italiano deçir quatro palabras de latín grosero tam bien dichas que aunque el español hable como Çiçerón paresçe todo caçefatones; en respecto dél más valen quatro palabras bien sabidas que quanto supo Salomón mal savido. Una cosa quiero que sepáis de mí, como de quien sabe seis lenguas,

que ninguna cosa hay para entender las lenguas y ser entendido más neçesaria y que más importe que la pronunçiaçión, porque en todas las lenguas hay bocablos que pronunçiadados de una manera tienen una signifiçaçión y de otra manera otra, y si queréis dezir çesta, diréis vallesta. Tome uno de vosotros en la cabeza seis bocablos griegos, mal pronunçiadados, y preguntéselos a un griego qué quieren deçir, y verá que no le entiende. La mayor dificultad que para la lengua griega tube fue el olvidar la mala pronunçiaçión que de acá llebé, y sabía hablar elegantemente y no me entendían; después, hablando grosero y bien pronunçiado, era entendido. Hay en ello otra cosa que más importa y es que si pasando por un reino sabiendo aquella lengua queréis pasar como hombre del reino, a dos palabras, aunque sepáis muy bien la lengua, sois tomado con el hurto en las manos. Estos son primores que no se habían de tratar con jente como vosotros, que nunca supo salir detrás los tiçones, mas yo querría que salieseis y veríais.

MATA.-Yo me doy por vençido en eso que deçís todo, sin salir, porque a tan clara razón no hay qué replicar.

PEDRO.-Si las primeras palabras que a uno enseñan de latín o griego se las hiziesen pronunçiar bien sin que supiese más hasta que aquellas pronunçiasen, todos sabrían lo que saben bien sabido; pero tienen una buena cosa los maestros de España: que no quieren que los diçípulos sean menos asnos que ellos, y los diçípulos también tienen otra: que se contentan con saber tanto como sus maestros y no ser mayores asnos que ellos; y con esto se conçierta muy bien la música barbaresca.

JUAN.-Questión es y muy antigua, prinçipalmente en España, que tenéis los médicos contra nosotros los theólogos, quereros hazer que sabéis más filosofía y latín y griego que nosotros. Cosas son por çierto que poco nos importan. Porque sabemos lógica; latín y griego demasiadamente ¿para qué?

PEDRO.-En eso yo conçedo que tenéis mucha raçón, porque para entender los libros en que estudiáis poca neçesidad hay de letras humanas.

JUAN.-¿Qué libros? ¿Sancto Thomás, Escoto y esos Gabrieles y todos los más escolásticos? ¿Pareçeos mala theología la dèsos?

PEDRO.-No por çierto, sino muy sancta y buena; pero mucho me contenta a mí la de Christo, que es el Testamento Nuevo, y en fin, lo positibo, prinçipalmente para predicadores.

JUAN.-¿Y esos no lo saben?

PEDRO.-No sé; al menos no lo muestran en los púlpitos.

JUAN.-¿Cómo lo veis vos?

PEDRO.-Soy contento de deçirlo: todos los sermones que en España se tratan, que aquí está Mátalas Callando que no me dexará mentir, son tan escolásticos que otro en los púlpitos no oiréis sino Sancto Thomás dice esto. En la distinción 143, en la questión 26, en

el artículo 62, en la responsión a tal réplica. Escoto tiene por opinión en tal y tal cuestión que no. Alexandro de Ales, Nicolao de Lira, Juanes Maioris, Gayetano, diçen lo otro y lo otro, que son cosas de que el vulgo gusta poco, y creo que menos los que más piensan que entienden.

JUAN.-¿Pues qué querriáis vos?

PEDRO.-Que no se traxese allí otra doctrina sino el Evangelio, y un Chrisóstomo, Agustino, Ambrosio, Gerónimo, que sobrello escriben; y esotro déxenselo para los estudiantes quando oyen lecciones.

MATA.-En eso yo soy del vando de Pedro de Urdimalas, que los sermones todos son como él diçe y tiene raçón.

JUAN.-¿Luego por tan bobos tenéis vos a los theólogos de España, que no tienen ya olvidado de puro sabido el Testamento Nuevo y quantos expositores tiene?

MATA.-Olvidado, yo bien lo creo; no sé yo de qué es la causa.

PEDRO.-Las capas de los theólogos que predicán y nunca leyeron todos los Evangelistas plugiese a Dios que tubiese yo, que pienso que sería tan rico como el Rey, quanto más los expositores. ¿No acabastes agora de confesar que no era menester para la Theología Filosofía, latín ni griego?

MATA.-Eso yo soy testigo.

PEDRO.-¿Pues cómo entenderéis a Chrisóstomo y Basilio, Gerónimo y Agustino?

JUAN.-¿Luego Sancto Thomás y Escoto no supieron Filosofía?

PEDRO.-De la sancta mucha.

JUAN.-No digo sino de la natural.

PEDRO.-Désa no por çierto mucha, como por lo que escribieron della consta. Pues latín y griego, por los çerros de Úbeda.

JUAN.-Ya començáis a hablar con pasión. Hablemos en otra cosa.

PEDRO.-¿No está claro que siguieron al comentador Aberroes y otros bárbaros que no alcançaron Filosofía, antes ensuçiaron todo el camino por donde la iban los otros a buscar?

MATA.-¿Qué es la causa porque yo he oído deçir que los médicos son mejores philósofos que los theólogos?

PEDRO.-Porque los theólogos siempre van atados tanto a Aristóteles, que les parece como si dixesen: El Evangelio lo dize, y no cale irles contra lo que dixo Aristóteles, sin mirar si lleba camino, como si no hubiese dicho mill quentos de mentiras; mas los médicos siempre se van a viba quien vence por saver la verdad. Quando Platón diçe mejor, refutan a Aristóteles; y quando Aristóteles, diçen libremente que Platón no supo lo que dixo. Deçid, por amor de mí, a un theólogo que Aristóteles en algún paso no sabe lo que diçe, y luego tomará piedras para tirarlos; y si le preguntáis por qué es verdad ésto, responderá con su gran simpleza y menos saber, que porque lo dixo Aristóteles. ¡Mirad, por amor de mí, qué filosofía pueden saber!

JUAN.-Ya yo hago como diçen orejas de mercader, porque me parece que jugáis dos al mohino. Acabemos de saver el viaje.

PEDRO.-Soy dello contento, porque ya me parece que os vais corriendo. Acabada de cargar la nabe, fuimos en la isla del Samo, adonde nos tomó una tormenta y nos quedamos allí por tres días, que es del Chío veinte leguas, la qual es muy buena tierra, mas no está poblada.

JUAN.-¿Por qué? ¿Qué comíais allí?

PEDRO.-Gallinas y ovejas comíamos, que hallábamos dentro. Desde el tiempo de Barbarroja començaron a padecer mucho mal todos los que habitaban en muchas islas que hay por allí, que llaman del Arçipiélago, y hartos de padecer tanto mal como aquel perro les hazía, dexaron las islas y fuéronse a poblar otras tierras, y como dexaron gallinas y ganados allí, hase ido multiplicando y está medio salvaje, y los que por allí pasan, saltando en tierra hallan bien qué cazar, y no penséis que son pocas las islas, que más he yo visto de çinquenta.

MATA.-¿Pues cúyas son esas abes y ganados?

PEDRO.-De quien lo toma; ¿n'os digo que son despobladas habrá quinze años?

JUAN.-¿Y no lo sabe eso el Gran Turco?

PEDRO.-Sí; pero, ¿cómo pensáis que lo puede remediar? Algunas cosas habrá hecho Andrea de Oria que aunque las sepa el Emperador son menester disimular. De allí fuimos a Milo, otra isla, y de allí pasamos una canal entre Micoló y Tino, dos islas pobladas, y con un gran viento contrario no podimos en tres días pasar adelante a tomar tierra, y dimos al cabo con nosotros en la isla de Delo, que aunque es pequeña es de todos los escritores muy çelebrada porque estaba allí el templo de Apolo, adonde concurría cada año toda la Greçia.

JUAN.-¿Esa es la isla de Delo? ¿Y hay agora algún rastro de edificio?

PEDRO.-Más ha habido allí que en toda Greçia, y hoy en día aún hay infinitos mármoles que sacar y los lleba quien quiere, y antiguallas muchas se han hallado y hallan cada día. De allí fuimos a la isla de Sira, donde hay un buen pueblo, y vi las mugeres que

no traen más largas las ropas que hasta las espinillas, y quando sienten que hay cosarios todas salen valerosamente con espadas, lanças y escudos, mejor que sus maridos, a defenderse y que no les lleben el ganado que anda paçiendo riberas del mar. Dimos con nosotros luego en Çirigo, y de ahí á Paris y Neesia, dos buenas islas, y pasamos a vista de Candía, y echamos áncoras en Cabo de Santángelo, que llaman Puerto Coalla por la multitud de las codorniçes que los albaneses toman por allí, que se desembarcan quando van a tierras calientes y se embarcan para venir a criar acá. Luego nos engolfamos en el golfo de Veneçia, que llaman el Sino Adriático, con muy buen tiempo, y veníamos cazando, con mucho pasatiempo.

MATA.-Tened punto; ¿qué cazabais en el golfo?

PEDRO.-Codorniçes, tórtolas, destos pájaros verdes y otras diferençias de abes, que se venían por la mar, siendo mes de abril, para criar acá.

MATA.-Bien puede ello ser verdad; mas yo no creo que en medio del golpho puedan cazar otro sino mosquitos, ni aun tampoco creo que tengan tanto sentido las abes que una vez van que tornen a bolver acá.

PEDRO.-No solamente volver podéis tener por muy aberiguado, mas aun a la mesma tierra y lugar donde había estado, y no es cosa de poetas ni historias, sino que por experiençia se ha visto en golondrinas y en otras muchas aves, que siendo domésticas les hazen una señal y las conosçen el año adelante venir a hazer nidos en las mesmas casas; pues de las codorniçes no queráis más testigo de que tres leguas de Nápoles hay una isla pequeña, que se diçe Crapi, y el obispo della no tiene de otra cosa quinientos escudos de renta sino del diezmo de las codorniçes que se toman al ir y venir, y no solamente he yo estado allí, pero las he cazado, y el obispo mesmo es mi amigo.

JUAN.-Muchas vezes lo había oído y no lo creía, mas agora como si lo viese. También diçen que lleban quando pasan la mar alçada el ala por vela, para que, dándoles el viento allí, las llebe como nabíos.

PEDRO.-La mayor parte del mar que ellas pasan es a buelo. Verdad es que quando se cansan se ponen ençima del agua, y siempre van gran multitud en compañía, y si hay fortunoso viento y están cansadas, alzan como dezís sus alas por vela; y de tal manera habéis de saber que es verdad, que la vela del nabío creo yo que fue inventada por eso, porque es de la mesma hechura; las que cazábamos era porque reboviéndose una fortuna muy grande en medio el golfo, todas se acojían a la nao, queriendo más ser presas que muertas, y aunque no hubiese fortuna se meten dentro los nabíos para pasar descansadas; los marineros lleban unas cañas largas con un laçico al cabo con que las pescan, y van tan domésticas. Ende más, si hay fortuna que se dexarán tomar a manos; de golondrinas no se podían valer de noche los marineros, que se les asentaban sobre las orejas y nariçes, y cabeza y espaldas, que harto tenían que ojear como pulgas.

MATA.-No es menos que desmentir a un hombre no creer lo que dice que el mesmo vio, y si hasta aquí no he creído algunas cosas ha sido por lo que nos habéis motejado con razón

de nunca haber salido de comer bollos; y al principio parecen dificultosas las cosas no vistas, mas yo me sujeto a la razón. De aquel golfo ¿adónde fuistes a parar?

PEDRO.-Adonde no queríamos; mal de nuestro grado, dimos al través con la fortuna, tan terrible qual nunca en la mar han visto marineros, un Jueves Sancto, que nunca se me olvidará, en una isla de veneçianos que se llama el Zante, la qual está junto a otra que llaman la Chefalonia, las quales divide una canal de mar de tres leguas en ancho.

MATA.-¡Oh pecador de mí! ¿Aún no son acabadas las fortunas?

JUAN.-Quasi en todas esas partes cuenta Sant Lucas que peligró Sant Pablo en su peregrinación.

PEDRO.-¿Y el mesmo no confiesa haber dado tres vezes al través y sido açotado otras tantas? Pues yo he hado quatro y sido açotado sesenta, porque sepáis la obligación en que estoy a ser bueno y servir a Dios. Ayudáronnos otras tres nabes a sacar la nuestra, que quiso Dios que encalló en un arenal, y no se hiziese pedazos, y tubimos allí con gran regocijo la Pasqua, y el segundo día nos partimos para Siçilia, que tardamos otros seis días con razonable tiempo, aunque fortunoso; pero aquello no es nada, que, en fin, en la mar no pueden faltar fortunas a cuantos andan dentro. Llegamos en el Faro de Meçina, donde está Çila y Caribdi, que es un mal paso y de tanto peligro que ninguno, por buen marinero que sea, se atrebe a pasar sin tomar un piloto de la mesma tierra, que no viben de otro sino de aquello.

JUAN.-¿Qué cosa es Faro?

PEDRO.-Una canal de mar de tres leguas de ancho que divide a Siçilia de Calabria, llena de remolinos tan diabólicos que se sorben los nabíos, y tiene éste una cosa más que otras canales: que la corriente del agua una va a una parte y otra a otra, que no hay quien le tome el tino, y Çila es un codo que haze junto a la çibdad la tierra, el qual, por huir de otro codo que haze a la parte de Calabria, como las corrientes son contrarias, dan al través y se pierden los nabíos.

JUAN.-¿Y las otras canales no son también así?

PEDRO.-No, porque todas las otras, aunque tienen corriente, no es diferente, sino toda a un lado. ¿No os espantaría si vieseis un río que la mitad dél, cortándole a la larga, corra hazia bajo y el otro hazia riba?

MATA.-¿Eso es lo de Çilla y Caribdin?

PEDRO.-Eso mesmo.

JUAN.-Espantosa cosa es y digna que todos fuesen a verla solamente. Díçese de Aristótiles que por sólo verla fue de Athenas allá.

MATA.-¿Qué tanto hay?

PEDRO.-No es mucho; serán trescientas leguas.

MATA.-A mí me parece que iría quinientas por ver la menor cosa de las que vos habéis visto, si tubiese seguridad de las galeras de turcos.

Capítulo XIII

A través de Italia

JUAN.-Llegados ya en salvamento en Siçilia ¿grande contentamento temíais por ver que ya no había más peligros que pasar?

PEDRO.-¿Cómo no? El mayor y más venturoso estáis por oír. En todas las çibdades de Siçilia tienen puestos guardianes, que llaman de la sanidad, y más en Meçina, donde yo llegué; para que todos los que vienen de Levante, adonde nunca falta pestilencia, sean defendidos con sus mercancías entrar en poblado, para que no se pegue la pestilencia que diçen que traen; y éstos, quando viene alguna nave, van luego a ella y les ponen grandes penas de parte del Virrey que no se desembarque nadie; si tiene de pasar adelante embía por terçera persona a comprar lo que ha menester, y vase. Si quiere descargar allí el trigo, algodón o cueros que comúnmente traen, habida liçençia que descargue, lo tiene de poner todo en el campo, para que se oree y exhale algún mal humor si trae, y todas las personas ni más ni menos.

MATA.-Cosa me parece esa muy bien hecha, y en que mucho serviçio hazen los gobernadores a Dios y al Rey.

PEDRO.-Muchas cosas hay en que se serviría Dios y la república si fuesen con buen fin ordenadas; mas quando se hazen para malo, poco merescen en ello. No hay nave que no le cueste esto que digo quatroçientos ducados, que podrá ser que no gane otros tantos.

JUAN.-Pues ¿en qué?

PEDRO.-En las guardas que tiene sobre sí para que no comuniquen con los de la tierra.

MATA.-¿Y esas no las paga la mesma çibdad?

PEDRO.-No, sino el que es guardado.

MATA.-Pues ¿en qué ley cabe que pague yo dineros porque se guarden de mí? ¿Qué se me da a mí que se mueran ni biban?

PEDRO.-Ahí podréis ver lo que yo os digo. ¿Ha visto ninguno de bosotros buena fruta de sombrío donde nunca alcança el sol?

MATA.-Yo no.

JUAN.-Ni yo tampoco.

PEDRO.-Pues menos veréis justicia recta ni que tenga sabor de justicia donde no está el Rey; porque si me tengo de ir a quejarme de un agravio 500 leguas, gastaré doblado que el principal, y así es mejor perder lo menos. Ante todas cosas tiene de pagar cada día ocho reales a ocho moros que rebuelban la mercancía y la descarguen.

MATA.-¿Para qué la han de rebolver?

PEDRO.-Para que se oree mejor y no quede escondida la landre entre medias. Tras esto otros dos guardianes, que les hagan hazerlo, a dos reales cada día, que son cuatro, y un escudo cada día a la guarda mayor, que sirbe de mirar si todos los demás hazen su oficio.

JUAN.-¿Y cuántos días tiene esa costa hasta que le den licencia que entre en la ciudad?

PEDRO.-El que menos ochenta, si trae algodón o cueros; si trigo, la mitad.

MATA.-Bien empleado es eso en ellos, porque no gastan quanto tienen en informar al Rey dello.

PEDRO.-También quiero que sepáis que no es mejor guardado el monumento de la Semana Santa, con más chuzones, broqueles y guazamalletas, y aunque alguno quiera desembarcarse sin licencia, éstos no le dexan. No teniendo yo mercancías, ni qué tomar de mí, no me querían dexar desembarcar, y el capitán de mi nao determinó venir a Nápoles con el trigo y otras tres nabes de compañía, y como yo había de venir a Napoles díxome que me venía bien haber hallado quien me traxese çient leguas más sin desembarcarme. Yo se lo agradeçí mucho, y comenzaron a sacar las áncoras para nos partir. Pasó por junto a la nao un bergantín, y no sé qué se me antojó preguntarle de dónde venía. Respondió que de Nápoles. Díxome que nueva había. Respondió que diez y nueve fustas de turcos andaban por la costa. Como soy razonable marinero, díxe al capitán que dónde quería partirse con aquella nueva tan mala. Díxome que donde había quatro nabes juntas qué había que temer. Conosciendo yo que los roçes, veneçianos y ginoveses valían poco para la batalla, y que necesariamente, si nos topaban, éramos presos, hize como que se me había olvidado de negociar, una cosa que mucho importaba en la çibdad, y pídle de merçed, sobre todas las que me había hecho, que me diese un batel de la nabe para ir en tierra a encomendar a aquéllos que guardaban que nadie se desembarcase que los negociasen por mí, y que luego en la hora me bolvería sin poner el pie en tierra.

MATA.-¿Qué cosa es batel, que muchas veces he oído nombrar?

PEDRO.-Como la nabe y la galera son tan grandes, no pueden estar sino adonde hay mucho hondo, y quando quieren saltar en tierra, en ninguna manera puede açercarse tanto que llegue adonde haya tierra firme, y por eso cada nabío grande trae dos barcas pequeñas dentro, la una mayor que la otra, con las quales quando están gerca de tierra ban y vienen a

lo que han menester, y éstas se llaman bateles. Fue tanta la importunaçión que yo tube porque me diese el batel, que aunque çierto le venía muy a trasmano, lo hubo de hazer con condiçión que yo no me detubiese. Sería un tiro de arcabuz de donde la nao estaba a tierra, y dixе a mi compañero y a otros dos que habían sido cautibos que se metiesen conmigo dentro el batel, y caminamos; quando yo me vi tres pasos de tierra no curé de aguardar que nos açercásemos más, sino doy un salto en la mar y luego los otros tras mí; quando las guardias me vieron, vienen luego con sus lançones a que no me desembarcase sin liçençia, y quisieron hazerme tornar a embarcar por fuerça. Yo dixе a los marineros que se fuesen a su nabe y dixesen al capitán que le vesaba las manos, y por çierto impedimento no podía por el presente partirme, que en Nápoles nos veríamos; como tanto porfiaban las guardas fue menester hazerles fieros, y dezir que aunque les pesase habíamos d'estar allí. Fueron presto a llamar los jurados, que son los que gobiernan la çibdad, y vinieron los más enojados del mundo, y quando yo los vi tan soberbios, determiné de hablarles con mucho ánimo; y en preguntando que quién me habla dado liçençia para desembarcarme, respondí que yo me la había tomado, que siendo tierra del Emperador y yo su vasallo, podía estar en ella tan bien como todos ellos. Donosa cosa, digo, es que si yo tengo en esta çibdad algo que negoçiar, que no lo pueda hazer sino irme a Nápoles y dexarlo. Dixeron que estaban por hazerme luego ahorcar. Yo les dixе que podían muy bien, mas que sus cabezas guardarían las nuestras; fuéronse gruñendo, y mandaron que so pena de la vida no saliésemos de tanto espaçio como dos eras de trillar, hasta que fuese por ellos mandada otra cosa, y ansí estube allí junto a los otros que tenían sus mercaderías en el campo, con muy mayor guarda y más mala vida y más hambre que en todo el cautiberio.

MATA.-¿Quántos días?

PEDRO.-Veinte y ocho.

JUAN.-¿Y en qué dormíais?

PEDRO.-Dos cueros de vaca de aquellos que tenían los mercaderes me sirvieron todo este tiempo de cama y casa, puestos como cueba, de suerte que no podía estar dentro más de hasta la çintura, dexando lo demás fuera al sol y al aire.

MATA.-¿Pues la çibdad, siquiera por lismosna, no os daba de comer?

PEDRO.-Maldita la cosa, sino que padescí más hambre que en Turquía; y para más encubrir su bellaquería, a quantos traían cartas que dar en Meçina, se las tomaban y las abrían, y quitándoles el hilo con que venían atadas y tendiéndolas en tierra roçiábanlas con vinagre diçiendo que con aquello se les quitaba todo el veneno que traían, y la mayor vellaquería de todas era que a los que no tenían mercaderías y eran pobres solíanles dar liçençia dentro de ocho días; pero a mí, por respecto que los mercaderes no se quexasen diçiendo que por pobre me dexaban y a ellos por ricos los detenían más tiempo, me hizieron estar como a ellos y cada día me hazían labar en la mar el capote y camisa y a mí mesmo.

JUAN.-Si queríais traer algo del pueblo, ¿no había quien lo hiziese?

PEDRO.-Aquellos guardianes lo hazían mal y por mal cabo, sisando como yo solía.

MATA.-¿Qué os guardaban esos?

PEDRO.-¿No tengo dicho que no se juntase nadie conmigo a hablar? Si me venía algún amigo de la çibdad a ver, no le dexaban por espaçio de doce pasos llegar a mí, sino a bozes le saludaba y él a mí.

JUAN.-¿De modo que no podía haber secreto?

PEDRO.-Y las mesmas guardas tampoco se juntaban a mí, sino tiraba el real como quien tira una piedra y deçiale a boçes: traedme esto y esto. El terçero día que estaba en esta miseria, que voy a la mayor de todas las venturas, vino a mi un hermano del capitán de la nabe en que había yo venido, y díxome: Habéis habido buena ventura. Dígole: ¿Cómo? Diçe: Porque las fustas de los turcos han tomado la nabe y otras tres que iban con ella, y veis aquí esta carta que acabo de resçibir de mi hermano Rafael Justiniano, el capitán, que le probea luego mill ducados de rescate. Ya podéis ver lo que yo sintiera.

MATA.-Grande plaçer, por una parte, de veros fuera de aquel peligro, y pesar de ver presos a vuestros amigos, sabiendo el tratamiento que les habían de hazer.

JUAN.-¡Oh poderoso Dios, quán altos son tus secretos! Y, como dice Sant Pablo, tienes misericordia de quien quieres y enduresçes a quien quieres.

PEDRO.-Sin Sant Pablo, lo dixo primero Christo a Nicodemus, aquel príncipe de judíos: Spiritus ubi vult, spirat. Luego fue en el Chío y en Constantinopla la nueva de cómo yo era preso, que no dio poca fatiga y congoxa a mis amigos, según ellos me contaron quando vinieron.

JUAN.-¿Cómo supieron la nueba?

PEDRO.-Como el capitán era de Chío y la nabe también, y me había metido a mí dentro, viendo tomada la nao, señal era que había yo de ser tomado también. ¿Quién había de imaginar que yo me había de quedar en Sililia sin tener que hazer y dejar de venir en la nabe que de tan buena gana y tan sin costa me traía?

MATA. -¿Después vinistes por mar a Nápoles?

PEDRO.-No, sino por tierra. ¿Por tan asno me tenéis que habla por entonçes de tentar más a Dios?

JUAN.-¿Quántas leguas son?

PEDRO.-Çiento, toda Calabria.

MATA. -¿A tal anda don Garçía o en la mula de los fraires?

PEDRO. -No, sino a caballo con el percacho.

MATA.-¿No deçíais agora poco ha que no teníais blanca?

PEDRO.-Fióme una señora, muger de un capitán que habla estado preso conmigo, que en llegando a Nápoles pagaría, porque allí tenía amigos.

MATA.-¿Qué es percacho?

PEDRO.-La mejor cosa que se puede imaginar; un correo, no que va por la posta' l, sino por sus jornadas, y todos los viernes del mundo llega en Nápoles, y parte los martes y todos los viernes llega en Meçina.

MATA.-¿Çien leguas de ida y otras tantas de buelta haze por jornadas en ocho días?

PEDRO.-No habéis de entender que es uno sino cuatro que se cruzan, y cada vez entra con treinta o quarenta caballos, y vezes hay que con çiento, porque aquella tierra es montañosa, toda llena de bosques y andan los salteadores de çiento en çiento, que allá llaman fuera exidos 12, como si acá dixésemos encartados o rebeldes al rey; y este percacho da cabalgaduras a todos quantos fueren con él por seis escudos cada una, en estas çient leguas, y van con éste seguros de los fuera exidos.

JUAN.-Y si los roban percachoy todo, ¿qué seguridad tienen?

PEDRO.-El pueblo más çercano adonde los roban es obligado a pagar todos los daños, aunque sean de gran quantía.

JUAN.-¿Qué culpa tiene?

PEDRO.-Es obligado cada pueblo a tener limpio y muy guardado su término dellos, que muchos son de los mesmos pueblos; y porque saben que sus parientes, mujeres y hijos lo tienen de pagar no se atreven a robar el percacho, y si esto no hiziesen ansí, no sería posible poder hombre ir por aquel camino.

MATA.-¿Qué dan a esos percachos porque tengan ese oficio?

PEDRO.-Antes él da mill ducados cada año porque se le dexen tener, que son derechos del correo mayor de Nápoles, el qual de solos percachos tiene un quento de renta.

JUAN.-¿Tan grande es la ganança que se sufre arrendar?

PEDRO.-De sólo el porte de las cartas saca los mill ducados, y es el quento que si no lleba porte la carta no hayáis miedo que os la den, si no dexársela en la posada.

JUAN.-Grande trabajo será andar a dar tantas cartas en una çibdad como Nápoles o Roma.

PEDRO.-El mayor descanso del mundo, porque se haze con gran orden, y todas las cosas bien ordenadas son fáciles de hazer; en la posada tiene un escribano que toma todos los nombres de los sobreescritos para quien vienen cartas, y pónelos por minuta, y en cada carta pone una suma de guarismo, por su orden, y pónelas todas en un cajón hecho aposta como barajas de naipes, y el que quiera saber si tiene cartas mira en la minuta que está allí colgada y hallará: Fulano, con tanto de porte, a tal número, y va al escribano y dícele: Dadme una carta. Pregúntale: ¿A cuántas está? Luego diçe: A tantas; y en el mesmo punto la halla.

MATA.-En fin, acá todos somos bestias, y en todas las habilidades nos exceden todas las naciones extranjeras; ¡dadme, por amor de mí, en España, toda quan grande es, una cosa tan bien ordenada!

PEDRO.-No hay caballero ni señor ninguno que no se preçie de ir con el percacho, y a todos los que quieren haze la costa, porque no tengan cuidado de cosa ninguna más de cabalgar y apearse, y no les lleba mucho, y dales bien de comer.

JUAN.-¿Y solamente es eso en Calabria?

PEDRO.-En toda Italia, de Nápoles a Roma, de Génoba a Veneçia, de Florençia a Roma, toda la Apulla y quanto más quisiéredes.

JUAN.-¿Deben de ser grandes los tratos de aquella tierra?

PEDRO.-Sí son, pero también son grandes los de acá, y no lo hazen; la miseria de la tierra lo lleba, a mi paresçer, que no los tratos.

JUAN.-¿Mísera tierra os paresçe España?

PEDRO.-Mucho en respecto de Italia; ¿parésçeos que podría mantener tantos exércitos como mantiene Italia? Si seis meses andubiesen çinquenta mill hombres dentro la asolarían, que no quedase en ella hanega de pan ni cántaro de vino, y con esto me paresçe que nos vamos a acostar, que tañen los fraires a media noche, y no menos cansado me hallo de haberos contado mi viaje que de haberle andado.

JUAN.-¡O, pecador de mí! ¿Y a medio tiempo os queréis quedar como esgrimidor?

PEDRO.-Pues, señores, ya yo estaba en libertad, en Nápoles. ¿Qué más queréis?

MATA.-Yo entiendo a Juan de Voto a Dios; quiere saber lo que hay de Nápoles aquí para no ser cojido en mentira, pues el propósito a que se ha contado el viaje es para ese efecto, después de la grande consolación que hemos tenido con saberlo; gentil cosa sería que dixese haber estado en Turquía y Judea y no supiese por dónde van allá y el camino de enmedio; diríanle todos con razón que había dado salto de un extremo a otro, sin pasar por el medio, por alguna negromançia o diabólica arte que tienen todos por imposible; a lo menos conviene que de todas esas çibdades prinçipales que hay en el camino hasta acá digáis algunas particularidades comunes, entretanto que se escalienta la cama para que os

vais a reposar, y yo quiero el primero sacaros a barrera. ¿Qué cosa es Nápoles? ¿Qué tan grande es? ¿Cuántos castillos tiene? ¿Hay en ella muchas damas? ¿Cómo habéis prosiguido el viaje hasta allí? ¡Llebadle al cabo!

PEDRO.-Con que me déis del codo de rato en rato, soy dello contento.

MATA.-¿Tanto pensáis mentir?

PEDRO.-No lo digo sino porque me carga el sueño; hallé muchos amigos y señores en Nápoles, que me hizieron muchas mercedes, y allí descansé, aunque caí malo, siete meses; y no tenía poca neçesidad dello, según venía de fatigado; es una muy gentil çibdad, como Sevilla del tamaño, probeída de todas las cosas que quisiéredes, y en buen preçio; tiene muy grande caballería y más prinçipes que hay en toda Italia.

MATA.-¿Quiénes son?

PEDRO.-Los que comúnmente están ahí que tienen casas, son: el príncipe de Salerno, el príncipe de Vesignano, el príncipe d'Estillano, el príncipe de Salmona, y muchos duques y condes; ¿para qué es menester tanta particularidad? tres castillos prinçipales hay en la çibdad: Castilnobo, uno de los mejores que hay en Italia, y San Telmo, que llaman Sant Martín, en lo alto de la çibdad, y el castillo del Ovo, dentro de la mesma mar, el más lejos de todos.

MATA.-Antes que se nos olvide, no sea el mal de Gerusalem, ¿llega allí la mar?

PEDRO.-Toda Nápoles está en la mesma ribera, y tiene gentil puerto, donde hay nabes y galeras, y llámase el muelle; los napolitanos son de la más pulida y diestra jente a caballo que hay entre todas las naçiones, y crían los mejores caballos, que lo de menos que les enseñan es hazer la reberençia y vailar; calles comunes, la plazuela del Olmo, la rúa Catalana, la Vicaría, el Chorillo.

MATA.-¿Es de ahí lo que llaman soldados chorilleros?

PEDRO.-Deso mesmo; que es como acá llamáis los bodegones, y hay muchos galanes que no quieren poner la vida al tablero, sino andarse de capitán en capitán a saver cuándo pagan su jente para pasar una plaza y partir con ellos, y beber y borrachear por aquellos bodegones; y si los topáis en la calle tan bien vestidos y con tanta criança, os harán picar pensando que son algunos hombres de bien.

MATA.-¿Qué frutas hay las más mejores y comunes?

PEDRO.-Melocotones, melones y moscateles, los mejores que hay de aquí a Hierusalem, y unas mançanas que llaman peraças, y esto creed que vale harto barato.

MATA.-¿Qué vinos?

PEDRO.-Vino griego de la montaña de Soma, y latino y brusco, lágrima y raspada.

MATA.-¿Qué carnes?

PEDRO.-Volatería hay poca, si no es codornices, que esas son en mucha cantidad, y tórtolas y otros pájaros; perdiçes pocas, y aquéllas a escudo; gallinas y capones y pollos harto barato.

MATA.-¿Hay carnero?

JUAN.-¡Oh, bien haya la madre que os parió, que tan bien me sacáis de vergüença en el preguntar, agora digo que os perdono quanto mal me habéis hecho y lo por hazer!

PEDRO.-No es poca merced que os haze en eso.

MATA.-Tampoco es muy grande.

PEDRO.-¿No? ¿Perdonar lo que está por hazer?

MATA.-Con quantos con él se confiesan lo suele tener por costumbre hazer quando ve que se le seguirá algún intherese.

PEDRO.-No puede dexar de quando en quando de dar una puntada.

JUAN.-Ya está perdonado; diga lo que quisiere.

PEDRO.-Pues desa manera, yo respondo que no solamente en Nápoles, pero en toda Italia no hay carnero bueno, sino en el sabor como acá carne de cabra; lo que en su lugar allá se come es ternera, que hay muy mucha y en buen preçio y boníssima.

MATA.-¿Pescados?

PEDRO.-Hartos hay, aunque no de los de España, como son congrios, salmones, pescados seçiales; destos no se pueden haber, y son muy estimados si alguno los embía desde acá de presente; sedas valen en buen preçio, porque está çerca de Calabria, donde se haze más que en toda la christiandad, pero paño muy bueno y no muy caro, principalmente raja; de damas, es tierra mal proveída.

MATA.-¿Cómo? ¿No hay mugeres?

PEDRO.-Hartas; pero las más feas que hay de aquí allá, y con esto podréis satisfaçer a todas las preguntas.

MATA.-¿Qué iglesias hay prinçipales?

PEDRO.-Monte Oliveto, Santiago de los Españoles, Pie de Gruta, Sant Laurençio, y otras mil. De ahí vine en Roma, con propósito de holgarme allí medio año, y vila tan rebuelta que quinze días me paresçió mucho, en los quales vi tanto como otro en seis años,

porque no tenía otra cosa que hazer. Desta poco hay que deçir, porque un libro anda escrito que pone las maravillas de Roma. Un día de la Asçension vi toda la sede apostólica en una proçession.

MATA.-¿Vistes al Papa?

PEDRO.-Sí, y a los cardenales.

MATA.-¿Cómo es el Papa?

PEDRO.-Es de hechura de una çebolla, y los pies como cántaro. La más neçia pregunta del mundo; ¿cómo tiene de ser sino un hombre como los otros? Que primero fue cardenal y de allí le hizieron Papa. Sola esta particularidad sabed, que nunca sale sobre sus pies a ninguna parte, sino llébanle sobre los hombros, sentado en una silla.

MATA.-¿Qué hábito traen los cardenales?

PEDRO.-En la proçession unas capas de coro, de grana, y bonetes de lo mesmo. A palacio van en unas mulaças, llenas de chatones de plata; quando pasan por debajo del castillo de Sant Angel les toçan las cherimías, lo que no hazen a otro ningún obispo ni señor; fuera de la proçesion, por la çibdad, muchos traen capas y gorras, con sus espadas.

JUAN.-¿Todos los cardenales?

PEDRO.-No, sino los que pueden servir damas, que los que no son para armas tomare estánse en casa; algunos van disfraçados dentro de un carro triumphial, donde van a pasear damas, de las quales hay muchas y muy hermosas, si las hay en Italia.

MATA.-¿De buena fama o de mala fama?

PEDRO.-De buena fama hay muchas matronas en quien está toda la honestidad del mundo, aunque son como serafines; de las enamoradas, que llaman cortesananas, hay ¿qué tantas pensáis?

MATA.-No sé.

PEDRO.-Lo que estando yo allí vi por experiençia quiero deçir, y es que el Papa mandó haçer minuta de las que había, porque tiene de cada una un tanto, y hallóse que había treçe mill, y no me lo creáis a mí, sino preguntadlo a quantos han estado en Roma, y muchas de a diez ducados por noche, las quales tenían muchos negoçiantes echados al rincón de puros alcançados, y haçiendo mohatras, quando no podían simonías; yo vi a muchos arçidianos, deanes y priores, que acá había conoçido con mucho fausto de mulas y moços andar allá con una capa llana y gorra comiendo de prestado, sin moço ni haca medio corriendo por aquellas calles como andan acá los çitadores.

MATA.-¿Capa y gorra siendo dignidades?

PEDRO.-Todos los clérigos, negociantes, si no es alguno que tenga largo que gastar, traen capa algo larga y gorra, y plugiese a Dios que no hiziesen otra peor cosa, que bien se les perdonaría.

JUAN.-¿De qué proçede que en habiendo estado uno algunos años en Roma luego viene cargado de calongías y deanazgos y curados?

PEDRO.-Habéis tocado buen punto; éstos que os digo, que, por gastar más de lo raçonable, andan perdidos y cambiando y recambiando dineros que paguen acá de sus rentas, toman allá de quien los tenga quinientos ducados o mil prestados, por hazerle buena obra, y como no hay ninguno que no tenga, juntamente con la dignidad, alguna calongía o curado anexo, por la buena obra resçibida del otro le da luego el regreso, y nunca más el acreedor quiere sus dineros, sino que él se los haze de graçia, y quando los tubiere sobrados se los pagará.

JUAN.-Esa, simonía es en mi tierra, encubierta.

MATA.-¡Oh el diablo! Aunque estotro quiera deçir las cosas con criança y buenas palabras, no le dexaréis.

PEDRO.-¿Pues pensabais que traían los benefiçios de amistad que tubiesen con el papa? Hagos saver que pocos de los que de acá van le hablan ni tienen trabaquentas con él.

JUAN.-¿Pues cómo consiente eso el papa?

PEDRO.-¿Qué tiene de hazer, si es mal informado? ¿Ya no responde: si sic est fiat? más de quatro que vos conosçéis, cuyos nombres no os diré, que tenían acá bien de comer, comerían allá si tubiesen, que yo pensaba que la galera era el infierno abreviado; pero mucho más semejante me paresçió Roma.

MATA.-¿Es tan grande como diçen, que tenía quatro leguas de çerco y siete montes dentro?

PEDRO.-De çerco solía tener tanto, y hoy en día lo tiene; pero mucho más sin comparaçión es lo despoblado que lo poblado. Los montes es verdad que allí se están, donde hay agora huertas y jardines. Las cosas que, en suma hay, insignes son: primeramente, concurso de todas las naçiones del mundo; obispos de a quinçe en libra sin quento. Yo os prometo que en Roma y el reino de Nápoles que pasan de tres mill obispos de doçientos a ochoçientos ducados de renta.

MATA.-¿Esos tales serán de Sant Nicolás?

PEDRO.-Y aun menos, a mi paresçer; porque si no durase tan poco, tanto es obispo de Sant Nicolás como cardenal al menos. Ruin sea yo si no está tan contento como el papa. Las estaciones en Roma de las siete iglesias es cosa que nadie las dexa de andar, por los perdones que se ganan.

JUAN.-¿Cuáles son?

PEDRO.-Sant Pedro y Sant Pablo, Sant Juan de Letrán y Sant Sebastián, Sancta María Mayor, Sant Lorençio, Sancta Cruz. Bien es menester, quien las tiene de andar en un día, madrugar a almorçar, porque hay de una a otra dos leguas; al menos de Sant Juan de Letrán a Sant Sebastián.

JUAN.-Calles, ¿quáles?

PEDRO.-La calle del Pópulo, la plaza In agona, los Bancos, la Puente, el Palaçio Sacro, el castillo de Sant Angelo, al qual desde el Palaçio Sacro se puede ir por un secreto pasadiço.

MATA.-¿Es en Sant Pedro el palaçio?

PEDRO.-Sí.

JUAN.-Sumptuosa cosa será.

PEDRO.-Soberbio es por çierto, así de edifiçios como de jardines y fuentes y plaças y todo lo neçesario, conforme a la dignidad de la persona que dentro se aposenta.

MATA.-¿Caros valdrán los bastimentos por la mucha jente?

PEDRO.-Más caros que en Nápoles, pero no mucho.

MATA.-¿Tiene mar Roma o no? Esto nunca se ha de olvidar.

PEDRO.-Çinco leguas de Roma está la mar, y pueden ir por el río Tíber abajo, que va a dar en la mar, en barcas y en vergantines, que allá llaman fragatas, en las quales traen todo lo neçesario a Roma.

JUAN.-Cosa de grande magestad será ver aquellas audiencias. ¿Y la Rota?

PEDRO.-No es más ni aun tanto que la Chançillería y el Consejo Real. Ansí, tienen sus salas donde oyen. De las cosas más insignes que hay en Roma que ver es una casa y güerta que llaman la Viña del papa Julio, en donde se ven todas las antiguallas prinçipales del tiempo de los romanos que se pueden ver en toda Roma, y una fuente que es cosa digna de ir de aquí allá a sólo verla; la casa y huerta son tales que yo no las sabré pintar, sino que al cabo de estar bobo mirándola no sé lo que me he visto; digo, no lo sé explicar. Bien tengo para mí que tiene más que ver que las siete maravillas del mundo juntas.

JUAN.-¿Qué tanto costaría?

PEDRO.-Ochoçientos mill ducados, diçen los que mejor lo saben; pero a mí me paresçe que no se pudo hazer con un millón.

JUAN.-¿Y quién la goça?

PEDRO.-Un pariente del Papa; pero el que mejor la goça es un casero, que no hay día que no gane más de un escudo a sólo mostrarla, sin lo que se le queda de los banquetes que los cardenales, señores y damas cada día hazen allí.

JUAN.-Pues ¿cómo no la dexó al Pontificado una cosa tan admirable y de tanta costa? Más nombrada fuera si siempre tubiera al Papa por patrón.

PEDRO.-No sé; más quiso faboresçer a sus parientes que a los ajenos.

MATA.-¿Si le había pesado de haberla hecho?

PEDRO.-Bien podrá ser que sí.

MATA.-¡Quánto más triumphante entrara el día del Juiçio ese Papa con un carro, en el qual llebara detrás de sí çinquenta mill ánimas que hubiera sacado del cautiberio donde vos salís y otras tantas pobres huérfanas que hubiera casado, que no haber dexado un lugar adonde Dios sea muy ofendido con banquetear y borrachear y rufianar! Por eso me quieren todos mal, porque digo las verdades; estamos en una era que en diçiendo uno una cosa bien dicha o una verdad, luego le diçen que es satírico, que es maldiçiente, que es mal christiano; si diçe que quiere más oír una misa reçada que cantada, por no hablar en la iglesia, todo el mundo a una voz le tiene por ereje, que dexa de ir el domingo, sobre sus finados, a oír la misa mayor y tomar la paz y el pan bendito; y quien le preguntase agora al papa Julio por quánto no quisiera haber malgastado aquel millón, cómo respondería que por mil millones; y si le dexasen bolver acá, ¿cómo no dexaría piedra sobre piedra? ¿Qué más hay que ver, que se me escalienta la boca y no quiero más hablar?

PEDRO.-El Coliseo, la casa de Vergilio y la torre donde estubo colgado; las termas y un hombre labrado de metal ençima de un caballo de lo mesmo, muy al bibo y muy antiguo, que diçen que libró la patria y prendió a un Rey que estaba sobre Roma y la tenía en mucho aprieto, y no quiso otro del Senado romano sino que le pusiesen allí aquella estatua por memoria. Casas hay muy buenas.

JUAN.-El çelebrar del culto divino, ¿con mucho. más magestad será que acá y más sumptuosas iglesias?

PEDRO.-Por lo que dixes de los obispos habáis de entender lo demás. No son, con mill partes, tan bien adornadas como acá; antes las hallaréis todas tan pobres que paresçen ospitales robados; los edifiçios, buenos son, pero mejores los hay acá. Sant Pedro de Roma se haze agora con las limosnas de España; pero yo no sé cuándo se acabará, según ba el edifiçio.

JUAN.-¿Es allí donde diçen que pueden subir las bestias cargadas a lo alto de la obra?

PEDRO.-Eso mesmo. En Sena hay buena iglesia y en Milán y Florençia, pero pobrísimas; los canónigos dellas como raçioneros de iglesias comunes de acá; pobres capellanes, más que acá.

JUAN.-Con sólo eso basto a çerrar las bocas de quantos de Roma me quisieren preguntar.

PEDRO.-Aunque sean cortesanos romanos, podréis hablar con ellos; y no se os olvide, si os preguntaren de la aguja que está a las espaldas de Sant Pedro, que es de una piedra sola y muy alta, que será como una casa bien alta, labrada como un pan de açúcar quadrado. Bodegones hay muy gentiles en toda Italia, adonde qualquier Señor de salba puede honestamente ir, y le darán el recado conforme a quien es. Tomé la posta y vine en Viterbo, donde no hay que ver más de que es una muy buena çibdad, y muy llana y grande. Hay una sancta en un monesterio que se llama Sancta Rosa, la qual muestran a todos los pasajeros que la quieren ver, y está toda entera; yo la vi, y las monjas dan unos cordones que han tocado al cuerpo santo, y diçen que aprovecha mucho a las mugeres para empreñarse y a las que están de parto para parir; hanles de dar algo de limosna por el cordón, que de eso biben.

MATA.-¿Y vos no traxiste alguno?

PEDRO.-Un par me dieron, y diles un real, con lo que quedaron contentas; y díxeles: Señoras, yo llebo estos cordones porque no me tengáis por menos christiano que a los otros que los lleban; mas de una cosa estad satisfechas, que yo creo verdaderamente que basta para empreñar una muger más un hombre que quantos sanctos hay en el çielo, quanto más las sanctas. Escandaliçáronse algo, y tubimos un rato de palaçio. Dixéronme que paresçía bien español en la hipocresía. Yo les dixi que en verdad lo de menos que tenía era aquello, y yo no traía los cordones porque lo creyese, sino por haçerlo en creer acá quando viniese, y tener cosas que dar de las que mucho valen y poco cuestan.

JUAN.-Pues para eso acá tenemos una çinta de Sant Juan de Ortega.

PEDRO.-¿Y paren las mugeres con ella?

JUAN.-Muchas he visto que han parido.

MATA.-Y yo muy muchas que han ido allá y nunca paren.

JUAN.-Será por la poca deboçión que lleban esas tales.

MATA.-No, sino porque no lleva camino que por ceñirse la çinta de un sancto se empreñen.

JUAN.-Eso es mal dicho y ramo de erezía, que Dios es poderoso de hazer eso y mucho más.

MATA.-Yo confieso que lo puede hazer, mas no creo que lo haze. ¿Es artículo de fe no lo creer? Si yo he visto sesenta mugeres que después de ceñida se quedan tan estériles como antes, ¿por qué lo he de creer?

JUAN.-Porque lo creen los theólogos, que saben más que bos.

MATA.-Eso será los theólogos como bos y los fraires de la mesma casa; pero asnadas que Pedro de Urdimalas, que sabe más dello que todos, que deso y sudar las imágenes poco crea; ¿qué deçís bos?

PEDRO.-Yo digo que la çinta puede muy bien ser causa que la muger se empreñe si se la saben çeñir.

JUAN.-Porfiará Mátalas Callando en su neçedad hasta el día del juicio.

MATA.-¿Cómo se ha de çeñir?

JUAN.-¿Cómo, sino con su estola el padre prior y con aquel debido acatamiento?

PEDRO.-Desa manera poco aprobechará.

JUAN.-¿Pues cómo?

PEDRO.-El fraire más moço, a solas en su çelda, y ella desnuda, que de otra manera yo soy de la opinión de Mátalas Callando.

JUAN.-Como sea cosa de maliçias y ruindades, bien creo yo que os haréis presto a una.

PEDRO.-Más presto nos aunaremos con vos en la hipocresía. Sabed también que en Biterbo se hazen muchas y muy buenas espuelas, más y mejores, y en mejor preçio que en toda Italia, y no pasa nadie que no traiga su par dellas; tiene también unos baños naturales muy buenos, adonde va mucha jente de Roma, aunque yo por mejores tengo los de Puçol, que es dos leguas de Nápoles, en donde hay grandíssimas antiguallas: allí está la Cueba de la Sibila Cumana y el Monte Miseno, y estufas naturales y la laguna Estigia, adonde si meten un perro le sacan muerto al paresçer, y metido en otra agua está bueno, y si un poco se detiene, no quedará sino los huesos mondos; y esto dígolo porque lo vi; sácase allí muy gran cantidad de açufre.

MATA.-¿Y eso se nos había pasado entre renglones siendo la cosa más de notar de todas? Pues agora se me acuerda, porque deçís de azufre, ¿qué cosa es un monte que diçen que echa llamas de fuego?

PEDRO.-Eso es en Siçilia tres o quatro montes; el prinçipal se llama Mongibelo, muy alto, y tiene tanto calor que los nabíos que pasan por junto a él sienten el aire tan caliente que paresçe boca de horno, y una vez entre muchas salió dél tanto fuego que abrasó quanto había más de seis leguas al derredor. De allí traen estas piedras como esponjas, que llaman pumiçes, con que raspan el cuero. Hay otros dos que se llaman Estrómboli y Estrombolillo,

y otro Bulcán, que los antiguos llamaban Ethna, donde deçían que estaban los cícoplas y gigantes..

JUAN.-¿Pues de los mismos montes, de la concavidad de dentro, sale el fuego?

PEDRO.-Perpetuamente están echando humo negro y centellas, como si se quemase algún grandíssimo horno de alcalleres y aquello diçen que es la boca del infierno.

MATA.-¿Qué ven dentro subiendo allá?

PEDRO.-¿Quién puede subir nunca? Nadie pudo, porque ya que van al medio camino, comiençan a hirmar en tierra quemada como çeniça, y más adelante pueden menos, por el calor grandíssimo, que cierto se abrasarían.

MATA.-¿Qué çibdades nombradas tiene Siçilia?

PEDRO.-Palermo es de las más nombradas y con raçón, porque aunque no es grande, es más probeída de pan y vino y carne y volatería y toda caça que çibdad de Italia; Çaragoza también es buena çibdad, Trapaná y Meçina.

JUAN.-¿Cae Veneçia haçia esa parte?

PEDRO.-No; pero diremos della que es la más rica de Italia y la mayor y de mejores casas, y muchas damas; aunque la gente es algo apretada, en el gastar y comer son muy delicados; todo es çenar ellos y los florentines ensaladitas de flores y todas yerbeçitas, y si se halla varata una perdiz la comen o gallina; de otra manera, no.

MATA.-¿Es la que está armada sobre la mar?

PEDRO.-La mesma.

MATA.-¿Qué, es posible aquello?

PEDRO.-Es tan posible que no hay mayor çibdad ni mejor en Italia.

JUAN.-¿Pues cómo las edifican?

PEDRO.-Habéis de saber que es mar muerta, que nunca se ensoberveze, como ésta de Laredo y Sevilla, y tampoco está tan hondo allí que no le hallen suelo. Fuera de la mar hazen unas cajas grandes a manera de arcas sin covertedor, y quando más sosegada está la mar métenles dentro algunas piedras para que la hagan ir a fondo, y métenla derecha a plomo, y en tocando en tierra comiençan a toda furia a hinchirla de tierra o piedras o lo que se hallan, y queda firme para que sobre ella se edifique como çimientos de argamasa, y si me preguntáis cómo lo sé, preguntaldo a los que fueron cautibos de Çinán Baxá y Barbarroja, que nos hizieron trabajar en hinchir más de cada çient cajas para hacer sendos jardines que tienen, donde están enterrados, en la canal de Constantinopla, legua y media de

la çibdad, y con ser la mar allí poco menos fuerte que la de Poniente, quedó tan perpetuo edificio como quantos hay en Venecia.

JUAN.-¿Y qué tantas cajas ha menester para una casa?

PEDRO.-Quan grande la quisiere tantas y más ha menester.

JUAN.-¿Grande gasto será?

PEDRO.-Una casa de piedra y lodo no se puede acá haçer sin gasto; mas no cuesta más que de cal y canto y se tarda menos.

MATA.-Y las calles ¿son de mar o tienen cajas?

PEDRO.-Todo es mar, sino las casas, y adonde quiera que queráis ir os llebarán, por un dinero, en una barquita más limpia y entoldada que una cortina de cama; bien podéis si queréis ir por tierra, por unas cajas anchas que están a los lados de la calle, como si imaginaseis que por cada calle pasa un río, el qual de parte a parte no podéis atravesar sin barca; mas podéis ir río abajo y arriba por la orilla.

MATA.-Admirable cosa es esa; ¿quién por poco dinero se querrá cansar?

JUAN.-Mas ¿quién quisiera dexar de haber oído esto de Beneçia por todo el mundo, y entenderlo tan a la clara de persona que tan bien lo ha dado a entender que me ha quitado de la mayor confusión que puede ser? Jamás la podía imaginar cómo fuese cada vez que oía que estaba dentro en la mar.

MATA.-¿Acuérdateos de aquel quento que os contó el duque de Medinaçeli, del pintor que tubo su padre?

JUAN.-Sí, muy bien, y tubo mucha raçón de ir.

PEDRO.-¿Qué fue?

JUAN.-Contábame un día el Duque, que es mi hijo de confesión, que había tenido su padre un pintor, hombre muy perdido.

MATA.-No es cosa nueva ser perdidos los pintores; más nueva sería ser ganados ellos y los esgrimidores y maestros de dançar y de enseñar leer a niños. ¿Habéis visto alguno destos ganado en quanto habéis peregrinado?

PEDRO.-Yo no, dexadle deçir.

JUAN.-Tan pocos soldados habréis visto ganados; y, como digo, fuese, dexando su muger y hijos, con un bordón en la mano, a Santa María de Loreto y a Roma, biendo a ida y a venida, como no llebaba prisa, las cosas insignes que cada çibdad tenía, y en toda Italia, no dexó de ver sino a Venecia; estuvo por allá tres o quatro años, y volvióse a su casa; y el

Duque dábale de comer como medio limosna, y el partido mesmo que antes tenía, y mandóle, como daba tan buena cuenta de todo lo que había andado, que cada día mientras comiese le contase una çibdad de las que había visto, qué sitio tenía, qué veçindad, qué cosas de notar. Él lo haçía, y el Duque gustaba mucho, como no lo había visto. Y deçía: Señor, Roma es una çibdad desta y desta manera; tiene esto y esto. Acabado de comer, el Duque le prevenía diçiendo: Para mañana traed estudiada tal çibdad, y traíala, y aquel día le señalaba para otro. Mi fe, un día díxole: Para mañana traed estudiada a Veneçia. El pintor, sin mostrar flaqueza, respondió que sí haría; y salido de casa viose el más corrido del mundo por habérsela dexado. No sabiendo qué se hazer, toma su bordón, sin más hablar a nadie, y camina para Françia y pásase en Italia otra vez, y vase derecho a Veneçia, y mírala toda muy bien y particularmente, y buélvese a Medinaçeli como quien no haze nada, y llega quando el Duque se asentaba a comer muy descuidado, y diçe: En lo que vuestra señoría diçe de Veneçia, es una çibdad de tal y tal manera, y tiene esto y esto y l'otro; y comiença de no dexar cosa en toda ella que no le diese a entender. El Duque quedóse mudo santiguando, que no supo qué se deçir, como había tanto que faltaba.

PEDRO.-El más delicado quento que a ningún señor jamás aconteció es ése en verdad; él merescía que le hiziesen mercedes.

JUAN.-Hízoselas conforme a buen caballero que era, porque le dio largamente de comer a él y a toda su casa por su vida.

MATA.-Pues a fe que en la era de agora pocos halléis que hagan mercedes de por vida; antes os harán diez mercedes de la muerte que una de vida. De Viterbo ¿adónde vinistes?

PEDRO.-A Sena y su tierra, la qual no hay nadie que la vea que no haga los llantos que Hieremias por Hierusalem; pueblos todos quemados y destruidos, de edificios admirables de ladrillo y mármol, que es lo que más en todo el Senés hay y no pocos y como quiera, sino de a mill casas y a quatroçientas y en gran número, que no hallarais quien os diera una jarra de agua; los campos, que otro tiempo con su gran soberbia floresçían abundantísimos de mucho pan, vino y frutas, todos barbechos, sin ser en seis años labrados; los que los habían de labrar, por aquellos caminos pidiendo misericordia, peresçiendo de la viba hambre, hécticos, consumidos.

MATA.-¿Y eso todo de qué era?

PEDRO.-De la guerra de los años de 52, 53, 54, 55, quando por su propia soberbia se perdieron. La çibdad es cosa muy de magestad; las casas y calles todo ladrillo. Una fortíssima fortaleza se haze agora, con la qual estarán sujetos a mal de su grado. Hay que ver en la çibdad, principalmente damas que tienen fama, y es verdad que lo son, de muy hermosas; una iglesia que llaman el Domo, que sólo el suelo costó más que toda la iglesia.

JUAN.-¿Es de plata o de qué?

PEDRO.-De polidíssimo mármol, con toda la sutileza del mundo asentado, y todo esculpido de mill quentos de istorias que en él están grabadas, que verdaderamente se os hará muy de mal pisar ençima. En Ytalia toda no hay cosa más de ver de templo.

MATA.-Pues ¡qué necesidad era hazer el suelo tan galán!

PEDRO.-Soberbia que reinó siempre mucha en los seneses. Una plaça tiene también toda de ladrillo, que dubdo si hay de aquí allá otra tal; y una fuente, entre muchas, dentro la çibdad, que sale de una peña por tres ojos o quatro, que cada uno basta a dar agua a una rueda de molino.

MATA.-¿Está junto a la mar?

PEDRO.-No, sino doçe leguas hasta puerto Hércules y Orbitelo. Luego fui en Florençia, çibdad, por çierto, en bondad, riqueza y hermosura, no de menos dignidad que las demás, cuyas calles no se pueden comparar a ningunas de Italia. La iglesia es muy buena, de cal y canto toda, junto a la qual está una capilla de Sant Juan, donde está la pila del baptismo, toda de obra musaica de las buenas y costosas pieças de Italia, con quatro puertas muy soberbias de metal y con figuras de vulto.

MATA.-¿Qué llaman obra musaica?

PEDRO.-Antiguamente, que agora no se haze, usaban hazer çiertas figuras todas de piedreçitas quadradas como dados y del mesmo tamaño, unas doradas, otras de colores, conforme a como era menester.

JUAN.-No lo acabo bien de entender.

PEDRO.-En la pared ponen un betún blanco.

JUAN.-Bien.

PEDRO.-Y sobre él asientan un papel agujerado con la figura que quieren, que llaman padrón, y déxala allí señalada. Ya lo habréis visto esto.

JUAN.-Muchas vezes los brosladores lo usan.

PEDRO.-Ansí, pues, sobre esta figura que está señalada asientan ellos sus piezezicas quadradas, como los vigoleros las taraçeas.

JUAN.-Entiéndolo agora muy bien. ¿Pero será de grandíssima costa?

PEDRO.-En eso yo no me entremeto, que bien creo que costará.

MATA.-Muchas vezes había oído deçir obra musaica, y nunca lo había entendido hasta agora; y apostaré que hay más de mill en España que presumen de bachilleres que no lo saben.

PEDRO.-Con quan ricos son los florentines, veréis una cosa que os espantará, y es que si no es el día de fiesta ninguna casa de principal ni rico veréis abierta, sino todas cerradas con ventanas y todo, que os paresçerá ser inhabitada.

JUAN.-¿Pues dónde están? ¿Qué hazen?

PEDRO.-Todos metidos en casa, ganando lo que aquel día han de comer, aunque sean hombres de quatroçientos mill ducados, que hay muchos dellos; quién escarmenando lana con las manos, quién seda; quién haze esto de sus manos, quién aquello, de modo que gane lo que aquel día ha de comer; que tampoco es menester mucho, porque todo es ensaladillas, como dixe de los veneçianos. De pan y vino, çebada y otras cosas es mal probeída, porque es todo de acarreo y por eso vale todo caro. De sedas, paños y rajas es muy bien basteçida y barato, y otras muchas mercançías. Tiene buen castillo y güertas y jardines. El palaçio del Duque es muy bueno, a la puerta del qual está una medalla de metal con una cabeza de Medusa, cosa muy bien hecha y de ver. Una leonera tiene el Duque mejor que ningún rey ni príncipe, en la qual veréis muchos leones, tigres, leopardos, onças, osos, lobos y otras muchas fieras. Ansí en Florençia como en todas las grandes çibdades de Françia y Ytalia, tienen todos los que tienen tiendas, de qualquiera cosa que sea, unas banderetas a la puerta con una insínea, la que él quiere, para ser conoçido, porque de otra arte sería preguntar por Pedro en la Corte, y ansí cada uno dice: Señor, yo bibo en tal calle, en la insigna del Cisne, en la del León, en la del Caballo, y ansí.

JUAN.-¿Es deso unas figuras que traen todos los libros en los principios, que uno trae la Fortuna, otro no sé qué?

PEDRO.-Lo mesmo; eso significa que donde se vende o se imprimió tienen aquella insigna.

JUAN.-Agora digo que tiene raçón Mátalascallando, que nos podrían echar acá en España a todos sendas albardas, que no sabemos tener orden ni conçierto en nada. ¿Qué cosa hay en el mundo mejor ordenada?

PEDRO.-Pues aun en el relox pusieron los florentines orden, que porque daba 24 y los ofiçiales se detenían en contar, y perdían algo de sus jornales, hizieron que no diese sino por çifra de seis en seis.

JUAN.-Eso me hazed entender, por amor de Dios, porque dicen algunos de los soldados que de allá pasan y blasonan del arnés: fuimos los nuestros a las quinze horas a çierta corredería, y hizieronnos la escolta tantos y bolvimos a las veinte. El relox de Italia y acá ¿no es todo uno o es diverso sol el de allá que el de acá?

PEDRO.-Uno mesmo es, como la luna de Salamanca deçía el estudiante; pero Ytalia, de lo que los antiguos astrólogos tenían y de lo que agora tenemos en España, Françia y Alemania difieren en la manera del contar el día natural, que se quenta noche y día, son veinte y quatro horas. Éste, nosotros contamos de medio día a medio día, como los mathemáticos; la mitad hazemos hasta media noche y la otra mitad de allí al día, a medio día. Estas veinte y quatro horas los italianos las quentan de como el sol se pone hasta que

otro día se ponga, y así como nosotros deçimos a medio día que son las doze, que es la mitad de veinte y quatro, así ellos, en el puncto que el sol se pone dizen que son las veinte y quatro; y como nosotros una hora después de medio día deçimos que es la una, y quando da las quatro quiere dezir que son quatro horas después de medio día, así en Italia, si el relox da una significa que es una hora después de puesto el sol, y si las quatro, quatro horas después de puesto el Sol.

JUAN.-¿Y si da veinte, qué significa?

PEDRO.-Que ha veinte horas que se puso el sol el día pasado.

JUAN.-Mucha retartalilla es esa.

PEDRO.-Más tiene çierto que el nuestro.

JUAN.-Hoy a las dos del día en nuestro relox, ¿quántas serán en el de Italia?

PEDRO.-Las 21.

JUAN.-¿Por qué?

PEDRO.-Porque agora son quinze de Henero, y el sol, a nuestra cuenta, se pone a las çinco; pues de las dos, a quel, sol se ponga, ¿quántas horas hay?

JUAN.-Tres.

PEDRO.-Quitad aquellas de veinte y quatro, ¿quántas quedarán?

JUAN.-Veinte y una.

PEDRO.-Pues tantas son.

MATA.-Yo, con quan asno soy, lo tengo entendido, y vos nunca acabáis. Si no, preguntadme a mí.

JUAN.-¿Qué hora es en este punto que estamos?

MATA.-Las siete y media.

JUAN.-¿Cómo?

MATA.-Porque media hora ha que tañeron los fraires a media noche, y de las çinco que el sol se puso acá son siete horas y media.

PEDRO.-Tiene razón.

JUAN.-Ello requiere, como las demás cosas, exerçio para ser bien entendido.

PEDRO.-Aquí no se diçe esto sino para que ansí, en suma, lo sepáis, dando algún rastro de haber estado donde se usa, y para si fuéredes allá tenerlo deprendido.

MATA.-¿Qué os paresçe, si yo estudiara, de la abilidad del rapaz?

PEDRO.-Bien en verdad parésçeme que quando yo me partí començabais a estudiar de Menores en el Colegio de Alcántara.

JUAN.-¿No le quitaron un día la capa por el salario y vino en cuerpo como gentil hombre?

MATA.-Nunca más allá volví. Açerté a llebar aquel día, que nebaba, una capilla vieja, y quedóse por las costas. Decorar aquel arte se me haçía a mí gran pereça y dificultoso como el diablo, prinçipalmente en aquel gorges, merges, verres, sirinx et meninx et inx, que paresçen más palabras de encantamiento que de doctrina. Tan dificultosas se me haçían, después que me las declaraban, como antes. Parésçenme los versos del Antonio como los Salmos del Salterio, que quanto más oscuros, son más claros; mejor entiendo yo, sin saver latín, los versos del Psalterio que en romañçe. Dixo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga tus enemigos por escaños de tus pies. En la salida de Isrrael de Egipto, la casa de Iacob, del pueblo bárbaro; diçe el Antonio: la hembra y el macho asientan el género sin que ninguno se lo enseñe. Más paresçe que enseñan a hazer corchetes que no latinidad. Machos te serán los quasi machos y hembras las como hembras.

PEDRO.-Malditos seáis si no me habéis hecho echar tantas lágrimas de risa como esta tarde de pesar con vuestros corchetes.

MATA.-¿N'os paresçe que quien tubiese hilo de yerro y unas tenazuelas que podría hazerlos por estos versos?

JUAN.-¿Qué entendimiento os le daban a esos versos?

MATA.-No son ni más ni menos como yo dixе vueltos en romañçe, o el liçençiado Alcántara y Pintado mienten.

JUAN.-El pie de la letra eso es; mas ¿qué inteligençia le daban?

MATA.-¿Qué? ¿Por intelligençias tengo yo de estudiar la gramática? ¡Pardiós! La que ellos daban no tenía más que hazer con la significación de los versos que agora lluebe.

PEDRO.-Nunca medre yo si no es más literal sentido el que Mátalas Callando le da, y más arrimado a la letra.

MATA.-Pues si por esas intelligençias o fantasmas, o como las llamáis, tengo de entender latín, ¿no es mejor nunca lo saver? Mejor entiendo sin saver latín lo que diçe el profeta: Et tu, Bethlem, terra Juda, nequaquam minima es; y el otro: Egrediet virga de radice Jese, que no esas enigmas del Antonio, y aun el mesmo las debía de entender mejor.

PEDRO.-¿Pues todavía se lee la gramática del Antonio?

JUAN.-¿Pues cuál se había de leer?¿Hay otra mejor cosa en el mundo?

PEDRO.-Agora digo que no me maravillo que todos los españoles sean bárbaros, porque el pecado original de la barbarie que a todos nos ha tinido es esa arte.

JUAN.-No os salga otra vez de la boca, si no queréis que quantos letrados y no letrados hay os tengan por hombre extremado y aun neçio.

PEDRO.-¿Qué agrabio me hará ninguno desos en tenerme por tal como él es? No me tengan por más ruin, que lo demás yo se lo perdono. Gracias a Dios que Mátalas Callando, sin saber gramática, ha descubiertto todo el negocio; parece cosa de rebelación. Entretanto que está el pobre estudiante tres o quatro años decorando aquella borrachería de versos, ¿no podrá saber tanto latín como Çicerón? ¿No ha menester saber tanto latín como Antonio qualquiera que entender quisiere su arte? Doy os por exemplo los mesmos versos que agora os han traído delante; ¿qué es la causa que para la lengua latina, que bastan dos años se gastan çinco, y no saben nada, sino el arte del Antonio?

JUAN.-Antonio dexó muy buen arte de enseñar, y vosotros dezid lo que quisiéredes, y fue español y hémosle de honrrar.

PEDRO.-Ya sabemos que fue español y docto, y es muy bien que cada uno procure de imitarle en saber como él; mas si yo lo puedo hazer por otro camino mejor que el que él me dexó para ello, ¿por qué no lo haré?

JUAN.-No le hay mejor.

PEDRO.-Esa os niego, y quantas al tono dixéredes; pregunto: italianos, françeses y alemanes, ¿son mejores latinos que nosotros o peores?

JUAN.-Mejores.

PEDRO.-¿Son más hábiles que nosotros?

JUAN.-Creo yo que no.

PEDRO.-Pues ¿cómo saben más latín sin estudiar el arte del Antonio?

JUAN.-¿Cómo sin estudiarle?; pues ¿no aprenden por él la gramática?

PEDRO.-No, ni saben quién es; que tienen otras mil artes muy buenas por donde estudian.

JUAN.-¿Que no conosçen al Antonio en todas esas partes ni deprenden por él? Agora yo callo y me doy por sujetado a la razón. ¿Qué artes tienen?

PEDRO.-De Herasmo, de Phelipo Melanthon, del Donato. Mirad si supieron más que nuestro Nebrisense; çinco o seis pliegos de papel tiene cada una, sin versos ni burlerías, sino todos los nombres que se acaban en tal y tal letra, son de tal género, sacando tantos que no guardan aquella regla, y en un mes sabe muy bien todo quanto el Antonio escribió en su Arte. La Grámatica griega ¿tenéisla por menos dificultosa que la latina?

JUAN.-No.

PEDRO.-Pues en dos meses se puede saber desta manera, con ser mucho más dificultosa. Lo que más haze al caso es el uso del hablar y exerçitar a leer. Luego los cargan acá de media doçena de libros, que de ninguno pueden saver nada.

JUAN.-¿Y allá?

PEDRO.-Uno no más les dan, que es Tulio, porque si aquél saben no han menester más latín, y comiençan también por algunos versos del Virgilio, para diferençiar, y poco a poco, en dos años, sabe lo que acá uno de nosotros en treinta; porque su fin no es saver fábulas, como acá, de tantos libros, sino entender la lengua, que después que la saben cada uno puede leer para sí el libro que se le antojare.

MATA.-Plugiera a Dios que yo hubiera estado lo que en Alcalá, en París o en Bolonia, que a fe que de otra manera hubiera sabido aprobecharme.

JUAN.-Yo estaba engañado por pensar que no hubiese en todo el mundo otra Arte sino la nuestra; agora digo que aun del maldeçir he sacado algún fruto, apartando lo malo y en perjuicio de partes.

PEDRO.-¿Qué malo, qué maldeçir, qué perjuicio de partes veis aquí? Lo que yo deçía el otro día: maldeçir llamáis deçir las verdades y el bien de la República; si eso es maldezir, yo digo que soy el más maldiçiente hombre del mundo.

MATA.-¿Por cuánto quisierais dexar de saber esta particularidad?

JUAN.-Por ningún dinero; eso es la verdad.

PEDRO.-Nunca os pese de saber, aunque más penséis que sabéis, y hazed para ello esta quenta, que sin comparación es más lo que no sabéis vos y quantos hay que lo que saben, pues quando os preguntan una cosa y no la sabéis olgaos de deprenderla, y hazed quenta que es una de las que no sabíais.

MATA.-¿No sabremos por qué se levantó nuestra plática de disputar?

JUAN.-Por lo del relox de Italia.

MATA.-¡Válame Dios cómo se divierten los hombres! Mirad de dónde adónde hemos saltado, aunque no es mucho, que en fin no hemos salido de las cosas insignes de Italia. ¿De manera que los florentines hizieron dar al reloj por çifra?

PEDRO.-Si; de seis en seis.

JUAN.-¿Cómo?

PEDRO.-Quando ha de dar veinte y quatro que no dé sino seis, y quando ha de dar siete da una; sé que yo no me puedo engañar en seis horas, aunque esté borracho, que si me da una a estas horas no he de entender que es una hora después de puesto el sol.

JUAN.-Es verdad. ¿Y Florençia, cuya es?

PEDRO.-Del Duque, que es un grande señor; tiene de renta ochoçientos mill ducados, según el común, pero con los tributos que echa a los vasallos bien llega a un millón.

MATA.-Más tiene él solo que veinte de acá.

PEDRO.-Hay muy grandes ditados en Italia: el Ducado de Ferrara, el de Milán, el de Saboya, el de Plasençia y Parma; todos éstos son grandísimos.

JUAN.-¿Y el de Veneçia?

PEDRO.-Ese no es más de por tres años, que es señoría por sí, y eligen a uno dellos, como en Génoba. Todo el toçino, pan y vino que se vende en Florençia diçen que es del Duque, lo qual le renta un Perú. De Florençia vine a Bolonia, por un pueblo que se llama Escarperia, donde todos son cuchilleros, y se haçen muy galanos, y muchos adreços de estuches, labrados a las mill maravillas; y lo que más de todo es que por muy poco dinero lo dan, y no pasa caminante que, apeándose, no lleguen en la posada beinte de aquellos a mostrar muchas delicadezas, y fuerçan, dándole tan barato, a que todos compren. Pasé los Alpes de Bolonia, que son unos muy altos montes, donde está una cuesta que llaman Descarga el Asno.

JUAN.-¿Por qué?

PEDRO.-Porque no pueden baxar las bestias cargadas sin grande fatiga, y ansí todos se apean; y entré en Bolonia, çibdad que no debe nada en grandeza y quanto quisiéredes a todas las de Italia.

JUAN.-¿Cúya es?

PEDRO.-Del Papa.

MATA.-¿Está junto al mar?

PEDRO.-No, ni Florençia tampoco. Hay que ver el Colegio de los españoles, cosa muy insigne y de toda la çibdad venerada, aunque más mal quieran a los españoles.

JUAN.-¿Qué hábito traen?

PEDRO.-Unas ropas negras frunçidas, hechas a la antigua, con unas mangas en punta, que acá llamáis, y unas vecas moradas. El rector dellos suele ser también de la Unibersidad, y estonçes trae la ropa de raso y la veca de brocado, que llaman el capuçio, el qual le dan con tanta honra y triumpho, como en tiempo de los romanos se solía hazer: gastó, porque lo vi, uno en el capuçio ochoçientos ducados, y los que sacaron las libreas cada uno la hizo a su costa por honrrarle, que de otra manera no lo hiziera con seis mill.

JUAN.-¿Y qué le dan aquel año que es rector?

PEDRO.-Quatroçientos ducados le podrá valer y la honrra.

JUAN.-Y la Escuela ¿qué tal es?

PEDRO.-Muy excelente, y donde hay varones doctísimos en todas Facultades.

JUAN.-¿Qué estudiantes terná?

PEDRO.-Hasta mill y quinientos o dos mill.

JUAN.-¿Y esa deçís que es buena Universidad? Mal lograda de Salamanca, que suele tener ocho mill.

PEDRO.-No alabo yo la Universidad porque tenga muchos estudiantes ni pocos, sino por los muchos y grandes letrados que della salen y en ella están; y el exerçio de las letras no menos anda que en París, que hay treinta mill, y mas ¿dexa una casa de ser buena porque no viva nadie en ella?

JUAN.-¿Todas Facultades se len allí?

PEDRO.-Y muy bien y curiosamente.

JUAN.-¿Es bien probeída?

PEDRO.-Tanto que la llaman Bolonia la grasa; de quantas cosas pidiéredes por la boca; lo que por acá se trae de allí y se lleba en toda Italia son jabonetes de manos, de la insignia del melón o del león, que son los mejores, aunque muchos los hazen; son tan buenos que paresçen pomas de almizque y ámbar; no se dan manos veinte criados en cada tienda destas a dar recado. Al Rey se le puede acá empresentar una doçena de aquellos.

MATA.-¿Cuestan caros?

PEDRO.-No muy baratos; más de a real cada uno, y dos si son de los cresçidos. Hay también guantes de damas, labrados a las mill maravillas y no caros, todos cortados de cuchillo, con muchas labores. No hay quien pueda pasar sin traer algo desto.

MATA.-¿Quién cree que el zurronçillo no trae alguna fiesta destas?

PEDRO.-Sí traía; mas todo lo he repartido por ahí, que no me ha quedado quasi nada. Todavía habrá para los amigos. Una cosa entre muchas tiene exçelente: que os podéis ir, por más que llueba, por soportales sin mojaros.

MATA.-¿Como la calle Mayor de Alcalá?

PEDRO.-Mirad la mala comparación. No hay casa de todas

aquéllas que no sea unos palaçios; tan grande y mayor es que Roma; cada casa tiene su huerta o jardín, empedradas las calles de ladrillo. En aquella plaza son muy de ver las contadinas que llaman, que son las aldeanas que vienen a vender ensaladas, verduras, cosas de leche, frutas cojidas de aquella mañana; hasta los gatillos que le parió la gata viene a la çibdad a bender, quando otra cosa no tenga.

JUAN.-Cosa real es ésa.

PEDRO.-Yo os diré; quanto que como todas están puestas en la plaça por su orden, hazen unas calles que toda la plaça, con quan grande es, hinchén; de 300 abaxo no hayáis miedo de ver; junto a una iglesia está una torre que sale toda ladeada, que si la véis no diréis sino que ya se cae, y es una muy buena antigualla.

JUAN.-¿En qué iglesia?

PEDRO.-En Sancto Domingo creo que es, y allí está el cuerpo sancto suyo. Pasa un río pequeño por la çibdad, en medio, en el qual hay muchas invençiones de papelerías, herrerías, sierras de agua y, lo mejor, torçedores de seda.

JUAN.-¿Cómo puede el agua torçer la seda?

PEDRO.-Una canal de agua trae una rueda, la qual tuerçe a otra grande, que trae puestos más de mill y doçientos husos; y pasa una como mano dando bofetones a todos los usos, y antes que se pare ya le ha dado otro y otro, de tal manera que da bien en que entender a quince o veinte hombres en dar recado de anudar si algo se quiebra, que es poco, y quitar y poner husadas; una gerigonça es que yo no la sé explicar, mas de que es un sutilíssimo ingenio.

JUAN.-Yo la medio entiendo ansí, y me paresçe tal.

PEDRO.-¿Paresçeos que podréis hablar con esto de Bolonia donde quiera?

JUAN.-Sí puedo; mas de los grados no hemos hablado.

PEDRO.-Allá no hay bachilleres ni licenciados; el que sabe le dan el grado de doctor, y al que no echan para asno, aunque venga cargado de cursos; el coste no es mucho.

MATA.-Neçio fuistes en no os graduar por allí de doctor, que acá no lo haréis con tanta honrra sin gastar lo que no tenéis, y según me paresçe podeis vibir por vuestras letras tan bien como quantos hay por acá.

PEDRO.-¿Qué sabéis si lo hize? Y aún me hizieron los doctores todos de la Facultad mill merçedes, por interçesi3n de unos colegiales amigos míos; y como yo les hize una plática de suplicaçionero, no les dexé de paresçer tan bien, que perdonándome algunos derechos, me dieron con mucha honrra el doctorado, con el qual estos pocos días que tengo de vibir pienso servir a Dios lo mejor que pudiere; pero avísoos que no me lo llaméis hasta que venga otro tiempo, porque veo la mediçina ir tan cuesta abaxo en España, por nuestros pecados, que antes se pierde honrra que se gane.

MATA.-Sea para bien el grado, y hazerse ha lo que mandáis; mas hag0s saver que como la gente es amiga de novedades todos se irán tras vos con deçir que venís de Italia, aunque no sepáis nada, y las obras han de dar testimonio, aunque acordándose de quien soláis ser, todos no os ternán por muy letrado, pensando que no os habéis mudado; mas como hagáis un par de buenas curas es todo el ganar de la honrra y fama.

PEDRO.-Subido en una montaña que está fuera de Bolonia, en donde hay un monesterio, se ve el mejor campo de dehesas, prados y heredades, llano como un tablero de ajedrez, a todas partes que miren, que hay en la Europa. Y de Bolonia hasta Susa dura este camino.

MATA.-¿Quántas leguas?

PEDRO.-Más de çiento. Primeramente vine a Módena, çibdad razonable; de allí a Rezo, otra pequeña, y a dormir en Parma; y por ser español no me dejaban entrar dentro la çibdad. Al cabo entré y la vi: es muy buena y muy grande çibdad, y por estas tierras es menester traer poca moneda, porque de una jornada a otra no corre. De Parma en un día vine en Plasençia, que son doze leguas, la qual tiene la más hermosa muralla que çibdad de quanto he andado; toda nueva, con un gentil foso, que le pueden echar un río caudaloso, que se llama el Po; tiene buena iglesia y es grande çibdad, pero tiene ruines edifiçios de casas pequeñas y baxas, y posadas para los pasajeros ruines; en Parma y Plasençia, con su tierra se haze el queso muy nombrado plaçentino, que son grandes como panes de çera, y aunque allí vale varato, en todas partes es caro. Para venir a Milán, que es doçe leguas, se pasa el Po en una barca allí çerca, y luego se entra en Lombardía, el mejor pedaço de Italia, que no es más caminar por ella que pasear por un jardín; los caminos muy llanos y anchos, y por cada parte del camino corre un río pequeño que riega todo aquel campo, donde se coje pan y vino y leña, todo junto.

JUAN.-¿Cómo?

PEDRO.-Las viñas en Italia son desta suerte: que las heredades están llenas de olmos y por ellos arriba suben las parras, y es tan fértil tierra que aunque la siembren cada año no dexa de traer mucho pan, y cada çepa de aquéllas trae tres o quatro cargas de uba y algunas diez, y los olmos dan harta leña.

JUAN.-¿Todo en un mesmo pedazo?

PEDRO.-Todo; y ver aquellos ingenios que tienen para los regadíos, que aconteçe quatro ríos en medio el camino hazer una encruçijada y llebar los unos por ençima de los otros, unos corriendo haçia baxo y otros haçia riba y por toda esta tierra podréis llebar los dineros en la mano y caminar solo, que nadie os ofenderá. Vine en Milán, que ya habréis oído su grandeza; ninguna çibdad tan grande en Italia; buena gente, más amiga de españoles que los otros; dos mesones tiene insignes, adonde qualquier príncipe se puede aposentar, que los llaman osterías: la del Falcón y la de los Tres Reyes; no menos darán de comer a cada uno en llegando que si un Señor le hiziese acá banquete, y ansí, aunque vayan príncipes ni perlados, no comen ni pueden más de lo que el huésped les da.

JUAN.-¿Quánto paga cada día un hombre con su caballo?

PEDRO.-El ordinario es quatro reales y medio, y no paga más el señor que el particular, porque no le dan más, sea quien quiera, ni hay más que le dar. En cada uno hay un escribano, que tiene bien en qué entender en tomar dineros y asentar el día y hora a que vino, y ansí allí como en toda Francia bien podéis descuidaros del caballo, que os le darán todo recado y os le limpiarán, y no os harán la menor traición del mundo; por allá no hay paja, sino heno, ni çebada, sino abena.

MATA.-¿El huésped da de comer al caballo?

PEDRO.-Tiene seis criados de caballeriza, que en ninguna otra cosa entienden sino en darles de comer, y otros tantos de mesa que sirban, y otros tantos cozineros, y otros tantos despenseros.

JUAN.-¿Y a éstos que les da?

PEDRO.-¿Qué les ha de dar sino el comer? Por solo esto le sirben, y alzan las manos a Dios de que los quiera tener en casa.

JUAN.-¿Qué intherese se les sigue?

PEDRO.-Grande. La buena andada, que llaman; y es que por los servicios que hazen a los huéspedes, quién les da un quarto y quién una tarja, y habiendo tanto concurso de huéspedes es mucho. No es más ni menos la entrada de la casa que uno de los palacios buenos de España. Pregunté al escribano me dixese en su conçiençia cuántos escudos tocaba cada día. Díxome, mostrándome la minuta, que çinquenta, uno con otro.

JUAN.-Gran cosa es ésa; ¿y no hay más desos?

PEDRO.-Muchos otros; pero éstos son los nombrados, por estar en lo mejor de la çibdad. El castillo es muy fuerte, y poco menos que una çibdad de las pequeñas de acá. Cosas de armas y joyas valen más baratas que en toda Italia y Flandes; espadas muy galanas de atauxía, con sus bolsas y talabartes de la mesma guarniçión, y dagas, çinco escudos cuestan, que sola la daga se lo vale acá.

MATA.-¿Qué es atauxía?

PEDRO.-Graban el yerro, y en la mesma grabadura meten el oro, que nunca se quita como lo que se dora; arneses grabados y muy galanes, 25 escudos, que acá valen 200; plumas, bolsas y estas cosillas, por el suelo. La plaça de Milán es tan bien proveída, que a ninguna hora llegaréis que no podáis hallar todas las perdiçes, faisanes y francolines y todo género de caça y fruta que pidiéredes, y en muy buen preçio todo.

MATA.-¡Válame Dios! ¿Qué es la causa que en Florençia y por ahí son tantos los ricos?

PEDRO.-Por la multitud de pobres que hay.

MATA.-No lo dexo de creer.

PEDRO.-En ninguna de todas éstas iréis a misa que seáis señor de la poder oír, que cargarán sobre la persona las manadas dellos, que no caben en la iglesia, y si acaso sacáis un dinero que dar alguno, quantos hay en la iglesia vernán sobre vos que os sacarán los ojos. Ningún remedio tenía yo mayor que no dar a nadie. Cosa muy hermosa es de ver la iglesia mayor, de las mejores de Italia, y harto antigua; vi en ella una particularidad que pocos deben aber mirado: el que diçe la misa, primero diçe el pater noster que el credo, y después del prefaçio, quando quiere tomar la ostia para alçar, se laba las manos, y otras cosillas que no me acuerdo.

Capítulo XIV

De Génova a Castilla

JUAN.-¿Qué mejor cosa queréis acordaros que désa, que en verdad nunca tal çeremonia oí?

PEDRO.-Muchas cosas hay por allá que acá no las usan: todos los clérigos y fraires traen barbas largas, y lo tienen por más honestidad, y allá no se alça en ninguna parte la hostia postrera.

JUAN.-Eso de las barbas me pareçe mal y deshonesto cosa. Dios bendixo la honestidad de los saçerdotes de España con sus barbas raídas cada semana.

PEDRO.-Más deshonestidad me parece a mí eso, y aun ramo de hipocresía pensar que perjudique al culto divino la barba.

JUAN.-No digáis eso, que es mal dicho.

PEDRO.-No es sino bien. Veamos; el papa y los cardenales y perlados de Italia ¿no son christianos?

JUAN.-Sí son, por cierto.

PEDRO.-Pues creo que si pensasen ofender a Dios, que no lo harían ni lo consintirían a los otros. Deçid que es uso, y yo conçederé con vos; pero pecado, ¿por qué? De Milán me vine en Génoba, pensando de embarcarme allí para venirme por mar, y no hallé pasaje. Es una gentil çibdad, y muy rica; las calles tiene angostas, pero no creo que hay en Italia çibdad que tenga a una mano tantas y tan buenas casas; la ribera de Génoba es la mejor que nadie ha visto en parte ninguna, porque aunque es toda riscos y montañas y no da pan ni vino, cosa de jardines en las vibas peñas hay muchos, que traen naranjas y toda fruta en cantidad, y hay tantas casas soberbias, que los ginobeses llaman vilas, que toda la ribera parece una çibdad.

JUAN.-¿Qué tan grande es?

PEDRO.-Desde Sahona a la Espeçia, que serán veinte leguas.

JUAN.-¿Y todo eso está lleno de casas?

PEDRO.-Y qué tales, que la más ruin es mejor que las muy buenas d'España.

MATA.-¿Por qué lo hazen eso?

PEDRO.-No tienen en qué gastar los dineros, y a porfía les dio esta fantasía de edificar y hazer aquellas vilas, donde se ir a holgar. Hazen esta quenta: Fulano gastó en su casa çinquenta mill ducados; pues yo he de gastar sesenta mill; el otro dice: yo ochenta, y ansí hay deste precio casas muy muchas sin quento.

MATA.-¿Y en el campo?

PEDRO.-Y aun quatro y seis leguas de la çibdad.

MATA.-Gran soberbia es esa; nunca se deben de pensar morir.

PEDRO.-Tierra es bien sana, y adonde hay más viejos que en quantas çibdades he visto; un capitán de la guarda de la çibdad quiso hazer una casa y no se halló con dineros para ser nombrado, y determinó en una güerta, no de las más galanas que había afuera de la çibdad, de hazer una fuente porque tenía allí el agua, que gastó en ella doze mill ducados, la más delicada cosa que imaginarse puede, y que más honrra ganó, porque no hay que ver sino la fuente del capitán en Jénoba.

JUAN.-¿Qué tiene, que costó tanto?

PEDRO.-No sé sino que si la vieseis con tantos mármoles, corales, nácaras, medallas y otras figuras, parecerá poco lo que costó; unos gigantes hechos todos de unas guijitas como media uña, tan bien formados que espanta verlo, y quando quieren que manen, por quantas coyunturas tienen les hazen sudar agua en cantidad, y unos cuerbos y otras abes de la mesma manera; es imposible saverlo nadie dar a entender.

JUAN.-¿Y en qué parte está esa?

PEDRO.-Junto a las casas del príncipe Doria. La iglesia mayor, que se llama Sant Laurençio, no es de las mayores de Italia ni de las buenas, pero tiene dos muy buenas joyas: la una es el plato en que Christo çenó con sus discípulos el día de la Çena, que es una esmeralda de tanta estima, dexada aparte la grande reliquia, que valdría una çibdad; la otra es la çeniça de Sant Juan Baptista.

JUAN.-Reliquias son dignas de ser tenidas en beneraçión.

PEDRO.-De las damas de Milán se me olvidó que son feas como la noche.

MATA.-¿Está junto a la mar?

PEDRO.-No, sino bien lexos. Las damas genobesas son muchas y hermosas; tienen grandíssima quenta con sus cabellos; mas que en toda Italia no dexará ninguna semana del mundo, prinçipalmente el sábado, de labarse y poner los cabellos al rayo del sol, aunque sea verano, por la vida. Yo les dixé hartas veçes que si así cumplían los mandamientos como aquello, que bienaventuradas eran. No gastan en tocados nada, porque todas hazen plato de los cabellos: quién los lleba de una manera, quién de otra; menos gastan en bestir, porque ninguna puede traer ropa de seda, con haber allí más seda que en toda Italia; ni anillo, ni arracada, ni otra cosa de oro, sino una cadena que valga de doce ducados abaxo.

JUAN.-Pues ¿qué se visten?

PEDRO.-Muchas maneras de chamelotes y de diversos colores, y otras telillas, y muy buen paño finíssimo y bien guarneçido, aunque tampoco pueden echar toda la guarniçión que quieren.

MATA.-¿Traen por allá chapines?

PEDRO.-Ni mantos, si no es en Siçilia.

JUAN.-¿Con qué van a la iglesia?

PEDRO.-En cuerpo, y darán por llebar aquel día una clabellina, jazmín o rrosa, si es por este tiempo, uno y dos ducados.

JUAN.-Y las viudas, ¿qué traen?

PEDRO.-Ni más ni menos andan que las otras en cabello, salbo que una redeçica muy rala, que las otras traen de oro, ellas negras.

JUAN.-Deshonestidad paresçe ésa.

PEDRO.-Todo es usarse; también andan con vestidos negros, que no traen de color.

MATA.-¿Y qué traen calçado?

PEDRO.-Las piernas no las cubren las ropas más de hasta las espinillas, y, las calças traen de aguja, más estiradas que los hombres, y unas chinelicás.

JUAN.-Mejor hábito es ése que el de acá.

PEDRO.-También quiero que sepáis que las mugeres de acá naturalmente son más chicas de cuerpo que las de por allá. Vanse todos los domingos y fiestas a una ribera de un río, que se llama Bisaño, y allí dançan todo el día con quantos quieren.

JUAN.-Y los hombres, ¿son buena jente?

PEDRO.-De todo hay; no son muy largos en el gastar.

MATA.-Algo os han hecho, que no paresçe que estáis muy bien con ellos.

PEDRO.-Yos diré: en el cautiberio estaba uno, que era prinçipal, y porque le embiaban a trabajar con los otros encomendóseme, y a pesar de todos los guardianes, le hize que no trabajase más de un año, fingiendo que era quebrado, y para cumplir con ellos mandaba a un barbero que cada día le pusiese en la bolsa una clara de huebo, y al tiempo que se hizo la almoneda de los esclabos de mi amo, yo fui parte para que le diesen por doçientos ducados, que no pensó salir por mill y quinientos. Después un día le topé en su tierra y casa, hombre de quenta en la çibdad, y llebáme a un bodegón y combidóme allí, y nunca más me dio nada ni fue para preguntarme si había menester algo.

MATA.-Eso hizíéralo él de miedo que le dixeráis de sí; mas con todo fue gran crueldad.

PEDRO.-Otros quatro o çinco topé también allí en sus casas, que les había yo allá hecho plazer, y hizieron lo mesmo. Pues éstos son ansí, de creer es que a quien menos bien hizíéredes, menos os hará.

MATA.-Todavía dice el refrán: «haz bien y no cates a quien; haz mal y guarte».

PEDRO.-El día de hoy veo, por esperiençia, ser mentiroso ese refrán, y muy verdadero al rebés: «haz mal y no cates á quien; haz bien y guarte». Muy muchos males me han venido por hazer bien, y de los mesmos a quien lo hazía. No digo yo que es mejor hazer mal, pero el dicho es más verdadero. Salido de Génoba, vine a Casar de Monferrar, que es

en el Piamonte, y de allí a Alexandría la Palla, y luego a Nohara, y de allí a Berse; todas éstas son çiudadelas del Piamonte, y de allí a Turín, que está por Françia, una muy fuerte tierra, y pasa por ella el Pó, y es llabe de todo el Piamonte; di luego conmigo en Susa, y començé de ir al pie de las montañas, que hasta allí todo era llano, y vi que por aquella tierra las mugeres y muchos de los hombres todos son papudos, y preguntando yo si bibían menos los que tenían aquellos papos, dixéronme que no, porque aquella semana había muerto un hombre de nobenta años, y tenía el papo tan grande, que le echaba sobre el hombro porque no le estorbase.

MATA.-Válame Dios, ¿pues de qué puede venir eso?

PEDRO.-Creo que lo hazen las aguas; porque también los vi en Castrovilla y Cosençia, dos çibdades de Calabria. Vine luego por aquellas montañas de Saboya, y por muchos valles bien poblados, pero de pueblos pequeños, con quien no se ha de tener cuenta, hasta que vine en León, de Francia, que en grandeza y probisión y mercadería ya veis el nombre que acá tiene, que mucho más es el hecho; tiene dos muy caudalosos ríos, por los quales se puede ir a la mar con muchas barcas que van y vienen; casas muy buenas; tratos de mercançias con todo el mundo; libros hay los más y en mejor preçio que en la christiandad, y todos los bastimentos baratos; mesones en Françia todos son como los que os conté de Milán; la ropa y seda me maravillo que con traerla de otras partes vale mucho más barato que en donde se haze; iglesias hay muchas, y muy buenas; arcabuzicos, que llaman pistoletes, darán por escudo y medio uno, con todo su adreço, que valga acá seis. De León vine en Tolosa y a Burdeos, que no hay que deçir dellas más de que son buenas çibdades y grandes, y muy bien basteçidas. Y de Burdeos a Bayona, una villa de hasta seisçientas casas, muy fuerte, adonde hay un río tan caudal, que van las naves por él y sacan mucha pesca, y la mejor es unas truchas muy grandes, salmonadas. Viénese luego a Sant Juan de Lus y a Fuenterrabía, por toda Guipúzcoa y Álaba a Victoria, y de Victoria aquí, y de aquí a la cama si os plazie.

JUAN.-Moços, tomad esta vela y alúmbrenle, vaya a reposar.

PEDRO.-A la mañana no me llamen, porque tengo propósito hasta comer de no me levantar.

MATA.-En buen hora.

JUAN.-Bámonos nosotros a hazer otro tanto.

MATA.-¿Pasáis por tal cosa? Si lo que ha contado es verdad, como creo que lo es, ¡quántas fatigas, cuántas tribulaçiones, cuántos millones de martirios ha padeseçido y cuán emendado y otro de lo que solía ser, y gordo y bueno viene!

JUAN.-¿No sabéis que no en sólo pan bibe el hombre, como dixo Christo, y que no hay cosa que más engorde el caballo que el ojo de su amo? Mirad quán a la clara se manifiesta que Dios ha puesto los ojos en él afeuçionadamente y particularíssima, como los puso en una Madalena y en un ladrón y en tantos quentos de mártires. De quanto ha dicho no me queda cosa scrupulosa, sino que pornía yo mi mano en una barra ardiendo que antes ha pecado de

carta de menos que alargase nada. Conózcole yo muy bien, que quando habla de veras ni quando estaba acá no sabía dezir una cosa por otra. Allende desto, tengo para mí que él viene muy docto en su facultad, porque no es posible menos un hombre que tenía la abilidad que acá vistes, aunque la empleaba mal, y que entiende tan bien las lenguas latina y griega, sin las demás que sabe, y buen filósofo, y el juicio asentado, y lo que más le haze al caso haver visto tantas diversidades de regiones, reinos, lenguajes, complexiones; conversado con quantos grandes letrados grandes hay de aquí a Hierusalem, que uno le daría este abiso, el otro el otro.

MATA.-Y habrá también visto muchas cosas de medicinas que por acá no las alcançan, y çertificándose de ellas; y lo que más a mí de todo me contenta es venir escarmentado de haver visto las orejas al lobo, que tiene delante el themor de Dios, que es una bandera que basta para vençer todos los enemigos.

JUAN.-¿N'os paresçe que es obligado a quien tanto debe, que en aquellas disputas preguntaba por él, respondía por él, prestábale lenguas con que diese razón de sí, sacábale del brazo en los golphos del mar?

MATA.-Todos somos obligados a quererle, por quien Él es, sin intherese, quanto más que no hay hora ni momento que no nos haçe mill merçedes. ¿No miráis el orden y conçierto con que lo ha contado todo?

JUAN.-Agora me paresçe que le haría en creer, si quisiese, que he andado todo lo que él, quanto más a otro.

MATA.-Quando más que, sabiendo eso, aunque os pregunten cosas que no hayáis visto, podéis dar respuestas comunes: Pasé de noche; no salí de las galeras; como la çibdad es grande, no bi eso. Esto vi y estotro vi, que era lo que más había que mirar, y con eso os ebadiréis.

JUAN.-Mañana nos contará, si Dios quisiere, qué vida tienen los turcos, y qué jente son, y qué vestidos traen.

MATA.-Dexadme vos a mi el cargo de preguntar, que yo os le sacaré los espíritus. ¿Bien no se los he sacado en estotro?

JUAN.-Muy bien; pero no le habéis de ir a la mano, que creo que se corre.

MATA.-Al buen pagador no le duelen prendas. Si lo que diçe es verdad, él dará razón dello, como ha hecho siempre; si no, no queremos oír mentiras, que harta nos quantan todos esos soldados que vienen del campo de Su Magestad y los indianos.

MATA.-Yo estoy tan desvelado, que no sé si podré; pero porfiaré a estarme en la cama hasta las diez, como Pedro, que no le dexaremos estar dos días solos.

JUAN.-Toda esta semana le haré estar aquí, aunque le pese: la venida ha sido en su mano; la ida, en la nuestra.

JUAN.-Contá.

MATA.-Siete.

JUAN.-¿Habéis contado las otras?

MATA.-Callad; ocho, nueve, diez dio por cierto.

JUAN.-Parésceme que llaman: escuchá.

PEDRO.-¡Ah los de abajo! ¡Es hora!

JUAN.-¡Ya, ya!

MATA.-Volveos del otro lado que no es amanescido.

JUAN.-Levantémonos y vámosle a tener palacio en la cama.

MATA.-Mas no le dexemos levantar, que haze frío, y pues no ha de salir de casa ni ser visto de nadie, mejor se estará allí y podrá también comer, como parida, en la cama.

JUAN.-Hazedle llebar una ropa aforrada, para si se quiere levantar.

MATA.-Anoche se la hize poner junto a la cama y un bonete. Cojerle hemos echado y entretanto que se adreza de comer parlaremos.

JUAN.-¡Buenjorno!

PEDRO.-Me rricomando.

JUAN.-¿Qué tal noche habéis llebado? Creo que ruin.

PEDRO.-No ha sido sino buena, aunque no he podido dormir mucho. En despertando antes que amanezca, una vez, ya puedo volber al ristre.

JUAN.-¿Debía destar dura la cama?

PEDRO.-Antes por estar tan blanda, porque no lo tengo acostumbrado..

JUAN.-Eso me haze a mí dormir más.

PEDRO.-Todas las cosas consisten en costumbre. Ansí como vos no podéis dormir en duro, yo tampoco en blando. También podría susçeder enfermedad a quien ha dormido en

duro y sin cama, al darle una cama regalada, como a mí me aconteció en Nápoles, que habiendo tres años que no había dormido en cama, sino vestido y en suelo, me dieron una muy buena cama y començáronme a hazer regalos, y yo caí en una enfermedad que estube quatro meses para morir.

JUAN.-La causa natural deso no alcanzo. ¿Por mejorarse uno venirle mal?

PEDRO.-Sáltase de un extremo en otro sin pasar por medio, que es malo; y como esto se haze, no se puede dormir, y la vela causa enfermedad. Ansí mismo, con aquella blandura escaliéntanse los riñones, las espaldas, todos los miembros, y la sangre comienza a herbir y alborotarse, y dan con el hombre en tierra. Últimamente, como tenéis costumbre de no os desnudar, no tenéis frío de noche aunque os descubráis; desnudo en la cama, rebolvéisos, como no estáis acostumbrado a estar cubierto, descubrisos, y entra el sereno y frío y la mala ventura, y penetraos.

JUAN.-Todas son buenas raçones; mas ¿que remedio?

PEDRO.-El que dixe de pasar por medio: començar a no tener más de un colchón y una manta, y a no quitar más de solo el sayo; luego, de allí a unos días, añadir otro colchón y quitar las calzas, y últimamente, la mejor cama que tubiéredes, quitando jubón y todo. Si durmieseis una noche al sereno sin cama, ¿no pensaríais caer malo?

JUAN.-Y aun morirme.

PEDRO.-Pues ansí yo con buena cama.

JUAN.-Pues quitaremos de aquí adelante, si queréis, de la ropa.

PEDRO.-No, que ya estoy acostumbrado a camas regaladas otra vez; no lo digo por tanto, que el no dormir más lo ha causado el grande contentamiento que mi espíritu y alma tienen de verme en donde estoy; y el ánima no permite que tan grande plazer se pase en sueño sin que se comunique a todos los sentidos, pues el tiempo que dormimos no vivimos ni somos nadie.

JUAN.-Ansí dixo el otro philósopho. Preguntado qué cosa era sueño, dixo que retrato de la muerte. La mesma causa, en verdad, he tenido yo para no pegar ojo en toda la noche.

MATA.-Mirad que la olla esté descozida, y asar no pongáis hasta que os lo mandemos, que yo me subo arriba... ¿Úsase en Turquía madrugar tanto? ¡Buenos días! ¿Cómo lo habéis pasado esta noche?

PEDRO.-¿Cómo lo había de pasar sino muy bien? Que me habéis dado una cama con sábanas tan delgadas y olorosas y todo lo demás tan a gusto, que me ha hecho perder el regalo con que me vi en el cautiverio que habéis oído, y de momento a momento doy y he dado mil graçias a Dios que de tanto trabajo me libró; y en tanto, con comenzar...

Segunda parte

Vida y costumbres de los turcos

Capítulo XV

La religión

JUAN.-Es tanto el gusto que con lo que anoche nos contastes de vuestra peregrinación recibí, que no veo la hora que volvamos a la plática, y ansí si os parece, entretanto que se haze hora de comer, querría nos contádes algo de lo que anoche nos prometistes de la religión y costumbres de los turcos que no entiendo, que no será menos deleitable y sabroso que lo pasado.

PEDRO.-Eso haré yo de muy buena gana y para que desde el principio sepáis todo lo que cerca de su religión y costumbres tienen comenzaré por la circuncisión que es el primer acto della. Para atraer Mahoma a su vana secta a los simples que le siguieron, ordenó su Alcorán tomando de la ley de Moysén y de la nuestra sancta, de cada una lo que conoció ser más apacible y agradable a la gente. De los judíos tomó el circuncidar a los niños, pero con esta diferencia: que como ellos los circuncidan a los ocho días recién nacidos, los turcos no hasta que tienen siete o ocho años: y aquel día hazen con sus padres gran fiesta convidando a todos los conocidos y parientes. Y el que es hijo de hombre principal no le llevan a la mezquita a circuncidar, sino en casa de sus padres se haze, y hazen un vanquete de muy delicadas viandas, y los más ricos matan un buey, en el qual desollado y abierto meten una oveja y en la oveja una gallina y en la gallina un huevo y todo junto se asa en la calle con gran fuego. A la noche, estando en la cena, llega el alfaquí que ha de circuncidar al niño, y con unas tenacicas amortécele el pellejo del prepucio y después por quitarle el miedo dice que otro día lo acabará y apártase dél y luego dando a entender que se le ha olvidado alguna cosa perteneciente a la circuncisión, llégase a él y de presto córtale el prepucio poniendo encima un poco de sal y membrillo y desde allí adelante se llama mussulmán, que quiere decir circuncidado. El día de la circuncisión no les ponen los nombres, sino el día del nacimiento, que son desta suerte y primero, de los Reyes, Tsuleimán, que quiere decir Salomón; Tsultán Tselim, Príncipe de paz; Murathbegh, señor deseado; Mustafá y semejantes son nombres de señores; y Haderebrain, Sinam, Rustam, Pirin, de capitanes; y Yspalabar, tsular, eminler, hebran, momni, mehemet, allí, ahmat, tcielibí, paracit, charsum, bursoref de señores de más baja condición; a todos los otros, Mursaionuz, tschender, perhat, ferro. A los esclavos y prisioneros y moços por la mayor parte llaman cheremet, que quiere decir agudo. Continuando después el convite por tres días, llevan el circuncidado al baño con gra(n)díssima pompa. Quando vuelve a su casa pasa por medio de los convidados, los quales le presentan qual un vestido de seda, qual una taça de plata, otros dineros y también cavallos. Las mugeres no son circuncidadas. Y quando algún christiano se vuelve moro de su voluntad y quiérese circuncidar, que acontece muy ordinariamente por la gran carga de tributos que sobre sí tienen, a este tal llévanle por

todas las calles de la ciudad con grande honra y alegría del pueblo tañendo un atambor, y del día que se circuncida no paga más tributo al Rey.

JUAN.-Pero ¿no se dicen algunas palabras ni nada? (Pues no) estamos muy ocupados al presente (quiero que) me saquéis de una duda en que me tiene puesto mi entendimiento, y es que quando un turco pide a un christiano se vuelva a su perversa secta, de qué modo se lo pide y el orden que tienen, que estarán seguro de él para le tomar y la legalidad y juramento que conforme a su seta le toman.

PEDRO.-Toda su secta consiste en que, alzado el dedo, diga tres vezes estas palabras; aunque no se çircunçidasse queda atado de manera que si se volviese atrás le quemaran: la Ila he hilda da Mahamed resulula.

JUAN.-¿Qué quiere dezir?

PEDRO.-Que Dios es criador de todas las cosas, y no hay otro sino Él y Mahoma junto a Él, su Profeta, que en su lengua se dice acurzamam penganber: último propheta.

JUAN.-¿Y qué confesión tienen?

PEDRO.-Ir limpios quando van a hazer su oraçión, que llaman zala, y muy lavados; de manera que si han pecado se tienen de lavar todos con unos aguamaniles, arremangados los brazos; y si han orinado o descargado el vientre, conviene que vayan lavadas lo primero las partes baxeras.

JUAN.-¿Y si es imbierno?

PEDRO.-Con agua caliente; no puede nadie ir a la neçesaria si no lleba consigo un jarro de agua con que se limpie, como nosotros con paño. Si con papel se limpiasen es uno de los más grabes pecados que ellos tienen; porque dizen que Dios hizo el papel y es malo hazer poco caso dél; antes si topan acaso un poco de papel en suelo, con gran reberençia lo alcan y lo meten en un agujero, besándolo y poniéndolo sobre su cabeza.

JUAN.-¿No hay más fundamento deso?

PEDRO.-No cabe demandarles razón de cosa que hagan, porque lo tienen de defender por armas y no disputar. Lo mesmo hazen si topan un bocado de pan, diçiendo que es la cara de Dios. La boca, brazos y narizes y cabeza se han de labar tres vezes y los pies.

JUAN.-¿Qué iglesias tienen?

PEDRO.-Unas mezquitas bien hechas, salvo que ni tienen sanctos ni altar. Aborresçen mucho las figuras, teniéndolas por gran pecado. Están las mezquitas llenas de lámparas. En lugar de torre de campanas tienen una torreçica en cada una mezquita, muy alta y muy delgada, porque no usan campanas, en la qual se suben una manera de saçerdotes inferiores, como acá sacristanes, y tapados los oídos, a las mayores voces que pueden llaman la gente con este verso: Exechnoc mach laila he hillala, calezala calezala, etc. No se les da nada,

sino son saçerdotes, ir a las mezquitas como acá, sino donde se hallan hazen su oraçión, y los señores siempre tienen en sus casas saçerdotes que les digan sus horas.

JUAN.-¿Quántas vezes al día lo hazen?

PEDRO.-Çinco, con la mayor devoçión y curiosidad; que si así lo hiziésemos nosotros, nos querría mucho Dios. La primera oraçión es quando amanesçe, que se llama sala namazi; la segunda a medio día, uile namazi; la tercera, dos horas antes que el sol se ponga, iquindi namazi; la quarta, al punto que se pone, acxam namazi, la postrera, dos horas de noche, iatsi namazi. De tal manera entended que oran estas çinco vezes, que no queda ánima viba de turco ni turca, pobre ni rico, desde el emperador hasta los moços de cozina, que no lo haga.

JUAN.-¿Tienen reloxes, o cómo saben esos saçerdotes la hora que es para llamar la gente?

PEDRO.-Para sí tienen los de arena, mas para el pueblo no los hay, como no haya campanas.

JUAN.-¿Pues cómo sabe la gente qué hora es?

PEDRO.-Por las oraciones, poco más o menos. Quando a la mañana oyen gritar, ya saben que amanesçe; quando a medio día, también saben qué hora es; y así de las otras horas; de manera que si quiero saber qué hora es, conforme, poco más o menos de día, pregunto:¿Han cantado a medio día?; respóndenme: Presto cantarán o rato ha que cantaron. Y no penséis que cantan en una o dos mezquitas, sino en tresçientas y más, que hunden la çibdad a bozes más que campanas. Lo mesmo hago de las otras horas; pregunto si han cantado al quindí, que es la oraçión dos horas antes que el sol se ponga, y conforme aquello sé la hora que es. Congregados todos en la mezquita, viene el que llamaba y comienza el mesmo salmo reçado, y todos se ponen en pie muy mesurados, vueltos hazia mediodía, y las manos una sobre otra en la çintura, mirando al suelo. Este saçerdote que canta en lo alto se llama meizin; luego se levanta otro saçerdote de mayor calidad, que se llama imam, y dize un verso, al qual responde el meizin, y acabado el verso todos caen de ozicos en tierra y la vesan, diçiendo: Saban, Alá, saban Alá, sabán Alá, que es: Señor, misericordia; y estánse así sobre la tierra hasta que el imam torne a cantar, que todos se levantan, y estos hazen tres o quatro veçes. Últimamente, el imam comienza, estando todos de rodillas en tierra, a dezir una larga oratión por la qual ruega a Dios que inspire en los christianos, judíos y los otros, a su manera de hablar, infieles, que tornen a su seta, y oyendo estas palabras todos alzan las manos al zielo diziendo muchas vezes: amin, amin; y tócanse todos los ojos y barba con las manos, y acábase la oratión.

JUAN.-¿Y çinco vezes hazen todo eso cada día?

PEDRO.-Tantas. Mirad qué higa tan grande para nosotros, que no somos christianos sino en el nombre.

JUAN.-¿Qué fiestas çelebran?

PEDRO.-El viernes cada semana, porque dizen que aquel día nació Mahoma. Tienen también dos pascuas; la mayor dellas es en la luna nueva de agosto, que dura tres días, y toda una luna antes tienen su quaresma, que dura un mes, y la llaman ramazán.

JUAN.-¿Y ayunan esos días?

PEDRO.-Todos a no comer hasta que vean la estrella; pero entonces pueden comer carne y quanto quisieren toda la noche.

JUAN.-¿Y qué significa ese ramazán?

PEDRO.-Los treinta días que Mahameto estuvo en ayunos y oraciones esperando que Dios le embiase la ley en que habían los hombres de vivir; y la pascua es quando baxó del çielo un libro en el qual está toda su ley que llaman Curaham.

JUAN.-¿Con quién dicen que se le embió Dios?

PEDRO.-Con el ángel Gabriel. Tienen este libro en tanta veneración, que no pueden tocar a él sino estando muy limpios y lavados o con un paño envuelto a las manos. El que le tiene de leer es menester que tenga resonante voz, y quando lee no le puede tener más abajo de la çintura, y está moviendo todo el cuerpo a una y a otra parte. Dizen que es para más atención. Los que le oyen leer están con toda la posible atención, abiertas las bocas.

JUAN.-¿De manera que ellos creen en Dios?

PEDRO.-Sí, y que no hay más de uno, y sólo aquél tiene de ser adorado, y de aquí viene que aborresçen tanto las imágenes, que en la iglesia, ni en casa, ni en parte ninguna no las pueden tener, ni retratos, ni en paramentos.

JUAN.-¿Qué contiene en sí aquel Alcoram?

PEDRO.-Muchas cosas de nuestra fe, para mejor poder engañar. Ocho mandamientos: amar a Dios, al próximo, los padres, las fiestas onrrarlas, casarse, no hurtar ni matar y ayunar el ramazán y hazer limosna. Ansí mismo todos los siete pecados mortales les son a ellos pecados en su Coharam. Y dize también que Dios jamás perdona a los que tienen la maldición de sus padres. Tienen una cosa, que no todos pueden entrar en la mezquita como son: omiçidas, borrachos y hombres que tienen males contagiosos, logrerros, y lo principal las mugeres.

JUAN.-¿Las mugeres no pueden entrar en la iglesia?

PEDRO.-Muy pocas vezes, y éstas no todas. Cantoneras en ninguna manera, ni mugeres que no sean casadas a ley y vendición suya; vírgines y viudas, después de çinco meses, pueden entrar, pero han de estar en un lugar apartado y tapadas, donde es imposible que nadie las vea, porque dizen que les quitan la devoçión.

JUAN.-Ponerlas donde nadie las pueda ver en ninguna manera, bien hecho me parece; mas vedarles que no entren dentro, no. ¿Y hazen sacrificios?

PEDRO.-La pascua grande, que llaman bairam biuc, son obligados todos a hazer qualque sacrificio de vaca o camello y repártirlo a los pobres, sin que le[s] quede cosa ninguna para ellos, porque de otra manera no aprovecha el sacrificio. Quando están malos, usan, según la facultad de cada uno, sacrificar muchos animales, que llaman ellos curban, y darlos por amor de Dios. Los príncipes y señores, quando se ven en neçesidad, degüellan un camello, y dicen que la cosa que más Dios oye es el jemido que da quando le degüellan; y en todo dicen que, así como Dios libró a Isach de no ser degollado, quiera librar aquel enfermo.

JUAN.-¿El mesmo Alcorán les manda que den limosna?

PEDRO.-Hallan escrito en él que, si supiesen la obra que es dar limosna, cortarían de su mesma carne para dar por Dios, y si los que la piden supiesen el castigo que por ello les está ordenado, comerían primero sus propias carnes que demandarla; porque diçe la letra: Ecsa de chatul balla ah.

JUAN.-¿Qué quiere decir?

PEDRO.-Que la limosna quita al que la da los tormentos y tribulaciones que le están aparejados, y caen, juntamente con la limosna, sobre el pobre que la recibe, y por experiencia ven que nunca están sanos los pobres.

JUAN.-¿Y el matar también lo tienen por pecado?

PEDRO.-Y de los más graves; porque diçe el Coraham que el segundo pecado del mundo fue el de Caim, y por eso el primero que irá al infierno el día del juicio será él. Y quando Dios le echó la maldición, se entendió por él y todos los omiçidas.

JUAN.-¿Confiesan infierno y juicio?

PEDRO.-Y aun purgatorio.

JUAN.-¿Quién dicen que ha de juzgar?

PEDRO.-Dios. Dicen que está un ángel en el çielo que tiene siempre una trompeta en la mano, y se llama Israphil, aparejado para si Dios quisiese que fuera el fin del mundo, tocaría y luego caerían muertos los hombres todos y los ángeles del çielo.

JUAN.-¿Siendo los ángeles inmortales, han de morir?

PEDRO.-Questión es que ellos disputan entre sí muchas vezes, pero concluyen con que dize el Coraham que Dios dixo por su boca que todas las cosas mortales han de haber fin, y no puede pasar la disputa adelante, como ni en las otras cosas. Y hecho esto verná un tan gran terremoto, que desmenuzará las montañas y piedras; y luego Dios tornará a hazer la

luz, y della los ángeles, como hizo la primera vez, y verná sobre todo esto un roçío, que se llama rehemetzu, llubia de misericordia, y quedará la tierra tornada a amasar, y mandará Dios, de allí a quarenta días, que torne el ángel a sonar la trompeta, y al sonido resuçitarán todos los muertos, desde Abel hasta aquel día; unos con las caras que resplandezcan como sol, otros como luna, otros muy oscuras y otros con gestos de puercos, y gritarán diçiendo: Nesi, nesi: ¡ay de mí, mezquino!

JUAN.-¿Qué significan esas caras?

PEDRO.-Los que las tienen resplandesçientes son los que han hecho bien; los otros, mal; y Dios preguntará por los emperadores, reyes, príncipes y señores que tiranizaban, y no les calerá negar, porque los miembros todos hablarán la verdad. Allí verná Moisés con un estandarte, y todos los judíos con él, y Christo, hijo de María, virgen, con otro, debaxo del qual estarán los christianos; luego Mahoma con otra bandera, debaxo la qual estarán todos los que le siguieron. Todos los que de éstos habrán hecho buenas obras ternán buen refrigerio debaxo la sombra de sus estandartes, y los que no, será tanto el calor que habrá aquel día, que se aogarán dél; no se conosçerán los moros de los christianos ni judíos que han hecho bien, porque todos ternán una misma cara de divinidad. Y los que han hecho mal todos se conosçerán. A las ánimas que entrarán en el paraíso dará Dios gentiles aposentos y muy espaçiosos, y habrá muchos rayos del sol sobre los quales cabalgarán para andar ruando por el çielo sin cansarse, y comerán mucha fruta del paraíso, y en comiendo un fruto hará Dios dos, y beberán para matar la sed unas aguas dulzes como azúcar y cristalinas, con las quales les cresçerá la vista y el entendimiento, y verán de un polo a otro.

MATA.-¿Y si comen y beben, no cagarán el Paraíso?

PEDRO. -Maravillábame como no salíais ya; toda la superfluidad ha de ir por sudor de mill delicados manjares que tienen de comer, y han de tener muchas moças vírgenes de quince a veinte años, y nunca se tienen de embegezer, y los hombres todos tienen de ser de treinta sin mudarse de allí.

JUAN.-¿Han de tener açeso a las vírgenes?

PEDRO.-Sí, pero luego se tienen de tornar a ser vírgenes. Moysén y Mahoma serán los mejor librados, que les dará Dios sendos príncipados que gobiemen en el çielo.

JUAN.-Pues si tienen que los christianos y judíos que han hecho buenas obras van al çielo, ¿para qué ruegan a nadie que se haga turco?

PEDRO.-Entienden ellos que todos los judíos que vivieron bien hasta que vino Christo, y todos los buenos christianos hasta que vino Mahoma son los que van al cielo.

JUAN.-¿Mas no los que hay después que vino Mahoma, aunque hagan buenas obras?

PEDRO.-Esos no. Los que irán condenados llebará cada uno escrito en la frente su nombre y en las espaldas cargados los pecados. Serán llebados entre dos montañas, donde está la boca del infierno; y de la una a la otra hay una puente de diez leguas de largo, toda

de yerro muy agudo y llámase serrat cuplisi, «puente de justicia». Los que no son del todo malos caerán en el purgatorio, donde no hay tanto mal; los otros todos irán la puente abajo al infierno, donde serán atormentados; en medio de todos los fuegos hay un mançano que siempre está lleno de fruta, y cada una parece una cabeza de demonio; llámase zoacum agach, árbol de amargura, y las ánimas, comiendo la fruta, pensando de refrescarse, sentirán mayor sed y grande amargura que los atormente. Llenos de cadenas de fuego-serán arrastrados por todo el infierno. Y los que llamaren a Dios por tiempo, al fin saldrán, aunque tarde; los que le blasfemaren quedarán por siempre jamás. Veis aquí todo lo que çerca desto tienen de fe de su Alcorán.

JUAN.-Una merçed os pido, y es que, pues no os va nada en ello, que no me digáis otra cosa sino la verdad; porque no puedo creer que, siendo tan bárbaros, tengan algunas cosas que parezcan llebar camino.

PEDRO.-¿No sabéis que el diablo les ayudó a hazer esta seta?

JUAN.-Muy bien.

PEDRO.-Pues cada vez que quiere pecar es menester que lo haga a bueltas de algo bueno. Si hizieseis juntar todos los letrados que hay en Turquía, no os dirán un punto más ni menos desto que yo os digo, y fíaos de mí, que n'os diré cosa que no la sepa primero muy bien.

JUAN.-Tal confianza tengo yo. Sepamos del estado sazerdotal. ¿Tienen papa y obispos?

PEDRO.-Ocho maneras hay de sacerdotes. Primeramente el mayor de todos, como acá el papa, se llama el cadilesquier; luego es el muftí, que no es inferior ni sujeto a este otro, sino como si hubiese dos papas; el tercero es el cadí; quarto los moderiz, que son probisores de los ospitales; quinto el antípi, que dize el ofiçio los días solenes, puesto sobre una escala y una espada desnuda en la mano, dando a entender lo que arriba dixe, que no se tiene de poner su ley en disputa, sino defenderla con las armas. El sexto es el imam, que son los que dizen el ofiçio al pueblo cada día. El postrero, mezin, aquellos que suben a gritar en las torres. El cadileschier eligen que sea un hombre el más docto que puedan y de mejor vida, al qual dan grandíssima renta, para que no pueda por dinero torzer la justicia; éste es allá como si dixésemos Presidente del Consejo real, y deste y de lo que en el Consejo se haze se apela para el muftí, que no entiende sino en lo eclesiástico. También tiene éste gran renta por la mesma causa.

JUAN.-¿Tanta como acá el papa?

PEDRO.-Ni aun la mitad. ¿No le basta a un hombre que se tiene de sentar él mesmo cada día a juzgar, y le puede hablar quien quiera, çient mill ducados?

JUAN.-Y sobra. ¿Pero no tienen su Consejo que haga la audiençia y ellos se estén olgando?

PEDRO.-Eso sólo es en los señores d'España, que en lo demás que yo he andado, todos los príncipes y señores del mundo hacen las audiencias como acá los oidores y corregidores. En Nápoles, si queréis pedir una cosa de poca importancia [a] algún contrario vuestro, lo haréis delante el mesmo virrey y en Siçilia lo mesmo y en Turquía lo mesmo.

MATA.-Ese me parece buen uso, y no poner corregidores pobres, que en ocho días quieren, a tuerto o a derecho, las casas hasta el techo.

PEDRO.-El cadí, que es el inferior a éstos, está como son acá los probisores de los obispos, administrando su justicia de cosas baxas, porque las de importancia van a los superiores. Ante éstos se hazen las cartas de dotes, castiga los borrachos, da cartas de horros a los esclavos, conosçe también de los blasfemos.

JUAN.-¿Qué mereçe quien blasfema?

PEDRO.-De Dios, cient palos; de Mahoma, muerte.

JUAN.-¿Pues en más tienen a Mahoma que a Dios?

PEDRO.-Diçen que Dios es grande y puede perdonar y vengarse; mas Mahoma, un pobre profeta, ha menester amigos que miren por su honrra.

JUAN.-¿Están dotadas las mezquitas como nuestras iglesias?

PEDRO.-Todas, pero las dignidades de cadileschier, muftí y cadí el rey lo paga; las otras maneras de saçerdotes tienen sus rentas en las mezquitas: quién tres reales, quién quatro y quién uno al día; y si esto no basta, como todos son casados y en el hábito no difieren de los seculares, hazen ofiçios mecánicos; ganan mucho, como allá no hay emprentas, a escribir libros, como el Alcoram, el Musaf y otros muchos de cançiones.

JUAN.-¿Caros valdrán desa manera?

PEDRO.-Un Alchoram, comúnmente, vale ocho ducados; quando murió el médico del Gran Turco, Amón, se apreçió su librería en çinco mill ducados, por ser toda de mano, y le había costado, según muchas vezes le oí jurar, 8.000, y çierto los valdría, aunque yo para mí no daría quatro reales.

MATA.-Tampoco daría él dos por la vuestra.

PEDRO.-Quanto más por la que agora tengo.

JUAN.-¿Tienen escuelas allá?

PEDRO.-Infinitas. Los señores, y primeramente el Emperador, las tienen en sus casas para los pajes: tienen maestros salarizados que van cada día a leerles su Alcorán, que es en arábigo, y el Musaph; de manera que, como a nosotros el latín, les es a ellos el arábigo. Leénles también philosophía, astrología y poesía; verdad es que los que enseñan saben poco

desto y los discípulos no curan mucho dello; pero, en fin, todavía saben más que los griegos christianos y armenos, que son todos bestias.

JUAN.-No me maravillo que sepan algo deso, que árabes hubo muy buenos astrólogos y filósofos.

PEDRO.-En aquellas quatro mezquitas grandes hay también escuelas como acá universidades, muy bien dotadas, y colegiales muchos dentro, y es tan grande la limosna que en cada una se haze, que si tres mill estudiantes quisiesen cada día comer en qualquiera de las mezquitas podrían, y çierto, si fuesen curiosos de saber, habría grandísimos letrados entrellos; pero en sabiendo hazer quatro versos se contentan.

JUAN.-¿Es posible que usan poesía? ¡Por vida de quien nos dixere un par dellos, por ver cómo son!

PEDRO.-Birichen, beg, ori ciledum derdumi, iaradandam iste mişcem iardumi, terch, eiledumza anumi gurdumi, ne ileim ieniemejun gunglumi. Ésta es una común canción, que cantan ellos, de amores a la diosa Asich, que es diosa de amor.

JUAN.-¿Qué quieren dezir?

PEDRO.-Una vez, cinco y diez he estado apasionado, demandando del Criador ayuda; menosprecié el consuelo y plazer de mi tierra. ¿Qué haré, que no puedo vencer la voluntad?

MATA.-Buena va.

PEDRO.-Sabed que para quien las entiende no hay en ninguna lengua cançiones más dolorosas que las turquescas; más es la gente que allá sabe leer y escribir, mucha, que no acá.

MATA.-Dense prisa, señores; ya saben que ha rato que estoy mudo.

JUAN.-Callad hasta que yo acabe, que después ternéis tiempo sin que nadie os estorbe,

MATA.-Con esa esperanza estoy más ha de una hora.

JUAN.-Pasemos a las religiones.

PEDRO.-Quatro órdenes hay de religión, tal qual: calender, derbis, torlach, isach. Los calenderos andan desnudos y en cabello, los cabellos largos hasta la çintura, llenos de termentina; visten çiliçio hecho de çerdas, y sobre las espaldas traen dos cueros de carnero, la lana afuera; las ijadas desnudas; en las orejas y brazos traen çiertas sortijas de yerro, y para mayor abstinencia traen colgada del miembro una sortija de metal que pese tres libras; andan desta manera por las calles, cantando cançiones bulgares, y danles limosna, porque ninguna destas órdenes tiene como acá monesterios, sino como ermitaños. El inventor déstos, en un libro que escribió, fue más christiano que moro. La segunda orden, de los dervises, andan como éstos, en el traer los pellejos, mas los zarcillos son unas sortijas de

piedra, la más fina que hallan; piden limosna con estas palabras: Alá iche, por amor de Dios. En la cabeza traen una caperuza de fieltro blanco a manera de pan de azúcar, y en la mano un bastón lleno de nudos tan grueso como pueden. Éstos tienen en la Anotolia un sepulchro de uno por quien dizen que se conquistó la mayor parte de Turquía, y fue de su orden, que llaman Cidibatal, donde habitan una multitud de más de quinientos, y cada año van allí a hazer el capítulo general, donde concurren muchas veces más de ocho mil, y están siete días con grandes fiestas y triumphos. El general destos se llama azan babá, que significa padre de padres. Entrellos hay algunos manzebos muy doctos, que traen unas bestiduras blancas hasta en pies; y cada uno destos en llegando es obligado a contar una historia, y luego la escriben con el nombre del autor y dásela al general.

JUAN.-¿De qué es la historia?

PEDRO.-Una cosa de las más de notar que ha visto por donde ha peregrinado, que nunca paran de andar en todo el año. Luego el viernes, que es su fiesta, tienen en un prado un gran banquete, sobre la mesma yerba, y siéntase el general entre todos aquellos manzebos, y sobre comida toman ciertas yerbas en polvos, que llaman aseral; yo creo que es cáñamo, que los haze estar, aunque no quieran, los más alegres del mundo, como borrachos. También le mezclan opio, que llaman afion; y toma el general el libro de las historias y házele leer públicamente que todos le oyan, y a la tarde hazen grandes hogueras, alderredor de las quales vailan, como todos están borrachos, y cada uno con un cuchillo agudo se da muchas cuchilladas muy largas por los pechos, brazos y piernas, diciendo: Ésta por amor de Ulana, ésta por amor de la tal. Otros labran con la punta de una aguja en las manos coraçones, o lo que quieren; y las heridas se sanan con un poco de algodón viejo quemado. Tras todo esto piden licencia del general y vanse todos. La tercera orden, de los torlacos, viste ni más ni menos pellejos de carnero; pero en la cabeza no traen caperuza ni cabello, sino cada semana se raen a nabaja, y por no se refriar untan las cabezas siempre con aceite; y todos, por la mayor parte, por ser apasionados de catarro, se dan unos cauterios de fuego en las sienes con un poco de trapo viejo, porque no carguen los humores a los ojos y los cieguen. Son grandísimos bellacos, chocarreros, y no hay quien sepa entrellos leer ni escribir; ándanse de taberna en taberna cantando y pegándose a donde ven que les han de dar de comer; salen a los caminos en quadrilla, y si topan alguno que puedan quitar la capa, no lo dexan por miedo ni vergüenza; en las aldeas hazen como giptanos en creer que saben adivinar por las manos, y con esto allegan queso, huebos y pan y otras cosas; traen los vellacos de tantos en tantos un viejo de ochenta años que haga del sancto, y adóranle como a tal, y muchas veces habla mirando al çielo cosas que dize ver allá y a grandes voces dize a sus discípulos: Hijos míos, sacadme presto de este pueblo, porque acabo de ver en el çielo que se apareja un gran mal para él, y ellos fingen quererle tomar acuestas, y el bulgo les ruega con grandes dádivas que por amor de Dios no les lleben aquel sancto de allí, sino que ruegue a Dios alze su ira, pues también está con él, y él comienza luego a ponerse en oración, y aquí veréis que la jente no se da manos a ofresçer, y todos salen cargados como asnos y se van reyendo de las bestias que les creían. Son sobre todo esto grandísimos bujarrones. Los isaches, que es la postrera orden, andan bestidos de lienzo y traen unos tocados turquescos groseros y pequeños, y cada uno una bandera en la mano, andan cantando por las calles pidiendo.

JUAN.-Parésceme que me dixistes que tenían dos pasquas, y no me declarastes más de la una, de quando les embió Dios la ley.

PEDRO.-La otra es en fin de octubre, que llaman de los peregrinos que van a la Mecha, la qual ellos çelebran allá.

JUAN.-¿Qué, usan también como nosotros peregrinaje?

PEDRO.-Y muy solemne. Hallan escrito en sus libros que quien una vez va a la Mecha en vida, Dios no permite que se condene, por lo qual ninguno que puede lo dexa de hazer; y porque es largo el camino se parten seis meses antes para poderse hallar allá a tiempo de celebrar esta su fiesta, y conçiertanse muchos de ir juntos, y los pobres, mezclados con los ricos, dan consigo en el Cairo, y de allí van por un camino muy desierto, llano y arenoso en tanta manera, que el viento haze y deshaze montañas del arena y peligran muchos, porque los toma debaxo, y de aquí se haze la carne momia, según muchos que la traen me contaban, que en Constantinopla todas las vezes que quisiéredes comprar doçientos y tresçientos cuerpos destos hombres los hallaréis como quien compra rábanos. Han menester llebar camellos cargados de agua y probisión, porque a las vezes en tres días no hallan agua; son los desiertos de Arabia, y ningún otro animal se puede llebar por allí sino el camello, porque sufre estar quatro y çinco días sin beber ni comer, lo que no hazen los otros animales.

MATA.-Por mi vida que estoy por asentar ésa; çinco días sin comer ni beber y trabajar.

PEDRO.-Tiempo del año hay en el imbierno que sufren quarenta días, porque os espantéis de beras; y porque he sido señor de çinco camellos que del Gran Turco tenía para mi recámara, y si fuese menester salir en campo, os quiero contar, pues no es fuera de propósito, qué carguerío es el del camello, y también porque pienso haber visto tantos como vosotros ovejas, que mi amo solo tenía para su recámara dos mill, y no le bastaban.

MATA.-Camaleones diréis, de los que se mantienen del viento; porque camellos comerán mucha cebada, siendo tantos.

PEDRO.-No acabaremos ogaño; sea como vos quisiéredes, decídoslo vos todo.

JUAN.-Dexadle haora deçir.

MATA.-Por mí diga lo que quisiesse.

PEDRO.-Ningún carguerío por tierra hay mejor que el del camello, porque tiene estas propiedades: aunque la jornada sea de aquí a Hierusalem, no tenéis de cargarle más de una vez.

MATA.-¿Nunca se descarga?

PEDRO.-Jamás en toda la jornada, sino él se echa a dormir con su carga y se levanta quando se lo mandaren, pero no le habéis de echar más carga de aquella con que se pueda

bien levantar; ni tenéis a qué ir al mesón, sino en el campo se echan quando se lo mandéis; andan recuas de diez y doze mill, y en casa de los señores, camellero mayor no es de los menores cargos.

MATA.-Por quanto tengo, que no es nada, no quisiera dexar de saver ese secreto.

PEDRO.-Pues callad y diréos otro mayor al propósito que se levantó; si le habéis de dar dos çelemines de zebada cada día, y le dais de una vez media hanega, la comerá como vos una pera, y por aquellos tres días no tengáis cuidado de darle nada, y a beber lo mesmo, y si queréis probar con una entera, maldito el grano dexa, y si dos le saliesen, que no les huirían el campo; allá tienen çiertas bolsas de donde lo tornan a rumiar como cabras; y no habléis más sobre esto, que es más viejo y común que el repelón entre los que han visto camellos y tratádoslos. Llegan por sus jornadas los peregrinos a la Medina, que es una çibdad tres jornadas de la Mecha, y allí los salen a rescibir y hay muchos persianos y indios que han venido por las otras partes. Otro día que han llegado y la pasqua se azerca, hazen reseña de toda la jente, porque dizen que no se puede zelebrar la pasqua si son menos de sesenta mill, y la bíspera de la pasqua o tres días antes van todos a una montaña çerca de la Mecha y desnúdanse, y aunque vean algun piojo o pulga no le pueden matar, y llámase la montaña Arafet Agi; y métense en un río, el agua hasta la garganta, y están allí entre tanto que les dizen çiertas orationes.

JUAN.-¿A qué propósito?

PEDRO.-Porque Adán, después que pecó, en aquel río hizo otro tanto, y Dios le perdonó; y vestidos van a la Mecha de mañana, y lo primero tocan los que pueden el Alcorán a la sepultura de Mahoma, y dizen sus solenes ofiçios, que tardan tres horas, y luego todos los que han podido tocar el sepulchro van corriendo a la montaña como bueyes quando les pica la mosca.

JUAN.-¿Para qué?

PEDRO.-Porque con aquel sudor caen los pecados, y para dar lugar los que han tocado a los que no.

JUAN.-¿Muéstranles el cuerpo?

PEDRO.-No más del sepulchro, y un çapato dorado suyo, llamado isaroh, que está colgado y cada uno va a tirar dos piedras en un lugar redondo, que está allí çerca, donde dizen que el diablo apareçió a Ibrahim quando edificaba aquel templo, por ponerle miedo y que no lo edificase. Y el Abraham le tiró tres piedras y le hizo huir; y ençima el monte hazen grandes sacrificios de carneros, y si acaso entrase algun esclabo allí, era libre. Tornan otra vez a la Mecha, y hazen grandes orationes, rogando a Dios que los perdone y ayude como hizo a Ibrahim quando edificaba aquel templo; y con esto se parten y van a Hierusalem, que en su lengua dize Cuzum Obarech, y hazen allí otra oración a su modo donde está el sepulchro de Christo.

JUAN.-¿Pues qué tienen ellos allí que hazer?

PEDRO.-¿No os tengo dicho que le tienen también en mucha veneración? No ternían por azepto el peregrinaje si no fuesen allá.

JUAN.-¿Abrahan dizen que edificó aquel templo?

PEDRO.-Hallan escrito en sus libros que Dios le mandó a Abraham que le edificase allí una casa donde viniesen los pecadores a hazer penitencia, y lo hizo; y más que las montañas le traían la piedra y lo que era menester. A una esquina de la Mecha está un mármol que dizen que mandó Dios a Abraham traer y poner allí, medio blanco medio negro, el qual todos adoran y tocan los ojos y algunos librillos a él como reliquias.

JUAN.-¿Qué misterio tiene?

PEDRO.-Diçen que es el ángel de la guardia de Adán y Eba, y porque los dexó pecar y no los guardó bien, Dios le convirtió en mármol, y estará allí haziendo penitencia hasta el día del Juicio.

JUAN.-¿Cómo está el sepulchro?

PEDRO.-Sus mesmos discípulos le hizieron muy hondo, y metido en una caja le pusieron dentro; después hizieron una como tumba de mármol, con una tabla de lo mesmo a la cabecera y otra a los pies, escrito en ellas cómo aquélla es su sepultura, y allí adoran todos. Está cubierta ençima con un chamelote verde. Los armenos habían una vez hecho una mina de más de media legua para hurtarles el cuerpo, y fueron descubiertos y justiçados, lo qual cuentan por gran milagro que hizo Mahoma.

JUAN.-Mejor quento fuera si le cojieran su profeta.

PEDRO.-Y por esto le hizieron unos yerros que ziñen toda la sepultura por baxo y arriba. Dexó dicho quando murió que no había de estar allí más de mill años y éstos no había de durar la seta, sino que habría fin, y de allí se había de subir al çielo. Destos que buelven de la Mecha muchos toman por devoçión andar con unos cueros muy galanes que hazen aposta, llenos de agua, que cabrán dos cántaros, acuestas y con una taza de fuslera muy limpia, dando a beber a todos quantos topan y convidándolos a que lo quieran hazer por fuerza, porque en acabando de beber digan graçias a Dios.

MATA.-¿Qué les dan por eso?

PEDRO.-No nada quien no quiere, mas algunos les dan y lo toman.

JUAN.-¿Hazen quando mueren, en sus testamentos, mandas grandes como acá, de ospitales, o no saben qué cosa son?

PEDRO.-No menos soberbias mandas hazen que nosotros, sino más, y en vida son más limosneros. Los quatro emperadores que ha habido, donde están enterrados han dexado aquellas quatro mezquitas, tan magníficas, con sus ospitales, como os dixen; otros Vaxás, sin

éstos, han hecho muchos ospitales; hazen también mesones por todos los pueblos y desiertos, que llaman carabanzas por amor de Dios. Adrezan caminos, traen fuentes adonde ven que hay falta de agua; neçesarias para andar del cuerpo las han hecho tan bistasas, que pensaréis ser algunos palaçios, diçiendo que es limosna si por allí toma la prisa a alguno, hallar donde lo hazer a su plaçer; y no es posible que no diga después: bien haya quien te hizo. No solamente tienen por mucho mérito hazer bien a los próximos, pero aun a los animales salvajes, de donde muchos se paran a echar pan a los pezes en la mar, diçiendo que Dios lo resçibe en serviçio. Toda Constantinopla está llena de perros que no son de nadie, sino por detrás de aquellas zercas, junto al palaçio del Gran Turco, hay tantos como hormigas; porque si una perra pare tienen por pecado matarle los hijos, y desta manera multiplican como el diablo. Lo mesmo hay de gatos, y todos, como no son de nadie, ni duermen en casa, están llenos de sarna. La limosna que muchos hazen es comprar una dozena o dos de asaduras o de panes y ponerse a repartírselos. Quando está alguno malo, meten dentro una jaula muchos pájaros, y para aplacar a Dios ábrenla y déxanlos salir a todos. Otras muchas limosnas hazen harto más que nosotros, sino que como cada uno que viene de la feria quenta según que le va en ella, disfámanlos si no lo hizieron bien con ellos, y dicen que son crueles y bárbaros y mill males.

JUAN.-¿Cómo se han en los mortuorios?

PEDRO.-Ya os dixen en el enterramiento de mi amo lo que había. Si es hombre, lábanle hombres; si muger, mugeres, y envuelto en una sábana limpia le meten en un ataút y llébanle cantando; y si es pobre, pónenle en una parte donde pasa jente, y allí piden a quantos pasan limosna para pagar a los que cantan y le entierran en el campo, y como es hecho así, le ponen los mármoles en la sepultura. Las mugeres no van con el cuerpo, mas acostumbran ir muchas vezes entre año a visitar las sepulturas, y allí lloran.

MATA.-A propósito vernían tras los mortuorios las bodas, digo si a ellos les paresçe.

JUAN.-Sea así.

PEDRO.-A mí no se me da más uno que otro, si todo se tiene de deçir. Llámase en su lengua el matrimonio eulemet, y es muy al rebés de lo que acá usamos; porque él tiene de dar el dote a ella, como quien la compra, y los padres della ninguna cosa a él más de lo que heredara, y si tiene algo de suyo que se lleba consigo; y sobre todo esto, no la tiene de haver visto hasta que no se pueda deshazer el matrimonio y haya pagádole todo el dote, el qual resçibe el padre de la nobia antes que salga de casa, y cómprale a la hija vestidos y joyas dello. La madre va de casa en casa combidando mugeres para la voda, quantas su posibilidad basta. Lleban una colaçión muy grande a casa de la nobia, con trompetas y atambores, donde hallan que están allegadas ya todas las mugeres, las cuales salen a resçibir el presente que el esposo embía, y otro día de mañana tornan y comen en la boda con la esposa; porque el esposo no se halla allí en ninguna fiesta, sino se está en casa.

MATA.-¿De manera que sin él se haze la boda?

PEDRO.-Toda mi fe. Acabado el banquete que tienen entre sí las mugeres, la lleban al baño y lábanla toda muy bien, y con haleña le untan los cabellos como hazen acá las colas y

crines de los caballos, y las uñas y manos todas labradas de escaques con la mesma haleña, y las piernas hasta la rodilla; y las mugeres, por librea, en lugar de guantes, se untan con la haleña el dedo pulgar de la mano derecha, y la media mano que lleban de fuera, que paresçen rabaño de ovejas almagradas. Quitada la haleña desde a una hora queda un galán color de oro; quando viene la esposa de la estupha siéntanla en medio y comienzan de cantar mill cançiones y sonetos amorosos y tocar muchos instrumentos de música, como harpas y guitarras y flautas, y entended que no puede haber en esta fiesta hombre ninguno.

MATA.-¿Pues quién tañe?

PEDRO.-Ellas mesmas son muy músicas; dura esta fiesta de bailar y voltear hasta media noche, y en oyendo el gallo cantar, todas alzan un alarido que diçe: cachialum, huyamos, y vanse a dormir y vuelven a la mañana a esperar el pariente del nobio más çercano, que es el padrino que viene por la esposa para llebarla a casa del marido.

JUAN.-¿Cómo se llama el padrino en turquesco?

PEDRO.-Sagdich, el qual va con grande acompañamiento de caballos, y entrellos lleba uno vaçío, el más gentil de todos y mejor enjaezado, en que ella venga, y muchas azémilas en que venga su ajuar, que todavía les dan los padres, y las mugeres que están con ella no le dexan entrar en casa si no haze primero cortesía de una buena colaçión; y toma su nobia, acompañada de gran caballería, ansí de mugeres como de hombres, y muchos instrumentos de músicas. La nobia lleva un belo colorado en el rostro, y llegados a casa del esposo se apean sobre alombras y ricos paños, y déxanla allí y buélvense a la noche. El segdich desnuda a él y una muger a ella, y métenlos en la cama; lleba ella unos calzones con muchos nudos, los quales no se dexa desatar si primero no le promete las harras; a la mañana los lleban al baño a labarse.

JUAN.-¿No hay más bendiçiones desas ni cosas eclesiásticas?

PEDRO.-No más de que el cadí haze una carta de dote, en que da fe que Ulano se casó con Ulana tal día, y le da tanto de chibin, que es el dote, y por esto les rapa un ducado. Los parientes, como se usa acá en algunas partes, les empresentan algunos dineros o ropas a los rezién casados.

JUAN.-Parésçeme que el esposo haze pocas fiestas.

PEDRO.-Hasta un día después de la voda es verdad, pero después pone muchos premios y joyas para los que mejor corrieren a pie y a caballo. El padrino haze poner un árbol como acá mayo, el más alto que halla, a la puerta del nobio, y ençima un jarro de plata, y que todos los que quisieren le tiren con los arcos, y el que le açertare primero con la saeta es suyo.

JUAN.-¿Permiten divorçio?

PEDRO.-Habiendo causa manifiesta sí; pero es obligado el marido a darle todo el dote y harras que le mandó y quanto ella trajo consigo, y vase con esto casa de sus padres; y no

puede ser tornada a demandar otra vez dél si no fuere haziendo nuebo dote, y con todo esto, si la quiere, ha de tener un turco primero que hazer con ella delante dél.

MATA.-Pocos las querrán desa manera segunda vez.

PEDRO.-Entre los mesmos christianos que están allá se permite una manera de matrimonio al quitar, como çenso, la qual hallaron por las grandes penas que les llebaban los turcos si los topaban amañebados; y es desta manera: que si yo me quiero casar, tomo la muger christiana que me paresçe; digo si ella quiere también, y vamos los dos casa del cadí, y dígole: Señor, yo tomo ésta por muger y le mando de quibin çinquenta escudos, o lo que quiero, según quien es; y el cadí pregunta a ella si es contenta, y diçe que sí; házeles luego su carta de dote y danle un ducado y llébala a casa. Están juntos como marido y muger hasta que se quieran apartar o se arrepientan, por mejor dezir. Si él la quiere dexar, hale de dar aquel dote que le mandó, y váyase con Dios; si ella le quiere dexar a él, pierde aquello y vase sin nada, comido por servido, y desta manera están casados quantos mercaderes veneçianos y florentines hay allá, y cristianos muchos que han sido cautivos y son ya libres, viendo que hay mejor manera de ganar de comer allá que acá, luego toman sus mugeres y hazen casa y hogar; hazen esta quenta, que aunque vengán acá como están pobres, no los conosçerá nadie. El embajador de Françia se casó, estando yo allí, desta manera.

MATA.-¿Y vos, padre, por qué no os casastes?

PEDRO.-Porque me vine al mejor tiempo, que de otra manera creed que lo hiziera por gozar del barato, que hartas me pidían.

MATA.-¡Hi de puta, si acá viniese una bula que dispensase eso, cómo suspendería a la Cruzada!

PEDRO.-Más querría ser predicador estonçes que arçobispo de Toledo.

JUAN.-Pocos son los que las dexarían de tomar, y aun dobladas para si la una se perdiese. ¿Esos christianos no se casan por el patriarca suyo?

PEDRO.-Los que se casan a ley a vendiçión sí, porque lo hazen como acá nosotros; pero los forasteros que están ahí, más lo hazen por las penas que les lleban si los topan que por otra cosa.

Capítulo XVI

La justicia. El sultán

JUAN.-Vámonos poco a poco a la justiçia, si no hay más que dezir del matrimonio.

PEDRO.-Ni aun tanto. La justicia del turco conoce igualmente de todos, así christianos como judíos y turcos. Cada juez de aquellos principales tiene en una mesa una cruz, en la qual toma juramento a los christianos, y una Biblia para los judíos. El cadileschier, dexado aparte el Consejo real, es la suprema justicia, medio eclesiástica. Si es cosa clara, examina sus testigos y oye sus partes, y guarda justicia recta; si es caso criminal, remítele al subaxi, que es gobernador, y así matan al omicida, ahorcan al ladrón, empalan al traidor, y si uno echa mano a la espada para otro, aunque no le hiera, le prenden y, desnudo, le pasan quatro o cinco cuchillos por las carnes, como quien cose, y le traen a la vergüenza; y deste miedo he visto muchas vezes darse de bofetones y tener las espadas en las cintas y no osar echar mano a ellas, y en cerca de quatro años que estube en Turquía no vi matar y herir más de a un hombre, que era christiano y muy principal, llamado Jorje Chelevi. Y este subaxi tiene poder sobre todas las mugeres que no son onestas.

JUAN.-¿Y si los testigos son falsos, sácanles los dientes?

PEDRO.-Los dientes no, pero úntanle la cara toda con tinta, y pónenle sobre un asno al rebés, y danle por freno la cola, que llebe en la mano, y con esto le traen a la vergüenza, y el asno lleba en la frente un rótulo del delito y vanle tirando naranjas y berengenas, y buuelto a la cárcel le yerran en tres partes, y no vale más por testigo; en cosas de pena pecuniaria luego os meten en la cárcel; el que debe, de cabeza en un zepo hasta que pague, y otras vezes le hazen un cerco con un carbón que no salga de allí sin pagar, so grandes penas. La más común de todas las justicias en casos criminales, como no los hayan de matar ni abergonzar por la tierra, es darles de palos allí luego, frescos, casa del mesmo juez: porque riñó, porque se emborrachó, porque blasphemó livianamente, porque de otra manera le queman bibo.

JUAN.-¿En dónde le dan los palos?

PEDRO.-En las plantas de los pies. Toman una palanca y en medio tiene un agujero, del qual está colgado un lazo. y por aquél mete los pies; y échanle en tierra, y dos hombres tienen la palanca de manera que los pies tiene altos y el cuerpo en tierra; cada juez y señor tiene una multitud de porteros, que traen, como acá varas, unos bastones en la mano; y éstos le dan uno de un lado y otro de otro los palos que la sentencia manda; por cada palo que les dan han de pagar un áspero a los que les dan, y así se le dexan después de haver pagado.

JUAN.-Válame Dios, ¿y no le mancan?

PEDRO.-Allá va coxeando y le lleban acuestas; por tiempo se sana, pero muchos veréis que siempre andan derrengados, tal vez hay que se quiebren de aquellos bastones, en uno diez y veinte, como dan medio en vago. Quando Çinán Baxá, mi amo, era Virrey, no lo tengáis a burla, que por Dios verdadero así venían cada semana cargas de bastones a casa como de leña, y más se gastaba ordinariamente. Hay cada día muchos apaleados en casa de cada juez. Un día que Çinán Baxá me hizo juez, yo executé la mesma justicia.

MATA.-¿No había otro más hombre de bien que hazer juez o por qué lo hizo?

PEDRO.-Era caso de medicina; demandaba una vieja griega christiana a un médico, el de mejores letras, judío, que allí había, que le pagase a su marido que se le había muerto; lo qual probaba porque un otro médico judío catalán enemigo suyo, dezía que él defendería ser así. El bellaco del catalán era el más malquisto que había en la çibdad, y conmigo mesmo había reñido un día sobre la cura de un caballero. Por ser muy rico salía con quanto quería, y todos le tenían miedo. Mi amo remitióme a mí aquella causa, que mirase cuál tenía razón, y sentéme muy de pontifical, y llamadas las partes, el catalán alegaba que no sé qué letuario que le había dado era contrario. El otro daba buena cuenta de sí. Como yo vi que iba sobre malicia, mandé llamar a los porteros y un alguazil, que se llama chاوز, y mandéle dar çient palos, y que por cada uno pagase un real a los que se los diesen, lo qual fue muy presto executado con la cobdiçia del dinero. Como el Baxá oyó las voces que el pobre judío daba, preguntó qué fuese aquello. Dixéronle: Señor, una justicia que el christiano ha mandado hazer. Hízome llamar presto, y díxome algo enoxado: ¡Perro! ¿Quién te ha mandado a ti dar sentençias? Yo respondí: Vuestra Exçelencia. Díxome: Yo no te mandé sino que vieses lo que pasaba para informarme. Yo le dixé: Señor, Vuestra Exçelencia, así como así, lo había de hazer, ¿qué se pierde que esté hecho? Con esto se reyó, y quedóse con sus palos. Holgáronse tanto los judíos de ver que no había aquel bellaco jamás hallado quien le castigase, que por la calle donde yo iba me vesaban los judíos la ropa. En el tiempo que Çinán Baxá gobernaba tenía los mejores descuidos de justicia del mundo todo.

JUAN.-¿En qué?

PEDRO.-Muchas vezes se iba disfrazado a los bodegones a comer por ver lo que pasaba; cada noche rondaba toda la çibdad para que no pegase nadie fuego; como las casas son de madera, pequeñas, sería malo de matar; y si después que tocan unos atambores a que nadie salga, topaba alguno fuera de casa, luego le colgaba en la mesma parte. Hazía barrer las puertas a todos los vezinos; y si pasando por la calle veía alguna puerta suçia, luego hazía baxar allí la señora de la casa, y las moças y a todas les daba, en medio de la calle, de palos; yendo yo con él un día le vi hazer una cosa de príncipe, y es que vio un judío con unas haldas largas y todo lleno de rabos, como que los tenía del otro año secos, y los zapatos y calzas ni más ni menos, y llamóle y preguntóle si era veçino del pueblo; dixo que sí; y si era casado; dixo que sí; y si tenía casa; a todo respondió que sí. Dize: Pues and'allá, muéstrame tu casa que la quiero saber. El judío se fue con él y se la mostró, y mandó llamar a su muger y preguntóle si era aquel su marido; dixo ella: sí, señor; dize: ¿date de comer y lo que has menester todo? respondió: por çierto, señor, muy cumplidamente. Bolvióse después a los porteros, que iban tras él, y díxoles: dalde, en medio esta calle, çient palos a la vellaca, pues dándole todo lo que ha menester su marido, no es para limpiarle las cazcarrias. No lo hubo acabado de dezir quando fue puesto por obra.

MATA.-Ruin sea yo si de chançillería se quente punto de más recta justicia ni más graçioso. Y a propósito, ¿esa jente llamáis bárbara? Nosotros lo somos más en tenerlos por tales.

PEDRO.-Su viçio era andarse todo el día solo por las calles, disfrazado, mirando lo que pasaba para cojerlos en el hurto, visitando muy a menudo los pesos y medidas.

JUAN.-¿Y al que lo tiene falso qué le hazen?

PEDRO.-Toman una tabla como mesa, y alderredor colgados muchos zenzerros y campanillas, y házenle por medio un agujero, quanto pueda sacar la cabeza, para que la llebe enzima de los hombros, y tráenle así por las calles, entiznada la cara y con una cola de raposo en la caperuza.

JUAN.-Todas son buenas maneras de justiçia ésas, y agora los tengo por rectos.

PEDRO.-Mas deçildes que no la guarden, veréis cómo les irá; maldito el pecado venial hay que sea perdonado en ningún juez; a fe que allí no aprovechan cartas de fabor, y la mejor cosa que tienen es la brevedad en el despachar; no hayáis miedo que dilaten como acá para que, por no gastar, el que tiene la justiçia venga a hazer conçierto de puro desesperado; en Consejo real y en las otras abdiençias hay esta costumbre, que ningún juez se puede levantar de la silla si primero no se dize tres vezes: ¿quim maz lahatum bar?, ¿quién quiere algo?

MATA.-¿Aunque sea hora de comer?

PEDRO.-Aunque le amanezca allí otro día.

JUAN.-Juzgan por sus letrados y escribanos?

PEDRO.-Sus libros tienen los juezes, y letrados hay como acá, pero no tanta barbarería y confusión babilónica; quien no tiene justiçia, ninguno hallará que abogue por él a traer sofisticas razones; pocos libros tienen, lo más es arbitrario.

MATA.-¿No habrá allá pleitos de treinta años y quarenta como acá?

PEDRO.-No, porque niegan haber más de un infierno; y si eso tubiesen, eran obligados a confesar dos. Quando el pleito durare un mes, sera lo más largo que pueda ser, y es por el buen orden que en todas las cosas tienen. Si yo quiero pedir una cosa la qual tengo de probar con testigos, es menester que quando pido la primera vez tenga los testigos allí trabados de la halda, porque en demandando preguntan: ¿tienes testigos?, en el mesmo instante se ha de responder: Sí, señor; helos aquí; y examínanlos de manera que quando me voy a comer ya llebo la sentençia en fabor o contra mí.

JUAN.-¿Cómo llebáis los testigos si primero el juez no los manda llamar?

PEDRO.-Cada uno de aquellos cadís o subaxis tiene porteros muchos, como os tengo dicho, y llamadores y çitadores, y otros que llaman cazazes, como acá porquerones, y todos éstos tienen poder, como se lo paguéis, de llebar de los cabezones a quantos le mandareis, si no quieren ir de grado.

MATA.-¡Oh, vendito sea Dios, que sean los infieles en su seta sanctos y justiçieros y nosotros no, sino que nos contentemos con sólo el nombre!

JUAN.-¿Cómo se haze el Consejo Real?

PEDRO.-En Turquía todos son esclabos, sino sólo el Gran Turco, y destos, tres más privados haze Vaxás, que, como dicho tengo, es dignidad de por vida, los quales tres Vaxás son los mayores señores que allá hay; tienen de renta para su plato, cada çinquenta mill ducados, sin muchas çibdades y provinçias que tienen a cargo, y los presentes que les dan, que valen más de dosçientos mill. Dentro el zerraje del Gran Turco hay una sala donde se tiene el Consejo, dentro la qual hay un trono, todo hecho de gelosías, que cae adentro a los aposentos del emperador, y de allí habla lo que han de hazer, y quando piensan que está allí no está, y quando piensan que no está, está. Por manera que ninguno osa hazer otra cosa que la que es de justiçia. Los tres Baxás son los que gobiernan el imperio, como si dixésemos acá del Consejo de Cámara, y con éstos se sientan los dos cadileschieres, y a la mano izquierda se sientan los tephterdes, que es como Contadores mayores, y ansí hazen su abdiencia, que llaman diván, con toda la brevedad y rectitud que pueden; y si por caso ellos o los otros juezes hazen alguna sin justiçia, aguardan a que el Gran Turco vaya el viernes a la mezquita, y ponen una petición sobre una caña por donde ha de pasar, y él la toma y pónesela en la toca que lleba, y en casa la lee y remedia lo que puede, para mal de alguno, y acabado el Consejo se da orden de comer allí donde están, y si acaso hay mala información de algún capitán, mándale empresentar el rey una ropa de terçiopelo negro, la qual le significa el luto, de manera que sin alboroto en el Consejo secreto le llaman, y el Gran Turco le haze una reprehensión, y para que se emiende en lo de por venir, luego del pie a la mano le haze cortar la cabeza y embíale a casa. Estos Baxás no tienen para qué ir a la guerra sino yendo la mesma persona del Gran Señor.

MATA.-Soberbia cosa será de ver el palacio del Emperador.

PEDRO.-No le hay en christianos semejante. En medio tiene un jardín muy grande, y conforme a tan gran señor; está a la orilla del mar, de suerte que le vate por dos partes y allí tiene un corredorçico todo de jaspe y pórfido, donde se embarca para irse a holgar. Dentro el jardín hay una montaña pequeña, y en ella va un corredor con más de doçientas cámaras, a donde solían posar los capellanes de Sancta Sofía. Todo esto cercado como una çibdad, y tiene seis torres fuertes llenas de artillería, y aun de thesoro, que no hay tanto en todo el mundo como él sólo tiene; y todo al derredor bien artillado; los aposentos y edifiçios que hay dentro no hay para qué gastar papel en deçirlos.

MATA.-Quien tan grande cosa tiene ¿no podrá dexar de tener gran corte?

PEDRO.-Esa os contaré brevemente; pero sabed primero que todos los señores, ansí el Rey como Baxás, tienen dentro de sus casas toda su corte por gran orden puesta, que el cozinero duerme en la cozina, y el panadero en el horno, y el caballero en el establo; y todos los ofiçios mecánicos de sastre, çapateros, herreros, y plateros todo se cierra dentro de casa, juntamente con los gentiles hombres, camareros y thesoreros y mayordomos.

JUAN.-No deben de ser gente muy regalada, si todos caben dentro una casa quantos habéis nombrado.

PEDRO.-Hazed cuenta que es un monesterio de los fraires de San Françisco, y aun ojalá tubiesen cada uno su çelda, que serían muy contentos. Tres pajes son en la cámara del Gran Turco los más privados de todos. El primero, que le da la capa y siempre quando sale fuera le lleva un fieltro para si llubiere. El segundo, lleba detras dél un baso con agua para que se labe donde quiera que se halle para hazer oración. El otro lleba el arco y la espada. Házenle de noche, quando duerme, la guarda con dos blandones ençendidos. Hay, sin éstos, quinze pajes de cámara, que también se mudan para hazer la guarda y quarenta guardarropas; hay también tres o quatro thesoreros y otros muchos pajes, que sirven en la contaduría; los más preminentes ofiçios, tras éstos, son: portero mayor, que se llama capichi baxá, y su teniente déste; y sin éstos, otros tresçientos porteros; cozinero y despensero mayor son tras esto, en casa del Rey y los demás prinçipes, preminentes ofiçios, y tienen en algo razón, pues por su mano ha de pasar lo que comen todo. El cozinero mayor tiene debaxo de sí más de çiento y çinquenta cozineros, entre grandes y chicos, y el despensero otros tantos; y llaman al cozinero aschi baxí, y al despensero quillergí baxí. El panadero y caballerizo también son dest'arte. El sastre, que llaman terezí baxá, tiene otros tantos.

MATA.-¿Cómo tienen tantos?

PEDRO.-Yo os diré: como por nuestros pecados, cada día lleban tantos prisioneros por mar y por tierra, del quinto que dan al emperador, y de otros muchos que le emprentan, los muchachos luego los reparte para que deprendan ofiçios a la cozina, tantos y a la botillería tantos, y ansí; y la pestilençia también lleba su parte cada año, que no se contenta con el quinto ni aun con el terçio vezes hay. El principal cargo en la corte, después de los baxás, es bostangi baxí, jardinero mayor, por la privaça que tiene con el Gran Turco de hablar con él muchas vezes; y quando va por la mar, éste lleba el timón del bergantín; tiene debaxo de sí éste doçientos muchachos, que llaman jardineros, a los quales no les enseñan leer ni escribir sino esto sólo, y el que déstos topa el primer fruto para emprentar al Turco tiene sus albríçias.

MATA.-¿Qué ha de hazer de tanto jardinero?

PEDRO.-Estos doçientos entended que son del jardín de palaçio, que de los otros jardines más son de quatro mill.

MATA.-¿Jardineros?

PEDRO.-Sí; bien nos contentaríamos todos tres si tubiésemos la renta que el Gran Turco de solos los jardines. La primera cosa que cada señor haze es un jardín, el mayor y mejor que puede, con muchos çipreses dentro, que es cosa que mucho usan; y como ha cortado la cabeza a tantos baxás y señores, tómales todas las haziendas y cáenle jardines hartos; y de aquellos agás grandes que tiene por guarda de las mugeres y pajes haze grandes señores, y como son capados y no pueden tener hijos, en muriendo queda el Turco por heredero universal. Berças y puerros y toda la fruta se vende como si fuese de un hombre pobre, y se hazen cada año más de quatro mill ducados de tres que yo le conozco, que el uno tiene una legua de çerco.

MATA.-¿De qué naçión son esos moços?

PEDRO.-Todos son hijos de christianos, y los privados que tiene en la cámara y en casa también.

JUAN.-Espántame decir que todos sean allá esclabos, sino el Rey.

PEDRO.-Todos lo son y muchas vezes veréis uno que es esclabo del esclabo del esclabo; azemileros, camelleros y jente de la guarda del Gran Turco y otros ofiçiales neçesarios, entended que hay como acá tienen nuestros Reyes, sin que yo los quente médicos, y barberos, y aguadores, y estuphas.

JUAN.-¿Quántos serán aquellos eunuchos prinçipales que hay dentro el çerraje?

PEDRO.-Más de çiento, de los quales hay diez que tienen cada día de paga quatro ducados, y otros tantos de a dos, y los demás a ducado, y vestidos de seda y brocado.

MATA.-¿Y éstos pueden salir a pasear por la çibdad?

PEDRO.-Ninguno, ni de quantos pajes he contado, que son más de doçientos, puede salir ni asomarse a ventana más que las mugeres; porque son çelosos, y como creo que os dixé otra vez ayer, todos, desde el mayor al menor, quantos turcos hay son buxarrones, y quando yo estaba en la cámara de Çinán Baxá los vía los muchachos entre sí que lo deprendían con tiempo, y los mayores festejaban a los menores.

JUAN.-Y quando esos pajes son grandes, ¿qué les hazen? ¿múdanlos?

PEDRO.-Luego los hazen espais, que son como gentiles hombres de caballo, y les dan medio escudo al día, y caballo y armas, y mándanle[s] salir del zerraje, metiendo en su lugar otros tantos muchachos. Allí les van cada día los maestros a dar liçión de leer y escribir y contar.

Capítulo XVII

El ejército

JUAN.-He oído que en las cosas de la guerra el Gran Turco no gasta dinero como nuestros reyes.

PEDRO.-¿Ya queréis que entremos en la guerra? Pues sea ansí. Digamos primero de los señores y capitanes. Tras los tres baxás, la mayor dignidad es beguelerbai, que es como quien dice señor de señores. Capitán general destos hay uno en Greçia, el qual tiene debaxo de sí quarenta sanjaques.

MATA.-¿Qué es sanjaque?

PEDRO.-Como acá maestros de campo o coroneles: sangac, en su lengua, quiere dezir bandera; y çiento y çinquenta subagis, que son gobernadores. El beglerbai tiene treinta mill ducados de paga, sin sus probechos, que son mucho más. Los sanjaques baís tienen de quatro a seis mill ducados; los subaxis, de mill a dos mill; el segundo beglerbai es de la Anotolia, y tiene treinta santjaques y çient subaxis quasi de la mesma paga. Tiene también ocho mill espais y el de la Greçia otros tantos y más. El terçero es el beglerbei de la Caramania; no es tan grande como estos otros. Tiene diez sanjaques y entre subagis y espais obra de diez mill. El quarto es el beglerbai de Amaçia. Tiene como éste la paga y jente. El quinto es el de Arbecha, en Mesopotamia. Danle más partido que a los otros porque está en la frontera del Sophí. Tiene beinte sanjaques con quinçe mil caballos; tiene sobre todo esto un Virrey en las tierras que tomó al Adulí y otro en el Cairo, que le embían cada año grandes thesoros. En el campo es preferido el beglerbei de la Greçia, y no puede nadie tener las tiendas colocadas ni junto a la del gran señor sino los tres baxás, y éstos, y si hay algún hijo del Gran Turco es obligado a estar debaxo de lo que éstos ordenaren, en paz y en guerra. Paga muy bien toda esta jente. Cada luna veis aquí un exército. Tras éstos es un señor que es mayor que todos si quiere, que es el geníçaro agá, el general de los genízaros, el qual tiene debaxo de sí comúnmente doze mill genízaros, que hazen temblar a toda Turquía y en quien está toda la esperança del campo y las victorias más que en todo junto, como nuestro rey en los españoles.

JUAN.-¿Qué cosas son esos genízaros?

PEDRO.-Todos son hijos de christianos tributarios del Gran Turco, como griegos, búlgaros y esclabones en los quales son obligados los padres a dar de çinco uno, no en todas partes, porque en muchas son previllegiados; y demás de todo esto, aunque os parece que gasta mucho el Turco con tener el exército en paz y guerra tan grande, hágoos saver que es poco; porque de cada cabeza que hay en la casa de qualquier christiano o judío, de catorze años arriba, son obligados a pagar un ducado cada año. Mirad cuántos millones salen, y los hijos que le diezman tómanlos pequeños y pónenlos a ofiçios y a deprender leer y a trabajar, para que se hagan fuertes, y destos eligen los genízaros. Llámense, antes que los hagan genízaros, axamoglanes. Traen por insignia los genízaros unas escofias de fieltro blanco a manera de mitras con una cola que buelve atrás y hasta en medio labrada de hilo de oro, y un cuerno delante de plata tan grande como la escofia, lleno de piedras los que las tienen. Éstos son jente de a pie, y si no es los capitanes dellos, que son diez prinçipales de a mill, y çiento menores de a cada çiento, no puede en la guerra nadie ir a caballo.

JUAN.-¿Qué es la paga désos?

PEDRO.-De real y medio hasta tres cada día, y una ropa larga azul cada año. Los axamoglanes tienen de medio real hasta tres quartillos y otra ropa; su insignia es una escofia de fieltro amarillo, de la mesma hechura que un pan de azúcar; también les dan una ropa de paño más grosero y del mesmo color cada un año, y destos y de los geníçaros embían siempre en todos los nabíos del gran Señor cada y quando que salen fuera para el mar Mayor y al Cairo y Alexandría.

MATA.-¿Dónde tienen esos geníçaros su asiento?

PEDRO.-Las fortalezas principales todas están guarnecidas destes, porque aunque sean malhechores no los matan, sino embíanlos fuera de Constantinopla en un lugar apartado de Constantinopla, quasi en medio della, que se llama Iaibaxá. Están más de mill cámaras, donde ellos viben diez por cada cámara, y el más antiguo de aquellos diez se llama oddobaxí, al qual están los otros sujetos, y cuando van en campo es obligado de buscar un caballo en que lleben sus ajuares. Danle a cada cámara un axamoglán para que los sirba de guisarles de comer.

MATA.-¿Qué tan grande es la cámara?

PEDRO.-Quanto puedan caber todos a la larga echados.

MATA.-¿Y los que son casados?

PEDRO.-No puede geníçaro ninguno ser casado.

JUAN.-¿Cómo duermen?

PEDRO.-En el suelo, como esclabos; no hay hombre dellos que en paz ni en guerra tenga más cama de una alombra y una manta en que se rebolver, y sin jamás se desnudar aunque esté enfermo.

JUAN.-¿Ninguno puede ser casado?

PEDRO.-Siendo geníçaro, no; pero suelen asçender a capitán o a espai o algún otro cargo, y salen de aquel monesterio. La más fuerte jente son que en ningún exérçito hay de espada, arco y escopeta y partesana, y no creo que les haze cosa ninguna ser fuertes sino el estar sujetos y no regalados.

MATA.-Deçid, por amor de mí, a un soldado de los nuestros que no duerma en cama, y si es a costa ajena, podiéndolo hurtar o tomar por fuerza del pobre huésped, que dexede comer gallinas y aun los viernes, y que no ande cargado de una puta.

JUAN.-Hartas veces duermen también en el campo sin cama.

PEDRO.-Será por no la tener.

MATA.-¿Lleban putas?

PEDRO.-En todo el exérçito de ochenta mill hombres que yo vi, no había ninguna. Es la verdad que, como son buxarrones y lleban pajes hartos, no hazen caso de mugeres.

JUAN.-¿Ordenan bien su exérçito como nosotros?

PEDRO.-¿Por qué no? Y mejor. No son jente bisoña los que gobiernan, sino soldados viejos, y no tienen neçesidad de hazer jente ninguna como acá, sino embía a llamar tal

beglerbei que venga luego a tal parte; luego éste llama sus santjaques baís, y los santjaques sus capitanes; y en paz están tan aperçibidos como en guerra, de manera que dentro de terçero día que el beglerbei rescibe la carta del emperador tiene allegados veinte mill hombres pagados, que no tiene que hazer otro sino partirse, y el que dentro de terçero día no paresçiese le sería cortada sin remisión ninguna la cabeza, diçiendo que ha tantos años que el señor le paga y el día que le ha menester se esconde. Ochenta mill hombres vi que se juntaron dentro de quinze días de como el Gran Turco determinó la ida de Persia.

MATA.-¿No tocan atambores?

PEDRO.-Para hazer jente no; mas en el campo traen sus atambores y bien grandes, que no puede llebar un camello más de uno, y tócanle dos hombres, y çierto paresçe que tiembla la tierra. También hay trompetas y pífanos.

JUAN.-¿Qué ordenança lleban quando el Gran Turco sale en campo?

PEDRO.-De los genízaros escojen para lacayos tresçientos, que este emperador tiene los más gentiles hombres de todos, y muy bien adrezados, que se llaman solaques; lo quales traen en la cabeza una mitra blanca a modo de pan de azúcar, y enzima un muy rico penacho y grande de garçotas blanco. Muy soberbia cosa çierto es ver quando sale en campo, que los genízaros van todos hechos una rueda dentro de la qual va, y los solaques la mitad atrás y la otra delante, y todos los baxás y beglerbeis junto a él, delante de los quales todos los sanjaques ban con sus banderas cada uno, y no las dan a los moços, como acá, sino ellos mesmos se la lleban. En quantos os he dicho hay hombre, sino es los genízaros, que vaya bestido menos de seda o brocado hasta en pies. No curéis de más sino que más soberbio príncipe en ese caso no le hay en el mundo ni más rico, porque con quanta costa tiene en lo que os he dicho, gana y no pierde en las jornadas, agora sea por mar, agora por tierra; porque en queriendo salir, luego echa un repartimiento ansí a turcos como judíos y christianos, para ayuda de defender sus tierras contra christianos, y saca más de lo que gasta por más jente que llebe.

JUAN.-Bien sé que no se puede contar ni saber la renta que tiene de çierto; pero, a lo que comúnmente se diçe, ¿qué tanta será?

PEDRO.-Dexadme acabar el escuadrón de la guerra, que todo se andará para que no dexemos rastro. Estos espais, que son como acá caballos ligeros de la guarda del rey, le hazen siempre, quando está en el campo, de quinientos en quinientos, la çentinela al derredor del pabellón, y los que duermen también tienen destar allí; detrás de todos éstos van los silitaros en esquadron, que son dos mill, los quales lleban los caballos del Gran Señor para quando quisiere trocar caballo, que es como acá pajes de caballeriza; luego van los ulofagos, que son mill quasi, como espais, y hazen la çentinela al rey de día y noche; luego va el esquadron de los cazadores, que son tantos como el exército de algún rey a caballo y a pie.

JUAN.-De manera que sirben de soldados y cazadores.

PEDRO.-No cale a nadie dezir no soy obligado a pelear, que moços de çozina y todos van quando el rey sale. Bien son los cazadores mill de caballo, y más de otros tantos a pie, y tiénelos bien menester, porque tiene gran multitud dealcones, azores y girifaltes que le traen de tributos y presentes; perros de todas suertes un buen rebaño hay como de ovejas, de más de dos mill. Los lebreles y alanos tienen paga de geníçaro cada día; los podencos, galgos y perdigueros, paga de axamoglán, y aun mantas cada un año, ansí para echarse como para traer, porque los usan allá traer enmantados como caballos. Mil jeníçaros y axamoglanes tienen cargo de solos los perros, y no les falta en qué entender.

MATA.-¿Y jente de a pie no hay?

PEDRO.-Demás de los geníçaros y solaques, que van a pie, hay otro esquadron que llaman cariplar, como quien dize el de los pobres, que por la mayor parte es de tres o quatro mill. El postrero es de azapes, como quien diçe libres, los quales son hijos de turcos y naturales, y éstos se allegan como acá los soldados, y quando se acaba la guerra los despiden.

JUAN.-Con todo eso no me parece que llega el exército a ochoçientos mill y a quatroçientos mill, como acá nos quentan que trae el gran señor en campo.

PEDRO.-Una muy gran cantera o mina habéis descubierto que no os la sabrá nadie soltar si no es muy visto en aquellas partes; y si nuestro invictíssimo Çésar tubiese tiempo de poder ir contra este exército, con sólo el diezmo de gente que llebase quebraría los dientes al lobo, sino que, parte él estar empedido en estas guerras de acá, que no le dexan executar su deseo, parte también nuestra cobardía y poco ánimo, por las ruines informaçiones que los de allá nos dan sin saber lo que se diçen, les da a ellos ánimo y victorias; de manera que el miedo que nosotros tenemos los haze a ellos balientes, que de otra manera más gente somos de guerra sesenta mill de nosotros que seisçientos mill dellos, y más son diez mill caballos nuestros que çien mill de los suyos.

MATA.-¿Cómo pueden ser más setenta que ochocientos?

PEDRO.-Deçíroslo he, si estáis muy atentos a oír la cosa, que hallaréis poco o ninguno que os sepa dezir çiertamente. Suele haver en el campo del Gran Turco ordinariamente quinientos mill hombres, y no más tampoco, porque siempre se dize más de lo que es, de los quales oxalá sean el diezmo para armas tomar; çient mill caballos cada vez los lleba sin dubda ninguna; mas tened por averiguado que no son treinta mill, ni aun veinte. ¿Pensáis que por caballo se ha d'entender un caballo de los hombres de armas de acá? Pues engañado estáis, que de aquellos pocos hay. ¿Acuérdateos que os dixen ayer quando me quise huir que compré dos caballos en çinco ducados, razonables?

MATA.-Muy bien.

PEDRO.-Pues hazed cuenta que de seis partes de los que hay en el campo del Gran Turco, los çinco son de aquéllos.

MATA.-¿Y de qué sirven?

PEDRO.-Yo os lo diré; de dos mill espais que hay que tienen a medio ducado de paga al día, cada uno es obligado a tener tres caballos consigo y tres hombres en ellos; y otros que tienen un ducado de paga son obligados a mantener seis caballos, y cada uno conforme a la paga que tiene; allende desto, como no son gente regalada ni duermen jamás en poblado, cada uno lleba un caballo cargado con la tienda y una cama en que duerme, y otro con arroz y vizcocho y calderas en que guisar de comer, y otro para los vestidos y ajuar; demás de todo esto, en casa no dexan más de las mugeres; no hay quien no tenga media doçena de esclabos, pajes y otros quatro para los caballos, y todo esto que digo mantiene cada día con medio real de pan y otro tanto de arroz; vino no lo beben; pues los caballos los más días comen heno. Finalmente, que cada espai lleba al menos ocho caballos, y entrellos uno que vale algo, y diez esclabos, y con dos reales de costa al día el que más gasta. Ansí mesmo cada ulofegi otro tanto, y todos quantos tiran de paga un ducado lleban doze criados y otros tantos caballos; y si tiene de paga dos ducados lleba doblados caballos y esclabos.

JUAN.-Espántame poder sustentar con tan poco dinero tanta gente.

PEDRO.-¿De qué os espantáis? ¿No miráis que son sus esclabos y no les dan salario ninguno ni a beber vino, ni vestido, sino de mill en mill años? También hinchén mucho los que tienen cargo de apaçentar los caballos del Gran Turco y llebarlos de diestro, que son christianos.

MATA.-¿Y ban con él a la guerra?

PEDRO.-Y son los que más provecho le hazen, de Caramania y Blachia, que son tierras de jente medio salvaje, y de Bulgaria. También se dan muchos tributos al Gran Turco entre los quales cada año tienen estas provinçias de embiar dos mil hombres para dar el verde a los caballos del Gran Señor y llebarlos de diestro quando va en campo.

JUAN.-¿Y qué paga les dan a esos?

PEDRO.-Ninguna; mas de que cada uno, quando se buelven, que ha servido un par de años, lleba consigo una póliça de cómo sirvió y es exento de no pagar al rey tributo ninguno de un ducado que cada año había de pagar, y quando viene'n la primavera traen su capitán y vanse a presentar delante del Gran Turco con una hoz y un haz de heno cada uno por insignia, y luego les reparten los caballos.

MATA.-¿Pues tantos caballos tiene el Gran Turco que son menester dos mill hombres?

PEDRO.-Y aun más de tres mill también. Es muy rico y tiene grangerías de yeguas y caballos, y os seguro que pasan de çinco mill los caballos regalados y más de çinquenta mill camellos, por no deçir de çient mill. ¿Con qué pensáis que podría dar a todos los de su corte, que son más de beinte mill, los caballos y camellos, sino desta manera? Que si yo tengo por gentil hombre suyo un escudo de paga, digo de los que sirben en su corte, les da también tantos caballos y tantos camellos quando fuere en campo; por manera que, muy bien contado todo, de quatroçientos mill hombres habrá çient mill que peleen, y aun ojalá ochenta, y esto querría yo que procurasen saber de raíz nuestros príncipes christianos, y no

creer a cada chirrichote que se viene a encalabaçarles beinte mentiras, que después no hay quien los saque dellas. Pues en las cosas de la mar, me deçid; que no hazen sino hablar que puede armar doçientas galeras, quinientas galeras; yo le conçedo que cada vez que quiera puede echar tresçientas en la mar, pero armarlas le es tan imposible como a mí, porque si tiene guerra en Persia, si arma setenta hará todo su poder y más de lo que puede; y si no tiene guerra, çiento y veinte serán las más que pueda.

MATA.-¿Cómo no puede con tanto dinero armar las que quisiere?

PEDRO.-Porque no aprovecha el dinero y la galera sin gente que la gobierne. No hay marineros en todo su estado para más de çiento; y aunque haya marineros no hay quien reme, que tiene menester para cada una çiento y sesenta hombres, y no se pueden haver de tres o quatro mill adelante, de aquellos morlacos y chacales que vienen a Constantinopla para alquilarse a remar.

JUAN.-¿Qué será la renta del Gran Turco?

PEDRO.-Lo más conforme a la verdad que pude descubrir es que de sólo el tributo de los christianos tiene cada año millón y medio, sin los presentes, que son más de otro medio; las alcabalas, un millón escaso; las salinas, medio millón; bien hay otro medio millón al menos de las cosas que vacan antes que él las probea, y las haçiendas de todos los que mueren sin hijos, y aunque los tengan, si tienen ofiçios Reales entra por hijo el Gran Turco a la partiçión. El estado que fue del Carabogdán paga cada año millón y medio y harto más; los veneçianos pagan por Chipre y el Zante treze mill ducados, sin lo de las parias que no sé lo que monta. El Chío le da 14 mill; Raguça, medio millón diçen; esto no sé si es tanto. El baxá que está por governador del Cairo y Suria y todo el estado que tenía el soltán, da un millón, y quinze mill hombres pagados. Sobre todo esto tiene aquellas minas que ayer os dixe de la Cabala y la isla del Schiato, que pasan de dos millones. Pues sumadme vos lo que valdría la décima de todos los frutos del imperio, que yo no me atrebo.

JUAN.-¿Los diezmos lleba el Gran Turco?

PEDRO.-¿Qué pensabais? todos, ansí de christianos como judíos y turcos, y no penséis que le valen menos los judíos del tributo que le dan que los christianos, que antes es más; porque aunque creo que son más los christianos, los tributos de los judíos son mayores mucho. Quando tiene de ir en campo, todos los baxás y beglerbeis y sangiaques y los demás ofiçiales principales a porfía le hazen cada uno un presente, el mejor que puede. Yo vi uno que Çinán Baxá le hizo que valía çient mill ducados de plata y oro y sedas.

JUAN.-Un mal orden veo en el pagar del tributo de los christianos que deçís.

PEDRO.-¿Qué es?

JUAN.-Que paga uno de catorze años arriba un ducado, ¡qué barbarería es tratar a los pobres y a los ricos de una mesma forma!

PEDRO.-No tocáis mal punto, y por eso os tengo dicho que preguntándome me haréis acordar muchas cosas. El pobre y el rico, en tocando los años catorze, es empadronado en el libro que llaman del aracho, y si es pobre paga un escudo y el rico tres.

JUAN.-Eso bien.

PEDRO.-Y aun hay algunos, particularmente previlegiados, que no pagan nada, mas son obligados de hazer un presente que valga treinta ásperos.

MATA.-¿De artillería es bien probeído?

PEDRO.-No lo solía ser, ni tenía maestros que los enseñasen, principalmente el encabargar las piezas en carretones, hasta que echaron los judíos de España, los cuales se lo han mostrado, y el tirar d'escopetas, y hazer de fuertes y trincheras y todos quantos ardides y cautelas hay en la guerra, que no eran antes más que unas bestias. Hanse en el campo desta manera, que si se quema la tienda de alguno, so pena de la vida no puede gritar ni hazer alvoro, sino matarlo si puede buenamente, por no de aosegar el campo, y aunque vengan a matar algunos a otro, no puede aquél tal gritar, sino defenderse y callar, so la mesma pena, y aunque se le suelte el caballo no puede ir tras él gritando, sino bonicamente si le puede coger, y si no que se pierda.

JUAN.-¿Qué mazeros lleba el Gran Señor? porque otros reyes lleban los que hagan lugar para pasar.

PEDRO.-Llámase el chاوز baxí, un capitán que sirve como de sargento, de poner la gente en orden, y tiene debaxo de sí, que tengan el mesmo ofiçio, treçientos chاوزes, que van haziendo lugar por donde ha de pasar.

MATA.-¿Hay allá postas como acá?

PEDRO.-Donde quiera que va el Gran Señor le siguen los correos de a caballo; pero no hay caballos deputados, para eso, porque son tan çelosos que les podrían dar avisos a los christianos por donde urdiesen alguna traiçión.

MATA.-¿Pues corren sin caballos?

PEDRO.-Cada uno es menester que llebe una çédula del Gran Turco para que le den caballos por donde fuere, con la qual hazen dos mill vellaquerías, tomando quantos topan por el camino sin que se les pueda deçir de no, y algunos rescatan por dineros. Verdad sea que no corren allá de noche; los mejores correos son de a pie, que van siempre donde quiera que va el Gran Señor junto a él çient persianos, que llaman peics, los cuales dizen por muy averiguado que no tienen vazo. Yo no lo creo, pero ellos mesmos me diçían que era verdad, y no querían dezir el secreto cómo se le sacaban. Éstos van cantando y saltando siempre delante el caballo del señor, sin calzas, vestidos de unas ropas de seda verdes y cortas hasta las espinillas; en la cabeza una mitra como pan de azúcar de terçiopelo colorado, llena de muchas plumas y muy galanas, y colgadas de la çinta unas campanillas como de buhonero, de plata, que quando caminan van sonando; en la una mano un pedazo de azúcar cande y en

la otra una redomica de agua rosada, con que van roçiando la gente, y en el punto que algo quiere el señor, despachan uno de aquellos.

JUAN.-¿Qué tanto caminan cada día?

PEDRO.-Veintiçinco leguas y treinta si fuere menester. Çinán Vaxá tenía uno que de Constantinopla a Andrinópolis iba en un día y venía en otro, que son treinta leguas.

MATA.-Mucho es; no camina más la posta. ¿Es verdad que quando el Gran Señor sale fuera siempre lleba diez mill caballos que le acompañan?

PEDRO.-Más lleba de ochenta mill quando va a la guerra.

MATA.-No digo yo sino a pasear por la çibdad o a su oraçión.

PEDRO.-Eso es una gran mentira; porque si tiene de ir a pasear, por la mayor parte va en un bergatín por mar; si tiene de ir a la oraçión, sabed que lo que esos dizen en su vida vieron doçientos caballos juntos, porque de otra manera no dirían tan grande neçedad; desde el palaçio a Sancta Sophía, donde se le diçe el ofiçio, habrá quatroçientos o quinientos pasos. Pues metedme en quinientos pasos diez mill caballos. Aina me haréis dezir que diez mill mosquitos no cabrán por el aire, quanto más caballos. La realidad de la verdad es que quando sale, así sale como nuestro emperador, con obra de tresçientos de a caballo y otros tantos de a pie, y no creáis otra cosa aunque os lo juren; lo que podrán afirmar es que son gente muy luçida todos aquellos, porque traen ropas de brocado y sedas de mill colores, hasta en pies, y muy luzidos caballos, y aquellos solaques con sus penachos campean mucho y abultan yendo como van ellos y los geniçaros en grande ordenança.

Capítulo XVIII

Santa Sofía. El ejército en campaña

JUAN.-¿Sancta Sophía tienen los turcos como nosotros?

PEDRO.-Justiniano Magno, duodécimo emperador de Constantinopla, edificó el templo de Sancta Sofía, el más magnífico, sumptuoso y soberbio edificio que pienso haber en Asia, Africa, ni Europa; y quando soltán Mahameto tomó a Constantinopla, hízole hazer, quitando todas las imágenes y figuras, mezquita suya, adonde el Gran Señor va todos los viernes a su oraçión, y quedóle el nombre de Santa Sofía. Toda la han derribado, que no ha quedado más de la capilla principal y dos claustros, para edificar allí casas.

JUAN.-¿Qué más había de tener de dos claustros?

PEDRO.-Más de quatro villas hay en España menores que solía ser la iglesia; tenía tresçientas puertas de metal y una legua pequeña de çerco.

JUAN.-¿Qué obra tiene? ¿De qué está hecha?

PEDRO.-Yo quería pintárosla quando hablase de Constantinopla; pero, pues viene a propósito, dicho se estará; no puedo dezir con verdad cómo estaba primero, porque yo no la vi, sino de oídas; mas viendo los cimientos por donde iba y lo que hagora hay, se puede sacar lo que estonces era. Las dos claustros son todas de mármol blanco, suelo y paredes, y la techumbre de obra mosaica; tienen diez y ocho puertas de metal. El mármol no está asentado como acá, sino muy pulido, a manera de tablero de axedrez.

MATA.-Eso me da a entender que las paredes se hagan de aquella hechura.

PEDRO.-Los mármoles sierran allá como acá los maderos, y hazen tan lindas y tan delgadas tablas dél como de box, lo qual es uno de los más grandes trabajos que a los christianos les dan.

MATA.-La sierra debe de ser de requesón, porque otra cosa no basta a hender ni cortar los mármoles, como nos queréis hazer en creer.

PEDRO.-La sierra, porque hagáis milagros, corta sin dientes ni aguzarla, y porque me habéis detenido mucho en esto os lo quiero presto dar a entender. Con aquellas sierras, en la señal que hazen, echando arena y agua se corta con la mesma arena, y es menester que uno esté de continuo echando arena.

JUAN.-Donde sacan el jaspe, en Sancto Domingo de Silos, me han dicho que se haze eso.

PEDRO.-Créolo; de manera que primero hazen de obra gruesa la pared; después asientan encima aquellas losas, no más ni menos que lo escaques en un tablero de axedrez, o como acá ladrillos. La capilla principal no tiene en toda ella mármol ninguno, sino todo es jaspe y pórfido.

MATA.-¿El suelo también?

PEDRO.-Todo.

MATA.-¿No será muy grande desá manera?

PEDRO.-Cabrán dentro diez y siete mill ánimas, las quales cada día de viernes se ven salir, porque sólo aquel día se dize el oficio con solemnidad, de que el rey o quien está en su lugar se tiene de hallar presente.

MATA.-¡Ay, ojo! ¡Ay, que me ha caído no sé qué! ¿en una capilla de jaspe y pórfido diez y siete mill ánimas? Vos que estáis más çerca tiradle del ávito, y paso, porque se le romperéis todo.

PEDRO.-El contar a bobos como vos cosas tales es causa del admirar. ¿Habéis nunca estado en Salamanca?

MATA.-¡Pues no! ¿Por qué lo preguntáis?

PEDRO.-Qué boquiabierto debíais destar quando vistas el relox, porque para tales entendimientos como el vuestro y otros tales aquella es una sutil invención y grande artificio. Pues más os hago saver, que con ser quán grande es, que bien terná un tiro de arcabuz de parte a parte, en medio no tiene pilar ninguno, sino el cruzero, de obra musaica, que parece que llega al cielo; alderredor todo es corredores de columnas de pórfido y jaspe, sobre que se sustenta la capilla, uno sobre otro. Estoy por dezir que en solas las ventanas pueden estar más de doze mill ánimas, y es ansí.

JUAN.-¿Cómo están esos corredores? ¿Todos alderredor de la capilla?

PEDRO.-Sí, y unos sobre otros hasta que llega a lo más alto.

JUAN.-Admirable cosa es ésa. ¿Y dexan entrar a quantos quieren dentro a verlo?

PEDRO.-Si no son turcos no puede otro ninguno entrar, so pena que le harán turco, salvo si no es privado, como yo era. Siempre tiene su guarda de genízaros a las puertas, los quales por dos reales que les den dexaran entrar a los que quisieren, sin pena; pero si entran sin licencia castíganlos como dicho tengo. La capilla tiene nueve puertas de metal que salen a la claustra, todas por orden en un paño de pared, quatro de una parte y otras tantas de la otra; tienen la mayor en medio y todas son menester, según la gente carga, y son bien grandes; tienen unas antepuertas de fieltro colorado; la cubierta de arriba, en lugar de tejas, es toda plomo, como dixen de la casa de Ibrahim Baxá.

MATA.-Yo callo. Dios lo puede hazer todo.

PEDRO.-Bien podéis, que ello es como yo digo, que no me va a mí nada en que sea grande ni pequeña; mas digo aquello que muchas vezes he visto y palpado.

JUAN.-Los galanes, ¿como por acá van a mula y a caballo a ese templo?

PEDRO.-Todos los que las tienen. Verdad es que más se usa cabalgar a caballo que a mula, aunque muchos señores van a mula y los judíos médicos también; tienen por gran deshonestidad cortarles la cola, y por eso no lo hazen sino trençánsela y atánsela a la correa del estribo que la llebe de lado.

JUAN.-¿Traen gualdrapas?

PEDRO.-Todos; pero pequeñas, de brocado o de carmesí; las sillas son pequeñitas y muy pulidas, pintadas o de plata, y sobrellas no les echan gualdrapa ni otra cubierta, porque son ansí más galanas labradas. El moço d'espuelas o paje lleba un caparaçón de paño muy repicado y en apeándose el amo luego le echa aquél ençima a la silla porque no se ensucie.

MATA.-¿Cabalgan bien? ¿Son buena gente de caballo?

PEDRO.-Los turcos no, sino muy ruin; los estribos son anchos como los de la gineteta, y cabalgan largo a la estradiota. Si corren, harto piensan que hazen en tenerse que no los derribe el caballo, sin otra poliçía, dando mill culadas. Los caballos todos son capados y mejor curados que ninguna naçión, sino es aquellos que quieren para casta, y de aquí viene que están en una caballeriza muchos muy juntos sin rifar. Por la mayor parte traen todos los galanes el freno de plata y las riendas también. Lleban todos colgada del arçón una maça de yerro y una caja de latón que cabrá dentro un azumbre de vino.

MATA.-¿De qué les sirbe aquella?

PEDRO.-Quando pasean por la çibdad lleban en ella una esponja con que se limpian los bestidos en apeándose, como nosotros con escobetas, y quando van en campo les sirbe como a nosotros una barretera o barjuleta de llebar un poco de carne o higos o pan.

MATA.-¿No hay allá escobetas?

PEDRO.-Sí, hartas; pero mucho mejor limpia el paño la esponja, y el cuero para las guarniçiones del caballo; que en apeándose, entre tanto que negoçia, se las tienen de limpiar los moços; tanto son de pulidos y limpios. Para los pies del caballo lleba el moço d'espuelas otra en la çinta.

MATA.-No hemos dicho de las armas con que pelean.

PEDRO.-Ellos no usan arneses como nosotros; camisas de malla los que las pueden alcançar las traen, y unos morriones guarnesçidos de plata muy bien hechos, y éstos son pocos los que se los ponen, porque el tocado que ellos traen cada día en lugar de caperuza es tan fuerte como un almete y no le pasará un arcabuz; la jente de caballo también lleba cada uno una lanza medio gineteta con una beleta de tafetán, y como cada caballo tenga una destas en la mano paresçe lo mejor del mundo, y de muy lexos campea.

MATA.-No podrá dexar de ser cosa muy de ver çient mill caballos que cada uno tenga su lanza con bandereta; pues ¿no usan lanza en cuxa, como éstas de nuestros hombre d'armas?

PEDRO.-¿Para qué las quieren, no usando arneses? La jente de a pie son buenos escopeteros, y traen unas gentiles escopetas que acá son muy presçiadas, y con razón, partesanas y sus zimitarras.

JUAN.-Muchas vezes he oído que quando tiene de llebar la artillería, que la haze desbaratar toda, y a cada uno da tantas libras que llebe y adonde se tiene de asentar la haze undir.

PEDRO.-Asiéntese con las otras fábulas que por acá quentan, y no nos detengamos en eso, que él trae la mejor artillería que príncipe del mundo, y mejor encabalgada en sus

carretones y con todo el artificio necesario. Teniendo tantos renegados, por nuestros pecados, que son muchos más que los turcos naturales, ¿queríais que ignorase todos los ardides de la guerra? Aína me haréis dezir que es más y mejor la artillería que tiene sobrada en Constantinopla, sin servirse della que la que por acá tenemos aunque sea mucha. El Sophí es el que no trae artillería ni escopetería, que si la tubiese, más belicosa jente son que los turcos.

JUAN.-El Sophí ¿es turco o qué es?

PEDRO.-Rey de Persia, donde fue el fin de Mahoma; todos son moros.

JUAN.-¿Pues a que fin es la guerra entre él y el Gran Turco?

PEDRO.-Pretende el Sophí que él es el legítimo emperador de Constantinopla, Cairo y Trapisonda, y a él compete la conquista y defensión de Mahoma, como a más antiguos moros, y que el Gran Turco es medio christiano, y desçiende dellos, y todos sus renegados son hijos de christianos y malos turcos, como el emperador solía traer contra los alemanes luteranos la guerra.

JUAN.-¿Qué gente trae en campos ése?

PEDRO.-Sesenta mill caballos, todos de pelea, y tan acostumbrados al mal pasar que se estarán dos años si es menester sin meter la cabeza debajo de poblado.

JUAN.-¿Y a pie?

PEDRO.-Ninguno, ni un tan solo hombre, y por eso es más fuerte que el turco, y las más vezes le venze, porque hoy está aquí, mañana amanesçe acullá, y toma de sobresalto al Gran Señor muchas vezes. Por donde quiera que va todo lo asuela; en lo poblado no dexa casa ni çimiento; los panes por donde pasa todos los quema; la jente toda la pasa a cuchillo; porque quando va el Gran Turco por allí no hallen qué comer ni dónde se acoger para hazerse fuerte.

MATA.-¿Llebando el Gran Turco mucha más jente que él no le vençe? ¿y más con tanta artillería como dezís que tiene y el otro no nada, y la jente de pie que es más?

PEDRO.-Si el Sophí quisiese esperar batalla campal, no hay dubda, sino que le vençería cada vez, porque la jente de a pie mucha cosa es para desjarretarles los caballos.

JUAN.-Más es la artillería.

PEDRO.-N'os engañéis en eso, que en batalla campal las manos y arcabuzería hazen la guerra y en la mar también, que la artillería poco estrago puede hazer. Contra una çibdad es buena, porque derriba un lienço de una zerca o una torre, o un fuerte de donde les hazen mal, y haze lugar por donde pueda entrar el exército; pero en lo demás todo es llevar una hila de jente, que en un exército no es nada y da muchos çincos, unos de corto, otros de largo y otros de calles. Líbreos Dios de las pelotillas pequeñas quando juega la arcabuzería,

que parece enxambre de abejas, y si una no os aqierta, viene otra y otra que no puede errar. Los persianos cabalgan exçelentíssimamente, y sesenta mill caballos que el Sophí trae sin dubda valen más que un millón de el Gran Turco.

JUAN.-¿Pues cómo no le quiere esperar la batalla?

PEDRO.-De miedo de la artillería y gente de a pie, que hazen luego fuertes y trincheas donde se mete la gente de a pie, y los de caballo no pueden entrar allí ni ofenderles.

JUAN.-Desa manera, ¿cómo deçís que por la mayor parte es victorioso el Sophí?

PEDRO.-Yo lo diré. El Gran Turco le va siempre rogando que le espere la batalla campal, y el Sophí va huyendo y no quiere. Al cabo conçédesela y señalan el lugar donde tiene de ser, y allí cada uno asienta su real, y el Gran Turco planta su artillería y ordena su campo, y el otro pone sus tiendas y comiençan luego de escaramuzar, en las quales escaramuças siempre el Sophí gana, porque son lexos de la artillería, y tiénenles ventaja en la caballería. Vienen luego a la batalla, y al mejor tiempo, como se ven ir de vençida, buelve las espaldas y alza su real y húyese. El Gran Turco va siguiendo la victoria, y acoxésele a qualque montaña, y al mejor tiempo rebuelve de noche sobre la rectaguarda del turco, que resta a guardar la artillería, y tomándola sobre alto desbarátala y destrúyela.

JUAN.-Por manera que quando quiere, vençer, huye.

PEDRO.-No puede, si eso no haze, ganar, sino perder; la mejor cosa que él trae es venir así a la ligera. Si tubiese este Sophí aracabuzería, sin dubda ninguna podría conquistarle quanta tierra tiene, y si nuestros príncipes christianos fuesen contra el turco, había de ser quando tubiese guerra con éste, que entonçes no tiene fortaleza ninguna.

MATA.-Mejor sería hazer del ojo al Sophí, como quien dize: dad vos por allá y yo por acá; tomarle hemos en medio; mas poco veo que ganamos con todas sus discordias, como ellos han hecho con las nuestras.

PEDRO.-Ganaremos si Dios fuere servido, y si no se tiene de servir no lo queremos.

Capítulo XIX

Las bodas. Las mujeres. Indumentaria

MATA.-Las bodas turquescas hizimos sin acordársenos del nobio, y toda la plática de ayer y hoy hemos hecho sin acordársenos dellas. ¿Hay mugeres en Turquía?

PEDRO.-No, que los hombres se nasçen en el campo como hongos.

MATA.-Dígolo porque no hemos sabido la vida que tienen ni la manera del vestir y afeitarse.

JUAN.-Media hora ha que vi a Mátalas Callando que estaba rebentando por esta pregunta.

MATA.-¿Son las mugeres turcas muy negras?

PEDRO.-Ni aun las griegas ni judías, sino todas muy blancas y muy hermosas.

JUAN.-¿Cayendo tan allá el Oriente son blancas? Yo pensaba que fuesen como indias.

PEDRO.-¿Qué haze al caso caer al Oriente la tierra para ser caliente, si partiçipa del Setemptrión? Constantinopla tiene 55 grados de longitud y 43 de latitud, y no menos frío hay en ella que en Burgos y Valladolid.

MATA.-¿Afeítanse como acá?

PEDRO.-Eso, por la graçia de Dios, de Oriente a Poniente y de Mediodía a Setemptrión se usa tanto, que no creo haber ninguna que no lo haga. ¿Quién de vosotros vio jamás vieja de ochenta años que no diga que entra en cuarenta y ocho y no le pese si le dezís que no es hermosa? En sola una cosa biben los turcos en razón y es ésta: que no estiman las mugeres ni hazen más caso dellas que de los asadores, cuchares y cazos que tienen colgados de la espetera; en ninguna cosa tienen voto, ni admiten consejo suyo. Destos ruidos, cuchilladas y muertes que por ellas hay acá cada día están bien seguros. ¡Pues cartas de favor me decid! Más querría el favor del moço de cozina que el de quantas turcas hay, sacada la soltana que yo curé, que ésta tiene echizado al Gran Turco y haze lo que le manda; pero las otras, aunque sean mugeres del Gran Turco, no tienen para qué rogar, pues no se tiene de hazer.

MATA.-Ruin sea yo si no tienen la razón mayor que en otra cosa ninguna; y si acá usásemos eso, si no bibiésemos en paz perpetua y fuésemos en poco tiempo señores de todo el mundo, de más de que seríamos buenos christianos y serviríamos a Dios, le terníamos ganado para que nos ayudase en quanto emprendiésemos de hazer.

JUAN.-¿Qué nos estorban ellas para eso? A la fe nosotros somos ruines y por nosotros queda.

MATA.-¿No os paresçe que andaría recta toda la justiçia de la christiandad si no se hiziese caso del favor de las mugeres? Que en siendo uno ladrón, y salteador de caminos, procura una carta de la señora abadesa y otra de la hermana del conde, para que no le hagan mal ninguno, diziendo que el que la presente lleba es hijo de un criado suyo; de tal manera que, siendo ladrón y traidor, con una carta de favor de una muger dexa de serlo. La otra escribe que en el pleito que sobre çierta haçienda se trata, entre Fulano y un su criado, le ruega mucho que mire que aquél es su criado y rescibirá dello serviçio. El juez, como no hay quien no pretenda que le suban a mayor cargo, haze una de dos cosas: o quita la justiçia al otro pobre que la tenía, o dilátale la sentençia hasta tomarle por hambre a que venga a partir con el otro de lo que de derecho era suyo propio, sin que nadie tubiese parte.

JUAN.-Ésos serán cuál y cuál que alcançan aquel favor; pero no todos tienen entrada en casa de las damas y señoras para cobrar cartas de favor.

PEDRO.-Engañáisos, aunque me perdonéis, en eso, y no habláis como cortesano. ¿Quién no quiere cartas de favor, desde la reina a la más baxa de todas las mugeres que no la alcança? Como el hijo de la que vende las berças y rábanos quiera el favor, no ha menester más de buscar a la comadre o partera con quien pare aquella señora de quien quiere el favor, y encomiéndase a ella, y alcançarle ha una alforxa de cartas.

JUAN.-Y si es monja, ¿qué cuenta tiene con la partera?

PEDRO.-El padre vicario os hará dar firmado quanto vos pudierdes notar, aunque no conozcan aquél a quien escriben. Una muger de un corregidor vi un día, no muy lexos de Madrid, que porque estaba preñada y no se le alborotase la criatura rogó a su marido que no aorcasen un hombre que ya estaba sobre la escalera, y en el mesmo punto le hizo quitar y soltáronle como si no hubiera hecho pecado venial en su vida.

MATA.-¿Andan tan galanas como acá y con tanta pompa?

PEDRO.-Y con más mucha; pero no se pueden conosçer fuera de casa ninguna quién sea.

MATA.-¿Por qué?

PEDRO.-Porque no puede ir ninguna descubierta sino tan tapadas que es imposible que el marido ni el padre ni hermano la conozca fuera de su casa.

JUAN.-¿Tan poca cuenta tiene con ella en casa que no la conoçe fuera?

PEDRO.-Aunque tenga toda la que quisiéredes, porque no son amigas de trajes nuevos, sino todas visten de una mesma manera, como hábitos de monjas. ¿Conosçeríais en un combento a vuestra hermana ni muger si todas se os pusiesen delante con sus belos?

MATA.-¿Quién las ha de conosçer?

PEDRO.-Menos os hago saver que podréis estotras; porque todas van de una manera rebozadas, y los vestidos de una hechura, aunque unas vayan deste color, otras de aquel, unas de brocado, otras de seda y otras de paño. Notad quanto quisiéredes el bestido y reboço que vuestra muger e hija se pone para salir de casa, que como salgáis al umbral de vuestra puerta toparéis çient mugeres entre las quales las medias llevan el vestido mesmo y reboço que vuestra muger.

MATA.-¿Son çelosos los turcos?

PEDRO.-La más çelosa jente son de quanta hay y con gran razón, porque como por la mayor parte todos son buxarrones, ellas buscan su remedio.

JUAN.-¿Y sábenlo ellas que lo son?

PEDRO.-Tan grandes bellacos hay entrellos que tienen los muchachos entrellas, y por hazerles alguna vez despecho en una mesma cama hazen que se acueste la muger y el muchacho y estáse con él toda la noche sin tocar a ella.

MATA.-Sóbrales desa manera la raçón a ellas.

PEDRO.-Tampoco fiarán que el ermano ni el pariente entre dentro do están las mugeres, como uno que nunca vieron. Quando yo curaba la hija del Gran Turco, me preguntaba Çinán Baxá, y no se hartaba, cómo era, y cómo estaba, y cómo era posible que yo le tomase el pulso; y siendo muger de su propio hermano, y estando dentro de una çibdad, me deçía que diera un millón de buena gana por verla, y no en mala parte, sino por servirla como a cuñada y a persona que lo mereçía. Pero no aprovecha, que se tiene de ir con la costumbre.

MATA.-Desa manera ¿para qué las dexan salir fuera de sus casas?

PEDRO.-Los que las dexan no pueden menos, porque, como dixé atrás, su confesión dellos es labarse todos, y los jueves, por ser bíspera de la fiesta, van todas al vaño aunque sea imbierno, y allí se vañan, y de camino haze cada una lo que quiere, pues no es conosçida, buscando su abentura; en esto exçeden los señores y muy ricos a los otros, que tienen dentro de casa sus vaños y no tienen a qué salir en todo el año de casa ni en toda su vida de como allí entran, más que monjas de las más encerradas que hay en Sancta Clara.

MATA.-¿Cómo pueden estar solas en tanto ençerramiento?

PEDRO.-Antes están más acompañadas de lo que querrían. Mi amo Çinán Baxá tenía sesenta y tres mugeres. Mirad si hay monasterio de más monjas.

JUAN.-¿Qué quería hazer de tantas mugeres? ¿No le bastaba una, siendo buxarrones como deçís?

PEDRO.-Habiéndose de ir de una manera y de otra al infierno, con el diablo que los llebe, procuran de gozar este mundo lo mejor que pueden. Habéis de saver que los señores ni reyes no se casan, porque no hay con quien, como no tengan linajes ni mayorazgos que se pierdan, sino compran alguna esclaba que les parezca hermosa y duermen con ella, o si no alguna que les empresentan, y si tiene hijos, aquella queda por su muger, y haze juntamente, quando edifica casa para sí, una otra apartada, si tiene posibilidad para ello, y si no un quarto en la suya sin ventana ninguna a la calle, con muchas cámaras como celdas de monjas donde las mete quantas tenga, y aun si puede hazer una legua de su zerraje el de las mugeres es cosa de más magestad. Puede tener, según su ley, quatro legítimas, y esclabas compradas y empresentadas quantas quisiere. Y lo que os digo de Çinán Baxá mi amo entenderéis de todos los otros señores de Turquía; y no estiméis en poco que yo os diga esto, que no hay nasçido hombre turco ni christiano que haya pasado acá que pueda con verdad deçir que lo vio, sino hablar de oídas. En aquella casa tenía 63 mugeres; en quatro dellas tenía hijos. La mayor era la madre del hijo mayor, y todas estaban debaxo desta,

como de abadesa. Este çerraje tenía tres puertas fuertes, y en cada una dos negros eunucos que las guardaban y llaman los agás. El mayoral destos tenía la puerta de más adentro, y allí su aposento.

JUAN.-¿Y capados eran los porteros?

PEDRO.-No entendáis, a fuer de acá quitadas las turmas, sino a raíz de la tripa cortado el miembro y quanto tienen, que si de este otro modo fuese, no se fiarían; y destos no todos son negros, que algunos hay blancos. Quando tienen algún muchacho que quieren mucho, luego le cortan desta manera, porque no le nazca barba, y quando ya es viejo, sirbe de guardar las mugeres o los pajes, que no menos están enzerrados. El mayor presente que se puede dar a los príncipes en aquella tierra es destos eunucos, y por eso los que toman por acá christianos, luego toman algunos muchachos y los hazen cortar, y muchos mueren dello. Habiendo yo de entrar en el çerraje de las mugeres a visitar, llamaba en la primera puerta de yerro como los encantamientos de Amadís, y salíame a responder el eunuco, y visto que yo era, mandábame esperar allí, y él iba a dar la nueva en la segunda puerta, que el médico estaba allí. El segundo portero iba al tercero, que era el mayoral; éste tomaba luego un bastón en las manos y a todas las mugeres hazía retirar a sus aposentos y que se escondiesen, y no quedase más de la enferma; y si alguna, por males de sus pecados, quisiera no se esconder por verme, con aquel bastón le daba en aquella cabeza, que la derribaba, aunque fuera la principal.

JUAN.-¿Superior a todas es ese negro?

PEDRO.-Más que el mesmo señor. En manos déste, si quiere, está hazer matar a qualquier turco que él dixere que miró por entre la puerta o que quiso entrar allá; tiene de ser creído. Dexadas todas enzerradas, venía por mí y llebábame a la cámara donde había de mirar la enferma; y no calía ir mirando las musarañas, sino los ojos vajos como fraire, y quando veía el pulso tenía las manos rebueltas con unos tafetanes para que no se las viesse, y la manga de la camisa justa mucho, de manera que no veía otra cosa sino dos dedos de muñeca. Todo el rostro tapado, hasta que me quexé al Baxá y le dixere: Señor, de mí bien sabe vuestra exçelencia que se puede fiar; este mal negro usa conmigo esto y esto, y por no le ver el rostro pierdo lo más de la cura. El Baxá luego mandó que para mí no se cubriesen ni dexasen d'estar allí las otras, que yo las viesse. De allí adelante, por despecho del negro, le tomaba el pulso ençima el codo y les hazía descubrir entrambos brazos, para ver en cuál paresçería mejor la vena, si fuese menester sangrar, y quedamos muy amigos el eunuco y yo, y la mejor amistad en casa de aquellos señores es de aquél, porque es el de más crédito de todos, y no hay quien más mercedes alcance con el señor que él. Yo os prometo que el que guarda a la soltana, que se llama Mahamut Agá, que es mayor señor y más rico que duque de quantos hay en España, y quando sale a pasarse por la çibdad lleba çient criados vestidos de seda y brocado.

MATA.-¿No tienen grandes envidias entre sí sobre con cuál duerme el señor y se mesan?

PEDRO.-Tenía un aposento para sí en aquel zerraje, y quando se le antojaba ir a dormir con alguna, luego llamaba el negro eunuco y le dezía: tráeme aquí a la tal; y traíasela, y

dormía con ella aquella noche, y tornábase á su palacio sin ver otra ninguna de quantas estaban allí, y aun por ventura se pasaba el mes que no bolvíá más allá.

JUAN.-¡Oh, vida bestial y digna de quienes ellos son! ¿Y con sesenta y tres tenía cuenta?

PEDRO.-No se entiende que todas eran sus mugeres, que no dormía sino con siete dellas; las otras tenía como acá quien tiene esclabas: las que le caían de su parte, las que le empresentaban, luego las metían allí como quien las cuelga de la espetera, en donde la señora principal le hazía deprender un oficio de sus manos como ganase de comer, como es asentar oro, labrar y coser; otras sirben de labar la ropa y otras de barrer, y quando el señor quiere hazer merçed a algún su esclabo, dale una de aquéllas por muger, y házele primero la cata él mesmo como a melón, y así como ser esclabo de un señor es peor que de un particular y pobre, es también en las esclabas; que el día que de allí las sacan, aunque sea para venderlas, se tienen por libres.

MATA.-Parésceme que esos señores estarán muy seguros de ser cornudos.

PEDRO.-No hay señor allá que lo sea, ni particular que no lo sea, por la grande libertad que las mugeres tienen de irse arrebozadas al vaño y a bodas y otras fiestas.

JUAN.-Por manera que esas que están muy enzerradas no sirben a sus maridos.

PEDRO.-¿Quál servir? Yos prometo que en siete meses que Çinán Baxá estuvo malo no le vio muger, ni él a ella más que le veis agora vosotros, y más que estaban en un quarto de la casa del jardín donde estaba malo; sino cada día venía el negro mayoral a mí, que deçían las señoras que cómo estaba, y llebaba la ropa que había suçia para hazerla lavar, y era también y mejor servido de los pajes y camareros como si estuvieran allí las mugeres.

MATA.-Los particulares, como no puedan mantener tantas casas, ¿estarse han juntos con ellas como acá?

PEDRO.-Es así: en una casa; pero de aquélla terná una cámara donde se recoxen las mugeres, que por más pobre que sea no tiene una sola. ¿Queréis ver quán estimadas son las mugeres? Que cada día que queráis comprar alguna hallaréis una casa donde, en un gran portal della, se benden dos mill de todas naçiones y la más hermosa y más d'estopha que entre todas haya costará çinquenta escudos, y si llegase a setenta era menester que fuese otra Helena.

MATA.-Un asno con xáquima y albarda se vale tanto.

PEDRO.-Y aun así no hay quien compre ninguna, que cada día sobran dos mill dellas. Un paje valdrá doçientos escudos.

JUAN.-En casa de los particulares ¿comen juntos marido y muger?

PEDRO.-Todos, y guisan ellas de comer como es entre nosotros, y mandan, algunas hay aunque pocas, más que los maridos, quando ven que está pobre y que aunque se quiera apartar no tiene con qué le pagar el dote que tiene de llebar consigo. Todas las calles están llenas de mugeres por donde quiera que vais, muy galanas; y señora hay que lleba tras sí una doçena d'esclabas bien adreçadas, como es mugeres de arraezes y capitanes y otros cortesanos.

MATA.-Diçen por acá que son muy amigas de los christianos.

PEDRO.-Como sean los maridos de la manera que os he contado, eran ellas amigas de los negros, quanto más de los christianos. Quando van por la calle, si les deçís amores, os responden, y a dos por tres os preguntarán si tenéis casa, y si dezís que no, os dirán mill palabras injuriosas; si dezís que sí, dirán os que se la mostréis disimuladamente, y métense allí, y vezes hay que serán mugeres de arraezes; otras tomaréis lo que viniere, y si os paresçe tomaréis de allí amistad para adelante, y si no, no querrá deziros quién es.

MATA.-Desa manera no hay que preguntar si hay putas.

PEDRO.-No penséis que tiene de haber pueblo en el mundo sin putas y alcauetas, y en los mayores pueblos, más. Burdeles públicos hay muchos de zíngaras, que son las que acá llaman gitanas, cantoneras muchas, christianas, judías y turcas, y muchas que ni están en el burdel ni son cantoneras y son desas mesmas.

JUAN.-¿No van algunas señoras a caballo?

PEDRO.-Las más van en unos carros zerrados, a manera de litera; otras van a caballo, no en mulas, sino en buenos caballos, ni sentadas tampoco, sino caballeras, como hombres, y por moços d'espuelas lleban una manada d'esclabas; y sabed que allá no se usa que las mugeres vayan sentadas en las bestias, sino todas orcajadas como hombres.

MATA.-No me paresçe buena postura y honesta para mugeres.

PEDRO.-En toda Levante, digo, en quanto manda el turco, no hay muger de condiçión ni estado ninguno que no traiga zaragüelles y se acueste con ellos, y no se les da nada que las veáis en camisa.

JUAN.-Ése es buen uso. ¿Traen chapines?

PEDRO.-No saben qué cosa es.

MATA.-¿Qué hábito traen? ¿cómo bisten?

PEDRO.-Yo os tengo dicho que si no es en el tocado, todo lo demás es una mesma cosa el vestido de los hombres y de las mugeres, y esto se acostumbra desde el prinçipio que vinieron al mundo hasta hoy, sin andar mudando como nosotros hazemos. En todas las cosas que pueden hazer al rebés de nosotros piensan que ganan mérito de hazerlo, diçiendo que quanto más huyere uno de ser christiano y de sus cosas, más grados de gloria terná y

mejor cumplirá la seta de Mahoma, y por eso traen las camisas redondas sin collar ninguno, y las calzas quantas más arrugas hazen son más galanas, y las mangas del sayo también y las ropas largas y estrechas, y si pudiesen caminar hazia-trás lo harían, por no nos parecer en nada, lo qual acostumbran algunos de aquellos sus ermitaños que tienen por sanctos; quando van por la calle el pedazo que pueden le caminan hacia-trás. La camisa, como digo, es sin cabezón, bien delgada, de algodón porque no usan otras telas, y sobre la camisa traen un jubón largo hasta las rodillas, estofado, y las mangas hasta el codo.

JUAN.-¿Por qué tan cortas?

PEDRO.-Porque se tienen de labar cada paso para la oración, y es menester arremangar los braços.

MATA.-Mal se podrán atacar siendo tan largo el jubón, que más me parece a mí sayo.

PEDRO.-No traen esta burlería de calzas con agujetas que parecen tamboriles, como nosotros, sino zaragüelles muy delicados como la camisa.

JUAN.-¿No han frío con ellos?

PEDRO.-En invierno buen zaragüelle traen de paño fino encima del otro delgado, por más limpieza; quasi es a manera de calzas enteras nuestras, sino que arriba se ata como zaragüelles; las medias calzas de los tobillos avajo son de un sutil cordobán amarillo o colorado.

MATA.-¿A qué proposito?

PEDRO.-Porque tienen neçesidad de traer contino los pies más limpios que las manos, y en el verano todos traen unos borçeguís muy delgados, cortos hasta la rodilla, morados, colorados o amarillos, y dan al cuero este color allá tan fino como acá a los paños; en lugar de sayo traen una sotana hasta en pies, que llaman dolamán, y por capa una ropa que llaman ferxa o caftán larga como digo; de qué sean estas ropas, ya veis que cada uno procurará de traerlas de lo mejor que pudiere. Házense por aquellas partes unos brocados vaxos que son más vistosos y galanes que los de quatro altos; unos de raso pardo, todos llenos de alcachofas de oro o de granadas; otros terçiopelo carmesí con flores y hojas de parra de oro; otros de damasco, y que todos aquellos coraçones sean de oro. También los señores las tienen de quatro altos y muy costosas, pero por no ser más galanas no las traen.

JUAN.-¿Qué tanto cuesta una ropa désas?

PEDRO.-Dexando aparte los muchos altos destas otras, de veintiçinco ducados a quarenta.

MATA.-¿No más? Antes me vistiría deso que de paño ni otra seda.

PEDRO.-Quasi es tan barato, y son tan primos los sastres de allá, que perspuntan de arriba abaxo toda una ropa, como parece mejor, y dura doblado.

MATA.-¡Ansí costará caro!

PEDRO.-Un ducado cuesta el perspuntar no más; porque no penséis tampoco que es como perspunte de jubón, tan menudo, sino tienen unas agujas damasquinas largas un gemo y delgadas como un cabello y con ellas en dos días lo haze un ofiçial, y aunque sea de bocazí de color, si está perspuntada desta manera, paresçe bien; las mangas del dolamán son hasta el codo, como las del jubón; pero las de la ropa de ençima son largas y estrechas quan larga es la ropa, y por estar el jubón y sayo sin mangas traen unas postizas y muy largas para que hagan muchas arrugas, como linterna desta, que cojen y sueltan sin prender con botón ni agujeta, y quando se quieren labar tiran de arriba y sale al ruedo pelo y después de labado de solo un tirón la viste.

JUAN.-Deben de ser muy amigos de andarse a su plazer sin andar engarrotados como estos nuestros cortesanos.

PEDRO.-El borçeguí y la calza es tan ancho por abaxo como por arriba; agujeta no la busquéis en el turco, que no hallaréis ninguna en Turquía. Las ropas todas traen botones con alamares y andan holgadas; los çapatos son tan puntiagudos como las albarcas que usan los de la sierra, pero pulidos por todo extremo, y se calzan como pantuflos y se descalzan, porque el talón está tieso como si fuese de palo, y todo el çapato ansí mesmo, y bruñido, no está menos duro y tieso ni aun pulido que si fuese de vidro y desta manera se laba en la fuente como vidro sin mojarse; ansí los de los señores como particulares están debaxo herrados el calcañar con una herradura pulida, y arriba, debaxo de los dedos donde haze fuerza el pie, tiene dos o tres dozenas de clabillos.

JUAN.-¿De yerro?

PEDRO.-Pensé que de palo.

JUAN.-¿Y ésa llamáis poliçía?

PEDRO.-Eslo y más por donde están los yerros puestos con tanto primor.

MATA.-¿No van sonando por las calles desa manera?

PEDRO.-Si van, pero ¿qué se les da a ellos? Si acá se usase que todos sonasen por las calles como se usa el no sonar, nadie se maravillaría. Éste es el ávito dellos y dellas; de tal manera que si el marido se levanta primero se puede vestir los vestidos de su muger, y si ella los dél, y quando le dan al sastre que haga una ropa no penséis que le están examinando hazelda hasta aquí, ganduxalda desta manera, guarneçelda destotra; allá no hay guarnición ninguna, salbo que todas las ropas son aforradas en telas delgadas como muy finos bocazís, y no toma el sastre más medida de sacarla por otra ropa, que no ve la persona para quien es, sino tomad esa ropa y hazed a medida della otra de aquí.

JUAN.-Seglares y eclesiásticos, ofiçiales y soldados, ¿todos visten ropa hasta en pies?

PEDRO.-Todos, que no queda ninguno, y griegos y judíos, úngaros y veneçianos, y en fin, todo Levante.

MATA.-¿Y no les estorba algo para la guerra?

PEDRO.-¿Qué les tiene d'estorbar la cosa que desde que nasçen acostumbran y quando es menester ponen haldas en çinta? La más común merçed que los señores hazen es dar una ropa de brocado quando le viene una buena nueva o quando quieren gratificar una buena obra. Y para esto tienen una multitud en sus casas de sastres esclabos suyos, que están siempre haziendo ropas, y el señor se pone cada día una y luego la da. Quando yo era camarero, tenía Çinán Baxá una rima de más de quinientas de brocado, y quando quería hazer alguna merçed mandaba que le vistiesen aquel tal una ropa de aquéllas, y dábasela yo a uno de los pajes que se la vistiese, porque era obligado a darle alguna cosa después que con ella le había besado la mano al señor. Si el Gran Señor embía un capitán probeído en algún cargo, también les da su ropa, con la qual le van a vesar la mano por la merçed, y de aquí viene una gran mentira que antes que fuese esclabo oía dezir por acá, que ninguno podía vesar la mano al Gran Señor ni hablarle si no fuese vestido de grana.

MATA.-Y agora se dize y se tiene por ansí.

PEDRO.-Pues es mentira, que cada uno que tiene que negoçiar con él, le habla con los vestidos que lleba, si no es como dicho tengo, que las más vezes él haze merçedes destas ropas, y después le van a vesar las manos con ellas vestidos. Quando Zinán Baxá estaba por Virrey en Constantinopla y el Gran Turco en Persia, le embiaba desde allá con un correo de mes a mes o de dos en dos la espada que trae aquel día zeñida y el paneçillo que le tienen puesto delante para comer, y éste es el mayor favor que le podía dar; la espada dándole a entender que guardase justiçia, y el pan, por familiaridad que con él tenía, significando quán en graçia suya estaba. El día que lo resçibía estaba tan contento que era día de pedirle merçedes.

JUAN.-Aforros de martas y zorras y estas cosas ¿no lo ternán tan en uso como nosotros?

PEDRO.-Más comunes son allá las zebellinas y martas que acá las corderunas. Por maravilla hay en toda Turquía hombre, judío, ni christiano, ni turco, que no traiga quando haze frío ropa aforrada lo mejor que su posibilidad sufre. A comprar hallaréis quantos géneros hay en el mundo de aforros, y en buen preçio: martas muy finas cuestan veinte escudos y treinta; zebellinas, çiento, y aun a zinquenta hallaréis las que quisiéredes; turones, a siete escudos que paresçen martas; conejos, ratas, que son como felpa parda, a quatro ducados; raposos, a tres; corderunas, a dos; zacales, que son como raposos, a ducado, y por ser tan bueno el preçio, pocos hay ninguno que no los traya; para de camino tiene cada turco una ropa aforrada de varrigas de lobos que le sirbe de cama, y es muy preçiada; cuesta diez escudos y no es menos vistosa que marta; hay una cosa en ello, que para aforrar una ropa de las nuestras es menester tanto y medio aforro, porque son más anchas.

JUAN.-¿No traen gorras ni caperuzas?

PEDRO.-En eso el tocado, como dixen denantes, difieren los hombres y mugeres del hábito. Caballeros y gente de guerra y seglares, todos se raen la barba dos veces cada mes, dexando los vigotes; los eclesiásticos traen barba; cada semana se rapan las cabezas a navaxa y dexan en la corona los cabellos crecidos quanto un ducado de a diez d'españo.

JUAN.-¿Para qué?

PEDRO.-Porque si los mataren en la guerra y el enemigo le cortare la cabeza no le meta el dedo en la boca, que es vergüenza, sino tenga donde la asir.

JUAN.-¿Y todos están en esa neçedad?

PEDRO.-Y en otras muy mayores. En la cabeza lo primero traen un vonetico delgado y colchado, de los que se hazen en galera, y sobre aquél uno de seda grueso dos dedos, y lleno de algodón y colchado, para que esté duro y tieso, en el qual rebuelven la toca que llaman turbante, y en su lengua chalma, y éste unos le traen grande, otros menor. El común de los gentiles hombres lleba quarenta varas de toca de algodón delgada; los que andan en la mar le traen de 25; el Vaxá, quando va en Consejo, llébale de otra manera que quando va por la çibdad; todavía terná sus ochenta varas; ansí mesmo le traen el muftí, el cadileschier y los otros cadís. No es poca sçiencia saverle hazer, y hay hombres que no viben de otro. Blanco y limpio le traen como la niebe, y si sola una mota hay sobre él, luego le deshazen y le laban.

JUAN.-¿Cómo pueden traer acuestas esa albardería?

PEDRO.-El uso haze maestros; enseña hablar las picazas; caba las piedras con el uso la gotera, súfrela la tierra por ser muy húmeda, y sírbeles en la guerra de guardarles las cabezas, que no es más cortar allí que en una saca de lana. Quien nunca vio turcos, si los ve de aparte, pensará que son mugeres, con las ropas largas y los tocados blancos.

MATA.-El tocado de las mugeres ¿de qué manera es?

PEDRO.-Los cabellos por detrás son largos y derramados por las espaldas; por delante los zerzenan un poco a manera de los clérigos de acá. La primera cosa que sobre ellos se ponen es un barretín a manera de copa de sombrero, quadrado, de brocado, y la que más galano puede, más; tieso también es menester, y sobre él, de la media cabeza atrás, un paño delicado, que viene a dar un nudo debaxo de la barba, y luego otro enzima más delicado, labrado de oro, y una venda de tafetán por la frente a manera de corona, que le da dos o tres bueltas y no se tarda nada en tocar.

MATA.-No me dexa de contentar el tocado.

PEDRO.-Parésçeles muy bien.

JUAN.-No lo sepan eso las de acá, si no luego dexarán los tocados que tienen y tomarán esos.

PEDRO.-Ahorrarán los alfileres, que no han menester ninguno. Collares de oro, llenos de pedrería, ajorca y arracadas, por pobre que sea, lo tiene, porque las piedras valen baratas. El día que van al baño he visto muchas señoras mugeres de prinçipales, y quando van a bodas, que llevan dos mill ducados acuestas de solo oro y pedrería.

MATA.-Debíais de ser ya vos allá un Pedro entrellas.

PEDRO.-Maldita la cosa de mí se guardaba ninguna, sino que me iba a las bodas donde todas estaban destapadas y no se cubrían de mí, y también quando visitaba alguna señora venían muchas damas a verla, y hazían un corrido y metíanme en medio; unas me hablaban turquesco, otras griego, otras italiano, y aun algunas fino español, de las moriscas que de Aragón y Valençia se huyen cada día con sus maridos y haciendas de miedo de la Inquisición. ¡Pues judíos, me dezid que se huyen pocos! No había más que yo no supiese nuebas de toda la christiandad de muchos que se iban desta manera a ser judíos o moros, entre los quales fue un día una señora portoguesa que se llamaba doña Beatriz Méndez, muy rica, y entró en Constantinopla con quarenta caballos y quatro carros triumphales llenos de damas y criadas españolas. No menor casa llebaba que un duque d'España, y podíalo hazer, que es muy rica, y se hazía hazer la salba; destaxó con el Gran Turco desde Veneçia, que no quería que le diese otra cosa en sus tierras sino que todos sus criados no traxesen tocados como los otros judíos, sino gorras y vestidos a la veneçiana. Él se lo otorgó, y más si más quisiera, por tener tal tributaria.

JUAN.-¿Qué ganaba ella en eso?

PEDRO.-Mucho; porque son los judíos allá muy abatidos, y los christianos no; y no les harían mal con el ávito de christianos, pensando que lo fuesen.

JUAN.-¿No tienen allá todos los judíos gorras?

PEDRO.-No, sino tocados como los turcos, aunque no tan grandes, azafranados, para que sean conosçidos, y los griegos christianos los traen azules. Quando menos me caté vierais a la señora doña Beatriz mudar el nombre y llamarse doña Graçia de Luna et tota Hierosolima cum illa. Dende a un año vino un sobrino suyo en Constantinopla, que era año de 1554, que en corte traía gran fausto ansí del Emperador como del Rey de Francia, y meresçíalo todo porque era gentil hombre y diestro en armas y bien leído y amigo de amigos; y hay pocos hombres de quenta en España, Italia y Flandes que no le conosçiesen, al qual el Emperador había hecho caballero, y llamábase don Juan Micas; y porque aquella señora no tenía más de una hija, a la qual daba tresçientos mill ducados en dote, engañóle el diablo y circurncidóse y desposóse con ella; llámase agora Iozef Nasi. Los gentiles hombres suyos uno se ponía don Samuel, otro don Abraham y otro Salomón. Los primeros días que el Juan Micas estuvo allí christiano, yo le iba cada día a predicar que no hiziese tal cosa por el intherese de quatro reales, que se los llebaría un día el diablo, y hallábale tan firme que çierto yo volvía consolado, y dezía que no iba más de a ver su tía y se quería luego bolver. Quando menos me caté supe que ya era hecho miembro del diablo. Preguntado que por qué había hecho aquello, respondió que no por más de no estar sujeto a las Inquisiçiones d'España; a lo qual yo le dixé: Pues hagos saver que mucho mayor la ternéis aquí si bibís, lo

qual no penséis que será mucho tiempo, y aquel malo y arrepentido; y no pasaron dos meses que le vi llorar su pecado, pero consolábale el diablo con el dinero.

Capítulo XX

Fiestas

JUAN.-¿Qué fiestas y regozijos usan los turcos? ¿Juegan cañas? ¿justan? ¿tornean? ¿corren sortija?

PEDRO.-Ninguna de todas éstas: no justan, ni tornean, porque no usan arneses; no corren cañas, porque no saben cabalgar a la gineta; ni sortija, porque no usan lanza en cuja.

JUAN.-¿En qué se ejercitan? ¿Qué fiestas tienen solenes demás de las Pascuas?

PEDRO.-Ninguna.

MATA.-El día de Sant Juan dicen que hazen grandes fiestas.

PEDRO.-Los que dicen esa mentira solamente la fundan por el cantar que dize:

La mañana de Sant Juan,
al tiempo que alboreaba;

pero la verdad es que ninguna fiesta hazen a ninguno de quantos sanctos tenemos, porque lo ternían por pecado festejarlos, aunque los tienen por sanctos; como son Sant Pedro, Sant Pablo, Sant Juan y otros muchos, çierto los tienen por sanctos, y buenos; mas de ninguno guardan el día, sino de solo Sant Jorge, al qual festejan, sin comparación ninguna, más que su propia Pascua, y le guardan el mesmo día que nosotros, que pienso que cae a 23 de abril.

JUAN.-¿Por qué a San Jorge?

PEDRO.-Porque fue caballero turco y es sancto turco, y nosotros dicen que se le usurpamos a ellos.

JUAN.-¿Y en su lengua mesma le llaman Sant Jorge?

PEDRO.-No, sino Hedrelez, y mucho más le venera la gente de guerra que la plebeya. Si el Gran Señor tiene de ir con su campo a Ungría o contra el Sophí, por dos meses de más a menos no dexará d'esperar a partirse aquel día señaladamente, teniendo por averiguado que por sólo aquello tiene de haber la victoria. Los otros turcos y turcas le da cada una una escudilla de su sangre, no sabiendo qué otra cosa le dar, y ansí pocos hay que no se sangren aquella mañana, como usan algunos idiotas acá la mañana de Sant Juan hazer otro tanto. De camisas y pañuelos era muy bien probeído yo aquel día para todo el año, que me daban

las mugeres del zerraje, de Zinán Baxá porque tubiese cargo de sangrarlas. Tomaba aquella mañana un par de barberos y metíalos dentro, y venían todas tapadas dos a dos, y sin escudilla ni zerimonia, en aquel suelo, o en una medio artesa, caía la sangre a discreción; yo las ataba a todas y les fregaba los brazos, y los barberos no tenían más que hazer de herir, y cada una me ofrecía camisa, zaragüelles o pañizuelos, según lo que podía.

MATA.-Pues ¡válame Dios! si no hazen fiestas, ¿en qué se les pasa el tiempo? ¿Todo ha de ser jugar?

PEDRO.-La cosa que menos en el mundo hazen es eso. Ningún género de juego saben qué sea; con quatro baraxas de naipes hay harto para quantos hay debaxo la bandera de Mahoma, si no es algún bellaco renegado que era taur quando christiano, que éste tal busca a los judíos o veneçianos con quien lo hazer; pero una golondrina no haze verano. Algunos hombres de la mar juegan agedrez, no como nosotros, sino otro juego más claro, y esto por pasatiempo, sin dineros. En un lienzo traen pintados los escaques, y en mill días uno que está más sosegada la mar juegan por su pasatiempo como los niños acá con piedras.

JUAN.-¿Qué causa dan para no jugar?

PEDRO.-La que yo os dezía el otro día: ser gran vileza y deserviçio de Dios, y tiempo malgastado y daño del próximo, y omiçidio de sí mesmo.

MATA.-Luego ¡par Dios! a esa quenta todo el tiempo se les va en comer, que es tan bellaco viçio como jugar y peor y más dañoso.

PEDRO.-En todas las naçiones que hoy viben no hay gente que menos tarde en comer, ni que menos guste dello, ni que menos se le dé por el comer. Príncipe, ni rey ni señor hay en Turquía que en dos o tres vezes que come gaste hora entera en todas tres.

MATA.-Si eso es ansí, repartidme vos el tiempo en qué le gastan, que por fuerza ha de ser todo dormir.

PEDRO.-Eso es lo que menos hazen, que a nadie le toma el sol en la cama; pero soy contento de repartirósles el tiempo en qué lo gastan, como quien se le ayudó quatro años a gastar. Los oficiales mechánicos todos tienen que hazer en sus ofiçios toda la vida.

MATA.-¿Y las fiestas?

PEDRO.-Oye el ofiçio solene en Sancta Sofía, o en otras mezquitas; visita sus amigos; siéntase con ellos; parlan, hazen colaçión; vanse a pasear, negoçian lo que el día de labor los puede estorbar. Los eclesiásticos son como acá los fraires, que no juegan; lo que les sobra de tiempo de sus ofiçios escriben libros, porque allá no hay emprentas; leen, estudian. Los que administran la justiçia, si cada día fuese un año, ternían negoçios que despachar, y no les vaga comer. La gente toda de guerra se está exerçitando en las armas; vase a la escuela donde se tira el arco y allí procura de saver dar en el fiel si puede, teniendo en poco dar en el blanco; procura también saver algún ofiçio con qué ganar de comer el rato que no

está en la guerra. Los caballeros todos pasean a caballo por las calles, y van a tener palacio a los vaxás y santjaques, pretendiendo que les augmenten las pagas y les hagan mercedes. Pues el rey y los baxás, en tan grande imperio bien ternán que despachar sin que les sobre tiempo para jugar.

JUAN.-Gran virtud de gente es ésa y muy grande confusión nuestra.

PEDRO.-No os quebréis la cabeza sobre eso ni creáis a esos farsantes que vienen de allá, y porque los trataban mal en galera dizen que son unos tales por quales, como los ruines soldados comúnmente dizen mal de sus capitanes, y les echan la culpa de todo, que pocos esclavos destos pueden informar de lo que por allá pasa, pues no los dexan entrar en casa, sino en la prisión se están. En lo que yo he andado, que es bien la tercera parte del mundo, no he visto gente más virtuosa y pienso que tampoco la hay en Indias, ni en lo que no he andado, dexado aparte el creer en Mahoma, que ya sé que se ban todos al infierno, pero hablo de la ley de natura. Donosa cosa es que porque no jueguen no haya en qué pasar el tiempo.

JUAN.-¿A qué hora se acuestan?

PEDRO.-Invierno y verano tienen por costumbre acostarse dos horas después de anochezido; hazen la oración postrera que llaman iat namazi y todos se van a dormir, y levántanse al rayar del alba a la otra oración; ni penséis que unos madrugan y otros no, sino hombres y mugeres, grandes y chicos, todos se levantan aquella hora.

MATA.-¿Qué tales camas tienen, porque he oído dezir que duermen en suelo?

PEDRO.-Razón tienen los que eso dizen, pero más vale la cama suya que la nuestra. No tienen camas de campo, sino sobre unas alombras tienden unos colchones sin colchar ni bastear, que se llaman duquexes, de damasco, y éstos están llenos de una pluma sutil que tienen los gansos, como flueco, y sobre éste ponen una colcha gruesa doblada, porque todas las camas usan estrechas como para uno no más, y hablo de la cama de un hombre de bien y rico; luego viene una sábana delgada y la sábana de arriba está cosida con la colcha de ençima y sirve de aforro de la misma colcha, y quando se ensuçia quitan aquella y cosen otra. Si haze mucho frío tienen unas mantas con un pelo largo, que llaman esclabinas, azules y coloradas; a muy poca costa es la colcha de brocado, porque como la sábana toma la mayor parte, que buelbe afuera por todos quatro lados, lo que se paresçe que tiene menester de ser brocado o seda es muy poco.

MATA.-¿Usan tapizerías por las paredes?

PEDRO.-Si no es rey o hijo suyo, no; y éstos las tienen de brocado desto mesmo de que hazen las ropas; mas la otra gente, como siempre procuran de hazer todas las cosas al rebés de nosotros, la tapizería en suelo y las paredes blancas.

JUAN.-¿De qué son los tapizes?

PEDRO.-Finísimas alombras. Ansí como nosotros tenemos por magestad tener muchos aposentos colgados, tienen ellos de tenerlos de muy buenas alombras; y ésta es la causa porque agora poco ha os dixen que traían muy limpios los pies, porque a ningún aposento podéis entrar sino descalzos, no porque sea çerimonia, sino porque no se ensuçien las alombras; y como se tienen de calgar y descalzar a cada paso, es menester que los çapatos entren como pantuflos.

MATA.-¿Dónde se descalzan?

PEDRO.-A la entrada de cada aposento, y dexan los çapatos a la puerta; y para que mejor lo entendáis, sabed otro secreto, y es que no se sientan como nosotros en sillas, sino en estrados, de la mesma manera que acá las señoras, con alombras y cogines.

MATA.-¿Dónde se sientan?

PEDRO.-Sobre las almohadas.

MATA.-¿Ansí baxos?

PEDRO.-En el mesmo suelo.

MATA.-¿De qué manera?

PEDRO.-Puestas las piernas como sastres cuando están en los tableros, y por mucha criança, si están delante un superior y los manda sentar, se hincan de rodillas y cargan las nalgas sobre los calcañares, que los que no lo tienen mucho en uso querrían más estar en pie.

MATA.-¿Y desotra manera no se cansan de estar sentados?

PEDRO.-Yo, por la poca costumbre que dello tengo, estaré sin cansarme un día, ¿qué harán ellos que lo mamaron con la leche?

JUAN.-¿Luego no tienen sillas los señores?

PEDRO.-Sí tienen, para quando los va a visitar algún señor christiano, como son los embaxadores de Françia, Ungría, Venetia, Florentia. A éstos, porque saben su costumbre, luego les ponen una silla muy galana de caderas a nuestra usanza, muy bien guarnesçida, y algunas vezes ellos mesmos se sientan en ella, que no es pecado sentarse, sino solamente costumbre.

Capítulo XXI

Embajadores y corsarios

JUAN.-¿Tantos embajadores hay en Constantinopla?

PEDRO.-Del rey de Francia, por la amistad que con el turco tiene, hay siempre uno, que se llamaba Mos de Ramundo, y el de agora Mos de Codoñat; del rey de Ungría hay otro, que se llamaba Juan María, y deziros he, porque viene a propósito deste, lo que vi en Constantinopla, por lo qual podréis juzgar quán cautelosos son los turcos en el consejo de guerra y qué avisados. Este Juan María había estado muchos años por embajador, y rompióse la guerra el año de 52 con el turco, el qual mandó prender y poner en una torre al Juan María. Andubo un año la guerra, y al cabo vinieron a tratar de conçiertos y el Gran Señor embió al Juan María que fuese a tratar la paz, porque tenía neçesidad de ir contra el Sophí. Como el Juan María fue en Ungría, trató los capítulos todos que cumplían a la paz y suplicó al rey que, atento que él le había sirvido muchos años en aquel cargo y estaba enfermo de la horina, que aun yo mesmo le había curado en la prisión, le diese de comer en otro cargo, porque aquél no le aceptaba. El rey lo tubo por bien y embió con los capítulos al obispo de Viena, y como llegó y hizo su embajada al Gran Turco, luego preguntó por Juan María. El obispo le respondió que estaba enfermo y empedido y por eso venía él. Dixo el Gran Turco: Pues yo no firmaré capítulo de todos éstos, y ansí se lo escribid a vuestro rey, si no viene el Juan María por embajador. El obispo lo escribió ansí al rey, el qual tornó a responder que no había lugar, pero que él embiaba un embajador muy prinçipal en el obispo y a quien su magestad olgaría conosçer y tratar. Tornó a dezir que por ninguna manera aceptaría nada si él no venía; por eso, que bien se podía bolver. Los baxás le reprehendieron diziendo: ¿Cómo, señor, por una cosa que tan poco importa como que venga aquél o no venga, quiere vuestra magestad dexar de hazer la paz que por el presente tanto le importa, prinçipalmente viniendo un tan cabal hombre como éste, que pocos de tal suerte debe de tener el rey de Ungría en su corte? A lo qual medio airado, respondió el Gran Turco: Pésame que tenga yo en mi Consejo gente tan neçia como vosotros y que ignore una cosa semejante y que tanto me va. ¿Parésçeos, dezid, que es bien que en el Consejo de mi enemigo haya un hombre tan plático en nuestros negoçios que ha estado tanto tiempo entre nosotros y sabe mejor todos los negoçios de acá que nosotros mesmos, y de allá guiará hágase la cosa desta manera y desta, por tal y tal inconveniente, porque los turcos son desta suerte y tienen esta costumbre? No me habléis más, que no firmaré capítulo ninguno si no viene Juan María muerto o vivo. Lo que con él se pudo acabar fue que firmase con esta condiçión, que dentro de un çierto tiempo viniese en Constantinopla por embajador, donde no, quedaban las pazes por ningunas.

MATA.-Y aun con eso ganan cada día y jamás pierden. El más alto consejo me paresçe que fue el del Gran Turco en eso, que de cabeza de ningún príncipe podía salir. Sin más oír del Gran Turco, yo para mí tengo que es hombre de buen juicio y de tal consejo se debe de servir; cosa es ésa que no se mira acá ni se haze caso, sino que por favor hay muchos que alcançan a ser capitanes y consejeros en la guerra no habiendo en toda su vida oído atambor ni pífano, sino tamboril, guitarra y salterio. ¡Mirad qué consejo puede aquél dar en la guerra!

JUAN.-Quando los çiegos guían ¡guai de los que van detrás! De mi voto gente ternía yo de experiençia y no se me daría nada de toda su sçientia.

PEDRO.-¿No sabéis qué respondió el príncipe Aníbal quando en Athenas le llebaron andando a ver las escuelas, a oír un philósofo el de mayor fama que allí tenían y más docto?

JUAN.-No me acuerdo.

PEDRO.-Estando leyendo aquel philósofo entró el príncipe Aníbal a oír un hombre de tanta fama, y como le avisaron quién era el que le entraba a oír, dexó la plática que tenía entre manos y comenzó de hablar de cosas de la guerra; cómo se habían de haber los reyes, los generales; el modo de ordenar los esquadrones, el arremeter y el retirar; en fin, leyó una lección tan bien leída que todos quedaron muy contentos y satisfechos. Salidos de allí preguntaron al príncipe qué le parecía de un tan eminente varón. Respondió: Habéisme engañado, que me dixistes que tenía de oír un gran philósofo, lo qual no es éste, sino grande nesçio y idiota, que aquella lección el príncipe Aníbal la tenía de leer, que ha vençido tantas batallas, y no un viejo que en toda su vida vio hombre armado, quanto más exércitos ni esquadrones. A todos paresció bien la respuesta, como le vieron algo airado y la razón que tenía.

MATA.-Y a mí también me satisface, que bien hay entre christianos algunos que hablan mucho de la guerra y en su vida vieron armados sino el jueves de la çena o en alguna justa.

PEDRO.-Y aun muchos que justan, y puestos en el esquadron se les olvida con cuál mano han de tomar la lança.

JUAN.-Remédielo Dios, que puede. ¿También los venetianos y florentines tienen su embaxador?

PEDRO.-Todos los reyes, príncipes y señorías que tienen paz con el turco los tienen allá. Los de Venetia y Florentia se llaman bailos; éstos son como priores de los mercaderes que están en Galata y allí viben.

MATA.-¿Hay muchos mercaderes desos?

PEDRO.-Bien creo que de florentines y venetianos habrá más de mill casas.

MATA.-¿Hazen algún bien a los cautibos?

PEDRO.-Más mal les hazen que bien, y aun a nuestro rey también: en viendo el hombre con cadena, huyen dél y no le hablarán palabra, y si de acá les invían dineros para que los rescaten, tómanlos y tratan con ellos sin darles las cartas ni cosa ninguna, y desde a dos o tres años torna a embiar los dineros diçiendo que es muerto o que no le quieren dar por tan poco. No penséis que hablo en esto de oídas, que más de quatro negoçios destos averigüé yo, y si más allá estuviera yo los hiziera andar derechos. De tres en tres años estas señorías envían nuebo vaile, y siendo yo intérprete con Çinán Baxá y teniendo la familiaridad tan grande con él, vi dos cosas, las quales os quiero contar: la una es el orden que la señoría de Venetia tiene en prover un cargo. El baile de nuebo que fue llebaba en pergamino la probisión que deçía desta manera:

«Marcus Antonius Triuisano, Dei gratia venetiarum dux, etc. Magnifico Illmo. ac potenti domino Zinan baxa potentissimi otomanorum imperatoris beglerbai maris nec non eiusdem locum tenenti Constantinopoli, salutem ac sincere felicitatis affectum. Mandamo bailo lo serenissimo gran signore el dilecto nobil nostro Antonio Herizo in luogo de Dominico Triuissano, il qual fara residentia de lui, si como conviene a la bona amicitia que con la sua imperial magestate habiamo, a le parole dil quale pregamo la magnifiçencia et excellentia vostra sia contenta prestar fede non altrimenti que la faria noaitri medesimi. Et lui sui ani siano molti et felichi. Datis in hoc ducali palatio anno a Christo nato 1554 mensis aprilis die 16 indictione 12.»

Veis aquí quán brevemente negoçia la señoría de Venetia.

MATA.-Yo no veo nada ni entiendo esa gerigonza si no habláis más claro.

PEDRO.-Deçid a Juan de Voto a Dios que os lo declare.

MATA.-No pasó por Venetia quando fue a Hierusalem, como el pintor del duque de Medinaçeli.

PEDRO.-Diçe ansí: «Marco Antonio Tribisano, por la gratia de Dios, duque de Venetia, etc. Al magnífico, Ilustríssimo y poderoso señor Zinán Baxá, Almirante de la mar del potentíssimo emperador de turcos, y su lugarteniente en Constantinopla, salud y deseada felicidad. Imbiamos baile al sereníssimo gran serñor nuestro querido Antonio Herizo, en lugar de Domingo Trivissano, y residirá en su lugar, ansí como conviene a la buena amistad que tenemos con su imperial magestad, a las palabras del qual suplicamos a vuestra magnifiçencia y exçelentia dé credito, no de otra manera que haría a nosotros mesmos; y sus años sean muchos y felixes. Dada en este ducal palaçio a diez y seis de abril, año del nascimiento de Christo de 1554 y en la indición duodécima.»

MATA.-Harto es breve y compendiosa. No había más que dezir.

PEDRO.-Más pensé que había de llebar, como nosotros usamos, un proçeso este baile, y estadme atentos que no lo saben ni lo alcanzan acá: es obligado cada mes de embiar mensajeros que van por mar y por tierra a Venetia, como acá correos, y en fin del mes, en resçibiendo cartas de Venetia ba el baxá que está en lugar del Gran Señor quando no está ahí, y estando a él mesmo, y lleba un papel en el qual diçe: El rey d'España está en tal parte, con tanta gente; quiere hazer esto y esto. El de Françia está con tanta en tal parte; han havido tal refriega; vençió fulano. El papa haze esto y trata estotro, y tal príncipe se ha rebelado de tal manera, que ninguna cosa pasa en todos los consejos de acá, secretos y públicos de que no tenga el Gran Señor aviso, y si me preguntáis cómo lo sé pensaréis que de oídas. Yo mesmo, quando el Gran Turco estaba en Persia, se los leía en italiano y lo convertía en turquesco para ir en Persia.

JUAN.-Grande maldad y poca christiandad y menos themor de Dios usan si ansí lo hazen.

MATA.-También deben nuestros reyes tener otros tantos avisos del turco por los mismos venetianos.

PEDRO.-Eso no; más recatados son que tanto los turcos; no hayáis miedo que pueda saber el venetiano lo que se determina en consejo real; tanto se guardan de los mismos turcos como de los christianos, y otra no menor delicadeza suya os quiero dezir que las pasadas, todo de vista. El mesmo capitán general de la armada y almirante de toda la mar, habiendo de salir con galera fuera, no sabe cuántas tiene de sacar hasta el día que sale, ni adónde tiene de ir hasta que ya está allá.

MATA.-¿Cómo se parte sin saber adónde?

PEDRO.-Eso es el saber. Vístele el Gran Turco una ropa de brocado y dízele quando está de partida: Toma esta armada y vete a tal parte, y allí abrirás esta carta sellada de mi mano, con tu consejo, y harás lo que en ella se contiene; y con esto se parte. El exemplo os doy de Zinán Baxá quando tomó a Trípol, que le mandó venir hasta Siçilia, y que sobre una çibdadeta que se llama Rigoles hiziese alto, y hasta allí a ninguno hiziese mal; y allí abriese la comisión, la qual deçía así: «Embiarás un embaxador a Juan de Vega, virrey de Siçilia, y dile que te den la çibdad de África que me han tomado mal tomada y contra la tregua que teníamos; donde no, haz el mal que pudieres.» El Juan de Vega respondió que aquella çibdad no era suya, sino de Dargute, al qual se la habían tomado, y muy bien, y en lo demás él no podía hazer nada; que él escribiría al Emperador y haría en ello lo que le mandase. Llebaba así mesmo comisión de si topase a Dargute, que era un cosario el qual no estaba sujeto a nadie, que le prendiese y hiziese dél lo que le paresçiese. Tardósele la respuesta Al Zinán Baxá y determinó de hazer quanto mal pudiese, y lo primero tomó lo que pudo de Rigoles y Calabria, y entre tanto llegó el Dargute, y juntóse con él, y resçibióle bien porque traía doçe galeras y fustas, y aun creo que diez y seis; y como el bellaco es tan buen piloto, le dixo que se fuese con él y le pornía donde ganase honrra y probecho, y llebóle sobre la isla del Gozo, junto a Malta, y tomáronla, de donde llebó seis mill ánimas, y de allí fueron a Trípol de Berbería; y el governador era françés, el qual hizo traición y se dio a pacto con que dexasen salir todos los caballeros de Sant Juan. Guardóselos, aunque no todos. Llamábase Chambarín el governador. De allí perdonó al Dargute y le dixo que se fuese con él a Constantinopla y le pornía en gratia del Gran Turco. Vino en ello el Dargute y fuéronse con mucho triumpho, y fue bien resçibido el Dargute del Gran Señor, y dióle çiento y qinquenta mill ásperos de renta, que serán tres mill escudos y grande crédito de allí adelante. Este bellaco luego se le alzó a mayores a Zinán Baxá, y dixo al Gran Turco que haría él más con sesenta galeras que Zinán Baxá con doçientas, y tubo razón, porque el año de 53 lo probó a hazer y con sesenta galeras y las de Françia de compañía tomó a Bonifaçio y en Siçilia la Alicata y la Pantanalea, y el año de 54, con otras tantas que salió, tomó la çibdad de Bestia, en Apulla. El año de 55 salió con otro nuevo general que susçedió a Zinán Baxá y no tomó nada y quedóse en Trípol; antes perdió, y por eso mandó el Gran Turco que saliese a ser governador de Trípol y tener allí siete galeras.

JUAN.-¿Conoçistes vos a Guterráez?

PEDRO.-Este mesmo es, y fuimos muy amigos y comí muchas vezes con él. Nunca se hartaba de contar de las cosas de christianos.

JUAN.-¿Qué sabía él? ¿Había sido christiano?

PEDRO.-No era sino turco natural, y había sido esclavo de Andrea Doria, el qual le rescató por tres mill ducados.

JUAN.-¿Un hombre tan nombrado y que tantos males había hecho en este mundo y hazía, rescataban? ¿Tanto le hazían a un príncipe tan grande como Andrea Doria tres mill ducados que dexaba ir un tan grande vellaco por ellos?

PEDRO.-Y deso se reía muchas vezes conmigo el mesmo Dargute, diçiendo cómo se había bien esquitado, porque por cada millar de ducados había tomado un millón después que le soltó y aún más.

JUAN.-Igual fuera haberle luego cortado la cabeza.

PEDRO.-O tenérsele en prisión toda la vida, tratándole razonablemente, como haze el Gran Señor, que jamás dará capitán ni hombre ninguno de quenta, aunque le den por él unas Indias; porque haze esta quenta: yo soy muy poderoso y no me haze al caso mill ni diez mill ducados que éste me dé, el qual en su tierra debe ser hombre de consejo y valeroso, pues tenía cargo; y rescatado, luego tiene de procurar de esquitarse, y por çien ducados que me da me tomará cient mill; y mándale en la torre con los otros christianos, y darle cada día dos ásperos de que se mantenga y que no le lleben a trabaxar. Allí fenescce míseramente sus días, que es mejor que sean pocos.

MATA.-Tan buen ardid de guerra es ése como esos otros: hombre de guerra cudicioso me paresçe que nunca valdrá un quarto. -

PEDRO.-Vos estáis en lo çierto, y el día de hoy no veréis en todo el exército de los christianos sino cudicia y poca victoria.

JUAN.-¿Cómo queréis que se compadezcan dos contrarios en un sujeto? Yo creo que son muy pocos los que van a la guerra si no es por ganar, y siempre ganan más los que pelean menos.

PEDRO.-¿Sabéis qué otra cosa haze el turco con los capitanes que tiene prisioneros?

MATA.-¿Qué?

PEDRO.-Si ve que bive mucho, házele dar un bocadillo, con que nadie se atrebe a importunarle de allí adelante, y por justiçia no los quiere matar, porque no hagan acá otro tanto de los que tienen presos de los turcos.

Las comidas

MATA.-¡Cuán poco nos hemos acordado del comer de los turcos, habiendo pasado por tantas cosas que acostumbran!

PEDRO.-No penséis que hay menos que dezir deso que de lo que está dicho.

JUAN.-¿Sírvense con aquella magestad en el comer que nuestros cortesanos, al menos el Gran Turco?

PEDRO.-Deziros he cómo comía Zinán Baxá, y ansí entenderéis qué usan todos los príncipes; y con otro exemplo particular sabréis de la gente común; y sabido acá cómo come un príncipe, podréis pensar que ansí haze el rey, añadiendo más fausto. Ansí como es su usanza sentarse en baxo, acostumbran también comer en suelo, y ponen por manteles, para que las alhombros no se ensuçien, un cuero colorado y grueso, como de guadamez de caballo, y por pañizuelos de mesa una toalla larga alderredor de todos, como hazen en nuestras iglesias quando comulgan. El cuero del caballo se llama zofra; fruta, ni cuchillo, ni sal, ni plato pequeño no se pone en la mesa de ningún señor en aquella tierra.

MATA.-¿No comen fruta?

PEDRO.-Si comen harta, pero no a las comidas ni de principio ni postre.

JUAN.-¿Con qué cortan?

PEDRO.-El pan son unas tortas que llaman pitas. A cada una dan tres cuchilladas en la botillería antes que la lleben a la mesa, y éstas sirben de platos pequeños, porque cada uno toma su pedazo de carne y le pone encima; la sal es impertinente, porque tienen tan buenos cozineros que a todo lo que guisan dan tan buen temple que ni tiene más ni menos sal de la que tiene menester. Tenía Zinán Baxá quarenta gentiles hombres que llaman chesineres, y el príncipal destes se llama chesiner baxá; sirbe de mastre sala, y éstos tienen de paga real y medio cada día, los quales de ninguna otra cosa sirbían sino de llebar el plato a la comida del Baxá. Vestíanse de pontifical todos para sólo llebar el plato, con ropas de sedas y brocados, las quales el Baxá les daba cada año una de seda y otra de grana fina, y en la cabeza se ponen unas escofias de fieltro, como aquellas de los genízaros, con sus cuernos, salvo que son coloradas.

MATA.-¿Qué tanto valdrá cada una desas?

PEDRO.-Çinquenta escudos, si no lleba alguna pedrería en el cuerno de plata.

MATA.-¿Y para sólo llebar la comida se le ponen?

PEDRO.-Y para ir algunas vezes con el Baxá quando va fuera; lleban demás de todo esto unas zintas que llaman cuxacas, de plata, anchas de un palmo, y todas de costillas o columnicas de plata a manera de corazas; la que menos destas pesa son çinquenta ducados.

JUAN.-¿Parescen bien desá manera?

PEDRO.-Aunque sea una albarda, si es de oro o de plata paresce mucho bien; estos todos iban con su capitán a la cozina y tomaban la comida en unas fuentes.

MATA.-¿De plata?

PEDRO.-Antes quiero que sepáis que ningún turco, por su ley, puede comer ni beber en plata ni tener salero, ni cuchar dello, ni el Gran Turco, ni príncipe, ni grande, ni chico en toda su seta quan grande es.

MATA.-¿Qué dezís? ¿Estáis en vuestro seso? ¿El Gran Turco no tiene baxilla de plata?

PEDRO.-Sí tiene, y muy rica y caudalosa, y candeleros bien grandes, no que la haya hecho él, sino que se la empresentan de Venetia, Françia y Ungría, y aun de Esclabonia; pero tiénela en la cámara del thesoro, sin aprovecharse della. Otro tanto tenía Zinán Baxá de muchos presentes que le habían hecho, mas tampoco se sirvía della ni podía aunque quisiese.

MATA.-¿Quién se lo estorbaba?

PEDRO.-Su ley, que otro no.

MATA.-¿En qué se funda para eso?

PEDRO.-No en más de que si en este mundo comiese en plata, en el otro no comería en ella, y no cale pidirles la razón más adelante desto.

MATA.-Pues ¿en qué comen? ¿De qué son aquellas fuentes?

PEDRO.-En cobre, que como ellos lo labran es más lindo que el peltre de Inglaterra; así como nosotros el box o cualquier otro palo labramos al torno, haziendo dello quanto queremos, labran los turcos el cobre, y después lo estañan y queda como plata y las piezas todas hechas de la mesma manera que quieren, y en las mesas del Gran Turco y los príncipes quanto se sirve es en estas fiestas de cobre estañado con sus cobertores, y en embegeçándose un poco tórnanlo a poca costa a estañar y paresce cada vez nuevo.

MATA.-¿Cómo lo estañan? ¿Como acá los cazos y sartenes?

PEDRO.-Es una porquería eso; no, sino con muy fino estaño y con sal armoníaco, en quatro horas estañará un ofiçial toda la vaxilla del gran señor. Como van a la cozina, cada uno de aquellos gentiles hombres tomaba su fuente con su cobertor y con la mayor orden que podían iban todos, unos a una parte y otros a otra, de manera que hazían dos ileras; cada uno iba por su antigüedad, y llegados los primeros todos se paraban quedando la mesma ordenanza, y el chesiner baxí ponía su fuente en la mesa y tomaba la del que estaba junto a él, para ponerla, y aquél tomaba la del otro y el otro la del otro; de modo que sin

menearse nadie de su lugar pasaban las fuentes todas de mano en mano hasta la mesa del Baxá; y dada la comida se bolvían, entretanto que era hora de quitar la mesa.

MATA.-¿Qué llevaban en aquellos platos? ¿Qué es lo que más acostumbran comer?

PEDRO.-Asado, por la mayor parte comen muy poco o nada; todo es cozido y hecho miniestras, que dicen en Italia, y ellos las llaman sorbas; es como acá diríamos potajes, de tal manera que se pueden comer con cuchar.

MATA.-¿De qué era tanto plato?

PEDRO.-Los manjares que usaban llevarle cada día era arroz hecho con caldo de carnero y manteca de vacas, no nada húmido, sino seco, que llaman ellos pilao, o mezcladas con ello pasas negras de Alexandría, que son muy pequeñas y no tienen simiente ninguna dentro; para con esto, en lugar del polvoradueque o miel hacían otro potaje de pedazos de carnero gordo, y pasas y çiruelas pasas, con algunas almendras; otro modo de arroz guisaban que llevaba al quoçir gran cantidad de miel y estaba tieso y amarillo, que se llama zerde. Terzero plato de arroz es de tauc sorba, gallina hecha pedazos y guisado el arroz con ella, con pimienta y su manteca. De una cosa os quiero advertir: que ningún guisado hay que hagan sin manteca de vacas; ni asar, ni cozer, ni adobado, ni lentejas y garbanços, ni otra cosa de quantas comen, hasta en el pan. El mejor de todos los platos que a la mesa del Baxá se ponía era de carnero hecho pedaços de a libra, y guisado con hinojo, garbanços y zebollas; y otro plato había bueno d'espinaças, cosa muy usada entrellos; otro es de trigo quitados los ollejos, con su carnero y manteca, y otro de lentejas con zumo de limón y guisadas con el caldo de carne, a las quales les meten dentro unos que llaman acá fideos, que son hechos de masa. Al tiempo de las hojas de parras, usan otro potage de picar muy menudo el carnero, y meterlo dentro la hoja de la parra y hazerlo a modo de albóndiga, y quando hay berenjenas o calabazas sácanles lo de dentro y rellénanlas de aquel carnero picado y házenlas como morcillas; quando no hay hojas, ni calabazas, hazen de masa una torta delgada como papel, y en ella enbuelben el mesmo bocadillo del carnero muy picado, y hazen un potaje a modo de cuescos de duraznos. Salsas no se las pidáis, que no las usan, antes por el comer son tan poco viçiosos que más creo que comen para sólo vivir que por deleite que dello tengan; como se les paresçe en el comer que cada uno toma su cuchar y come con tanta prisa que paresçe que el diablo va tras él y tienen muy buena criança en el comer, que sin hablar palabra, como esté uno satisfecho, se levanta y entra alguno otro en su lugar. Quando mucho, diçe: Graçias a Dios; y son comunes entrellos los bienes, al menos del comer, porque, aunque no conozca a nadie, si ven comer les es lícito descalzarse y tomando su cuchar ayudarles; no son habladores quando comen; acabado de comer, el Baxá daba gracias a Dios y mandaba quitar la mesa.

MATA.-¿También dan ellos gratias como nosotros?

PEDRO.-Bien que como nosotros.¿Quándo las damos nosotros ni nos acordamos de Dios una vez en el año?

JUAN.-¿Qué dezían en las gratias?

PEDRO.-Helamdurila choc jucur iarabi, Alat, Ala padixa bir guiun bin eilesen. Vendito sea Dios; mejor lo haze conmigo de lo que merezco. Dios prospere nuestro rey de manera que por cada día le haga mill.

JUAN.-Muy buena oración en verdad, y que todos nosotros la teníamos de usar, y nos habían de forçar a ello por justiçia o por excomunió.

PEDRO.-Creed que no hay turco que no haga a cada vez que coma esta mesma, aunque sean quatro vezes.

MATA.-¿Puede cada uno llebar un plato a cuestras o llébanle de çinco en çinco?

PEDRO.-Nos entiendo. ¿Çinco tienen de llebar un plato?

MATA.-Dígolo porque dixistes al prinçipio que los gentiles hombres eran quarenta, y no habéis contado más de siete o nueve platos.

PEDRO.-Quanto habláis siempre tiene de ir fundado sobre maliçia. Mirad, por amor de Dios, que estaba aguardando. No se tiene d'entender que todos quarenta se hallen presentes a cada comida, aunque lleven el salario basta la mayor parte; pero del pilao no se pone una fuente sola, sino dos o tres, y del zerde ansí mesmo, y del carnero otro tanto. Comen a la flamenca, en dexar primero poner toda la comida en la mesa que ellos se sienten.

MATA.-¿Qué gente comía con Çinán Baxá?

PEDRO.-Todos quantos querían, si no fuesen esclavos suyos, aunque tenía muchos onrrados Gobernadores de provincias, pero por ser esclavos suyos no lo permiten; si son de fuera de casa, aunque sean los moços de cozina, se sientan con él.

JUAN.-¿Y nadie de su casa lo haze, siquiera el contador o thesorero o la gente más de lustre?

PEDRO.-El mayordomo mayor y el cozinero mayor tienen esta preminençia de comer quando el señor de lo mesmo que él; mas no a su mesa, sino aparte. Tenía veinte y quatro criados turcos naturales, que no eran sus esclavos, con cada dos reales de paga al día para que remasen en un vergantín quando él iba por la mar, los de mayores fuerças que hallaba, y llamábanlos caiclar, y sólo éstos comían de sus criados con él.

MATA.-¿Para remar no fueran mejor esclavos?

PEDRO.-No se osa nadie fiar d'esclavos en aquellos vergantines, porque quando le tienen dentro pueden hazer dél lo que quisieren, y ha miedo que le traerán a tierra de christianos. Alzada la mesa, los mesmos gentiles hombres toman los platos por la mesma orden que los pusieron, y quasi tan llenos como se estaban, y llébanlos a la mesa del thesorero, camarero, que era yo, y pajes de cámara y eunucos que los guardaban, que en todos seríamos çinquenta, y allí comíamos y dabamos las fuentes, que aun no eran a mediadas, fuera a los gentiles hombres, y comían ellos; y levantados de la mesa, sentábanse

los oficiales de casa, como sastres, çapateros, herreros, armeros, plateros y otros ansí, los quales ya no hallaban de lo mejor nada, como aves ni buen carnero, habiendo pasado por tantas manos. El plato del mayordomo mayor andaba también, después de él comido, por otra parte las estaciones, y el del cozinero mayor.

MATA.-¿Qué tanto cabría cada fuente desas?

PEDRO.-Un çelemín de arroz. ¿Dezíslo porque sobraba tanto en todas las mesas?

MATA.-No lo digo por otro.

PEDRO.-Sabed, pues, que de cada comida, andado lo que se guisa de comer por toda la casa a no dexar hombre, es menester que sobre algo que derramar para los perros y gatos y aves del çielo, lo qual ternían por gran pecado y agüero si no sobraba.

MATA.-¿Son grandes las ollas en que adresçan de comer?

PEDRO.-Tan grandes como baste a cumplir con la casa. Son a manera de caldero sin asas, un poco más estrecha la boca, y llámanse tener, de cobre gruesa y labrada al torno, como las fuentes que llaman tepzi.

JUAN.-¿No beben vino?

PEDRO.-Ni agua quando comen, sino como los bueyes se van después de comer a la fuente o donde tienen el agua. En lugar del vino tenía Zinán Baxá muchas sorbetas, que ellos llaman, que son aguas confeçionadas de cozimientos de guindas y albaricoques pasados como çiruelas pasas, y ziruelas pasas, agua con azúcar o con miel, y éstas cada día las hazían, porque no se corrompiesen. Quando hay algún banquete no dexan ir la gente sin beber agua con azúcar o miel.

MATA.-¿Acostumbran hazer banquetes?

PEDRO.-Dos hizo Zinán Baxá a Dargute que no se hizieran mejor entre nosotros, donde hubo toda la volatería que se pudo haber y frutas de sartén, cabritos, conejos y corderos.

MATA.-¿Saben hazer manjar blanco?

PEDRO.-Y aun una fruta de sartén a manera de buñuelos llenos dello, salbo que no lo hazen tan duro como nosotros, sino quede tan líquido que se come con cuchar, y por comer ellos todas las cosas ansí liquidas no tienen tanta sed como los señores d'España, que por solamente beber más, comen asado, y los potajes llenos d'espeçias que asa las entrañas, y por esto, si miráis en ello, beben poco.

JUAN.-En ninguna comida ni banquete os he oído nombrar perdizes; no las debe de haber.

PEDRO.-Muchas hay, sino que están lexos y no hay quien las caze, porque en Constantinopla sólo el Gran Señor lo puede hazer. Fuera en aquellas islas del arçipiélago hay más que acá gorriones; donde yo estube, en el Schiatho, venían como manadas de gallinas a comer las migajas de vizcocho que se nos caían de la mesa; en la isla del Chío las tienen tan domésticas como las palomas mansas que se van todo el día al campo y a la noche se recojen a casa. Los griegos en estas islas no las matan, porque para sí más quieren un poco de cabiari, y si las quieren vender no hay a quién.

MATA.-¿Qué llamáis cabiari?

PEDRO.-Una mixtura que hazen en la Mar Negra de los sesos de los pescados grandes y de la grosura, y gástase en todo Levante para comer, tanto como acá azeite y más. Es de manera de un xabón si habéis visto ralo.

JUAN.-Harto hay por acá deso.

MATA.-¿Y cómo lo comen aquéllos?

PEDRO.-Con un áspero comerá toda una casa dello. Los griegos son los que lo comen; sabe con ello muy bien el beber, a manera de sardina arencada fiambre y puesta entre pan. En el mar el mejor mantenimiento que pueden llebar es éste, porque se puede comer todos los días sin fuego, aunque sea Quaresma ni Carnal. Díxelo un día a Çinán Baxá que hiziese traer para sí algunas perdizes; y como era general de la mar, todas estas islas donde las hay eran suyas, y avisó a sus gobernadores que se las embiasen; y os prometo que comenzaron cada día de venir tantas, que las teníamos más comunes que pollos; llámanse en turquesco checlíc y el capón iblic, y más de çien turcos no os lo sabrán dezir.

MATA.-¿No mudan comida, sino todos los días eso mesmo que habéis dicho?

PEDRO.-Muchas vezes comen asado y otras adobados, pero lo más continuo es lo que os tengo dicho.

JUAN.-¿Ningún día dexan de comer carne, habiendo tan buenos pescados frescos, aunque su ley lo permita?

PEDRO.-Muy enemigos son del pescado. No lo vi comer dos vezes en casa del Baxá.

MATA.-¿Por qué?

PEDRO.-Como no pueden beber vino, dizen que rebibiría en el cuerpo con el agua, y tiénelo por tan aberiguado que todos lo creen. Tampoco son amigos de huebos.

MATA.-¿Por qué comen tanto arroz?

PEDRO.-Diçen que los haze fuertes, ansí como ello y el trigo lo es. Tabernas públicas muchas hay de turcos donde venden todas aquellas sorbetas para beber los que quieren gastar y bien varato; por un maravedí os hartarán.

JUAN.-¿En qué bebía Çinán Baxá, que se nos había olvidado?

PEDRO.-Lo que más usan los señores es porçelanas, por la seguridad que les hazen entender de no poder sufrir el veneno, y vale diez escudos cada una. También hazen de cobre estañado unas como escudillas sin orejas, con su pie de taza, y cabrán medio azumbre, y destas usan todos los que no pueden alcanzar las porzelanas y aun los que pueden.

JUAN.-¿Y vidros no?

PEDRO.-Haylos muy finos de los veneçianos; mas por no nos paresçer en nada si pudiesen, no los quieren para beber en ellos, y también, quien no tiene de beber vino ¿para que quiere vidro? No los dexan de tener para conserbas y otras delicadezas.

MATA.-¿Es verdad eso de las porçelanas, que por acá por tal se tiene?

PEDRO.-A esa huçia no querría que me diesen ninguna cosa que me pudiese hazer mal en ellas a beber; los que las venden que digan eso no me maravillo, por sacar dinero; mas ¿quién no terná por grandes bestias a los que dan crédito a cosas que tan poco camino lleban? Eso me paresçe como las sortijas de uña para mal de corazón, y piedras preçiosas y oro molido que nos hazen los ruines phísicos en creer ser cosa de mucho provecho.

JUAN.-¿Las sortijas de uña de la gran bestia me deçís? La más probada cosa que en la gota coral se haze son, como sean verdaderas; por mi verdad os juro que tenía un corregidor una, que yo mesmo la vi más de çinquenta vezes hazer la experiencia.

PEDRO.-¿De qué manera?

JUAN.-Estando caído un pobre dándose de cabezadas, llegó el corregidor y metiósele en el dedo y tan presto se levantó.

PEDRO.-Otro tanto se hiziera si le tocara con sus propias uñas el corregidor.

JUAN.-¿Cómo había de levantarse por eso? ¿Qué virtud tenían para eso sus uñas?

PEDRO.-¿No acabáis de dezir que tiene de ser la uña de la gran bestia?

JUAN.-Sí.

PEDRO.-Pues ¿qué mayor bestia que vos y el corregidor, y quantos lo creyeren? No creo yo que esa gran bestia que deçís sea tan grande como ellos. ¿Qué hombre hay de tan poco juicio en el mundo que crea haber cosa tan eficaz y de tanta virtud que por tocarla a los artejos de los dedos haga su efecto? Vemos que el fuego, con quan fuerte es, no podrá quemar un leño seco, ni un copo d'estopa, si no le dan tiempo y se lo ponen zerca, y queréis que una uña de asno haga, puesta por de fuera, lo que no vastan todas las mediçinas del mundo.

JUAN.-¡También es reçio caso que me queráis contraddezir lo que yo mesmo me he visto!

PEDRO.-Puédolo hazer dándoos la causa de ello.

MATA.-Desa manera sí.

PEDRO.-Habréis de saber que aquel paroxismo le viene de quando en quando, como a otros una tertiana, y es burla que venga del coraçón ni de aquella gota sobre él, que dizen las viejas, sino es un humor que ocupa el cerebro y priva de todos los sentidos, sino es del movimiento, hasta que le expele fuera, que es aquella espuma que al cabo le veis echar por la boca, y no hay más diferencia entre el esternudar y eso que llamáis gota coral, de que para el esternudo hay poca materia de aquel humor y para esto otro hay mucho, lo qual veréis si miráis en ello claramente en algunos que con dificultad esternudan, que hazen aquellos mesmos gestos que a los que le toma la gota coral, que es mal de luna.

MATA.-Es tan clara filosofía esa, que la tengo entendida yo muy bien.

PEDRO.-Como aquel açidente dura, según su curso, un quarto de hora y media a lo más largo, azierta a pasar el corregidor ya que comienza a echar la espuma por la boca, y en poniéndole la sortija, señor, luego se levantó de allí a media hora. El probar della era que el mesmo paçiente la traxese de contino y vernía el mal así como así. ¿Vosotros, señores, pensáis que yo no he visto uñas y la mesma bestia de qué son? Un caballero de Sant Juan, bailío de Santa Femia, conozco, que trae unas manoplas desas sortijas y otras monedas que dizen que aprovechan, y piedras muy exquisitas, que le han costado mucho dinero; mas al pobre señor ninguna cosa le alivian su mal más que si no lo traxese; y si os queréis informar desto, saved que se llama don Fabriçio Piñatelo, hermano del conde de Monte León, en Calabria.

JUAN.-¿No es çierto que están las virtudes en piedras y en yerbas y palabras?

PEDRO.-No mucho, que ese refrán es de viejas y de los más mentirosos; porque a los que dizen que están en palabras y salen de las cosas comunes del Evangelio, y de lo que nuestra Iglesia tiene aprobado, ya podéis ver cuáles los para la Inquisiçión, la qual no castiga lo que es bueno, sino lo que no lo es; y pues pone pena a los que curan por palabras, señal es que no es bueno latet amus in esca, aunque las veis buenas palabras; sepe angelus Sathane transfiguratur se in angelum luçis, dize la Esçriptura 18. A los que creen en piedras, mirad cómo los castigan los lapidarios y alchimistas en las bolsas, haziéndoles dar por un diamante o esmeralda ocho mill escudos, y treinta mill, y a las vezes es falso; y que sea verdadero, maldita la virtud tiene, más de que costó tanto y no hay otro tal en esta tierra. Dadme uno que por piedras haya sido inmortal, o que estando malo haya por ellas escapado de un dolor de costado, o que por llebar piedras consigo entrando en la batalla no le hayan herido, o que por tener piedras no coma, o que las piedras le excusen de llegarse al fuego el invierno y buscar niebe y salitre el verano para beber frío, o que se excuse de ir al infierno, adonde estaba condenado, por tener piedras. A la fe hazed en piedras vivas, si queréis andar camino derecho, y si los otros quieren ser negios, no lo seáis vos.

JUAN.-Dezid quanto quisiéredes, que yo la he visto echar en mediçinas y usarlas a médicos tan buenos como vos debéis de ser y mejores, y las loan mucho.

PEDRO.-Hartos médicos debe de haber mejores que yo; pero en verdad que de los que usan esas cosas ninguno lo es, ni mereçen nombre de tales; esos se llaman charlatanes en Italia, porque si leen çient vezes los autores todos que hay de mediçina, no hallarán reçepta, donde entren esas piedras, y si diçen que sí, serán algunos cartapaçios y trapaçetas, pero no autores. Corales y guijas son los más usados, y éstos son buenos, y algún poco de aljófar para cuando hay neçesidad de desecar algunas humidades; por paresçer que hazen algo, siendo un señor, le ordenan esas borracherías, pensando que si no son preçiosas cosas las que tiene de tomar no podrá haber efecto la mediçina, como si el señor y el albardero no fuesen dos animales compuestos de todos quatro elementos. Los metales y elementos ningún nutrimento dan al cuerpo, y si coméis una onça de oro, otra echaréis por vaxo quando hagáis cámara, que el cuerpo no toma nada para sí.

JUAN.-¿El oro no alegra el coraçón? Dezid también que no.

PEDRO.-Digo que no, sino la posesión dél. Yo, si paso por donde están contando dinero, más me entristezco que alegrarme por verme que no tenga yo otros tantos; y comido o bebido el oro, ¿cómo queréis que lo vea?; ¿el coraçón tiene ojos, por dicha? Quando les echan en el caldo destilado, los médicos bárbaros, doblones, ¿para qué pensáis que lo hazen? Pensando que el señor tiene de dezir: dad esos doblones al señor doctor; que si los pesan, tan de peso salen como los echaron, no dexando otra cosa en el caldo sino la mugre que tenían. Si tenéis piedras preçiosas, credme y trocaldas a piedras de molino, que son más finas y de más provecho, y dexaos de burlas.

MATA.-Tal sea mi vida como tiene raçón en eso.

PEDRO.-Quando más que un hombre para lo del mundo, más luze con un buen vestido de seda o fino paño que con un anillo en el dedo que valga diez mill ducados. Todas estas cosas que estos médicos bárbaros hazen ¿dónde pensáis que las sacan? ¿de los autores? No, sino de las viejas, que se lo dizen, como aquello de que el oro alegra el coraçón, y que esté la virtud en piedras y yervas y palabras. Muy ruinmente estaría la virtud aposentada si no tubiese otra mejor casa que las piedras, yerbas y palabras.

MATA.-¿Sabéis qué digo yo, Juan de Voto a Dios?

JUAN.-¿Y es?

MATA.-Que no nos demos a filosofar con Pedro de Urdimalas, que ninguna honra con él ganaremos, por más que hagamos, porque viene ábil como el diablo. Bolvamos a rebuscar si hay algo que preguntar que ya no sé qué. ¿Deléitanse de truhanes y músicos los turcos?

PEDRO.-Algunas guitarras tienen sin trastes, en que tañen a su modo cançiones turquescas, y los leventes traen unas como cucharones de palo con tres cuerdas, y tienen por gala andarse por las calles de día tañendo.

JUAN.-¿Qué llaman leventes?

PEDRO.-Gente de la mar, los que nosotros deçimos corsarios; truhanes también tienen, que los llaman mazcara, aunque lo que dixo soltán Mahameto, el que ganó a Constantinopla, bisabuelo deste que agora es, es lo mejor destes para haber plazer.

JUAN.-¿Qué deçía?

PEDRO.-Dixéronle un día que por qué no usaba truhanes como otros señores, y él preguntó que de qué sirvían. Dixéronle que para alegrarle y darle plazer. Dize: pues para eso traedme un moro o christiano que comienze a hablar la lengua nuestra, que aquel es más para reír que todos los truhanes de la tierra; y tubo grande raçón, porque çiertamente, como la lengua es algo oscura y tiene palabras que se paresçen unas a otras, no hay vizcaíno en Castilla más graçioso que uno que allá quiere hablar la lengua, lo qual juzgo por mí, que tenían más quentos entre sí que conmigo habían pasado, que nunca los acababan de reír; entre los quales os quiero contar dos: Curaba un día una señora muy hermosa y rica, y estaban con ella muchas otras que la habían ido a visitar, y estaba ya mejor, sin calentura. Preguntóme qué çenaría. Yo, de puro agudo, pensando saver la lengua, no quise esperar a que el interprete hablase por mí, y digo: Ya, señora, vuestra merçed está buena, y comerá esta noche unas lechugas cozidas y echarles ha ençima un poco de azeite y vinagre, y sobre todo esto pirpara zequier.

MATA.-¿Qué es zequier?

PEDRO.-El azúcar se llama gequier, y el açeso que el hombre tiene a la muger, zequier; como no difieren en más de una letra, yo le quería dezir que echase ençima azúcar a la ensalada, y díxole que se echase un hombre a cuestras. Como el intérprete vio la desonestidad que había dicho, començóme a dar el codo y yo tanto más hablaba quanto más me daba. Las damas, muertas de risa, nunca hazían sino preguntarme: ¿ne? que quiere dezir ¿qué? Yo replicar: Señora, zequier: hasta que el intérprete les dixo: Señoras, vuestras merçedes perdonen, que él quiere dezir azúcar, y no sabe lo que se diçe. En buena fe, dixeran ellas, mejor habla que no vos. Y quando de allí en adelante iba, luego se reían y me preguntaban si quería zequier.

MATA.-El mejor alcagüete que hay para con damas es no saver su lengua; porque es lízito dezir quanto quisiéredes, y tiene de ser perdonado.

PEDRO.-Iba otro día con aquel zirujano viejo mi compañero y entro a curar un turco de una llaga que tenía en la pierna; y teniéndole descubierta la llaga, díxome, porque no sabía la lengua, que le dixese que había neçesidad de una aguja para coser una venda. Yo le dixese: Inchir yerec (el higo se llama inchir y la aguja icne). Yo quise decir icne, y dixese inchir; el pobre del turco levantóse y fue con su llaga descubierta medio arrastrando por la calle abajo a buscar sus higos que pensó que serían menester para su mal, y quando menos me cato

hele a donde viene desde a media hora con una haldada de higos, y diómelos. Yo comencé de comer, y como vio la prisa que me daba, dixo: ¿Pues para eso te los trayo? El zirujano nunca hazía sino por señas pedir la aguja, y yo comer de mis higos sin caer en la malicia; al cabo, ya que lo entendió, quedó el más confuso que podía ser, no sabiendo si se enojar o reír de la burla, hasta que pasó un judío y le hizo que me preguntase a qué propósito le había hecho ir por los higos estando coxo, que si algo quería podía pedirle dineros. Yo negué que nunca tal había dicho, hasta que me preguntaron cómo se llama la aguja en su lengua, y dixe que hinchar (higos); y estonçes se reyeron mucho y me tubieron por borrico, y con gran razón. Otros muchos quentos pasaba cada día al tono, y yo mesmo se los ayudaba a reír, y me holgaba que se reyesen de mí, porque siempre me daban para vino.

JUAN.-¿Alúmbranse de noche con hachas?

PEDRO.-Muy poco salen fuera, y lo que salen no saven qué cosa es hacha, sino unas lanternas de yerro de seis columnas, y vestida una funda enzima, de muy delgada tela de algodón, como lo que traen en las tocas: da más resplandor que dos hachas, y llámanla fener.

JUAN.-Deçiais denantes la oración que todos hazen después de comer, mas no la que hazen al principio; ¿o no la hazen?

PEDRO.-No sólo al principio de la comida, sino quando quieren hazer qualquier cosa dizen estas palabras: Bismillair rehemair rehim: en nombre de Aquél que crió el çielo y la tierra y todas las cosas. Y a propósito desto os quiero contar otra cosa que tienen en la mar: no me çertifico si también lo hazen en tierra. Todas las vezes que tienen propósito de ir algún cabo echan el libro, que diçen, a modo del libro de las suertes de acá, y si les dize que vayan, por vía ninguna dexarán de ir, aunque vean que tienen la mitad menos galeras y gente que los enemigos, y si les dize que no vayan, no irán si pensasen ganar la christiandad de aquel viaje.

JUAN.-¿Qué es la causa por que no beben vino?

PEDRO.-Pocos hallaréis que os la sepan dezir como yo, que la procuré saver de muchos letrados, y es que pasando Mahoma por un jardín un día, vio muchos mançebos que estaban dentro reçoçijándose y saltando, estúboselos mirando un rato, holgándose de verlos, y fuese a la mezzquita, y quando volvió tornó por allí a la tarde y viólos que estaban todos borrachos y dándose muy cruelmente unos con otros tantas heridas, que quasi todos estaban de modo que no podrían escapar, sin haber preçedido entrellos enemistad ninguna antes que se emborrachasen. Estonçes Mahoma lo primero les echó su maldiçión, y tras esto hizo ley que ninguno bebiese vino pues bastaba hazer los hombres bestias. Solamente lo pueden beber de tres días sacado de las ubas, mas no de quatro, porque lo primero es zumo de ubas y lo otro comiença de ser vino.

MATA.-¿Dexanles labrar viñas a los turcos?

PEDRO.-Alguna labran para pasas y para comer en uba; mas el viñedo para hazer el vino, los christianos mesmos se lo labran.

MATA.-¿Y el pan?

PEDRO.-Eso ellos labran gran parte en la Notolia, y tienen mucho ganado.

MATA.-¿Son amigos de leche?

PEDRO.-Dulce comen muy poca, pero agra comen tanta que no se hartan.

MATA.-¿Qué llamáis agra?

PEDRO.-Esta que acá tenéis por vinagrada estiman ellos en más que nuestras más dulces natas, y llámanla yagurt; hay gran provisión della todo el año; cuájase con la misma como con cuajo, y la primera es cuajada con leche de higos o con lebadura.

MATA.-¿Qué, tan agra es?

PEDRO.-Poco menos que zumo de limones, y cómense las manos tras ella en toda Levante.

MATA.-Pues mal hayan las bestias; ¿no es mejor dulce?

PEDRO.-Aquello es mejor que sabe mejor: a él le sabe bien lo agro, y a vos lo dulce. Toman en una taleguilla la cuajada, y cuélganla hasta que destila todo el suero y queda tieso como queso y duro, y quando quieren comer dello o beber, desatan un poco como azúcar en media escudilla de agua y de aquello beben.

MATA.-Ello es una gran porquería.

PEDRO.-No les faltan las natas nuestras dulces. que llaman caimac; mas no las estiman como esto, y çierto os digo que quando haze calor que es una buena comida, y aun desto hazen salsas. Algo paresçe que están los señores atajadillos, y que sabe más un sabio responder que dos neçios preguntar; a la oreja os me estáis hablando.

MATA.-Yo digo mi pecado, que no sé más qué preguntar, si no pasamos a cómo es Constantinopla.

PEDRO.-¿Qué, también se tiene de dezir eso?

MATA.-Y aun había de ser dicho lo primero.

JUAN.-Primero quiero yo saver si se hazen por allá los chamelotes y si los visten los turcos.

PEDRO.-No muy lexos de Constantinopla se hazen, en una çibdad que se llama Angora.

JUAN.-¿De qué son? ¿Lleban seda?

PEDRO.-Chamelotes hay de seda, que se hazen en Venetia.

JUAN.-No digo sino destes comunes.

PEDRO.-No lleban hebra dello, mas antes son de lana grosera, que acá llamáis, como de cabra, la qual se cría en aquella tierra, y no en toda, sino como la almástica, que en este término paçiendo trae lana buena para chamelote y en el otro no.

JUAN.-¿Cómo está con aquel lustre que paresçe seda?

PEDRO.-Si tomáis un pellejo de aquellas ovejas, diréis, aunque es grosera lana, que no es posible sino que son madexas de seda cruda; y los tienen los turcos en sus camas.

JUAN.-¿Valen allá baratos?

PEDRO.-Vale una pieza doble de color doçientos ásperos, que son quatro escudos, y negra tres.

JUAN.-¿Doble?

PEDRO.-Sí.

JUAN.-Quemado sea el tal barato; no la hallaréis acá por doze.

PEDRO.-Hay también uno que llaman moçayari que es como chamelotes sin aguas, y es vistoso y muy varato.

JUAN.-Por tan vençido me doy ya yo como Mátalas Callando; por eso bien podéis comenzar a dezir de Constantinopla.

PEDRO.-Muy en breve os daré toda la traza della y cosas memorables, si no me estorváis.

JUAN.-Estad deso seguro.

Capítulo XXIII

Descripción de Constantinopla

PEDRO.-En la ribera del Hellesponto (que es una canal de mar la qual corre desde el mar Grande, que es el Euxino, hasta el mar Egeo) está la çibdad de Constantinopla, y podríase aislar, porque la mesma canal haze un seno, que es el puerto de la çibdad, y dura de largo dos grandes leguas. Podéis estar seguros que en todo el mar Mediterráneo no hay

tal puerto, que podrán caber dentro todas las naos y galeras y barcas que hoy hay en el mundo, y se puede cargar y descargar en la escala qualquier nabe sin barca ni nada, sino allegándose a tierra. La excellentia mayor que este puerto tiene es que a la una parte tiene a Constantinopla y a la otra a Galata. De ancho terná un tiro de arcabuz grande. No se puede ir por tierra de la una çibdad a la otra si no es rodeando quatro leguas; mas hay gran multitud de barquillas para pasar por una blanca o maravedí cada y quando que tubierdes a qué. Quasi toda la gente de mar, como son los arraezes y marineros, viben en Galata, por respecto del tarazanal, que está allí, y ya tengo dicho ser el lugar donde se hazen las galeras, y por el mesmo caso todos los cautibos están allá; los del Gran Turco en la torre grande una parte, y otra en Sant Pablo que agora es mezquita; los del capitán de la mar, en otra torre; cada arráz tiene los suyos en sus casas. El tarazanal tiene hechos unos arcos donde puede en cada uno estar una galera sin mojarse. Muchas vezes los conté y no llegan a çiento, mas son pocos menos. También me acuerdo haber dicho que será una çibdad de quatro mill casas, en la qual viven todos los mercaderes venetianos y florentines, que serán mill casas; hay tres monesterios de fraires de la Iglesia nuestra latina, Sant Françisco, Sant Pedro y Sant Benito; en éste no hay más de un fraire viejo, pero es la iglesia mejor que del tamaño hay en todo Levante, toda de obra musaica y las figuras muy perfectas. San Pedro es de fraires dominicos, y terná doce fraires. Sant Francisco bien terná 24. Hallaréis en estos dos monesterios misa cada día, a qualquier hora que llegardes, como en uno de los mejores monesterios de España, rezadas y cantadas; órgano ni campana ya sabéis que no le hay, pero con trompetas la dizen solemne los días de grande fiesta, y para que no se atreba ningún turco a hazer algún desacato en la iglesia, a la puerta de cada monesterio destos hay dos genízaros con sendas porras, que el Gran Señor tiene puestos que guarden, los quales quando algún turco, curioso de saver, quiere entrar le dan liçencia y dízenle: Entra y mira y calla, si no con estas porras te machacaremos esa cabeza. Ningún judío tiene casa en Galata, sino tienen sus tiendas y estánse allí todo el día, y a la noche cierran sus tiendas y vanse a dormir a Constantinopla. Griegos y armenos hay muchos, y los forasteros marineros todos posan allí. Hay de los griegos muchos panaderos, y el pan que allá se haze tiene ventaja cierto a todo lo del mundo, porque el pan común es como lo regalado que comen por acá los señores; pues lo floreado, como ellos lo hazen echándole ençima una simiente de alegría, o negrilla romana, que los griegos llaman melanthio, no hay a qué lo comparar.

MATA.-Tabernas pocas habrá, pues los turcos no beben vino.

PEDRO.-¿Qué haze al caso si los christianos y judíos lo beben? Mucho hay en muy buen precio, y muy bueno. Un examen os hará quando vais por vino en la taberna. Si queréis blanco o tinto. Si deçís blanco preguntan si malvasía, o moscatel de Candía o blanco de Gallípol. Qualquiera déstos que pidáis es terçera pregunta: ¿De cuántos años?

MATA.-No hay tanta cosa en la corte.

PEDRO.-¿Queréis comparar las probisiones y mantenimientos d'España con Grecia ni Italia?

JUAN.-¿Y es al cabo caro el vino?

PEDRO.-El moscatel y malvasía mejor de todo es a quatro ásperos el golondrino, que será un azumbre; hazed quenta que a real si es de quatro años; si de uno o dos a tres ásperos, y tenedlo por tan bueno como de Sant Martín y mejor.

MATA.-¿El tinto?

PEDRO.-El mejor del tinto es el tónico, que dicen los griegos; quiere dezir el de la mesma tierra. Es muy bibo, que salta y raspa, y medio clarete. Viene otro más çerrado como acá de Toro, de Metellín, junto al Chío. Lo primero vale a dos ásperos el golondrino, y lo segundo a uno y medio. De Trapisonda carga mucho clarete y de la isla de Mármara. Todos éstos, con lo de Negroponto, haced quenta que valen a siete maravedís, de lo qual los cautivos cargan por junto, yéndose por él a las barcas que lo traen. La principal calle de Galata es la de Sant Pedro, que llaman la Lonja, donde los mercaderes tienen sus tratos y ayuntamientos. El tarazanal está a la puerta que mira a Oçidente, y otra puerta, que está hacia donde sale el sol, que va la canal de mar arriba, se llama El Topana, que quiere dezir donde se hunde la artillería. Top, en turquesco, se dize el tiro. En medio de aquel campo están tantas piezas sobradas, sin carretones ni nada, que algún rey las tomará por principal artillería para todo su exército: culebrinas muy grandes, y buenas de las que tomaron en Rhodas y de las de Buda y Belgrado, y cañones muy gruesos, que se meterá por ellos un hombre, hay muchos.

JUAN.-¿Qué haze allí aquello?

PEDRO.-Está sobrado, para no menester, que no sabe qué hazer dello. Quando falta un buen cañón en alguna parte, luego le van a buscar allí.

MATA.-¿Es de yerro todo aquello?

PEDRO.-No, sino de muy fino metal de campanas.

MATA.-¿Qué tantos terná desos gruesos allí sobrados?

PEDRO.-Más de quatroçientos, aunque yo no los he contado.

MATA.-Mucho es quatroçientos tiros de artillería.

PEDRO.-Más es el estar sobrados, que es señal que tiene muchos y no ha menester aquellos. Mezquitas y estufas, que llaman vaños, no hay pocas por toda la çibdad, y Constantinopla también, y iglesias de griegos, que son más de dos mill; y la realeza de aquellos vaños de la una y de la otra parte es muy de notar; paresçen por de fuera palaçios muy principales y tienen unas capillas redondas a manera de media naranja, cubiertas de plomo. Por dentro todos son mármol, jaspe y pórfido. La ganancia lo sufre, que no hay ninguno de todos que no rinda cada día çinquenta escudos.

MATA.-¿Quánto paga cada uno?

PEDRO.-Lo que quiere y como es; unos medio real, y otros uno, y otros dos; los pobres un áspero.

JUAN.-¿Quántos se pueden vañar juntos de una vez?

MATA.-Eso quería yo preguntar.

PEDRO.-En seis capillas que tiene el que menos cabrán juntos vañándose ochenta hombres.

MATA.-¿Cómo se vañan? ¿Métense dentro algunas pilas?

PEDRO.-Danle a cada uno una toalla azul, que se pone por la çintura y llega a la rodilla; y metido dentro la estufa hallará dos o tres pilicas en cada una, en las quales caen dos canillas de agua, una muy caliente y otra fría. Está en vuestra mano templar como quisiéredes, y allí están muchas tazas d'estaño con las quales cojéis el agua y os la echáis a questas, sin tener a qué entrar en pila. El suelo, como es todo de mármol, está tan limpio como una taza de plata, que no habría pila tan limpia. Los mesmos que sirben el baño os labarán muy a vuestro plazer, y esto no solamente los turcos lo usan, sino judíos y christianos, y quantos hay en Levante. Yo mesmo lo hazía cada quinze días, y hallábame muy bien de salud y limpieza, que acá hay gran falta. Una de las cosas que más nos motejan los turcos, y con raçón, es de suçios, que no hay hombre ni muger en España que se labe dos vezes de como nasce hasta que muere.

JUAN.-Es cosa dañosa y a muchos se ha visto hazerles mal.

PEDRO.-Eso es por no tener costumbre; mas decidles que lo usen, y veréis que no les ofenderá. Ningún hombre prinçipal ni muger se va a bañar, que lo hazen todos los jueves por la mayor parte, que no dexen un escudo en el vaño por sus criados y por sí.

JUAN.-¿No se vañan juntos los hombres y las mugeres?

PEDRO.-¿Eso habían de consentir los turcos siendo tan onestos? Cada vaño es por sí, el de los hombres y de las mugeres.

MATA.-Mucha agua se gastará en esos vaños.

PEDRO.-Cada uno tiene dentro su fuente, que deso es bien probeída Constantinopla y Galata, si hay çibdades en el mundo que lo sean, y aun muchos turcos tienen por limosna hazer arcas de fuentes por las calles donde ven que esté lexos el agua, y cada día las hinchén a su costa, poniéndoles una canilla por fuera destas de tornillo, y el que se la dexare destapada para que se vaya el agua peca mortalmente. Digo que las arcas son artificiales, que no traen allí las fuentes; y esto de Gálata baste. Constantinopla, que antes se llamaba Bizancio, tiene el mejor sitio de çibdad que el sol esçalienta desde Oriente o Poniente, porque no puede padesçer neçesidad de bastimentos por vía ninguna, si en alguna parte del mundo los hay.

JUAN.-Eso me declarad, porque aunque tenga mar no haze al caso, que muchas otras çibdades están junto al mar y padesçen muchas neçesidades.

PEDRO.-Si tubiesen dos mares, como ésta, no podrían padesçer. La canal de mar tiene de largo, desde el mar Eugino hasta Sexto y Abido, çinquenta y aun sesenta leguas. En la mesma canal está Constantinopla, cinco leguas más acá de la mar Negra, que es el mar Euxino. De manera que a la mano izquierda tiene el mar Euxino, que tiene dozientas leguas de largo y más de quatroçientas de zercos; a la mano derecha está el mar Mediterráneo. Por no haber estado en la mar no creo que gustaréis nada desto. ¿Pensáis que es todo carretas de vino y recuas de garbanzos? Mas no se me da nada.

JUAN.-Demasiado lo entenderemos de bien, si no os escuresçéis de aquí adelante.

PEDRO.-Antes iré más claro. O haze viento para que vayan los nabíos con bastimento o no; si no haze ningún viento, caminan las galeras y barcas y vergantines con los remos a su plazer; si hubiere vientos o son de las partes de Mediodía y Poniente, o de Setentrión y Oriente, porque no hay más vientos en el mundo, andando los primeros, caminan las naos y todos los nabíos del Cairo y Alexandría, Suria, Chipre y Candía, y en fin todo el mar Mediterráneo desde el estrecho de Gibraltar allá; si los vientos que corren son de la otra parte, son prósperos para venir de la mar Negra y ansí veréis venir la manada de nabíos de Trapisonda y toda aquella ribera hasta Capha y el río Tanais, que paresçe una armada. Tres años estube dentro que en todos ellos vi subir una blanca el pan, ni vino, ni carne, ni fruta, ni bastimento ninguno.

MATA.-¿Valen caras todas esas cosas?

PEDRO.-Dos panes, que llaman de bazar, como quien dize de mercado, que ternán dos quartales, valen un áspero; por manera que saldrá a tres y medio el quartal, y de lo otro muy blanco como niebe y regalado será hazed quenta a siete maravedís el quartal, que creo llamáis dos libras y media. Carnero es tan bueno como el mejor de Castilla, y dan dozientas dragmas al áspero, que son a quatro maravedís la libra de doçe onças y media; ternera al mesmo preçio; vaca a dos maravedís la libra destas. Más varato sale comprando el carnero todo vivo, que si llegáis en un rebaño y escogiendo el mejor no cuesta sino medio escudo, y quando más medio ducado, que son treinta áspersos, y tienen çinco quartos, porque la cola es tan grande que vale por uno.

MATA.-¿Qué tanto pesará?

PEDRO.-Cola hay que pesará seis y siete libras.

JUAN.-¿De carnero?

PEDRO.-De carnero, y los más tienen quatro cuernos.

MATA.-Nunca tal oí.

PEDRO.-Eso es cosa muy común, que todos los que han estado en África y Cerdeña os lo dirán. Cabeza y menudo todo lo echan a mal, que no hazen caso dello.

MATA.-¿De fruta bien probeídos serán?

PEDRO.-Quanto es posible, prinçipalmente de seca.

JUAN.-¿Qué llamáis fruta seca?

PEDRO.-Higo y pasa, almendra, nuez, abellana, castaña y piñón. Ubas en grande abundançia hay y muchas diversidades dellas, sino es moscatel.

JUAN.-¿Esa fruta es de la mesma tierra o de acarreo?

PEDRO.-Gran parte es de la misma tierra, porque en sí es fertilísima, prinçipalmente las ubas; pero lo más viene de fuera. Zereça hay en cantidad; guindas pocas y aquéllas no las comen, sino pásanlas como ubas y entre año beben del cozimiento dellas, que no es de mal sabor; y en Italia hay también muy pocas guindas, si no es en Bolonia, y las llaman marascas, y en otra parte de Italia bignas. Salido de Castilla no hallaréis camuesa ni çirueta regañada, en parte de las que hay hasta Hierusalem; pero hay unas mançanas pequeñas en Constantinopla, que llaman moscateles, que son tan buenas como las camueas; pera, mançana y melón grande es la cantidad que hay allá, y todo ello sin comparación más varato que acá. Estando Çinán Baxá por virrey teníamos muchos presentes de frutas, entre los quales traxeron un día ocho melones de los que al Gran Señor suelen traer de veinte jornadas grandes de Constantinopla por tierra, y aunque os quiera dezir el sabor que tenían no sabré; eran como la maná que Dios envió, que sabían lo que querían que supiese. Lo podrido y cortezas que echaban a mal tenía mejor sabor que los mejores de la Fuente del Saúco. La simiente era como almendras peladas, y como vi tan celestial cosa pregunté al que los traía dónde y cómo se hazían, y díxome que junto a Babilonia, en la ribera de un río no sé cómo se le llama. No hazían sino escarbar en la arena y luego salía agua y se hinchía aquel hoyo, y metían allí dos o tres tres pepitas y tornábanlo a cubrir y de allí se hazían.

JUAN.-Cosa de maravilla es esa. ¿En la mesma agua echaban la simiente?

PEDRO.-Sí.

MATA.-¿Qué vezindad terná Constantinopla? ¿Es mayor que Valladolid?

PEDRO.-Nunca yo los conté para saverlo uno más o menos; mas lo que pude alcanzar por las matrículas que a Zinán Baxá mostraban y de las personas que tenían quenta con ello, de solos christianos habrá quarenta mill casas, y de judíos diez mill; de turcos bien serán más de sesenta mill; de manera que, para no poner sino quitar de nuestra casa, hazedla de çient mill, y creed que no hay quien mejor lo sepa ni lo haya procurado saber; y aun otra cosa más os digo: que no quento los arrabales, que están dentro de dos leguas de la çibdad, que son más de otros diez mill. Fuera de la çerca en la orilla del puerto, sobre la mesma mar, hay más de diez mill casas de griegos y ruines edifiçios; todo es casillas de pescadores, de madera.

JUAN.-¿Estando dentro de la mar hazen ruines edifiçios?

PEDRO.-Como es puerto aquello, es mar muerta, y están tan dentro que en habiendo fortuna se mete por las ventanas. En cada casa tienen una pesquera de red, y porque se la dexen tener son obligados a pagar cada un año un ducado, pero en sola una noche toman pescado que lo vale.

JUAN.-¿Quánto tiene de zerco Constantinopla?

PEDRO.-Terná çinco leguas.

MATA.-¿Todo poblado?

PEDRO.-Todo lo está; mas en unas partes no tanto como en otras. De largo tiene desde el zerraje del Gran Turco hasta la puerta de Andrinópolis, donde están los palacios del emperador Constantino, dos leguas y media.

MATA.-Bien se cansará quien tiene que negoçiar.

PEDRO.-No haze, porque le llevarán por mar por quatro ásperos, y le traerán con toda la carga que quisiere llebar o traer. Está la çibdad hecha un triángulo: lo más ancho es a la parte de la canal, donde está el Gran Turco, y lo que está a la puerta de Andrinópolis es una punta muy estrecha.

JUAN.-¿Qué cosas tiene memorables?

PEDRO.-Pocas, porque los turcos, con no ser amigos dellas, las han gastado y derribado todas; muy pocas casas ni edifiçios hay buenos, sino todo muy común, sacando las quatro mezquitas principales y los palacios y algunas casas de los baxás. El mejor edifiçio y la casa que más hay que ver en toda la çibdad es el Baziztán, que es una claustra hecha debaxo de tierra, toda de cal y canto, por miedo del fuego; muy espaçiosa, en la qual están todos los joyeros que hay en la çibdad y se hazen todas las mercançías de cosas delicadas, como sedas, brocados, oro, plata, pedrerías.

MATA.-¿Todos los que venden eso tienen allí dentro sus casas?

PEDRO.-Menester sería para eso hazer dentro una çibdad. Ninguno tiene otro que la tienda, y este Baziztán tiene quatro puertas, a las quales van a dar quatro calles muy largas y anchas, en las quales consiste todo el trato, no digo de Constantinopla, sino de todo el imperio; a qualquier hora que quisiéredes pasar os será tan dificultoso romper como un ejército; quanto por allí camináredes tiene de ser de lado; no tengáis miedo, aunque niebe, de haber frío.

MATA.-¡Qué buen cortar de bolsas será ahí!

PEDRO.-Hartas se cortan, pero a los turcos no hay que cortar sino meterles la mano en la fratriquera, que todos la traen, y sacar lo que hay. Las joyas y riquezas que allí dentro hay ¿quién lo podrá dezir? Tiendas muchas de pedrería fina veréis, que a fe de buen christiano las podréis medir a zelemines y aun a hanegas. Hilo de oro y cosas dello labradas, vale muy varato. Aquella joyería que véis en la plaza de Medina del Campo verlo heis todo en una sola tienda. Platería mejor y más caudalosa que la de nuestra corte, aunque no comen en plata. En fin no sé qué os dezir, sino que es todo oro y plata y seda y más seda, y no querrá nadie imaginar cosa de comprar que no la halle dentro. Cosa de paños y telas y armería, y espejería, se vende en las otras quatro calles. A cada puerta deste Baziztán hay dos genícaros de guarda, que tienen quenta con los que entran y salen.

JUAN.-¿Es grande?

PEDRO.-Terná de zerco media legua.

JUAN.-Harto es.

PEDRO.-La mayor grandeza de Constantinopla es que después de vista toda hay otro tanto que ver debaxo.

JUAN.-¿En qué?

PEDRO.-Las bóbedas, que quasi toda se puede andar quan grande es, con columnas de mármol y piedra y ladrillo dentro, y no ternéis neçesidad de abaxaros para andar debaxo, que bien tiene de alto cada una treinta y quarenta pies, y hay muchas destas bóbedas que tienen una legua de largo y ancho y las columnas hazen dentro calles estrechas.

JUAN.-Çierto que no sé qué haría si pensase que lo deçiais de veras.

PEDRO.-No curéis de más, sino hazed quenta que lo véis todo como os digo.

JUAN.-¿A qué propósito se hizo eso?

PEDRO.-Allí se tuerçe la seda y hilo que es menester para el serviçio de la çibdad, y tienen sus lumbreras que de trecho en trecho salen a la calle.

MATA.-En mi vida tal cosa oí.

PEDRO.-Oídllo agora. Dos puertas prinçipales sé yo por donde muchas vezes entré a verlo, como si fuesen unos palaçios.

JUAN.-¿Qué calles tiene las más prinçipales?

PEDRO.-No hay turco allá que lo sepa. Todos van poco más o menos como en las horas del reloj. Lo que más quentan es por las quatro mezzitas prinçipales. ¿A dónde vive fulano Vaxá? Responderos han: En soltán Mahameto, por lo qual se entiende media legua de más a menos; o en soltán Bayazete, que es otra mezzita. Si queréis para comprar o

vender saver calles, toda las cosas tienen su orden donde las hay: Taucbazar, donde se venden las gallinas; Balucbazar, la pescadería; Coinbazar, donde se venden los carneros, y otras cosas desta manera.

MATA.-¿Valen caras las aves?

PEDRO.-Una gallina pelada y adreçada vale un real, y un capón, el mejor que hallen, real y medio. En las plazas de aquellas mezquitas hay muchos charlatanes que están con las culebras y lagartos a uso de Italia, herbolarios muchos, y gente que vende carne momia en tanta cantidad que podrán cargar nabes de solo ello, y muchas tiendas de viejas que no tienen otra cosa en ellas sino una doçena de habas y ganan largo de comer.

JUAN.-¿A qué?

PEDRO.-A echar suertes con ellas, como las gitanas que diçen la buena ventura. Son tan supersticiosos los griegos y turcos, que creen quanto aquellas dizen. En Atmaidán, que es la plaza que está enfrente de las casas de Ibraim Baxá y Çinán Baxá, hay una aguja como la de Roma; pero es más alta y está mejor asentada, la qual puso el emperador Theodosio, según diçen unos versos que en ella están, griegos y latinos. Junto a ésta está una sierpe de metal con tres cabezas, puesta derecha, tan alta como un hombre a caballo la toque con la mano. Hay a par destas otra aguja más alta, pero no de una pieza, como la otra, sino de muchas piedras bien puestas. Lo primero que yendo de acá topamos de Constantinopla se llama Iedícula, las Siete Torres, donde están juntas siete torres fuertes y bien hechas. Diçen que solían estar llenas de dinero. Yo entré en dos dellas, y no vi sino heno. En aquella parte se mata la mayor parte de la carne que se gasta en la çibdad, y de allí se distribuye a las carneçerías, que me haréis dezir que son tantas como casas tiene Burgos. Grande realeza es ver la niebe que se gasta todo el tiempo que no haze frío, y quán barata vale, de lo qual no hay menos tiendas que carneçerías. Aquellos que tienen las tabernas de las sorbetas que beben los turcos, cada uno tiene un peñón dello en el tablero, y si queréis beber, por un maravedí os dará la sorbeta que pidiéredes, agra o dulce o agridulze, y con un cuchillo le echará la niebe que fuere menester para enfriarla; la cantidad de un gran pan de jabón de niebe darán por dos maravedís. Toda la que en una casa de señor se puede gastar darán por medio real. Esto dura hasta el mes de septiembre; de allí adelante traen unos tablones de yelo, como lápidas, que venden al precio de la niebe.

JUAN.-¿Cómo la conservan?

PEDRO.-En Turquía hay grandes montañas, y allí tiene el Gran Señor unas cuevas todas cubiertas muy grandes; y cada año las inchen, y como lo traen por mar, y con poca prisa se deshaze, danlo varato, y no se puede vender otro sino lo del Gran Turco, hasta que no haya más que vender dello. Bien le vale, con quan barato es, cada año treinta mill ducados. Particulares lo cojen también en Galata y Constantinopla y ganan bien con ello; pero aunque es tierra fría, no nieba todos los años. Los turcos son muy amigos de flores, como las damas de Génoba, y darán por traer en los tocados una flor quanto tienen, y a este respecto hay tiendas muchas de solas flores en el verano, que valdrán quinientos ducados. Mirad la magnifiçençia de Constantinopla: una columna está muy alta y gruesa, toda historiada al romano, en una parte de la zibdad que se llama Abratbazar, donde las mugeres

tienen cada semana un mercado, que yo creo que costó çient mill ducados. Puede por dentro subirse por un caracol. En resolución, mirando todas las qualidades que una buena çibdad tiene de tener, digo que, hecha comparación a Roma, Venecia, Milán y Nápoles, París y León, no solamente es mala comparación compararla a éstas, pero paréçeme, vistas por mí todas las que nombradas tengo, que juntas en valor y grandeza, sitio y hermosura, tratos y probisión, no son tanto juntas, hechas una pella, como sola Constantinopla; y no hablo con pasión ni informado de sola una parte, sino oídas todas dos, digo lo que dicho tengo, y si las más particularidades os hubiese de dezir, había neçesidad de la vida de un hombre que sólo en eso se gastase. Si algunas otras cosillas rezagadas se os quedan de preguntad, mirad, señores, que es largo el año, y a todas os responderé. Habed misericordia entre tanto de mí. Contentaos de lo hablado, que ya no me cabe la lengua en la boca, y los oídos me zurrean de llena la cabeza de viento.

MATA.-Si más hay que preguntar no lo dexo sino por no saber qué, y desde aquí me aparto dando en rehenes que se me ha agotado la çiençia del preguntar, no me maravillando que estéis cansado de responder, pues yo lo estoy de preguntar.

JUAN.-En todo y por todo me remito a todo lo que Mátalas dize, que çierto yo me doy por satisfecho, sin ofresçerse otra cosa a que me poder responder.

PEDRO.-Agora que os tengo a entrambos rindidos, quiero de ofiçio, como hazen en Turquía, deziros algunas cosas de las que vuestros entendimientos no han alcanzado a preguntar, pasándoseles por alto y no para que haya en ellas demandas y respuestas, sino con suma brevedad, y lo primero sea de una manera de ermandad que usan, por la qual se llaman hermanos de sangre, y es que quando entre dos hay grande amistad, para perpetuarla con mucha solenidad se yeren cada uno un dedo de su mano quanto salga alguna sangre, y chupa el uno la sangre de el otro, y desde aquel punto ya son hermanos y tales se llaman, y no menos obras se hazen; y esto no sólo turco con turco, sino turco con christiano y judío.

MATA.-¿Quién cree que no queda Pedro bien emparentado en Turquía, quanto más si al tiempo del nuebo parentesco había banquetes?

JUAN.-Mas si sufría también ser hermano de las damas, cuántas debe de dexar, y aun plegue a Dios que no las haya engañado, que tan buen alcauete me paresçe el chupar de la sangre como el no saber las lenguas.

PEDRO.-También quiero deçiros del luto de los çerqueses, que es una gente christiana tal qual dentro la mar Negra, no lexos del río Thanais, que se venden unos a otros a preçio de cosas viles, como los negros, y aun padres hay que venden las hijas donçellas. Déstos hay muchos en Constantinopla que façilissimamente se hazen turcos, y allí vi el luto; que quando muere el padre se cortan una oreja, y quando la madre o el hermano la otra, y ansí no es afrenta grande el estar desorejado.

MATA.-Bien queda estaba la liebre si no la levantara nadie; mas agora se ofresçe la postrera pregunta: ¿Si es hazia esa parte el preste Juan de las Indias, de quien tantas cosas nos dizen por acá los peregrinos de Hierusalem, y más de su elección milagrosa con el dedo de Sancto Tomás?

PEDRO.-Ansí le ven todos esos como Juan nuestro compadre a Hierusalem, ni tiene qué hazer con el camino. Sabed en dos palabras que es burla llamarle preste Juan, porque no es sacerdote ni trae ábitos dello, sino un rey que se llama el preto Juan, y los que le ponen, describiendo la Asia en las tablas della, no saben lo que se hazen; por una parte confina con el reino de Egipto y por otra del reyno de Melinde; por la parte oçidental confina con los etíopes interiores; por la de oriente con la mar Vermeja, y desto da testimonio el rey Manuel de Portugal en la epístola al papa León déçimo. Difiere de la iglesia romana en algunas çerimonias, como la griega. El año de 1534 embiaron a Portugal doctores que aprendiesen la lengua española, los quales declararon, quando la supieron, el uso de sus sacramentos. Diçen lo primero que Sant Philippo, les predicó el Evangelio, y que constituyeron los apóstoles que se pudiesen casar los sacerdotes, y si tomaren algún clérigo o obispo con hijo bastardo, pierde por el mesmo caso todos sus benefiçios. Bautiçanse cad'año el día de la Epiphanía, no porque lo tengan por neçesario, sino por memoria y comemoración del baptismo de Jesucristo: Et quotidie accipiunt corpus Christi. Tienen su confesión y penitencia, aunque no extremaunçión ni confirmación. En el punto que pecan van a los pies del confesor; no comulgan los enfermos, porque a nadie se puede dar el sacramento fuera de la yglesia. Los sacerdotes viben de sus manos y sudor, porque no hay rentas, sino cosa de mortuorios. Dizen una sola misa; santifican el sábado como los judíos; eligen un patriarca de la orden de Santo Antonio Eremita, cuyo ofiçio es ordenar; no tienen moneda propia, sino peregrina de otros reinos, sino oro y plata por peso.

JUAN.-Ya, ya comenzaba a hazer de mi oficio como vos del vuestro y zerrar toda nuestra plática, quando a propósito de el preste Juan, el preto Juan, como dezía, me vino a la memoria el arca de Noé. Deseo saber si cae a esa parte y qué cosa es, porque todos los que vienen nos la pintan cada qual de su manera.

PEDRO.-La mesma pintura y retrato os pueden dar que los pintores de Dios padre y de Sant Miguel, a quien nunca vieron. En Armenia la alta, junto a una ziadad que se llama Agorre, hay unas altísimas montañas, dond'está; pero es imposible berse ni nadie la vio, tanta es la niebla que sobrella está perpetuamente, y nieve tiene sobre sí beinte picas en alto. Ella, en fin, no se puede ver ni sabemos si es arca ni armario ni nabe; antes mi paresçer es que devía de ser barca, y de allí vino la invençión del nabegar a los hombres, y es cosa que lleba camino serlo, pues había de andar sobre las aguas, y Beroso, escriptor antiguo, la llama ansí; y çierto yo tengo para mí que fue el primero Noé que enseñó navegar. Esta tierra cae debajo el señorío del Sophí, que es rey de Persia. Tiene este reyno muy buenas çibdades, prinçipalmente Hechmeazín, donde reside su patriarca, como acá Roma; Taurez, donde tiene su corte el Sophí, que se llama Alaziaquín. Año de 1558 mató su hijo por reinar: Cara, Hemet, Bidliz tienen cada diez mill casas; Hazu, çinco mill; Urpha, çinco mill casas, y otras mill çibdades. No difiere la Iglesia de los armenios de la romana tanto como la griega, y ansí nuestro papa les da liçencia que puedan dezir por acá misas quando vienen a Santiago, porque sacrifican con hostia y no con pan levado, como los griegos. Zerca deste está el Gurgistán, que llaman el Gorgi, un rey muy poderoso, christiano, sujeto a la Iglesia griega, y tiene debaxo de sí nueve reinos. En este reyno ni en el de el Sophí no consienten vivir judíos. Tampoco me olvido yo de las cosas como Mátalas. Deseo saver qué es lo que apuntastes de vuestro ofiçio, que yo ya tengo más deseo de escuchar que de hablar.

JUAN.-Por tema del sermón tomo el refrán del vulgo: que del predicador se ha de tomar lo que dize, y no lo que haze; y en recompensa de la buena obra que al principio me hizistes de apartarme de mi mala vida pasada, quiero, representando la venidera, que hagáis tal fin quales principios abéis llebado, y todo se hará fácilmente menospreciando los regalos de acá que son muy benenosos y inficionan más el alma que todas las prisiones y ramos de infieles. Puédesse colegir de toda la pasada vida la obligación en que estáis de servir a Dios y que ningún pecado venial hay que no sea en vos mortal, pues para conosçerlos sólo vos bastáis por juez. Simónides, poeta, oyendo un día a Pausanias, rey de Laçedemonia, loarse quán prósperamente le habían susçedido todas las cosas, y como burlándose preguntó alguna cosa dicha sabiamente, aconsejóle que no se olvidase de que era hombre. Esta respuesta doy yo sin demandármela, Philippo, rey de Maçedonia, teniendo nueba de tres cosas que prósperamente le havían susçedido en un día, puestas las manos y mirando al çielo dixo: ¡Oh fortuna, págame tantas feliciçidades con alguna pequeña desventura! no ignorando la grande invidia que la fortuna tiene de los buenos sucesos. Therámenes, uno de los treinta tiranos, habiendo sólo escapado quando se le hundió la casa con mucha gente, y teniéndole todos por beato, con gran clamor: ¡Oh fortuna! dize, ¿para cuándo me guardas? No pasó mucho tiempo que no le matasen los otros tiranos. Grande ingratitud usaríais para con Dios si cada día no tubieseis delante todas esas merçedes para darle graçias por ellas, y aun me paresçe que no hay más neçesidad, para quererle y amarle mucho, de representarlas en la memoria, y será buena oraçión y meditaçión, haziendo deste mundo el caso que él meresçe, habiendo visto en tan pocos años por experiençia los galardones que a los que más le siguen y sirben da, y cómo a los que le aborresçen es de azero que no se acaba, y a los que no de vidro, que falta al mejor tiempo. Comparaba muy bien Platón la vida del hombre al dado, que siempre tiene destar deseando buena suerte, y con todo eso se ha de contentar con la que cayere. Eurípides jugó del vocablo de la vida como meresçía. La vida, diçe, tiene el nombre; mas el hecho es trabaxo. ¿Habéis aprendido, como Sant Pablo, contentaros con lo que tenéis, como diçe en la carta a los philipenses? sé ser humillde y mandar, haber hambre y hartarme, tener neçesidad y abundar de todas las cosas; todas las cosas puedo en virtud de Christo, que me da fuerças; ¿qué guerra ni paz, hambre o pestilencia bastará a privaros de una quieta y sosegada vida, y que no estiméis en poco todas las cosas de Dios abaxo? Mas como hablando Sant Pablo con los romanos: ¿por ventura la angustia, la aflicción, la persecución, la hambre, el estar desnudo, el peligro? Persuadido estoy ya, dize, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados y potestades, ni lo presente ni por venir, ni lo alto ni lo baxo, ni criatura ninguna nos podrá apartar del amor y afiçión que tengo a Dios.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo